



LA

MANDRAGORA

HANNES HEINZ EWERS

se

La Mandrágora nos ubica en una comunidad de intelectuales sibaritas, donde todo lo que se hace se hace por placer. En un ámbito como aquel, el hastío funciona como vehículo del Mal.

Un tal Bronken, científico que sacrifica a niños en sus experimentos, comienza a elaborar un procedimiento por el cual es capaz de crear una criatura infernal, que consiste en inyectar en el útero de una «prostituta vocacional» la simiente de un condenado a muerte. De esta fecundación abominable se gesta una mujer siniestra, la Mandrágora, que ya en los trabajos de parto demuestra su naturaleza diabólica al destrozar los órganos de su madre, de hecho, la primera de sus víctimas.



Hanns Heinz Ewers

La Mandrágora

ePub r1.4

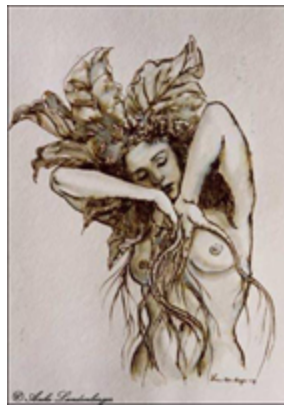
Sarah 27.10.2020

Título original: *Alraune*
Hanns Heinz Ewers, 1911
Traducción: José Rodríguez Ponce
Ilustración interior: A. Landenberger

Editor digital: Sarah
Corrección de erratas: Stonian y Astennu
(para Gonzalo por su cumpleaños, con todo mi cariño)
ePub base r2.1



PRELUDIO



¿Cómo quieres negar, querida amiga, que hay seres —ni hombres ni animales—, extraños seres, que surgen del placer malvado de absurdos pensamientos?

Bien sabes tú, mi dulce amiga, que la ley es buena, buenas todas las reglas y todas las normas severas. Bueno es el gran Dios que creó estas normas, estas reglas y leyes. Y bueno es el hombre que las respeta, que sigue sus caminos con humildad y paciencia y en fiel seguimiento de su buen Dios.

Muy otro es el príncipe que odia al Bueno. Destruye las leyes y las normas y crea... contra Natura.

Éste es malo, perverso. Y perverso es el hombre que obra como él: un hijo de Satán.

Perverso, muy perverso es entrometerse en las leyes eternas, desencajándolas con mano atrevida de sus quicios de hierro.

Quizá esto beneficie al malo, porque le ayuda Satán, que es un señor poderoso; podrá crear según sus propios deseos, según su orgullosa

voluntad; podrá hacer cosas que arruinen todas las reglas e inviertan la Naturaleza. Pero que tenga cuidado: lo que cree será mentira y delirante espejismo. Su obra podrá levantarse y crecer en los cielos, para derrumbarse al final y sepultar en su caída al loco orgulloso que la imaginara.

* * *

Su Excelencia Jakob ten Brinken, doctor en Medicina, profesor numerario y consejero secreto efectivo, creó la extraña mujer, la creó... contra Natura. La creó él solo, aun cuando el pensamiento perteneciera a otro. Y aquella criatura, que hicieron bautizar y llamaron Alraune,^[1] creció y vivió como un ser humano. Cuanto tocaba se convertía en oro; donde quiera que miraba reían los sentidos sobreexcitados. Pero donde su aliento alcanzaba, rugían todos los pecados capitales, y las pálidas flores de la Muerte brotaban de las huellas de sus pies ligeros. Y la mató el mismo que antes la imaginara: Frank Braun, el que marchaba al margen de la vida.

* * *

No es para ti, hermanita rubia, para quien escribo este libro. Tus ojos son azules y buenos, y nada saben del pecado. Tus días son como los opulentos racimos de las glicinas azules, que gotean sus florecillas hasta formar una muelle alfombra, por la que discurre mi pie ligero, bajo las bóvedas de follaje, relucientes del sol de tus días plácidos. No escribo este libro para ti, niña rubia, linda hermanita de mis días de tranquila ensoñación.

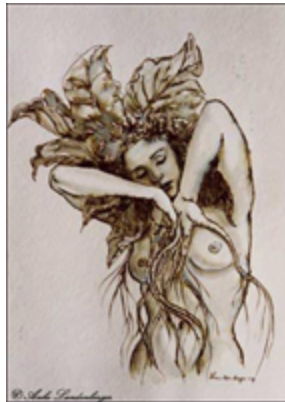
Para ti lo escribo, salvaje pecadora, hermana de mis noches ardientes. Cuando las sombras caen, cuando el mar cruel devora el sol de oro, palpita sobre las olas un rápido rayo de un verde venenoso. Es la primera y pálida sonrisa del pecado ante la angustia mortal del Día temeroso. Y el pecado se engalana con incendiados rojos y amarillos, con intensos tonos violeta, y respira en la noche profunda y exhala su pestífero aliento sobre todos los pueblos.

Y tú sientes ese hálito ardoroso. Entonces tus ojos se dilatan y se hincha tu pecho joven y tiemblan ansiosas las aletas de tu nariz y se distienden tus manos, húmedas por la fiebre. Caen los velos de los suaves días burgueses y la Serpiente nace de la negra noche. Y entonces se despereza tu alma salvaje, hermana, alegre de todas las vergüenzas, embriagada de todos los venenos; y del tormento y de la sangre y de los besos y de los placeres se levanta exultante, desciende ululando... por todos los cielos y los infiernos.

Hermana de mis pecados, para ti escribo yo este libro.

CAPÍTULO I

Que muestra cómo era la casa en que saltó al mundo el pensamiento Alraune



La casa blanca, donde se originó la idea Alraune ten Brinken — mucho tiempo antes de nacer ella, mucho tiempo antes de ser engendrada —, estaba junto al Rin. Un poco apartada de la ciudad, en la calle mayor de la villa que parte del antiguo palacio del arzobispado que hoy alberga la Universidad. Allí estaba. Y allí vivía entonces el consejero de justicia Sebastian Gontram.

Viniendo de la calle, se cruzaba un largo y feo jardín, que no conocía jardinero. Se llegaba a la casa, cuyas paredes se desconchaban; se buscaba la campanilla en vano, se gritaba, y nadie acudía. Por fin, se empujaba la puerta y se entraba, subiendo las sucias escaleras de madera, jamás lavadas. Tal vez un gato grande saltaba atravesando la oscuridad.

Otras veces el jardín se animaba con los hijos de Gontram: Frieda, Philipp, Paulche, Emilche, Jösefche y Wölfchen. Se les veía en todas partes, trepando por las ramas de los árboles, arrastrándose por cavas profundas en la tierra. Luego estaban los canes: dos descarados perros de lanas y un

faldero, más el grifón enano del abogado Manasse, que parecía un membrillo, pardo, redondo como una bola, apenas mayor que un puño. Se llamaba Cyklop.

Y todos alborotaban y chillaban. Wölfchen, que apenas tenía un año, yacía en su cochecillo, berreando con terquedad horas enteras. Sólo Cyklop podía sostener este record y ladraba sin cesar, con ladridos roncros y entrecortados. Como Wölfchen, no se movía de su puesto; no hacía más que ladrar y aullar.

Los chicos de Gontram jugaban en el jardín hasta muy avanzada la tarde. Frieda, la mayor, tenía que vigilarlos y cuidar de que fueran buenos. Pero ella pensaba: ya son bastante juiciosos. Y se sentaba al fondo, junto al cenador de las lilas con su amiga, la pequeña princesa Wolkonski. Ambas charlaban y disputaban, pensando que pronto cumplirían catorce años y podrían casarse, o, por lo menos, tener novio. Pero ambas eran piadosas y estaban resueltas a esperar todavía catorce días, hasta después de la primera comunión.

Entonces se vestía una de largo. Entonces se era ya mujer y se podía tener novio.

Ellas se creían muy virtuosas con esta determinación. Y pensaron que era procedente ir a la iglesia en seguida, a los oficios de mayo. En estos días debía una recogerse y ser seria y razonable.

—Y quizá vaya también Schmitz —dijo Frieda Gontram.

Pero la pequeña princesa frunciendo el ceño dijo:

—¡Bah! ¡Schmitz!...

Frieda la cogió por el brazo.

—Y los bávaros, con sus gorras azules...

Olga Wolkonski se reía.

—¿Ésos?... Ésos son unos descamisados..., ¿sabes, Frieda? Los estudiantes distinguidos no van nunca a la iglesia.

Era verdad que los estudiantes distinguidos nunca hacían semejante cosa.

Frieda suspiró, dio un rápido empujón al coche del llorón Wölfchen y pisó a Cyklop, que quería morderla en el pie.

No, no. La princesa tenía razón. No había nada que buscar en la iglesia. «Quedémonos», decidió. Y las dos muchachas volvieron al cenador.

Todos los hijos de Gontram tenían un insaciable apetito de vida. No lo sabían, pero lo adivinaban. Sentían en la sangre que tenían que morir jóvenes y en la flor de la vida, que sólo gozarían de una pequeña parte del breve tiempo concedido al resto de los hombres. Y ellos triplicaban ese tiempo, alborotando y jugando, y devoraban y bebían la vida hasta hartarse. Wölfchen berreaba en su coche tanto como otros tres niños juntos. Sus hermanos, en cambio, correteaban por el jardín, multiplicándose, como si entre los cuatro hicieran cuatro docenas. Sucios, mocosos y en harapos, siempre sangrando por una cortadura en los dedos, un desollón en la rodilla o un respetable arañazo.

Cuando el sol se ponía, callaban los chicos de Gontram. Volvían a casa y se encaminaban a la cocina. Allí devoraban enormes montones de pan con mantequilla, cubiertos con una espesa capa de embutido, y bebían el agua que la enjuta criada teñía ligeramente con vino tinto. Luego los bañaban: los desnudaba, los metía en la tina y tomaba jabón negro y un áspero cepillo, con el que los frotaba como un par de botas. Ni siquiera con esto quedaban limpios. Y otra vez gritaban y alborotaban aquellos salvajes muchachos dentro de sus tinas de madera.

Luego, muertos de cansancio, pesados como sacos de patatas, se metían en la cama y no se movían más. Siempre se olvidaban de taparse, de lo que cuidaba la criada.

* * *

A esa hora, generalmente, llegaba el abogado Manasse a casa.

Subió la escalera, golpeó con el bastón un par de puertas; no recibió respuesta alguna, y pasó, finalmente, adentro.

La señora Gontram le salió al paso. Era alta, medía casi el doble que el señor Manasse, que era sólo un enano, redondo como una pelota, igual que Cyklop, su horrible perro. En las mejillas y mentón y sobre sus labios brotaban cortos cañones, y en medio destacaba la nariz, pequeña y redonda

como una rabanilla. Cuando hablaba parecía como un perro que quisiera morder.

—Buenas tardes, señor abogado —dijo la señora—. ¿No ha venido aún mi señor colega?

—Buenas tardes, señor abogado —dijo la señora—. Póngase usted cómodo.

El pequeño Manasse gritó:

—Pero ¿no ha venido todavía mi señor colega? Haga usted el favor de mandar que metan al niño dentro; no entiende uno ni sus propias palabras.

—¿Qué? —preguntó la señora Gontram; destaponándose entonces los oídos.

—¡Ah!, sí —prosiguió—; es Wölfchen. Debería procurarse usted también unos tapones de algodón, señor abogado, y no oiría usted nada.

Fue hacia la puerta y gritó:

—¡Billa, Billa! ¡Frieda! ¿No oís? ¡Meted a Wölfchen en casa!

Estaba todavía en traje de mañana, de color melocotón; llevaba el abundante cabello castaño desordenadamente recogido, medio colgando. Sus ojos negros parecían infinitamente grandes, rasgados, dilatados, llenos de un fuego devorador y siniestro. Pero la frente se ahuecaba en las sienes, la delgada nariz se hundía y las pálidas mejillas se atirantaban, descarnadas, y sobre ellas ardían grandes manchas héticas.

—¿Tiene usted un buen cigarro, señor abogado? —preguntó.

Sacó su petaca irritado, casi furioso:

—¿Cuántos ha fumado usted hoy, señora?

—Unos veinte —dijo ella riendo—; pero ya sabe usted la basura que dan a cuatro céntimos la pieza. Un cambio me hará bien. Deme usted ese gordo de ahí —y tomó un fuerte cigarro mejicano, casi negro.

Manasse suspiraba.

—¿Qué le parece a usted? ¿Cuánto va a durar todavía esto?

—¡Bah! No se impaciente usted. El doctor opinaba anteayer que duraría todavía seis meses. Pero ¿sabe usted?, hace dos años dijo exactamente lo mismo. Yo pienso siempre que esta tisis galopante no galopa nada, sino que va bonitamente al paso.

—¡Si, por lo menos, no fumara usted tanto!... —gritó el pequeño abogado.

Ella se miró con ojos dilatados estirando los delgados labios azules sobre los dientes brillantes.

—¿Qué? ¿Qué, Manasse? ¿No fumar más? ¿Y qué hago entonces? Tener niños, cada año uno... Gobernar la casa con toda esta pandilla... Y, además, la galopante... ¿No fumar más? —y le soplabla en la cara una densa humareda, haciéndole toser.

Él la contemplaba, un poco avinagrado, pero con cariño y admiración. Aquel pequeño Manasse era descarado como ninguno cuando estaba ante la barra; nunca le desconcertaba un chiste o una palabra aguda y cortante. Gritaba, resollaba, mordía a su alrededor sin el menor respeto y sin el más mínimo temor. Pero allí, ante aquella mujer flaca, cuyo cuerpo era un esqueleto, cuya cabeza sonreía como una calavera, y que desde hacía años, tenía un pie en la sepultura y empleaba las restantes energías en desenterrarse..., ante ella tenía miedo. Aquellos rebeldes y brillantes rizos, que todavía crecían y se hacían más fuertes y espesos, como si la misma muerte los abonara; aquellos dientes, iguales y brillantes, que oprimían con fuerza la colilla negra del grueso cigarro; aquellos ojos enormes, sin esperanza, sin anhelo, sin conciencia de su propio ardor, le hacían enmudecer, le hacían parecer más pequeño, casi tan pequeño como su perro. ¡Oh, el abogado Manasse era muy culto! Se le llamaba la enciclopedia ambulante, y no existía nada de que él no supiera dar al momento noticia exacta. Y ahora pensaba: «Ésta jura por Epicuro. Piensa que la muerte nada le importa; en tanto que ella viva, la muerta queda ausente. Y cuando la muerte llegue, ella habrá desaparecido ya».

Pero Manasse sabía muy bien que la muerte estaba allí, aun cuando ella viviera todavía. Hacía mucho tiempo que estaba allí, que andaba de puntillas por aquella casa; jugaba a la gallina ciega con aquella mujer, marcada con su sello; dejaba gritar y loquear por el jardín a los niños, marcados como ella. Ciertamente que no galopaba, que iba bonitamente al trote: en eso tenía razón la señora, pero lo hacía así... por capricho, sólo porque le divertía jugar con aquella mujer y aquellos chicos hambrientos de vida, como un gato juega con los peces de una pecera.

«¡Bah, no viene todavía!», pensaba la señora Gontram, tendida en la otomana todo el santo día, fumando grandes cigarros negros, leyendo inacabables novelones y taponándose los oídos para no sentir el griterío infantil. «¡Hola! ¿Con que no estoy aquí?», decía la Muerte con una mueca, riéndose del abogado desde aquella máscara lamentable y le soplabla a la cara la densa humareda.

El pequeño Manasse la veía, la veía con bastante claridad; se quedaba mirándola y meditaba qué clase de Muerte sería en el gremio de las Muertes. ¿La Muerte de Dürer o la de Böcklin? ¿O, quizá, la alocada Muerte arlequinesca del Bosco o de Brueghel? ¿O, quizá, la demente e irresponsable Muerte de Hogarth, de Goya, de Rowlandson, de Rops o de Callot?

No era ninguna de éstas. La que tenía ante sí era una Muerte tratable, una Muerte burguesa y, sin embargo, romántica; era una Muerte renana, de Rethel; una Muerte con la que se podía hablar, chistosa, que fumaba, bebía vino y sabía reír.

«Bien está que fume —pensaba Manasse—; bien está; así no hiede».

* * *

Entonces llegó el consejero Gontram.

—Buenas tardes, colega —dijo—. ¿Ya estamos aquí? Bien está.

Y comenzó una larga historia, refiriendo minuciosamente lo que le había sucedido durante el día, en el despacho y en el tribunal.

Cosas maravillosas. Lo que a los juristas no suele pasarles en una larga vida, le ocurría al señor Gontram diariamente. Rarísimas ocurrencias, a veces bastante cómicas y divertidas, a veces sangrientas y, en gran manera, trágicas.

Sólo que... ni una palabra era verdad. El consejero sentía el mismo invencible horror a la verdad que al baño, y aun a la palangana. Al abrir la boca, mentía, y hasta dormido soñaba con mentiras. Todo el mundo lo sabía. Pero todo el mundo le escuchaba con gusto, pues sus mentirosas historias eran buenas y graciosas, y si alguna vez dejaban de serlo, lo era el modo de presentarlas.

Gontram era un buen cuarentón, de barba rizada, corta, gris y de cabellos ralos. Llevaba unos quevedos de oro pendientes de una larga cinta negra, que siempre estaban ladeados sobre la nariz y dejaban ver los miopes ojos azules. Era desordenado, sucio, y llevaba los dedos perpetuamente manchados de tinta.

Como jurista era bastante malo, enemigo de todo trabajo, abandonado siempre a sus pasantes, los cuales tampoco hacían nada más que estar con él, y, a menudo, pasaban semanas enteras sin que pudiera vérselos en la oficina; o lo abandonaba todo al jefe de la oficina y a los escribientes, los cuales sólo dormían. Y cuando despertaban, escribían una sola línea, del siguiente tenor: Protesto. Y ponían debajo la estampilla del consejero.

Éste, sin embargo, tenía un buen bufete; mucho mejor que el del agudo y mucho más sabio Manasse. Gontram entendía la lengua del pueblo y sabía charlar con la gente. Era muy popular entre todos los jueces y abogados porque nunca les ponía dificultades y dejaba que todo siguiera su curso. Se sabía que en la Sala de lo criminal y entre los Jurados su influencia era valiosísima. Una vez dijo un fiscal: «Solicito que se reconozca al acusado circunstancias atenuantes: lo defiende el señor Gontram».

Siempre conseguía para sus clientes el reconocimiento de circunstancias atenuantes, no así Manasse, que a pesar de su sabiduría y de sus incisivos discursos, muy rara vez lo conseguía. Todavía más: el consejero Gontram había tenido un par de asuntos, grandes procesos, que llamaron la atención en todo el país. Largos años había combatido por ellos en todas las instancias, ganándolos al fin.

Entonces despertó en él, de repente, una extraña y latente energía. Aquello logró interesarle: un caso intrincadísimo, un proceso perdido seis veces, que había andado rodando de abogado en abogado, un asunto complicado con enredosos problemas internacionales, de los que no tenía la menor idea. Había conseguido, en cuarta revisión, la libertad de los hermanos Koschen, de Lennep, condenados tres veces a muerte; y la había conseguido a pesar de los aplastantes indicios. Y en el gran pleito de las minas de calamina de Neutral-Moresnet, en el que se ventilaban millones y en el que los juristas de tres naciones no habían conseguido ver claro —y Gontram, seguramente, menos que ninguno—, había obtenido, finalmente,

un fallo victorioso. Desde hacía tres años llevaba ahora el proceso sobre la validez del matrimonio de la princesa Wolkonski.

Y, cosa notable, aquel hombre nunca hablaba de lo que realmente había llevado a cabo. A todo el que encontraba le llenaba los oídos con sus mentirosas hazañas jurídicas, inventadas con todo descaro, y nunca se oía de sus labios una palabra sobre lo que realmente había conseguido. Así era: sentía verdadero horror a la verdad.

—En seguida viene la cena —dijo la señora Gontram—; he preparado también un ponche... ¿Debo ir a mudarme?

—Quédate como estás, mujer —decidió el consejero—; Manasse no tiene nada que oponer.

Y se interrumpía:

—¡Santo Dios, cómo grita ese niño! ¿No puedes hacerle callar?

La mujer, a largos y lentos pasos, pasó ante él y abrió la puerta de la antesala, adonde la sirvienta había llevado el cochecito. Tomó a Wölfchen, lo entró a la sala y lo sentó en su alto silloncillo cuadrangular.

—No es un milagro que grite tanto —dijo tranquilamente—: está chorreando.

Pero no se le ocurría mudarlo.

—Cállate, diablillo —seguía diciendo—. ¿No ves que tenemos visita?

Pero Wölfchen no se contenía lo más mínimo por la visita. El señor Manasse se ponía de pie, le daba palmaditas y le acercaba el muñeco para que jugase; pero el niño lo dejaba a un lado y lloraba y berreaba sin cesar. Y Cyklop, debajo de la mesa, le acompañaba.

—Espera un poco, terroncito de azúcar, que tengo una cosa para ti —dijo la mamá.

Y sacándose de entre los dientes la negra y mascada colilla del cigarro, se la metió al chico en la boca.

—Toma, Wölfchen, que esto está muy bueno. ¿Eh?

Y el chico calló por un momento; chupeteaba, y sus grandes y sonrientes ojos resplandecían de inmensa satisfacción.

—Ahí tiene usted, señor Manase, cómo debe tratarse a los niños.

Hablaba segura y tranquila, con perfecta seriedad.

—Los hombres no entienden nada de niños.

La criada vino a anunciar que la cena estaba servida. Mientras los señores se trasladaban al comedor, fue ella, con callados pasos, hacia el niño, y le quitó de la boca la colilla.

Wölfchen comenzó a aullar de nuevo y la criada lo tomó en brazos y le meció, entonando una canción melancólica de su tierra valona; pero sin tener más fortuna que el señor Manasse. El niño lloraba y lloraba; y ella tuvo que tomar la colilla de nuevo, escupir en ella, frotarla con su áspero delantal de cocina para apagarla, y volverla a introducir en la roja boca del niño.

Luego le desnudó, le lavó, le puso ropa limpia y le acostó muellemente en su camita. Wölfchen no se movía, y parecía estar tranquilo y contento. Y se durmió radiante de felicidad, con la horrible colilla negra siempre entre los labios.

¡Oh, sí! Aquella señora tenía razón. Ella entendía a los niños. Por lo menos a los niños de Gontram. Dentro, cenaban las personas mayores y el consejero hablaba. Bebieron un vinillo ligero del Ruwer y sólo al final presentó la señora de la casa el bol.

El esposo hizo la crítica con un resoplido.

—Haz que suban un poco de champán —dijo.

Pero ella colocó el bol sobre la mesa:

—No nos queda más champán para el ponche... Y en la bodega no hay más que una botella de Pommery.

Él se quedó mirándola por encima de los quevedos, con los ojos muy abiertos y sacudiendo la cabeza.

—¿Sabes que eres una mujer de tu casa? ¡Conque no tenemos champán, y no me dices una palabra! ¡Caramba! ¿Que no hay champán? Haz que suban la botella de Pommery. ¡Lástima de ponche!

Y movía la cabeza de un lado a otro.

—¡Sin champán! ¡Caramba! —repetía—. Tenemos que procurarnos en seguida un poco. Ven. Tráeme pluma y papel. Voy a escribir a la princesa.

Pero cuando tuvo el pliego ante sí, lo puso otra vez a un lado.

—¡Ah! —suspiró—. ¡He trabajado tanto durante todo el día!... Escribe tú lo que yo te dicte.

La señora Gontram permaneció impasible. ¿Escribir? Era lo único que faltaba...

—No pienso hacer tal cosa —respondió.

El consejero miró a Manasse.

—¿Qué tal, señor colega, si me hiciera usted este pequeño favor? Yo estoy tan cansado...

El pequeño abogado le miró furioso.

—¿Cansado? —dijo sarcásticamente—. ¿De qué? ¿De contar historias? Quisiera saber de qué tiene usted siempre los dedos llenos de tinta. Seguramente no es de escribir.

La señora Gontram se echó a reír.

—¡Pero, Manasse! Si eso es de las últimas Navidades, cuando tuvo que firmar las malas notas de los chicos. Pero ¿por qué ponerse a reñir ahora? Dejad que Frieda escriba.

Y desde la ventana llamó a voces a Frieda.

Frieda vino, y con ella Olga Wolkonski.

—Me alegro de que tú también estés aquí —dijo el consejero saludándola—. ¿Habéis cenado ya?

Sí; las muchachas habían cenado abajo, en la cocina.

—Siéntate, Frieda —mandó el padre.

Frieda obedeció.

—Eso es. Ahora toma papel y escribe lo que yo te diga.

Pero Frieda era una Gontram legítima, y odiaba la escritura. Al momento saltó de la silla.

—No, no —gritó—. Que escriba Olga, que lo hace mejor que yo.

La princesa, que estaba junto al sofá, tampoco quería; pero su amiga sabía un medio para convencerla.

—Si no escribes —le dijo al oído—, no te presto pecados para pasado mañana.

Y el remedio obró. Pasado mañana era día de confesión, y la papeleta con los pecados resultaba aún muy poco nutrida. Si no se debía pecar en aquel tiempo de confesión, era, con todo, necesario confesar pecados, escudriñar severamente la conciencia, meditar y buscar por si quedaban todavía algunas faltas. Y, en este punto, la princesa era muy torpe, mientras

que Frieda lo entendía a las mil maravillas. Su cédula de confesión era la envidia de toda la clase. Especialmente inventaba admirables pecados de pensamiento; algunas veces por docenas. Tenía esta habilidad de su padre. Podía presentar montones de pecados; sólo que, si alguna vez cometía alguno, nunca se enteraba de ello el confesor.

—Escribe, Olga —murmuró—, y te presto ocho pecados gordos.

—¡Diez! —exigió la princesa.

Y Frieda Gontram asintió. No importaba nada. Con tal de no escribir, hubiera dado veinte pecados.

Olga Wolkonski se sentó a la mesa, tomó la pluma y se quedó mirando interrogativa.

—Entonces, escribe —dijo el consejero—. «Respetada señora princesa».

—¿Es para mamá? —preguntó la princesita.

—Naturalmente. ¿Para quién, si no? Escribe: «Respetada señora princesa».

Pero la princesita no escribía.

—Si es para mamá, es mejor poner: «Querida mamá».

El consejero se impacientaba.

—Escribe lo que quieras, niña; pero escribe.

Y ella escribió: «Querida mamá». Y luego, según el dictado del consejero:

«Siento tener que participarle que nuestro asunto nada adelanta. Me da mucho que meditar, y no se puede meditar cuando no se tiene qué beber. No tenemos ya ni una gota de champán en casa. Haga, pues, el favor de enviarme, en interés de su proceso, una caja de botellas de champán para ponche, otra de Pommery y seis botellas...»

—¡De St. Marceaux! —gritó el pequeño abogado.

—«... de St. Marceaux!» —prosiguió el consejero.

«Ésta es la marca preferida por el colega Manasse, que también nos ayuda muchas veces».

«Con los mejores saludos, vuestro...»

—Vea usted, colega —dijo—, qué injusticia me hacen ustedes. No sólo dicto la carta, sino que la firmo con mi propia mano.

Y puso su nombre al pie.

Frieda se volvió desde la ventana a la que estaba asomada.

—¿Habéis acabado? ¿Sí? Pues entonces tengo que deciros que todo eso era innecesario. Acaba de parar el coche de la mamá de Olga y ahora cruza ella el jardín.

Hacía rato que había visto a la princesa; pero se había callado para no interrumpirlos. Si Olga recibía diez hermosos pecados, debía trabajarlos. Así eran todos los Gontram: padre, madre e hijos. Trabajaban de muy mala gana, pero les gustaba ver trabajar a los demás.

La princesa entró, gorda, de carnes fofas, con grandes brillantes en los dedos y en las orejas, en el cuello y en los cabellos; de una ordinariez sin límites. Era una condesa o baronesa húngara que había conocido al príncipe allá en Oriente. Era seguro que se había consumado el matrimonio. Pero también era seguro que, desde el principio, las dos partes habían procurado engañarse mutuamente. Ella quería hacer reconocer la legalidad de aquel connubio, que, de antemano, sabía que era imposible por ciertos motivos. Y él, el príncipe, quería invalidarlo, basándose en pequeños defectos de forma, a pesar de tenerlo por posible. Una red de mentiras y supercherías: un verdadero festín para el señor Sebastian Gontram. Todo vacilaba. Nada estaba seguro. La más pequeña afirmación era rebatida por la parte contraria. Cada sombra de legalidad quedaba anulada por la legislación de otro estado. Sólo un hecho quedaba en pie: la princesita. Tanto el príncipe como la princesa se reconocían sus padres y pretendían para sí el fruto de aquel extraño matrimonio, sobre el que recaían tantos millones. Por de pronto, la madre llevaba ventaja: tenía el derecho de posesión.

—Siéntese usted, señora princesa.

El consejero se hubiera mordido la lengua antes de llamar *Alteza* a aquella mujer. Era su cliente, y no la trataba mejor que a cualquier aldeana.

—Quítese el abrigo.

Pero él no acudió a ayudarla.

—Precisamente acabábamos de escribirle —continuó, leyéndole la linda carta.

—¡Pues no faltaba más! —gritó la princesa Wolkonski—. Mañana por la mañana se enviará.

Abrió su cartera y extrajo de ella una abultada carta.

—Vea usted, querido consejero. Precisamente venía a causa de nuestro asunto. ¿Sabe usted? Éste es el escrito del conde palatino Ormos, de Gross-Becskerekgyartelep.

El señor Gontram arrugó el entrecejo. ¡Era lo único que faltaba! ¡Ni al rey le hubiera dejado hablar de negocios cuando estaba en su casa! Se levantó, y, tomando la carta, dijo:

—¡Bien, bien! Mañana lo arreglaremos en mi despacho.

Ella se defendía:

—Pero es que es muy urgente, muy importante...

El consejero la interrumpió:

—¿Urgente? ¿Importante? ¿Qué sabe usted lo que es importante o urgente? Absolutamente nada. Sólo en mi despacho se puede juzgar.

Y luego, en tono de benévolo reproche:

—¡Señora princesa, usted es una mujer educada! ¿Ha disfrutado usted también de una educación de este carácter? Entonces debe usted saber que no se va por las noches a molestar a nadie con negocios.

Pero ella insistía:

—Pero, querido consejero, ¡en su despacho nunca consigo encontrarle! Sólo esta semana he estado cuatro veces...

—Venga usted la semana próxima. ¿Cree usted que no tenemos que ocuparnos más que de sus cosas? ¿Usted sabe lo que uno tiene que hacer además? El tiempo que me cuesta sólo el asesino Houten... Y ahí se trata de una cabeza, no de un puñado de milloncejos.

Y comenzó, carraspeando incesantemente, a contar una historia eterna con la vida de aquel notable capitán de bandidos, que sólo vivía en su imaginación, y las hazañas jurídicas que él realizaba en favor de aquel incomparable asesino.

La princesa suspiraba, pero oía. También se echaba a reír algunas veces, siempre inoportunamente. Era la única, entre todos los numerosos oyentes de Gontram, que no se enteraba de que éste mentía, y era también la única que no entendía sus chistes.

—¡Bonitas historias para niñas! —chillaba el abogado Manasse. Las dos muchachas escuchaban curiosamente, mirando al consejero con la boca

y los ojos muy abiertos.

Pero éste no se dejaba interrumpir:

—¡Ah, bah! Nunca es demasiado pronto para acostumbrarse a esas cosas.

Era como si diera a entender que los asesinos eróticos eran la cosa más vulgar del mundo, como si cada uno se topara diariamente con una docena.

Por fin terminó, y miró al reloj.

—¡Las diez ya! Los niños deben acostarse. Bebeos aprisa otro vaso de ponche.

Las muchachas bebieron y la princesita declaró que no se iba a su casa de ninguna manera. Que tenía tanto miedo, que no podría dormir. Con su miss tampoco..., quizá resultara un asesino erótico disfrazado. Quería quedarse con su amiga. No se cuidó de pedir permiso a su mamá; sólo a Frieda y a la madre de ésta.

—Por mí... —dijo la señora Gontram—. Pero que no se os peguen las sábanas, que tenéis que ir a la iglesia temprano.

Las muchachas asintieron, y se marcharon muy cogidas del brazo.

—¿Tienes miedo tú también? —preguntó la princesita.

Frieda dijo: «Todo lo que papá refiere es mentira». Pero, a pesar de todo, tenía miedo. Miedo... y, al mismo tiempo, un sentimiento de curiosidad hacia aquellas cosas. No a vivirlas... ¡Oh, no, de seguro que no!; pero pensarlas, poderlas contar también...

—¡Qué pecados para la confesión! —suspiraba.

Arriba se apuró el bol y la señora Gontram fumó todavía un cigarro. El señor Manasse se había levantado y metido en el cuarto de al lado, y el consejero contaba una nueva historia a la princesa, que escondía sus bostezos tras el abanico, tratando a cada paso de tomar la palabra de nuevo.

—¡Ah, querido consejero! —dijo rápidamente—, ¡casi lo había olvidado! ¿Puedo venir mañana con el coche o recoger a su señora? Un pequeño paseo a Rolandseck...

—De acuerdo —respondió él—, de acuerdo... Si ella quiere...

Pero la señora Gontram dijo:

—No puedo salir.

—¿Por qué no? —preguntó la princesa—. Le sentaría a usted muy bien salir un poco a respirar este aire de primavera.

La señora Gontram se quitó, despacio, el cigarro de entre los dientes.

—No puedo salir: no tengo un sombrero decente que ponerme.

La princesa se echó a reír, como si lo tomara a broma. Mañana mismo, a primera hora, enviaría a la modista con las últimas modas de primavera y tendría dónde elegir...

—Por mí... —decía la de Gontram—. Pero entonces envíe usted a la Becker, la de la calleja de Quirino..., que tiene los mejores.

Y se levantó lentamente, contemplando, meditativa la apurada colilla:

—Y ahora me voy a dormir... ¡Buenas noches!

—¡Oh, sí; ya es tiempo!... Yo también me voy —dijo rápidamente la princesa. El consejero la acompañó hasta abajo y, a través del jardín, hasta la calle. La ayudó a subir al coche y cerró, con aire meditabundo, la puerta del jardín.

Cuando volvió, su mujer estaba a la puerta de la casa con una bujía encendida en la mano.

—No podemos acostarnos —dijo tranquilamente.

—¿Qué? ¿Por qué no? —preguntó él. Ella repitió:

—No podemos acostarnos... Manasse está tendido en la cama...

Subieron la escalera hasta el segundo piso y entraron en el dormitorio. En el inmenso tálamo yacía atravesado, durmiendo a pierna suelta, el pequeño jurista. Sus vestidos colgaban, cuidadosamente ordenados, de una silla, las botas al lado. Había tomado del armario una camisa de dormir limpia y se la había puesto. Junto a él, hecho una bola, como un puercoespín, dormía Cyklop.

El consejero Gontram tomó la bujía y alumbró.

—¡Y todavía me reprocha este hombre que soy vago! —dijo, con admirativos meneos de cabeza—. ¡Y él es vago hasta para ir a casa!

—¡Pst —dijo la mujer—, pst...!; vas a despertar a los dos.

Sacaron ropa de un armario y salieron con mucho tiento. La señora Gontram preparó abajo, sobre los sofás, dos camas.

Y se durmieron.

* * *

Todos dormían en la vasta casa. Abajo, junto a la cocina, Billa, la recia cocinera, y, junto a ella, los tres perros. En el cuarto de al lado, los cuatro chicos traviosos: Philipp, Paulche, Emilche y Jösefche. Arriba dormían las dos amigas, en el dormitorio de Frieda, que tenía un gran balcón, y Wölfchen, pared por medio, con su negra colilla; en el salón, los esposos Gontram. En el segundo piso roncaban a porfía Manasse y su Cyklop, y en lo más alto, en la buhardilla, descansaba Söfche, el cuerpo de casa, que había vuelto del baile y había trepado, a escondidas, escaleras arriba. Todos dormían, dormían. Cuatro seres humanos y cuatro inquietos perros.

Pero había algo que seguía insomne, que se deslizaba cautelosamente alrededor del vasto caserón.

Fuera, frente al huerto, fluía el Rin; levantaba su pecho, ceñido por los muros, y contemplaba las villas dormidas y se apretaba amorosamente contra la vieja Aduana. Gatas y gatos se escurrían entre los arbustos, bufaban, mordían, se arañaban, se lanzaban con ojos centelleantes de ardor unos contra otros y se poseían lascivos con una voluptuosidad dolorosa y atormentada. De más allá, de la ciudad, llegaba el cantar ebrio de los estudiantes.

Algo se arrastraba alrededor de la casa blanca junto al Rin. Se deslizaba por el huerto, ante los bancos rotos y las sillas cojas, y contemplaba complacido la danza sabática de los gatos en celo.

Subía a la casa, arañaba las paredes haciendo caer el estuco; batía las puertas, haciéndolas trepidar ligeramente, tan suavemente como si fuera una brisa.

Y ya estaba en la casa. Subía de puntillas todos los peldaños, se arrastraba cauteloso por todas las habitaciones, se detenía y miraba en torno suyo sonriendo quedo.

Sobre el aparador de caoba había maciza plata, ricos tesoros de los días del Imperio, pero los vidrios de las ventanas habían saltado y las grietas estaban recubiertas de papel. De las paredes colgaban buenos cuadros holandeses de Koekkoek, Verboekhoeven, Verwée y Jan Stobbaerts. Pero tenían rasgones y los antiguos marcos dorados estaban negros por las

telarañas. La magnífica araña procedía del mejor salón arzobispal, pero las moscas habían ennegrecido sus rotos prismas.

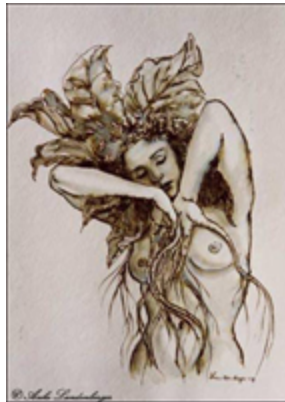
Algo se deslizaba por la casa silenciosa y dondequiera que llegaba se quebraba algo. Una insignificancia indigna de nombrarse. Pero así una y otra vez.

Dondequiera que llegaba, un ligero murmullo brotaba de la noche: el claro crujir de un entarimado, o un clavo que se desprendía, o un viejo mueble que se combaba. Algo crujía en los cajones vacíos o tintineaba extrañamente entre las copas.

Todos dormían en la vasta casa junto al Rin. Pero algo se deslizaba cautelosamente por todos sus rincones.

CAPÍTULO II

Que refiere cómo se concibió el pensamiento Alraune



El sol había caído ya y las bujías ardían en las arañas del salón al llegar el consejero ten Brinken. Su aspecto era bastante solemne, de frac, con una gran estrella sobre la blanca pechera y una cadena de oro en el ojal, de la cual pendían veinte pequeñas condecoraciones. El consejero Gontram se levantó a saludarle, hizo las presentaciones y el anciano señor dio vuelta a la mesa con una sonrisa pálida, diciendo a cada uno una palabra agradable. Por fin se detuvo ante las muchachas en cuyo honor se daba la fiesta y les entregó lindos estuches de piel con sortijas: un zafiro para la rubia Frieda y un rubí para la morena Olga, pronunciando ante las dos una sabia arenga.

—¿Quiere usted acompañarme, señor consejero? —preguntó Sebastian Gontram—. Aquí estamos desde las cuatro... ¡Diecisiete platos! Ahí está el menú. Pida usted lo que quiera.

Pero el consejero dio las gracias. Había comido ya.

Entonces entró la señora Gontram, con traje de cola de seda azul, un poco pasado de moda, y con peinado alto.

—¡No podemos tomar helado! —gritó—. Billa ha metido en el horno el Fürstpückler.

Los invitados se echaron a reír. Algo así tenía que pasar. De otra manera, no se sentía uno a gusto en casa de Gontram. Y el abogado Manasse gritó que se debían entrar las fuentes, que aquello no se veía todos los días, un ¡Fürstpückler acabado de salir del horno! El consejero ten Brinken buscaba una silla. Era pequeño, afeitado, con los sacos lacrimales hinchados bajo los ojos. Era bastante feo, los labios abultados y colgantes y la nariz caída y carnosa. El párpado izquierdo se entornaba, hasta cubrir el ojo casi enteramente, mientras que el derecho miraba, muy abierto oblicuamente, como al acecho. Alguien dijo a su espalda: «Buenos días, tío Jakob».

Era Frank Braun. El consejero se volvió; le era un poco desagradable encontrar allí a su sobrino.

—¿Tú aquí? —preguntó—. Debía habérmelo figurado.

El estudiante se echó a reír.

—¡Naturalmente! ¡Eres tan sabio, tío!... Y has venido oficialmente, como consejero secreto efectivo y profesor ordinario de la Universidad, soberbiamente adornado con todas tus condecoraciones... En cambio, yo estoy aquí completamente de incógnito. Me he escondido en el bolsillo del chaleco la banda de la Corporación.

—Esto prueba que no tienes la conciencia tranquila —le dijo su tío—. Si tú...

—Sí, sí —le interrumpió Frank Braun—; cuando sea tan viejo como tú, etc. Era esto lo que querías decir, ¿verdad? Gracias a Dios, no tengo más que veinte años y me encuentro con ellos perfectamente bien.

El consejero se sentó:

—Perfectamente. Ya me lo figuro. Vas por el cuarto curso y no haces otra cosa que andar de camorras y borracheras, tirar a la esgrima, pasear a caballo, amar y hacer necias calaveradas. ¿Te ha mandado tu madre para eso a la Universidad? Di, muchacho: ¿has estado siquiera una vez en clase?

El estudiante llenó dos copas.

—Bebe, tío Jakob, y podrás oírme más tranquilo. Bueno. He estado en clase, sí, señor. Y no sólo en una, sino en todo un curso. Una vez para cada materia. Y no pienso ir más a menudo. Salud.

—Salud —dijo alzando también la copa el consejero—. ¿Y crees tú que esto basta?

—¿Si basta? —dijo riendo Frank Braun—. Yo creo que sobra. Ha sido completamente superfluo. ¿Qué tengo yo que hacer en clase? Es posible que otros estudiantes aprendan una pila de cosas con vosotros los profesores; pero siguiendo ese método tiene que paralizarse su cerebro. Y el mío no lo está. Yo os encuentro a todos y a cada uno en particular increíblemente tontos, necios y aburridos.

El profesor le miró con los ojos muy abiertos.

—Tienes una formidable petulancia, querido —respondió con tranquilidad.

—¿De verdad?

El estudiante se recostó cruzando una pierna sobre otra.

—¿De verdad? No lo creo, pero pienso que, aunque así fuera, nada importaría. Porque mira, tío: yo sé perfectamente por qué digo todo esto. Primeramente, para enfadarte un poco..., porque te pones tan cómico cuando te enfadas... Y después, para oírte decir que tengo razón. Tú, por ejemplo, tío Jakob, eres con toda seguridad un viejo zorro, muy ladino, muy hábil e inteligente, y sabes una porción de cosas; pero en clase eres tan intolerable como tus respetables señores colegas. Dime tú mismo si te gustaría disfrutar de sus cursos.

—¿Yo? De seguro que no —dijo el profesor—. Pero esto es cosa distinta. Cuando tú... Bueno, ya sabes. Y ahora dime qué diablos te trae por aquí. Me concederás que no es ésta una casa en la que tu madre te vería con gusto. En cuanto a mí...

—Bueno, bueno —gritó Frank—. Por lo que se refiere a ti lo sé todo perfectamente. Tú has alquilado esta casa a Gontram; y como él no es, seguramente, pagador puntual, es bueno dejarse ver de vez en cuando. Su mujer te interesa, claro está, como médico... Todos los médicos de la ciudad están entusiasmados con ese fenómeno sin pulmones. Además está ahí la princesa, a quien tu desearías vender tu castillo de Mehlem; y

finalmente, tío, están las dos gatitas. Cosa rica, ¿eh? ¡Oh! Lo digo guardando todos los respetos. Ya sé que en ti todo es honorable, tío Jakob.

Calló, encendió un cigarrillo y lanzó una bocanada de humo. El profesor, venenoso y en guardia, le lanzó la oblicua mirada de su ojo derecho.

—¿Qué quieres decir? —preguntó en voz baja.

El estudiante respondió con una breve risa.

—¡Oh, nada! Absolutamente nada.

Se levantó y tomó del velador una caja de cigarros, que presentó abierta al profesor.

—Fuma, querido tío. Es tu marca: Romeo y Julieta. Gontram ha tirado hoy la casa por la ventana. Y todo por ti, tío.

—Gracias —carraspeó el profesor—. Y otra vez te pregunto: ¿qué querías decir con eso?

Frank Braun aproximó su silla.

—Te diré. No puedo sufrir que me hagas reproches, ¿sabes? Sé muy bien que la vida que llevo es un poco disipada; pero deja, que eso no te importa. Yo no te pido que me pagues mis deudas. Lo que te pido es que no vuelvas a escribir a casa esas cartas que acostumbras. Escribirás que soy muy virtuoso, muy moral, que trabajo como es debido y que hago progresos. Y cosas así. ¿Comprendes?

—Tendría que mentir.

Sus palabras querían ser amables y festivas; pero tenían una viscosidad como la que un caracol deja en su camino.

El estudiante le miró frente a frente.

—Sí, tío. Se trata justamente de que mientas. No por mí, bien lo sabes, sino por mi madre.

Se detuvo un momento y apuró su copa:

—Y para apoyar esta petición de que te dignes escribir unas cuantas mentiras a mi madre, te contaré lo que quise decir hace un momento.

—Estoy impaciente —dijo el profesor, un poco expectante, inseguro.

—Tú conoces mi vida —prosiguió el estudiante, y en su voz vibraba una amarga gravedad—. Tú sabes que todavía hoy no soy más que un chico atolondrado. Porque eres un prudente anciano, muy sabio, rico, en todas

partes conocido, cubierto de títulos y condecoraciones y, además, mi tío, único hermano de mi madre, crees tener derecho a educarme. Con derecho o sin él..., no lo harás nunca. Nadie lo hará nunca... Sólo la Vida.

El profesor se dio una palmada en la rodilla y soltó la risa.

—Sí, sí. La Vida. Aguarda, muchacho, que ya te educará. Ya tiene bastantes aristas, duras y ásperas esquinas y también lindas reglas y leyes, barreras y setos de espino.

Frank Braun respondió:

—No los tiene para mí, como tampoco para ti. Si tú has podido matar las aristas, cortar los espinos y reírte de las leyes, yo también podré hacerlo.

—Escucha, tío —prosiguió—. Conozco bastante bien tu vida. La conoce toda la ciudad y hasta los gorriones repiten tus bromas sobre los tejados. Pero los hombres no hacen sino musitarlas, las refieren detrás de las esquinas, porque tienen miedo de ti, de tu inteligencia y de tu dinero, de tu poder y de tu energía. Yo sé de qué murió la pequeña Anna Paulert; sé por qué tuvo que salir para América tan inopinadamente aquel lindo criadito de tu jardinero. Sé otras muchas historietas tuyas. ¡Oh! No me gustan, desde luego; pero tampoco te las tomo a mal, quizá hasta te admiro un poco, porque puedes hacer impunemente todas esas cosas como un reyezuelo. Lo único que no puedo comprender es tu éxito entre los niños... Tú, con esa traza tan fea...

El profesor jugueteaba con la cadena de su reloj. Miró tranquilo, casi halagado, a su sobrino, y dijo:

—No alcanzas a comprenderlo, ¿verdad?

Y el estudiante:

—Nada, en absoluto. Pero comprendo bien cómo has llegado hasta ello. Hace mucho tiempo que tienes cuanto has querido, dentro de los límites normales de la burguesía. Y quieres salir de ellos. El arroyo se aburre en su viejo lecho y acaba por desbordarse aquí y allá... Es la sangre.

El profesor tomó su copa vacía y la tendió hacia él.

—Llénala, muchacho —dijo. Su voz temblaba un poco y el tono tenía cierta solemnidad—. Tienes razón: es la sangre; tu sangre y la mía. —Bebió y tendió la mano a su sobrino.

—¿Escribirás a mi madre como yo deseo?

—Sí, lo haré —respondió el anciano.

Y el estudiante dijo:

—Gracias, tío Jakob —y tomó la mano que éste le tendía—. Y ahora, viejo Don Juan, llama a las dos festejadas. ¡Qué bonitas están las dos con sus trajes de primera comunión!, ¿eh?

—Hum... Parece que a ti tampoco te disgustan —dijo el tío.

Frank Braun se echó a reír.

—¿A mí? ¡Dios mío! No, yo no soy rival tuyo, tío Jakob..., hoy todavía no..., hoy tengo mayores ambiciones... Tal vez... cuando sea tan viejo como tú... Pero tampoco soy su director espiritual y estas dos rosas no desean otra cosa sino que las corten. Alguien tiene que hacerlo... y pronto; ¿por qué no tu? ¡Eh, Olga, Frieda, venid acá!...

Pero las muchachas no vinieron; atendían curiosamente al doctor Mohnen, que llenaba sus copas y les contaba historietas de doble sentido.

Vino en cambio la princesa, Frank Braun se levantó y le ofreció su asiento.

—¡Quédese usted, quedese usted! —instaba ella—. Todavía no he podido charlar un momento con usted.

—Un momento, Alteza... voy a buscar un cigarrillo —dijo el estudiante—. Y a mi tío le agradecerá muchísimo poder hacerle a usted los honores.

Al profesor no le agradaba nada semejante cosa; hubiese preferido tener a su lado a la princesita. Y ahora venía a hablarle la madre...

Cuando el consejero Gontram conducía a la señora Marion hasta el piano, se aproximó Frank Braun a la ventana. El señor Gontram se sentó, giró sobre el taburete del piano y dijo:

—Les ruego un momento de silencio. La señora Marion nos va a cantar una canción... —Y volviéndose hacia la dama dijo—: ¿Cuál va a ser? ¿Quizá otra vez *Les papillons*? ¿O *Il baccio*, de Arditi? Veamos...

El estudiante los contemplaba. La anciana señora, muy retocada, se conservaba hermosa todavía, y podían creerse las muchas aventuras que de ella se contaban. Antaño, cuando era la más festejada diva de Europa. Desde hacía un cuarto de siglo vivía en esta ciudad, tranquila, retirada en su pequeña villa. Todas las tardes daba un largo paseo por su jardín y lloraba media hora sobre la tumba florida de su perrito.

Ahora cantaba. Su voz estaba ya cascada, y sin embargo, su modo de cantar, a la antigua escuela, poseía un extraño encanto. En los labios pintados tenía la antigua sonrisa de la vencedora, y bajo la densa capa de polvos, sus rasgos trataban de conseguir la eterna pose de cautivante amabilidad. Su mano regordeta jugueteaba con el abanico de marfil, y sus ojos buscaban el aplauso en todos los rincones, como antaño.

¡Oh, sí, esta madame Marion Vère de Vère cuadraba perfectamente en esta casa, como todos los invitados! Frank Braun miró a su alrededor. Allí se sentaban su tío y la princesa, y detrás de ellos, apoyándose en la puerta, estaban el abogado Manasse y Su Reverencia el capellán Schröder, aquel seco, largo, negro capellán Schröder, el mejor catador de vinos del Mosela y del Saar, que sabía siempre de las más selectas bodegas y sin el cual una prueba de vino hubiera parecido imposible; Schröder había escrito un libro sobre la abstrusa filosofía de Plotino y al mismo tiempo las farsas para el guiñol de Anita, la de Colonia; era un ardiente particularista, odiaba a Prusia y se refería sólo a Napoleón I cuando hablaba del emperador; todos los años iba a Colonia el 5 de mayo para asistir a los solemnes oficios por los muertos de la *Grande Armée* en la iglesia de los Minoritas.

Allí estaba el corpulento Stanislaus Schacht, con sus gafas de oro, estudiante de Filosofía, ya en su decimosexto semestre, comodón, perezoso hasta para levantarse de la silla. Desde hacía años estaba como huésped en casa de la viuda del profesor doctor von Dollinger..., donde hacía tiempo se le concedían honores de amo de casa. La viuda, pequeña, fea, sumamente delgada, estaba junto a él, llenándole a cada momento la copa, poniéndole a cada momento nuevos pasteles en el plato. Ella no comía, pero bebía no menos que él y su ternura aumentaba con cada copa; amorosamente acariciaba con sus dedos huesudos las carnosas manazas del estudiante.

Junto a ella estaba Karl Mohnen, doctor en Filosofía y en Derecho, compañero de estudios de Schacht, en los que había invertido casi tanto tiempo como su mejor amigo. Sólo que él tenía que hacer exámenes constantemente, siempre de algo distinto; por el momento era filósofo y se aproximaba el día de su tercer examen. Tenía la apariencia de un dependiente, rápido, siempre en movimiento; Frank Braun pensaba que todavía acabaría de comerciante. Entonces haría su fortuna, en la sección de

confecciones, donde hubiera que servir a las señoras. Buscaba siempre..., por las calles, un buen partido; rondaba balcones y tenía una rara habilidad para hacer amistades. Especialmente atacaba a las viajeras inglesas que..., desgraciadamente, nunca tenían dinero. También estaba allí el pequeño teniente de húsares, con su bigotito negro, hablando con las muchachas: el joven conde Geroldingen pintaba lindamente, tocaba con habilidad el violín y era el mejor jinete del regimiento. Contaba a Frieda y a Olga algo de Beethoven que las aburría horriblemente y si le escuchaban era por tratarse de un tenientillo tan bello.

Oh, sí; todos, sin excepción, correspondían a este lugar, todos tenían algo de sangre gitana, a pesar de sus títulos, condecoraciones, tonsuras y uniformes; a pesar de los brillantes y de las gafas de oro; a pesar de su burguesía; sentían una extraña comezón: el deseo de dar rodeos, de abandonar en algo los estrechos senderos de la corrección burguesa. A la mitad de la canción de la señora de Vère sonó un rugido: eran los chicos de Gontram que se pegaban en las escaleras. La madre salió a calmarlos. Luego Wölfchen, en el cuarto inmediato, se puso a gimotear, y la niñera tuvo que subirlo a la buhardilla, y tomando consigo a Cyklop, los acostó a los dos en el estrecho cochecillo.

Y la señora de Vère comenzó una segunda canción: *La danza de la sombra*, de la *Dinorah*, de Meyerbeer.

La princesa preguntó al profesor por sus últimos experimentos: ¿Podría ella ir alguna vez a ver las extrañas ranas, todos aquellos batracios y los lindos monos? Naturalmente, cuando gustara. Y vería también la rosaleta nueva en el castillo de Mehlem y los grandes setos de camelias blancas que plantaba ahora allí su jardinero.

Pero a la princesa le interesaban más las ranas y los monos que las rosas y las camelias. Y el profesor habló entonces de sus experimentos sobre la transformación de esporas y sobre la fecundación artificial; le dijo que precisamente tenía una ranita muy mona con dos cabezas y otra con catorce ojos en el lomo; analizó cómo extraía al macho las células germinales, y cómo las trasladaba a otro individuo, y cómo las células se desarrollaban gozosamente en el otro cuerpo y producían después de su transformación cabezas y colas, ojos y patas. Le habló de sus experiencias con los monos;

le contó que tenía dos micos jóvenes cuya madre virginal, que ahora los amamantaba, no había conocido nunca al macho.

Esto era lo que más interesaba a la princesa. Preguntó todos los detalles; se hizo explicar, hasta la última minucia, cómo se procedía; se hizo repetir en alemán todas las palabras griegas y latinas cuyo sentido no alcanzaba, y el profesor chorreaba gestos y frases inmundas. La saliva le goteaba por las comisuras de la boca y corría sobre el colgante labio inferior. Gozaba con aquel juego, con aquella charla coprolálica, y recogía voluptuosamente el sonido de sus propias palabras desvergonzadas. Y luego, inmediatamente después de un vocablo especialmente repugnante, dejaba caer un *Alteza* y se complacía con fruición en el cosquilleo que le proporcionaba aquel contraste.

La princesa escuchaba, el rostro encendido, sobreexcitada, casi temblando, aspirando por todos sus poros aquella atmósfera de burdel que se adornaba vanidosamente con unos sutiles hilillos científicos.

—¿No fecunda usted más que monas, señor profesor? —preguntó sin aliento.

—No; también ratas y micos. ¿Le gustaría a usted, Alteza, ver cuando yo...?

Bajó la voz hasta balbucear casi.

Y ella gritó:

—Sí, sí. Tengo que verlo. Con mucho gusto; con muchísimo gusto. Y... ¿cuándo?

Y añadió con dignidad mal aparentada:

—Porque sepa usted que nada me interesa tanto como los estudios de Medicina. Creo que hubiera llegado a ser un excelente médico.

El profesor la miró con una abierta y sarcástica sonrisa.

—Sin duda, Alteza.

Y pensaba que hubiera estado aún mejor de celestina. Pero ya tenía el pez en el anzuelo y comenzó a hablar de rosas y camelias y de su castillo junto al Rin, que a él le resultaba gravoso y que había adquirido sólo por filantropía. La situación era admirable... y las vistas... Si su Alteza se decidiera, quizá...

La princesa Wolkonski se decidió sin vacilar un momento.

—Sí; naturalmente. Me quedo con el castillo.

Vio que Frank Braun pasaba frente a ellos y le llamó.

—Venga usted, venga. Su tío acaba de prometerme que me enseñará algunos experimentos. ¿No es de una amabilidad encantadora? ¿Los ha visto usted ya alguna vez?

—No —contestó Frank Braun—. No me interesan absolutamente nada.

Él se volvió pero ella le retuvo asiéndole de la manga.

—Deme usted..., deme usted un cigarrillo. Y... sí, eso es: una copa de champaña.

Temblaba bajo un ardiente cosquilleo y las fofas masas de su carne estaban perladas de sudor. Sus groseros sentidos, azotados por el desvergonzado discurso del viejo, buscaban un fin, estrellándose como anchas olas contra el muchacho.

—Dígame usted...

Jadeantes, sus poderosos senos amenazaban saltar el corsé.

—¡Dígame usted!... ¿Cree usted... que el profesor podría aplicar a seres humanos... su ciencia, sus experimentos... de fecundación artificial?

Sabía que no, pero necesitaba proseguir la conversación; proseguir a cualquier precio con aquel estudiante joven, fresco y lindo. Frank Braun se echó a reír, comprendiendo instintivamente sus pensamientos.

—Naturalmente, Alteza —dijo ligeramente—. ¡No faltaba más! Precisamente se ocupa mi tío de ello... Ha inventado un nuevo procedimiento tan sutil, que la paciente no se entera de nada, de nada... Hasta que un día se siente embarazada... allá por el cuarto o quinto mes. ¡Tenga usted cuidado con el profesor, Alteza! ¿Quién sabe si ya...?

—¡Por Dios bendito! —gritó la princesa.

—¿Verdad que sería desagradable cuando no se ha tenido parte en ello?

¡Zas! Algo cayó de la pared precisamente sobre la cabeza de Sofía, la doncella. La muchacha dio un grito y, en su terror, dejó caer la bandeja de plata en que servía el café.

—¡Qué lástima de Sèvres! —dijo la señora Gontram indiferente—. ¿Qué ha pasado?

El doctor Mohnen llevó aparte a la llorosa criada, le cortó un mechón de cabellos, le lavó los entreabiertos labios de la herida y le atajó la sangre con

algodones amarillos preparados con percloruro de hierro. No se olvidó de dar a la linda muchacha unas palmaditas en las mejillas, ni de agarrarla a hurtadillas por los turgentes senos. Le dio también vino a beber y le habló en voz baja al oído. El teniente de húsares se inclinó a coger del suelo el objeto que había causado el daño, lo levantó en alto y lo contempló por todos lados.

De la pared colgaban toda clase de extraños objetos. Un ídolo kanake, medio hombre medio mujer, pintado a rayas rojas y amarillas; un par de botas de montar, viejas, informes y pesadas, provistas de recias espuelas españolas; armas herrumbrosas de todas clases; y luego, impreso en seda gris, el diploma doctoral de un antiguo Gontram, de la Escuela Superior de los Jesuitas de Sevilla. De allí colgaba un maravilloso crucifijo de marfil, con incrustaciones de oro y un pesado rosario budista, hecho de grandes piedras de jade verde.

En lo más alto había estado colgado el objeto caído. Se veía muy bien una hendidura en el tapiz, rasgado por el clavo, al desprenderse de la desmoronada argamasa. Era un objeto oscuro, polvoriento, hecho de una raíz empedernida. Tenía el aspecto de un viejísimo y arrugado hombrecillo.

—¡Ah, es nuestra mandrágora! —dijo la de Gontram—. Suerte que ha sido precisamente Sofía la que pasaba, que es de Eifel y tiene la cabeza dura. Si llega a ser Wölfchen, ese asqueroso monigote es capaz de aplastarle la cabeza.

Y el consejero declaró:

—Hace ya unos cientos de años que la tenemos en la familia y ya ha hecho alguna vez otra tontería de éstas. Mi abuelo contaba que una noche le saltó a la cabeza. Pero es posible que estuviera borracho, pues siempre le gustaba beber una pinta de buen vino.

—Pero ¿qué es? ¿Qué se hace con eso? —preguntó el teniente.

—Pues trae dinero a casa —respondió el señor Gontram—. Es una vieja leyenda. Manasse se la contará a ustedes. Venga usted, señor colega; destátese usted, señor erudito. ¿Cómo es la leyenda de la mandrágora?

Pero el pequeño abogado no quería:

—Vamos, vamos. ¡Si todo el mundo lo sabe!...

—Nadie la sabe, señor Manasse —le dijo el teniente—. Exagera usted, en su estimación por la cultura moderna.

—Vamos, desembuche usted de una vez, Manasse —dijo la de Gontram—. Yo quisiera saber qué significa esa cosa tan fea.

Y él comenzó. Hablaba seca, ceñidamente, como si leyera un párrafo de un libro. No se precipitaba, apenas levantaba la voz, blandiendo en la mano derecha, como una batuta, el hombrecillo de raíces.

—Alraune, albraune, mandrágora, llamada también mandrágora (*mandragora officinarum*), planta de la familia de las solanáceas que se encuentra en la cuenca del Mediterráneo, en el SE de Europa y en Asia hasta la región del Himalaya. Las hojas y las flores contienen un narcótico y fueron usadas a menudo antiguamente como hipnótico y hasta empleadas en las operaciones por la célebre escuela médica de Salerno. También se fumaban las hojas y se administraban como afrodisíaco los frutos, que debían incitar a la lujuria para conseguir la fecundidad. Ya Jacob se valió de ese medio en su engaño con los ganados de Labán. El Pentateuco llama a esta planta *dudaim*. Pero en la leyenda corresponde a la raíz el principal papel. Pitágoras menciona ya su extraña semejanza con un viejecillo o con una mujeruca. Ya en su tiempo se creía que con su ayuda se podía llegar a ser invisible y se la empleaba en magia; y viceversa, como un talismán contra la brujería. La leyenda alemana de la mandrágora se desarrolló a principios de la Edad Media, a raíz de las Cruzadas. El criminal, ejecutado en completa desnudez en una encrucijada, pierde su último semen en el momento de quebrársele la cerviz. Ese semen se vierte sobre la tierra y la fecunda; y de él procede la mandrágora: un hombrecillo o una mujeruca. Por la noche se salía a arrancarla. Al dar las doce debía clavarse la pala debajo de la horca; pero era preciso taparse los oídos con lana o con cera, pues al ser arrancado, el hombrecillo gritaba tan horriblemente, que el espanto derribaba en tierra al que lo oía. Aún lo refiere Shakespeare. Se llevaba a casa la raíz, se conservaba cuidadosamente, se le daba un poco de cada comida y se la bañaba en vino todos los sábados. Llevaba la buena suerte en procesos y guerras. Era un amuleto contra la brujería y traía a casa mucho dinero. Hacía amable a quien lo poseyera. Servía para decir la buenaventura y prestaba a las mujeres atractivo y fecundidad y les daba

fáciles partos. Pero en todas partes ocasionaba también dolores y tormentos. La desdicha perseguía a los demás habitantes de la casa y el poseedor se sentía impulsado a la avaricia, a la lascivia y a todos los crímenes, hasta arruinarse finalmente y hundirse en los infiernos. A pesar de todo, las mandrágoras eran muy populares y objeto de comercio, y llegaron a alcanzar muy altos precios. Se dice que Wallenstein llevó una consigo durante toda su vida; y lo mismo se cuenta de Enrique VIII, aquel rey de Inglaterra, tan mujeriego.

El abogado calló, arrojando la dura raíz sobre la mesa.

—¡Muy interesante! ¡Pero que muy interesante! —gritó el conde Geroldingen—. Le quedo a usted muy agradecido por esta corta disertación, señor Manasse.

Pero la señora Marion declaró que ella no toleraría en su casa ni un minuto semejante cosa. Y miraba con aterrados ojos supersticiosos la huesuda mascarilla de la señora Gontram.

Frank Braun se acercó rápidamente al profesor. Sus ojos brillaban. Sobreexcitado, puso la mano sobre el hombro del viejo:

—¡Tío Jakob! —murmuró—. ¡Tío Jakob!

—¿Qué pasa, muchacho? —preguntó el profesor.

Pero se levantó y siguió a su sobrino a la ventana.

—¡Tío Jakob! —repitió el estudiante—. Esto es... esto es lo que te falta. Esto es mejor que hacer tonterías con ranas, monos y niños pequeños. Aprovéchate y sigue el camino por donde nadie ha caminado antes que tú.

Su voz temblaba y despedía con nerviosa precipitación el humo de su cigarrillo.

—No comprendo ni una palabra —dijo el anciano.

—¡Oh, tienes que comprender, tío Jakob! ¿No has oído el relato? Crea una *Alraune*, una que viva, de carne y hueso. Tú puedes hacerlo, tío. Tú, o ningún otro en el mundo.

El profesor le contempló con mirada insegura e interrogante. Pero en la voz del joven había tal convicción, tal fuerza de fe, que se quedó cortado, contra su voluntad.

—Explícate más claro, Frank —dijo—. Verdaderamente no sé lo que quieres.

Su sobrino sacudió con vehemencia la cabeza.

—Ahora no, tío. Te acompañaré a tu casa, si me lo permites.

Se volvió con presteza hacia una criada que servía el café y apuró a grandes tragos una taza tras otra.

Sofía se había escapado de los consuelos del doctor Mohnen, que corría ahora de un lado para otro y estaba en todas partes, atareado como una cola de vaca en tiempo de moscas. Sentía siempre en los dedos la necesidad de agarrar algo, de frotar algo, y así tomó la mandrágora y la refregó con una gran servilleta, quitándole el polvo. Apenas lo consiguió; polvorienta desde hacía siglos, la mandrágora ensuciaba servilletas y servilletas, pero no adquiría brillo. El activo doctor la tomó por último y blandiéndola en alto la arrojó certeramente en medio del inmenso bol.

—¡Bebe, mandrágora! —gritó—. En esta casa te han tratado mal; de seguro tendrás sed.

Luego subió a una silla y pronunció un solemne discurso a las doncellitas. «Ojalá lo sigáis siendo eternamente —concluyó—; os lo deseo de todo corazón».

Mentía. No lo deseaba. Nadie lo deseaba. Las dos damitas menos que nadie. Pero ellas que charlaban con las otras, fueron hacia él, se inclinaron y le dieron las gracias.

El capellán Schröder estaba junto al consejero y ponía el grito en el cielo porque cada vez estaba más cercano el día de introducir el nuevo Código civil. Diez años más, y nada quedaría del Código napoleónico. Y entonces tendrían la misma legislación que arriba, en Prusia. No le cabía en la cabeza.

—Sí —suspiraba el consejero—. Y el trabajo que eso cuesta. Hay que aprendérselo todo de nuevo. Como si uno no tuviera ya bastante que hacer.

En el fondo le tenía todo sin cuidado y se ocuparía tanto de la lectura del Código civil como se había ocupado del estudio del derecho renano. Gracias a Dios, los exámenes quedaban ya lejos.

La princesa se despidió, llevándose en su coche a la señora Marion. Pero esta vez Olga se quedó también con su amiga. Todos los demás se fueron despidiendo.

—¿Te vas tú también, tío Jakob? —preguntó el estudiante.

—Tengo que aguardar —dijo el profesor—. Mi coche no ha llegado todavía. Vendrá de un momento a otro.

Frank Braun miró por la ventana. La pequeña señora von Dollinger corría escaleras abajo, ágil como una ardilla, a pesar de sus cuarenta años; cayó, se levantó de nuevo y se lanzó contra una recia haya, asiéndose al tronco con brazos y piernas. Y ya loca, ebria de vino y de lascivia, besaba el tronco con ardientes y deseosos labios, hasta que Stanislaus Schacht la soltó de allí como a un escarabajo adherido a una rama, sin rudeza, pero con fuerza; sereno, a pesar de la formidable cantidad de vino que había bebido. Y ella gritaba y se asía tenazmente, sin querer separarse del liso tronco. Él la levantó en vilo, tomándola en brazos; entonces ella le reconoció y, quitándole el sombrero, le dio un sonoro beso en medio de la calva.

El profesor se levantó y dijo unas breves palabras al consejero.

—Un ruego. ¿Quiere usted regalarme la mandrágora?

La señora Gontram ahorró a su marido la respuesta:

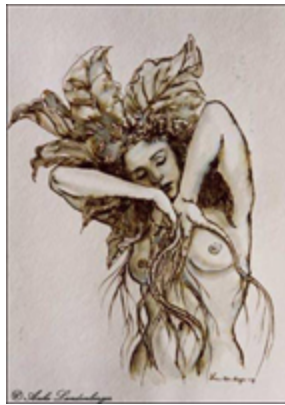
—No faltaba más. Llévesela usted. Estas cosas tienen más valor para un soltero.

Y sacó del bol al hombrecillo de raíces. Pero al sacarlo golpeó el borde y un claro tintineo llenó el salón, y el magnífico cristal se hizo añicos, derramándose su dulce contenido sobre la mesa y el suelo.

—¡María Santísima! —exclamó—. De seguro que lo mejor es que este maldito muñeco salga de una vez de la casa.

CAPÍTULO III

Que hace saber cómo Frank Braun convenció al profesor de que debía crear a Alraune



En el coche, el profesor ten Brinken y su sobrino permanecieron en silencio. Frank Braun, recostado, la mirada fija al frente, profundamente sumergido en sus pensamientos. El profesor le contemplaba, acechándole con su oblicua mirada.

El viaje duró apenas media hora. El coche rodó por la carretera, torció a la derecha, traqueteando sobre el desigual empedrado de Lendenich. Allí, en medio de la aldea, estaba la vasta casa solariega de los Brinken, una extensa finca casi cuadrangular, jardín, parque, y en medio, hacia la calle, una serie de pequeños e insignificantes edificios. Doblaron la esquina, pasando frente al patrón del pueblo, San Juan Nepomuceno, cuya imagen, adornada de flores y alumbrada por dos lámparas perpetuas, ocupaba su nicho, abierto en un esquinazo de la casa señorial. Un criado abrió el portón y acudió a franquear el estribo a los señores.

—Tráiganos vino, Aloys —ordenó el profesor—. Vamos a la biblioteca.
Y volviéndose a su sobrino:

—¿Quieres dormir aquí o hago esperar al cochero?

El estudiante sacudió la cabeza.

—Ni una cosa ni otra. Volveré a pie a la ciudad.

Atravesaron el patio y penetraron por la derecha en la casa, que consistía en una inmensa sala con una diminuta antecámara y unas cuantas pequeñas habitaciones accesorias. A lo largo de las paredes se levantaban inmensas estanterías atestadas de miles de volúmenes. Aquí y allá se veían vitrinas bajas de cristal, llenas de antigüedades romanas, procedentes de las excavaciones; en ellas se habían vaciado varias fosas, expoliadas de los tesoros avaramente guardados. Grandes alfombras cubrían el suelo; escritorios, sillones y sofás estaban desparramados, sin orden, por la sala.

Entraron; el profesor arrojó su mandrágora sobre el diván. Encendieron las bujías, aproximaron dos sillones y se sentaron. El criado descorchó una polvorienta botella.

—Puedes marcharte —le dijo su señor—. Pero no te acuestes. El joven se va pronto y tienes que cerrar la puerta.

—¿Y bien? —añadió, volviéndose hacia su sobrino.

Frank Braun bebía. Había tomado la raíz y jugaba con ella. Estaba un poco húmeda aún y parecía ahora casi flexible.

—Tiene bastante parecido —murmuraba—. Éstos son los ojos..., los dos. Aquí cuelga la nariz y aquí se abre la boca. Mira, tío Jakob, ¿no parece que hace una mueca? Los bracillos están algo desmedrados y las piernas han crecido juntas hasta la rodilla...

La alzó, mirándola por todas partes.

—Mira a tu alrededor, mandrágora —gritó—. Ésta es tu nueva patria; aquí, en casa del doctor Jakob ten Brinken, estás más en tu centro que entre los Gontrams.

—Eres ya vieja —prosiguió—; tienes cuatrocientos, seiscientos años, quizá más. A tu padre le ejecutaron porque era un asesino, o un cuatrero, o quizá porque hacía versos satíricos contra algún poderoso señor de coraza o casulla. Sea como quiera, en su tiempo pasaba por un criminal y le ejecutaron. Y derramó su última vida sobre la tierra y te engendraron a ti,

extraña criatura. Y la madre Tierra recibió en su seno fecundo esa despedida del criminal y te concibió en el misterio. Y te parió... a ti; ella, gigantesca, todopoderosa..., a ti, un mezquino, feo homúnculo... Y te desenterraron a medianoche, en la cruz de los caminos, temblando de miedo, entre ululantes fórmulas de conjuro. Al salir por primera vez la luz de la luna, lo primero que viste fue a tu padre pendiente de la horca, huesos quebrantados y pútridas piltrafas. Y te llevaron consigo los que le habían colgado; te llevaron consigo a ti, porque tú debías procurarles dinero, placer: oro brillante y amor joven. Ya sabían que les acarrearía también dolores, miserable desesperación y por último, una muerte ruin. Lo sabían... y te desenterraron, y te llevaron consigo, y lo trocaron todo por un poco de amor y de oro.

El profesor dijo:

—Todo eso es muy bonito, muchacho. Eres un poco fantástico.

—Lo soy, sí —dijo el estudiante—. Lo soy... como tú.

—¿Como yo? —rió el profesor—. Creo que mi vida ha transcurrido bastante normalmente.

Pero su sobrino sacudió la cabeza.

—No, tío Jakob. No es así. Tú llamas muy real a lo que otras gentes llaman fantasías. Basta recordar tus experimentos. Para ti no son más que juegos, caminos que quizá conduzcan algún día a una meta. Nunca se le hubieran ocurrido esos pensamientos a un hombre normal. Sólo podrían ocurrírsele a un fantaseador. Sólo una cabeza desordenada, sólo un hombre por cuyas venas corre una sangre ardiente, como la de vosotros los Brinkens, podría atreverse a lo que tú debes hacer ahora, tío Jakob.

El viejo le interrumpió con cierta irritación, pero halagado:

—Deliras, muchacho, e ignoras si tendré o no ganas de hacer todas esas misteriosas cosas de que me hablas... y de las que yo no tengo todavía la menor idea.

Pero el estudiante no cedió. Su voz vibraba clara, confiada, rebosando convicción en cada sílaba.

—Sí, tío Jakob. Lo harás. Sé que lo harás. Lo harás porque no hay otro, porque tú eres el único hombre en el mundo capaz de llevarlo a cabo. Cierto que hay otros sabios que hacen análogos experimentos y que han llegado

tan lejos como tú. Pero son hombres normales, secos, acartonados, hombres de ciencia que se reirían de mí y me tendrían por loco si acudiera a ellos con mis planes; o bien, me echarían a la calle por haberme atrevido a acercarme a ellos con semejantes ideas, que llamarían deshonestas, inmorales y despreciables: esas ideas que osan introducirse en la obra del Creador, que se burlan de toda la Naturaleza. Tú no, tío Jakob, tú no; ni te reirás de mí ni me arrojarás a la calle. A ti, como a mí, te incitará la idea. Por eso eres el único hombre capaz de realizarla.

—Pero ¿qué idea, por todos los dioses? ¿Qué es ello?

El estudiante se levantó y llenó las dos copas hasta el borde.

—Choca, viejo brujo —exclamó—; un vino nuevo debe manar de tus antiguos odres. Choca, tío Jakob: ¡viva... tu hijo!

Chocó su copa con la del anciano, la apuró de un trago y la arrojó contra el techo. Se oyó arriba un tintineo de vidrio y los añicos cayeron sin ruido sobre la muelle alfombra.

Aproximose aún más su sillón y dijo:

—Escucha. Estarás ya impaciente con tan largo preámbulo. No me lo tomes a mal. Me sirve para madurar, para amasar mis pensamientos, para hacerlos accesibles y tangibles.

»Yo los concibo así:

»Debes crear una mandrágora, tío Jakob. Debes hacer verdad la vieja leyenda. ¿Qué importa que sea superstición, fantasmagoría medieval, jerigonza mística de los viejos tiempos? Tú harás una verdad de la vieja mentira. La creas y la expones a la luz del día, accesible a todo el mundo... Ni el profesor más necio se atreverá a negarla.

»Fácil te será encontrar un criminal. Juzgo indiferente que haya muerto en la horca o en una encrucijada; hoy somos progresivos, y el patio de la cárcel y nuestra guillotina son mucho más cómodos. Cómodos también para ti, pues gracias a tus relaciones te será fácil conseguir ese difícil material y arrancar a la Muerte una nueva vida. ¿Y la Tierra? Descifra el símbolo, cuyo sentido es la fecundidad. La Tierra es la hembra que nutre la semilla confiada a su seno; la nutre, la hace germinar, crecer, florecer y dar fruto. Toma lo que es tan fecundo como la Tierra misma; toma la hembra.

»La Tierra es también la eterna ramera al servicio de todos. Es la eterna madre, la prostituta siempre venal, accesible a miles de millones. A nadie se niega su vientre lascivo; el que la quiere, puede poseerla; a través de milenios, cuanto tiene vida fecunda sus entrañas prolíferas.

»Por eso, tío Jakob, debes escoger una ramera. Escoge la más descarada, la más desvergonzada, una nacida para zorra; no la que ejerza su profesión por necesidad o la que haya caído víctima de una seducción. ¡Oh, no! Una así, no. Sino la que ya era puta cuando aprendió a andar, para quien su vergüenza es el único placer y la única vida. Ésa debes elegir. Su seno será como la Tierra. Tú eres rico, ¡oh, la encontrarás! No eres ningún niño de escuela en semejantes andanzas. Puedes darle mucho dinero, comprarla para tu experimento. Y si es la verdadera, se retorcerá de risa, y te estrechará contra su grasiento pecho, y te comerá a besos. Porque le ofreces algo que ningún hombre le ha ofrecido antes que tú. Lo que sigue lo sabes mejor que yo. Lo mismo que has hecho con los monos podrás hacer con seres humanos. Tienes que estar preparado para el momento en que la cabeza del asesino caiga, maldiciendo, en el saco.

Se había levantado y se apoyaba en la mesa, mirando al viejo con ojos fijos y penetrantes; y el profesor recogió aquella mirada, parándola con la suya oblicua. Era como si un roñoso y corvo sable turco se cruzara con un esbelto florete.

—¿Y luego, señor sobrino? —preguntó—. ¿Y luego? ¿Y cuando el niño venga al mundo? ¿Qué hacer entonces?

El estudiante vaciló. Sus palabras cayeron lentas, como gotas.

—Entonces... tendremos el ser mágico.

Su voz onduló ligera, flexible, como el sonido de una cuerda musical.

—Entonces... veremos lo que hay de verdad en la vieja leyenda. Podremos mirar las entrañas de la Naturaleza.

El profesor quiso hablar, pero Frank Braun le quitó la palabra:

—Entonces se demostrará si hay algo misterioso, superior a las leyes conocidas. Podrá saberse si la vida vale la pena de ser vivida, aun para nosotros.

—¿Aun para nosotros?

Frank Braun dijo:

—Sí, tío Jakob. Para ti y para mí, y para los pocos cientos de hombres que están sobre la vida y que, sin embargo, están obligados a seguir los caminos trillados por el rebaño.

Y, súbitamente, sin transición:

—Tío Jakob, ¿crees en Dios?

El profesor chasqueó la lengua, impaciente.

—¿Que si creo en Dios? ¿Y eso qué tiene que ver...?

Pero el sobrino le instaba, sin dejarle pensar:

—Contéstame, contesta. ¿Crees en Dios?

Se inclinó sobre el viejo, mirándole de hito en hito.

Y el profesor dijo:

—¿Qué te importa eso muchacho? Con la razón... después de todo lo que he conocido, seguramente que no creo en un Dios. Pero con el sentimiento, el sentimiento es una cosa tan incontrolable... tan...

—Sí, tío —gritó el estudiante—. Entonces con el sentimiento...

El profesor seguía defendiéndose. Se agitó en su sillón y dijo:

—Si he de decir verdad..., algunas veces..., muy raramente..., con largos intervalos...

Entonces gritó Frank Braun:

—Tú crees en un Dios. ¡Oh!, me lo figuraba. Todos los ten Brinken lo han hecho; todos hasta ti.

Levantó la cabeza y entreabrió los labios, mostrando los brillantes dientes. Y prosiguió, arrojando con dureza cada palabra:

—Entonces lo harás, tío Jakob. Entonces debes hacerlo; y nada podrá salvarte. Porque tú tienes la posibilidad que se ha negado a millones de hombres...: *la posibilidad de tentar a Dios. Si Él vive, tu Dios debe dar una respuesta a tu cínica pregunta.*

Calló y recorrió la sala a grandes pasos. Tomó su sombrero y se acercó al anciano:

—Buenas noches, tío Jakob. ¿Lo harás? —dijo, tendiéndole la mano.

Pero el viejo no reparó en ello. Tenía la mirada perdida y cavilaba.

—¡No sé!... —respondió por fin.

Frank Braun tomó de la mesa la mandrágora y se la puso al viejo en las manos. Su voz sonaba sarcástica y altiva:

—Consúltalo con ésta.

De repente cambió de tono, y dijo con tranquilidad:

—Sé que lo harás.

Fue hacia la puerta, se detuvo de nuevo y volvió sobre sus pasos.

—Todavía una cosa, tío Jakob. Si lo haces... Pero el profesor exclamó:

—No sé si lo haré.

—Bien —dijo el estudiante—; no pregunto eso. Sólo... en caso de que lo hicieras, ¿quieres prometerme una cosa?

—¿Qué? —inquirió el profesor.

Él respondió:

—No invites a verlo a la princesa.

—¿Por qué no?

Y Frank Braun dijo con suavidad y muy serio:

—Porque esto es algo... muy sagrado.

Y se marchó.

* * *

Salió de la casa y atravesó el patio. Un criado le abrió el portón, que volvió a cerrarse chirriando tras él. Frank Braun salió a la calle, se detuvo ante la imagen del santo y lo examinó inquisitivamente.

—¡Oh mi querido santo! —exclamó—. Los hombres te traen flores y aceite nuevo para tu lámpara; sólo la casa que te cobija no se cuida de ti. Se te estima en ella, a lo sumo, como una antigüedad. Bueno es para ti que el pueblo confíe aún en tu poder.

Y canturreó por lo bajo:

*¡Juan Nepomuceno,
patrón de las aguas!
Contra las crecidas
protege mi casa.
Haz que en otra parte
revienten sus rabias,*

*¡Juan Nepomuceno,
protege mi casa!*

—Ah, viejo ídolo —prosiguió—, para ti es fácil proteger de las inundaciones esta aldea, desde que está separada a tres cuartos de hora del Rin, que corre canalizado entre muros de piedra.

»Pero procura, bendito San Juan, salvar esta casa de las olas que sobre ella van a romperse. Yo te amo, imagen de piedra, porque eres el patrón de mi madre, que lleva tu nombre a más del de Hubertina, impuesto para librarla de las mordeduras de los perros rabiosos. ¿Te acuerdas de cuando vino al mundo en esta casa, en el día que te está consagrado? Por eso lleva tu nombre. Y porque la amo, santo mío, quiero tenerte prevenido... por ella.

«¿Sabes? Hoy ha entrado ahí dentro otro santo, o mejor dicho *non sancto*, un hombrecillo, no de piedra como tú, ni vestido de hermosa túnica plegada. De raíces está hecho y miserablemente desnudo. Pero es tan viejo como tú, quizá más viejo. Y se dice que tiene un extraño poder. Haz una prueba de tus fuerzas: uno de los dos tiene que caer, el hombrecillo o tú, y se decidirá quién ha de ser dueño de la casa de los Brinkens. Haz ver tu poder, santo mío».

Frank Braun saludó santiguándose.

Y con una risita irónica, atravesó las callejuelas con pasos rápidos. Salió al campo y aspiró a pulmón pleno el aire fresco de la noche. Se encaminó hacia la ciudad. En las avenidas, bajo los castaños en flor, sus pasos se aminoraron, y caminó, ensoñadoramente, tatareando por lo bajo. De pronto se detuvo, vaciló un momento y se volvió; torció a la izquierda y enfiló el ancho camino de Baumschuler. Otra vez se detuvo, mirando a todos lados. Saltó de un brinco una tapia baja y corrió por un quieto jardín hacia una villa roja. Allí se detuvo de nuevo, miró hacia arriba, y su agudo y breve silbido rompió el silencio de la noche dos, tres veces, con cortos intervalos.

Un perro ladró a lo lejos, mientras sobre su cabeza una ventana abierta con cuidado dejaba ver una rubia figura femenina, envuelta en un blanco salto de cama.

Su voz musitó en la oscuridad:

—¿Eres tú?

—Sí, sí —contestó Frank Braun.

Ella desapareció y volvió en seguida con algo envuelto en un pañuelo blanco, que echó abajo.

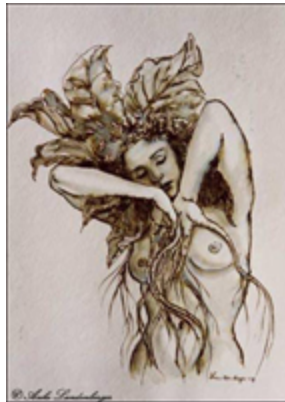
—Toma la llave. Pero cuidado, ten mucho cuidado, no se despierten mis padres.

Frank Braun recogió la llave, subió la pequeña escalinata de mármol, abrió la puerta y entró. Y mientras tanteaba en la oscuridad, callada y cuidadosamente, sus jóvenes labios musitaban:

*¡Juan Nepomuceno!
¡Santo valedor
contra los naufragios,
líbrame del amor!
Priva de tu amparo al lascivo,
déjame a mí en tierra, tranquilo.
¡Juan Nepomuceno,
líbrame del amor!*

CAPÍTULO IV

Que refiere cómo dieron con la madre de Alraune



Frank Braun estaba preso en la ciudadela. Arriba, en Ehrenbreitstein. Ya llevaba dos meses y aún le quedaban tres por cumplir. Todo el verano. Y todo por haber agujereado el aire de un balazo, lo mismo que su adversario. Se aburría.

Estaba sentado en el pretil del pozo, en lo más alto de la áspera roca asomada sobre el Rin. Balanceaba las piernas, miraba al azul y bostezaba. Y exactamente lo mismo hacían los otros tres compañeros sentados junto a él. Ninguno hablaba una palabra.

Vestían chaquetas de dril amarillo que habían comprado a unos soldados; se habían hecho pintar por sus asistentes gigantescas cifras negras sobre la espaldas, que indicaban los números de sus celdas. Allí estaban el 2, el 14 y el 6. Y Frank Braun llevaba el 7. Subió un grupo de extranjeros, ingleses e inglesas, conducidos por el sargento de guardia, señalando a los pobres prisioneros, marcados con sus grandes números, y que tan atribulados se mostraban. La compasión se despertó y, entre exclamaciones

conmiserativas, preguntaron al guía si se podría dar algo a aquellos miserables. El interrogado dijo que estaba severamente prohibido y que él no debía verlo. Pero, movido por la bondad de su corazón, dio media vuelta y se puso a describir la comarca a los señores. «Allí está Coblenz —decía— y allí Neuwied, y allá abajo, junto al Rin...» Entretanto, se acercaron las señoras y los pobres prisioneros tendieron las manos a sus espaldas y en ellas cayeron monedas, cigarrillos, tabaco; a veces, una tarjeta con una dirección.

Era el juego inventado e introducido allí por Frank Braun.

—Es humillante en realidad —dijo el número 14, comandante de Caballería barón Flechtheim.

—Eres un idiota —dijo Frank Braun—. Lo humillante es que nos hagamos los distinguidos, se lo demos todo a los suboficiales y nos quedemos sin nada. Si por lo menos no estuvieran tan perfumados estos malditos cigarrillos ingleses...

Se quedó contemplando la presa.

—Mira, otra libra esterlina. El sargento se alegrará. Ya podía aprovecharla yo mismo.

—¿Cuánto perdiste ayer? —preguntó el 2.

Frank Braun se echó a reír.

—Toda mi mensualidad, que acababa de recibir, y además algunos pápiros de boquilla..., ¡al diablo con el bacarrá!

El número 6 era un alférez, jovencillo, que parecía amasado de leche y sangre. Suspiró:

—¡Todo me lo he jugado!

—¿Crees que a los demás nos ha pasado otra cosa? —le refunfuñó el 14—. ¡Y pensar que esos tres sinvergüenzas se divierten ahora en París con nuestro dinero! ¿Cuánto tiempo crees que se quedarán allí?

El doctor Klaverjahn, médico de marina, prisionero en la celda número 2, dijo:

—Calculo que tres días. El dinero tampoco les alcanza a más.

Hablaban de los números 4, 5 y 12, que habían ganado mucho la noche anterior y que por la mañana se habían echado bonitamente monte abajo

para poder salir a primera hora en el tren de París. En el fuerte se llamaba a esto descansar un poco.

—¿Qué vamos a hacer este domingo? —preguntó el 14.

—¡Estrújate por una vez esa cabeza estúpida! —gritó Braun al comandante.

Saltó del muro, atravesó el patio y llegó al jardín de los oficiales. Estaba de mal humor y silbaba para sí. No era la pérdida en el juego, que tantas veces había sufrido sin amilanarse. ¡Era aquella lamentable permanencia allá arriba, aquella insoportable monotonía! Cierto que las ordenanzas del fuerte eran bastante benignas y no había ninguna que los señores presos no infringiesen a todas horas. Tenían su casino, con un piano y un armónium, y dos docenas de periódicos. Cada uno tenía asistente y una amplia habitación, casi una sala, por celda, por la que pagaba el Estado un céntimo diario. Se hacían traer la comida de la mejor fonda de la ciudad y su bodega estaba en el mejor orden. Sólo una cosa tenían que censurar: no podían cerrar su puerta por dentro. Era el único punto en que la Comandancia se mostraba increíblemente severa. Desde una vez que hubo un intento de suicidio, se ahogó en germen todo intento de proveerlas de cerrojo.

—Son unos majaderos esos tíos —pensaba Frank Braun—. ¡Como si no pudiera uno suicidarse sin cerrojo!

Esa falta de cerradura le atormentaba todos los días, amargándole la alegría de vivir, pues era imposible quedarse solo en la fortaleza. Había intentado asegurar la puerta con cuerdas y cadenas, poniendo detrás su cama y demás muebles. Inútil. Después de una lucha de varias horas, la barricada quedaba destruida y toda la cofradía se trasladaba triunfante a su cuarto.

¡Oh, aquella cofradía! Cada uno era inofensivo, agradable y buen chico. Con cada uno —a solas— se podía charlar media hora; ¡pero juntos!... Juntos eran insoportables. Lo que los hacía insufribles era el *Komment*,^[2] aquella mezcla de *Komment* de oficiales y de estudiantes, todavía adornado con algunas tonterías más, particulares del fuerte. Se cantaba, se bebía, se jugaba día y noche, un día tras otro. Subir unas cuantas muchachas, hacer unas cuantas escapadas; éstas eran las grandes hazañas. Y ya no se hablaba de otra cosa.

Los que llevaban allí mucho tiempo eran los peores, completamente inutilizados por aquella eterna monotonía. El doctor Bermüller, que había matado a tiros a su cuñado y llevaba dos años allá arriba, y su vecino, el teniente de Dragones conde von Vallendar, que llevaba medio año más. Y los que venían nuevos, al cabo de una semana ya estaban echados a perder. El más grosero y salvaje era el más considerado.

Frank Braun gozaba de este prestigio; había cerrado el piano al segundo día de llegar por no querer oír más la terrible «Canción de primavera» del comandante: se había apoderado de la llave, arrojándola luego desde el muro. Además se había traído su caja de pistolas y se pasaba tirando todo el santo día. Y beber y blasfemar sabía hacerlo como el más pintado.

En el fondo se había alegrado de ir a pasar en la ciudadela los meses de verano. Trajo consigo un gran paquete de libros, plumas nuevas y papel blanco. Creía poder trabajar y se complacía en aquella obligada soledad.

Pero no había podido abrir un libro; ni siquiera había escrito una carta. Se había dejado arrastrar por aquel torbellino de infantilismo que le asqueaba. Y hacía la vida de todos, día por día. Odiaba a sus camaradas, a todos y a cada uno.

Su asistente se acercó saludando militarmente:

—Señor doctor: una carta.

¿Una carta? ¿En domingo? La tomó de manos del soldado. Era una carta urgente que le había sido reexpedida. En ella reconoció los delgados trazos de la escritura de su tío. ¿De él? ¿Qué querría de pronto? Sopesó vacilante la carta...

Ah, de buena gana la hubiera devuelto, escribiendo encima: «Aceptación denegada». ¿Qué le importaba al viejo profesor?

Era lo primero que de él veía desde que le acompañó a Lendenich después de aquella fiesta en casa de Gontram, cuando trató de convencerle de que debía crear una mandrágora viva... Desde entonces; hacía dos años.

¡Qué lejos estaba ya todo aquello!

Él había pasado a otra Universidad y hecho, a su tiempo, los exámenes. Ahora residía en un rincón de Lorena, ocupado como pasante. ¿Ocupado? Bah, él proseguía la vida que llevaba en la Universidad, bienquisto de las mujeres y de todos aquellos que llevaban una existencia disipada y gustaban

de las costumbres licenciosas. Pero no era muy del agrado de sus superiores. Oh, él también trabajaba de vez en cuando, pero para sí, y siempre en algo que sus superiores llamaban un grosero abuso.

Cuando podía se marchaba a París. En la Butte Sacrée se sentía más a sus anchas que en el Tribunal. Y él no sabía, a ciencia cierta, a dónde iba a llevarlo todo esto.

Estaba seguro que no iba a acabar de jurista, abogado, juez o funcionario de análoga especie. ¿Qué hacía, pues? Iba tirando. Contrayendo nuevas deudas.

Seguía con la carta en la mano, deseoso de abrirla y, sin embargo, tentado a devolverla intacta, como tardía respuesta a aquella otra que su tío le enviara hacía dos años.

Fue poco después de aquella noche. Con otros cinco estudiantes pasaba a caballo por la aldea, de madrugada, de vuelta de una excursión por las Siete Montañas. Y, movido de un súbito capricho, los había invitado a cenar en la casa ten Brinken.

Arrancaron la campanilla, gritaron, aporrearon el férreo portón, haciendo un ruido de mil diablos que alborotó a toda la aldea.

El profesor estaba de viaje, pero por orden del sobrino el criado les dejó entrar. Llevaron los rocines a la cuadra y Frank Braun hizo despertar a la servidumbre, disponer una gran cena y él mismo sacó los mejores vinos de la bodega del tío. Y comieron y bebieron y cantaron, se desparramaron por la casa alborotando, aullando, destrozando cuanto caía bajo sus puños. Al otro día temprano regresaron a sus casas, voceando y canturreando, colgados de los caballos, unos como salvajes *cowboys*, los otros como viejos sacos de harina. «Los señoritos se condujeron como cerdos», informó Aloys al profesor.

Pero no fue eso lo que indignó al señor ten Brinken, que no hubiese malgastado una palabra con tal motivo, sino que en el aparador había raras manzanas, nectarinas frescas como rocío, peras y melocotones, frutas cogidas en sus invernaderos. Frutos delicados obtenidos a costa de indecibles cuidados, frutos primerizos de árboles nuevos dispuestos entre algodones en platos de oro para que maduraran. Y los estudiantes no respetaron las aficiones del profesor y cayeron sobre ellos sin consideración

alguna. Los habían mordido, sin sazonar como estaban, y los habían arrojado luego. Eso fue todo.

El profesor escribió a su sobrino una agria carta, rogándole no volviera a poner los pies en su casa, con lo que éste quedó profundamente lastimado por considerar el motivo una deplorable niñería.

Ah, si hubiera recibido en otra parte la carta que tenía en la mano, en Metz o en Montmartre, no hubiese dudado un segundo en devolverla. Pero allí, allí, en aquella ciudadela tan horriblemente aburrida...

Se decidió, murmurando:

—En todo caso, para variar...

Y abrió la carta.

El tío le comunicaba que estaba dispuesto, después de meditarlo serenamente, a seguir la incitación que él, su sobrino, le había hecho antaño. Tenía un candidato a padre muy a propósito: la revisión del proceso del asesino Noerrissen había sido denegada; y no era de suponer que la petición de indulto tuviera más éxito. Se trataba de buscar una madre. Había hecho ya algunos ensayos en tal sentido, siempre con resultado negativo. No parecía fácil encontrar allí nada apropiado; pero el tiempo urgía. Preguntaba a su sobrino si estaba dispuesto a ayudarlo en el asunto.

Frank Braun se quedó mirando al asistente.

—¿Está el cartero todavía ahí? —preguntó.

—Sí, señor doctor —respondió el soldado.

—Dile que tiene que esperar. Toma; dale una propina.

Buscó en sus bolsillos y encontró finalmente un marco. Con la carta en la mano regresó al fuerte.

Apenas había llegado al patio del cuartel, cuando le salió al encuentro la mujer del sargento mayor seguida de un ordenanza de Telégrafos.

—Un telegrama para usted —gritó la mujer.

Era del doctor Petersen, el médico ayudante del profesor, y decía: «Su Excelencia se encuentra desde ayer en Berlín, Hotel Roma. Esperamos respuesta inmediata de si vendrá. Cordiales saludos».

¿Su Excelencia? Es decir, que habían dado a su tío tratamiento de Excelencia. Y además estaba en Berlín. ¡En Berlín! ¡Qué lástima! Él

hubiera preferido ir a París. Allí se hubiera encontrado más fácilmente algo, y también algo mejor.

Pero no importaba. ¿Qué remedio? Ya estaba en Berlín. Esto suponía al menos una interrupción de aquella monotonía. Pensó un momento: debía salir aquella misma noche. Pero no tenía un céntimo y los camaradas tampoco.

Se quedó mirando a la mujer. «Usted, señora...», comenzó. Pero no podía ser.

Concluyó:

—Dele una propina al ordenanza y póngamela a mi cuenta.

Fue a su cuarto, hizo preparar los baúles y dio orden al asistente de llevarlos a la estación y de guardar allí. Volvió a bajar.

En la puerta encontró al suboficial encargado de la inspección de los prisioneros, retorciéndose las manos de desesperación.

—¿Usted también quiere marcharse, señor doctor? —gemía—. Y los otros tres señores que también se han ido... a París..., al extranjero... ¡Dios mío, esto no va a acabarse nunca! ¡Y yo pago el pato..., yo tengo la responsabilidad!...

—¡Bah, no será tanto!... —le contestó Frank Braun—. Me voy por un par de días y los otros señores estarán ya de vuelta para entonces.

El suboficial seguía lamentándose.

—No es por mí... Naturalmente, yo no digo nada. Pero los otros me tienen tanta envidia... Y hoy es el sargento Beckerf el que tiene guardia, y...

—Más le valdrá callarse —repuso Frank Braun—. Ha recibido de nosotros más de treinta marcos... Piadosos dones de las inglesas. Además voy a ir a Coblenz a pedir permiso. ¿Está usted contento?

Pero el vigilante no estaba contento.

—¿Cómo? ¿A la Comandancia? Pero señor doctor... ¡si no tiene usted permiso para ir desde aquí hasta la ciudad! ¿Y quiere usted ir a la Comandancia?

Frank Braun se echó a reír.

—Precisamente. Como que tengo que pedirle al comandante el dinero para el viaje.

El suboficial no dijo una palabra más; se quedó inmóvil, como petrificado, con la boca abierta.

—Dame diez céntimos para pagar el pontazgo, Schorsch —dijo Frank Braun al asistente.

Tomó la moneda y atravesó el patio con rápidos pasos. Al jardín de oficiales y de allí a la explanada. Saltó el muro, se agarró por el otro lado a la rama de un recio fresno y resbaló por el tronco abajo. Luego, abriéndose paso entre los matorrales, descendió por la ladera.

En veinte minutos estaba abajo. Éste era el camino que ordinariamente seguían en sus escapatorias nocturnas.

Siguió a lo largo del Rin, hasta el puente de barcas, y cruzándolo entró en Coblenz. Llegó a la Comandancia, se enteró en dónde vivía el general y se encaminó allá rápidamente. Entregó su tarjeta, mandando decir que el asunto era urgente.

El general le recibió, con la tarjeta en la mano.

—¿En qué puedo servirle?

Frank Braun dijo:

—Permita Su Excelencia...; yo estoy preso en la ciudadela.

El viejo general le examinó con bastante severidad, visiblemente malhumorado por la visita.

—¿Qué quiere usted? Y, por otra parte, ¿cómo ha bajado usted a la ciudad? ¿Tiene usted licencia?

—Sí, Excelencia —respondió Frank—; licencia para ir a la iglesia.

Mintió, pero sabía bien que el general deseaba sólo obtener una respuesta.

—Vengo a rogar a Vuestra Excelencia... tres días de permiso para ir a Berlín. Mi tío se está muriendo.

El general se sulfuró.

—¿Qué me importa a mí su tío de usted? ¡Es absolutamente imposible! Usted no está encarcelado para placer suyo, sino por haber transgredido las leyes del Estado, ¿comprende usted? Todos podrían venir a mí con tíos y tías agonizantes. Si no se trata de los padres, negaré sistemáticamente, siempre, tales permisos.

—Muchas gracias, Excelencia. Telegrafiaré a mi tío, Su Excelencia el consejero secreto efectivo, profesor ten Brinken, que, desgraciadamente, no se le ha permitido a su único sobrino el acudir a su lecho de muerte para poder cerrarle los cansados ojos.

Se inclinó e hizo un giro hacia la puerta como para salir. Pero el general le retuvo, como él esperaba.

—¿Quién es su tío de usted? —preguntó vacilante.

Frank Braun repitió el nombre y el sonoro título, sacó el telegrama de la cartera y se lo tendió al general.

—Mi pobre tío buscaba en Berlín una última solución; desgraciadamente, la operación no ha tenido buen éxito...

—Hm... Márchese usted, amigo mío... Vaya usted en seguida... Quizá sea posible socorrerle todavía.

Frank Braun puso una cara acongojada:

—Sólo Dios lo puede...

Interrumpió un hondo, suspiro para añadir:

—Muchas gracias. Excelencia. Quisiera pedir todavía un favor.

El general le devolvió el telegrama.

—¿Cuál?

Y Frank Braun declaró:

—No tengo dinero para el viaje. Quisiera rogar a Vuestra Excelencia que me prestara trescientos marcos.

El general le miró con bastante desconfianza.

—No tiene usted dinero..., hm..., de manera que sin dinero... Pero ayer fue primero de mes. No vino el giro, ¿eh?

—El giro llegó a su tiempo, Excelencia; pero lo jugué en la misma noche.

El viejo general se echó a reír.

—He aquí la expiación de su crimen, malvado. ¿De manera que necesita usted trescientos marcos?

—Sí, Excelencia. Mi tío se alegrará seguramente cuando pueda contarle que Vuestra Excelencia me ha sacado de este apuro.

El general se volvió y fue al armario, abrió y sacó tres billetes de una pequeña caja. Puso ante su prisionero pluma y papel y le hizo llenar un

pagaré. Luego le dio el dinero. Frank Braun lo tomó con una ligera reverencia.

—Muchas gracias. Excelencia.

—De nada, de nada... Feliz viaje y vuelva usted con puntualidad. Y... encomiéndeme usted rendidamente a Su Excelencia.

De nuevo:

—Muchas gracias, Excelencia.

Una nueva reverencia y ya estaba en la calle. Bajó de un salto los seis peldaños de la escalinata exterior y tuvo que contenerse para no prorrumpir en una exclamación de júbilo.

¡Todo había salido bien! Llamó un coche y marchó hacia Ehrenbreitstein, hacia la estación.

Hojeó la guía y halló que era preciso esperar aún dos horas. Llamó al asistente, que esperaba con los baúles, y le mandó subir a la ciudadela lo más aprisa posible a decir al alférez de Plessen que fuera a verse con él en el «Gallo Rojo».

—Pero tráeme al verdadero, Schorsch —encomendó al soldado—; ese señorito joven que vino hace poco y lleva el número 6 a sus espaldas. Espera, tus diez céntimos han producido intereses —y le arrojó una moneda de diez marcos.

Fue al restaurante y después de meditar un rato encargó una comida selecta. Se sentó a la ventana y contempló a los burgueses endomingados que paseaban por la orilla del Rin.

Por fin vino el alférez.

—¿Qué pasa?

—Siéntate y cállate la boca —dijo Frank Braun—; come, bebe y alégrate.

Le dio un billete de cien marcos:

—Toma. Paga la cuenta y quédate con el resto. Le dices a los de allá arriba que me he ido a Berlín *con permiso*. Pero que es probable que se alargue un poco y no vuelva hasta fin de semana.

El rubio alférez se le quedó mirando, lleno de sincera admiración.

—Pero di: ¿cómo has conseguido eso?

—Es mi secreto. Pero de nada os serviría que os lo revelara. Hasta Su Bondadosa Excelencia puede ser alguna vez víctima de un *bluff*. ¡Salud!

El alférez le acompañó al tren, le subió la maleta y le saludó agitando el pañuelo y el sombrero.

Frank Braun se retiró de la ventana y olvidó en el acto al pequeño alférez, a sus compañeros de cautiverio y a toda la ciudadela.

Habló un momento con el revisor, se tendió cuan largo era en su departamento, cerró los ojos y se durmió.

El revisor tuvo que zarandearle de firme para despertarlo.

—¿Dónde estamos? —preguntó adormilado.

—En seguida entramos en la estación de la Friedrichstrasse.

Recogió su bagaje, bajó y tomó un coche que le condujo al hotel.

Pidió un cuarto, se bañó, se cambió de ropa y en seguida bajó al comedor.

En la puerta le salió al encuentro el doctor Petersen.

—Ah, ¿es usted, querido doctor? —exclamó éste—. Su Excelencia se va a alegrar mucho.

¡Excelencia! ¡Otra vez Excelencia! Estas cuatro ees le herían los oídos.

—¿Cómo está mi tío? —preguntó—. ¿Mejor?

—¿Mejor? —repitió el médico—. Su Excelencia no ha estado enfermo.

—¡Caramba, caramba!... —dijo Frank Braun—. ¿Conque no está enfermo? Lástima... Yo creía que estaba en la agonía.

El doctor Petersen le miró con asombro:

—No comprendo...

—No es preciso. Siento que mi tío no esté agonizando: sería tan bonito... Y yo heredaría algo, ¿verdad? Claro, suponiendo que no me haya desheredado, lo que también es posible, y aun muy probable.

Frank Braun contemplaba ante sí al espantado médico, gozando un momento con su turbación. Luego prosiguió:

—Dígame, doctor. ¿Desde cuándo es mi tío Excelencia?

—Desde hace cuatro días, con ocasión...

—¿De manera que desde hace cuatro días? ¿Y cuántos años hace que está usted junto a él sirviéndole... de mano derecha?

—Podrá hacer unos diez años —contestó el doctor Petersen.

—¿Y desde hace diez años viene usted llamándole *consejero* y hablándole de *usted*; y desde hace cuatro días es tan Excelentísimo para usted que ni aún estando a solas puede nombrarle de otro modo, ni hablar con él sino en tercera persona?

—Permita usted, señor doctor —dijo el ayudante aturdido y cortado—; permita usted... ¿qué quiere usted decir?

Pero Frank Braun le tomó del brazo y lo condujo a la mesa.

—Nada, doctor. Quiero tan sólo decir que es usted un hombre de mundo... con formas y maneras. Un hombre que tiene ingénito el instinto de la verdadera educación. Eso quería decir. Y ahora, doctor, vamos a desayunar y cuénteme usted lo que ha hecho usted durante todo ese tiempo.

El doctor Petersen se sentó satisfecho, completamente desagraviado y casi feliz. Este joven pasante, que él había conocido de chiquillo, era ciertamente un calavera y un vividor; pero, con todo, era el sobrino de... su excelencia.

El ayudante tendría unos treinta y seis años y era de mediana estatura.

Frank Braun pensaba que todo era mediano en este hombre: su nariz, ni larga ni corta; su rostro, ni hermoso ni feo; no era ya ni joven ni viejo, y su pelo ni rubio ni negro. No llegaba a ser tonto ni muy inteligente. No era precisamente aburrido ni conseguía divertir; sus vestidos, ni elegantes ni ordinarios. Así era en todo; un exacto término medio. Era el hombre que el profesor necesitaba: buen trabajador, bastante hábil para entender y realizar lo que de él se pidiera, pero sin bastante inteligencia para salir de estos límites y ver con claridad el juego complicado que su señor jugaba.

—¿Qué sueldo recibe usted de mi tío? —le preguntó Frank Braun.

—¡Oh!, no puede decirse que sea brillante; pero es suficiente —fue la respuesta—. Puedo estar contento. Por Año Nuevo he recibido, además cuatrocientos marcos de gratificación —dijo, notando, con cierto asombro, que el sobrino de Su Excelencia comenzaba su desayuno por la fruta y que comía una manzana y un puñado de cerezas.

—¿Qué cigarros fuma usted? —inquirió el pasante.

—¿Que cuáles fumo? Oh, una clase intermedia, que no sea muy fuerte... —se interrumpió—. Pero ¿por qué pregunta usted todo eso?

—¡Hombre!... Pues porque precisamente me interesaba todo eso. Pero cuénteme usted lo que han hecho hasta ahora... ¿Le ha comunicado a usted el profesor sus planes?

—Pues claro —asintió con orgullo el doctor Petersen—. Y soy el único que los conoce; fuera de usted, naturalmente. El experimento es del más alto interés científico.

El joven carraspeó:

—¡Hm!... ¿Cree usted?

—Sin duda alguna —confirmó el médico—. Y es verdaderamente genial cómo ha calculado de antemano Su Excelencia el modo de ahogar toda posibilidad de ataque. Usted sabe lo cuidadoso que hay que ser con el necio vulgo profano que ataca a los médicos por algunos experimentos no del todo necesarios. Por ejemplo: la vivisección. ¡Dios! La gente se pone enferma de sólo oír la palabra. Todos nuestros experimentos con gérmenes patógenos, inoculaciones, etcétera, los tiene clavados, como una espina en un ojo, la prensa profana, aun cuando sólo trabajamos con animales. ¡Pues no sería nada, ahora que se trata de la fecundación artificial, y precisamente con seres humanos! Su Excelencia ha encontrado la solución: un ejecutado y una ramera, idónea y pagada para ese fin. Dígame usted si el pastor más humanitario querría dar la cara en defensa de ese material.

—Sí, es maravilloso —confirmó Frank Braun—. Tiene usted mucha razón al reconocer de ese modo la capacidad de su jefe.

El doctor Petersen le informó luego de que, ayudado por él, había hecho Su Excelencia en Colonia, por desgracia sin éxito alguno, diversos intentos para procurarse la mujer adecuada. Se puso de relieve que en las capas sociales de donde solían proceder aquellas criaturas, existían las más extrañas ideas sobre la fecundación artificial. Les había sido casi imposible iniciar a las mujeres en dicho asunto, y no digamos de inducir a alguna a prestarse a ello. Aunque el profesor había extremado toda su elocuencia, a pesar de haberles asegurado constantemente que no se trataba de nada peligroso, que ganarían una bonita suma de dinero y que prestarían un gran servicio a las ciencias médicas. Una había llegado a gritar que se... en toda la ciencia, y había proferido una feísima expresión.

—¡Uf! —dijo Frank Braun—. ¿Cómo pudo atreverse?...

Y ocurrió que Su Excelencia tuvo que venir a Berlín con ocasión del Congreso Internacional de Ginecología. Aquí, en una ciudad cosmopolita, se contaba con mucho más material donde elegir, y era de suponer también que las personas en cuestión no serían tan limitadas como en la provincia. También se encontraría entre estas mujeres menos miedo supersticioso a lo nuevo, más sentido práctico para el propio provecho y mayor interés ideal por la ciencia.

—Especialmente, lo último. —Subrayó Frank Braun.

Y el doctor Petersen le dio la razón. Era increíble con qué atrasadas nociones habían tropezado en Colonia. Cualquier mona era infinitamente más comprensiva y razonable que aquellas hembras. Él había llegado a dudar de la inteligencia suprema de la humanidad; pero esperaba que su quebrantada fe se restauraría en la capital.

—Sin duda alguna —le decía Braun, animándole—. Sería una verdadera vergüenza que las zorras berlinesas se dejaran superar por las monas. Y otra cosa: ¿cuándo viene mi tío? ¿Se ha levantado ya?

—Hace ya rato —confirmó, con celo, el ayudante—. Su Excelencia ha salido ya. Tenía una audiencia en el Ministerio, a las diez.

—¿Y luego? —preguntó Frank Braun.

—No sé lo que durará. En todo caso, Su Excelencia me ha rogado que le espere a las dos en el Congreso. A eso de las cinco tiene una importante reunión aquí, en el hotel, con algunos colegas berlineses, y a las siete está invitado a comer en casa del rector. Quizá, señor doctor, podría entretanto...

Frank Braun meditó. En el fondo prefería que su tío estuviera todo el día atareado, pues así no se ocuparía de él.

—Haga el favor de decir a mi tío que nos encontraremos aquí, en el hotel, esta noche, a las once.

—¿A las once?

La expresión del ayudante era dubitativa.

—¿Pero no es demasiado tarde? A esa hora suele Su Excelencia estar ya en la cama. Y después de tanto trabajo durante el día...

—Su Excelencia tendrá hoy que fatigarse un poquito más. Dígale usted lo que le encargo, doctor —decidió Frank Braun—. La hora no tiene nada de tardía para nuestros planes; más bien es demasiado temprano... Mejor es

a las doce. Si mi pobre tío está tan cansado, puede reposarse un poco antes de salir. Y ahora *addio*, doctor, hasta la noche.

Se levantó, hizo una leve inclinación y se fue. Cuando dijo la última palabra apretó los dientes, sintiendo lo pueril de todo lo que había charlado con el pobre doctor. ¡Qué pequeñas habían sido sus burlas y qué baratos sus chistes! Casi se avergonzaba. Todos sus nervios y tendones pedían a gritos ocupación, y él se dedicaba a mirar a las musarañas y forjaba chistes de estudiante, mientras su cerebro echaba chispas.

El doctor Petersen se quedó mirándolo largo rato.

—Es orgulloso —se dijo—; ni siquiera me ha dado la mano.

Volvió a servirse café, lo mezcló con leche y untó de mantequilla una nueva rebanada. Y luego, con íntima convicción se dijo:

—El orgullo precede a la caída.

Y muy contento de su sana sabiduría burguesa, mordió el blanco panecillo y se llevó la taza a la boca.

* * *

Era casi la una cuando apareció Frank Braun.

—Perdona, tío —dijo en tono ligero.

—Vamos, querido sobrino, ya nos has hecho esperar bastante.

El joven le miró de hito en hito:

—Sabe Dios si no he tenido mejores cosas que hacer, tío. Por lo demás, no me esperabas por mí, sino por tus planes.

El profesor le miró con sus ojos bizcos.

—¡Muchacho!... —Iba a comenzar, pero se dominó—. Bueno, dejémoslo. Gracias por haber venido a ayudarme. ¿Estás ahora dispuesto a acompañarnos?

—No —declaró Frank Braun, ciego en su infantil obstinación—. Primeramente tengo que tomar un whisky; tenemos bastante tiempo.

Era su manera de llevar todas las cosas. Vidrioso, sensible a la más pequeña palabra, al más ligero tono de reproche, le gustaba, sin embargo, soltar una fresca con el mayor descaro a todo el que encontraba. Siempre decía a la cara las mayores verdades y no podía soportar la más ligera.

Se daba perfecta cuenta de cómo hería al buen viejo. Pero precisamente el hecho de que su tío se molestara, de que se tomara en serio, y aun por lo trágico, sus maneras de chico alocado, era para él irritante y ofensivo. Consideraba casi denigrante que el profesor fuera tan poco comprensivo que no pudiera ver a través de su rubicunda y tozuda cabeza, más allá de la revuelta superficie. Y él necesitaba defenderse a todo trance, acentuar sus bravatas de bucanero. Necesitaba sujetarse la careta y seguir el camino que había encontrado en Montmartre: *épater le bourgeois*.

Apuró lentamente su vaso y se levantó, con la negligencia de un príncipe melancólico que se aburre.

—¡Cuando los señores quieran!

Su gesto descendía de arriba a abajo, como si emprendiera algo que estaba infinitamente por debajo de él.

—¡Mozo! ¡Un coche!

El coche rodó. Su Excelencia callaba; sus abultados lagrimales se montaban sobre las mejillas; sus orejas se destacaban, muy separadas de la cara, y su ojo derecho relucía en la oscuridad con un verdor tornasolado.

—Parece una lechuza —pensaba Frank Braun—. Una lechuza, vieja y fea, al acecho de los ratones.

El doctor Petersen iba en el asiento delantero, con la boca abierta. Observaba, sin comprender nada, la actitud del sobrino frente a Su Excelencia.

Pero el joven volvió pronto a conseguir el equilibrio.

¿Para qué irritarse con aquel viejo asno? A fin de cuentas, también tenía sus lados buenos...

Ayudó al profesor a bajarse.

—¡Aquí! —gritó—. Hagan el favor de entrar.

En el gran rótulo, que iluminaba un arco voltaico, decía «Café de la Estrella». Entraron, pasando por entre largas hileras de pequeñas mesas de mármol, a través de una escandalosa muchedumbre de hombres y mujeres. Por fin se sentaron.

Era un buen mercado. Muchas prostitutas estaban sentadas alrededor, llamativas, con sus enormes sombreros y sus blusas de colores vivos.

Inmensas masas de carne que esperaban comprador, desparramándose lo más posible, como en un escaparate.

—¿Es éste uno de los mejores locales? —preguntó el profesor.

El sobrino sacudió la cabeza:

—No, tío Jakob. Nada de eso. En éstos apenas encontraríamos lo que necesitamos. Quizá sea éste incluso demasiado bueno. Es necesario acudir a la hez más baja.

Detrás, un hombre, con un frac grasiento y deshilachado, tocaba al piano sin cesar, una tras otra, canciones callejeras. De vez en cuando un par de borrachos coreaban, berreando, la musiquilla; hasta que llegaba el director y conminaba al silencio, declarando que aquello no era tolerable en locales decentes. Pequeños camareros corrían de un lado a otro. En la mesa inmediata estaban sentados un par de burgueses provincianos que charlaban con las gordas rameras y se tenían por muy progresivos e inmorales. Y los repulsivos camareros se abrían paso por entre las mesas, sirviendo unas salsas oscuras en vasos y otras amarillas en tazas, a las que llamaban *bovillon* o *melange*, o garrafas llenas de licor, en las que con rayitas horizontales estaba marcada cada porción o copa.

Dos hembras se acercaron a la mesa de Braun y pidieron café. No se anduvieron con ceremonias, sino que se sentaron y pidieron.

—¿Quizá la rubia? —musitó el doctor Petersen.

Pero el joven denegó:

—No, no. Ésa de ningún modo. No es más que carne. Para eso, mejor las monas.

Por detrás, al otro lado del departamento, una pequeña le llamó la atención. Era morena y sus ojos ardían de concupiscencia. Frank se levantó y le hizo señas desde el pasillo. Ella se separó de su acompañante y se dirigió hacia él.

—Escucha —comenzó Braun.

Pero ella dijo:

—Hoy no. Mañana, cuando tú quieras.

—¡Déjale que se vaya! —instó él—. Vente con nosotros, vamos a un reservado.

Era una perspectiva seductora.

—Mañana... ¿No puede ser mañana, tesoro? —imploró ella—. Hoy no puedo, de verdad. Es un antiguo amigo y paga veinte marcos.

Frank Braun la asió del brazo.

—Yo pago mucho más, ¿entiendes? ¡Pero mucho más! Puedes hacer tu fortuna. No es para mí, es para aquel viejo. Y se trata de algo mejor.

Ella vaciló. Su mirada siguió la del joven y cayó sobre el profesor.

—¿Aquel de allí? —preguntó desencantada—. También ése... ¿qué podrá pedir!

—¡Lucy, Lucy! —gritó el amigo desde su mesa.

—Ya voy —respondió ella—. Bueno. Hoy no puedo ir. Mañana, si quieres, podemos hablar de eso. Ven aquí a esta hora.

—¿Qué mujer más imbécil! —murmuró Braun.

—No te enfades. Me mataría si no voy con él. Siempre que está borracho pasa lo mismo. Ven mañana, ¿oyes? Y deja al viejo, ven tú solo. No tienes que pagar, si no quieres.

Le dejó y volvió a su mesa. Frank Braun veía cómo el señor moreno del rígido sombrero de fieltro le hacía amargos reproches.

¡Oh, sí! Tenía que serle fiel, por lo menos esta noche.

Despacio, anduvo por la sala contemplando a las ramera. Pero no encontró ninguna que le pareciera bastante viciosa. En todas había un último resto de honradez burguesa, una instintiva reminiscencia de haber pertenecido en cualquier forma a la sociedad. No, no. Ninguna había que se hubiese liberado plenamente de todo, que siguiese su camino consciente y desvergonzada: «Mirad, soy una zorra».

Apenas hubiera podido él mismo precisar lo que realmente buscaba. Era cosa de sentimiento. Tiene que ser una —pensaba— que esté en ese lugar y no pueda estar en otro. No una, como todas éstas, a la que una complicada casualidad haya hecho caer aquí; de esas que si el viento de su vida hubiese soplado de otro modo, hubiesen llegado a ser buenas mujercitas, obreras, criadas, mecanógrafas o telefonistas; que sólo se prostituyeron obligadas por el brutal apetito del hombre.

No, no. La que buscaba debía ser ramera por no poder ser otra cosa, porque su sangre lo exigía así, porque cada pulgada de su cuerpo pedía

nuevos abrazos, porque bajo las caricias de uno su alma anhelaba ya los besos de otro.

Debía ser una ramera, como él... Se detuvo. ¿Qué era él en realidad? Cansado, resignado, terminó su pensamiento: como él era un soñador. Regresó a su mesa.

—Vamos, tío. Aquí no hay nada. Iremos a otro local.

El profesor protestaba, pero el sobrino no hizo caso.

—Vamos, tío —repitió—. Te prometí encontrar una y la encontraré.

Se levantaron, pagaron y salieron a la calle, siempre hacia el Norte.

—¿A dónde? —preguntó el doctor Petersen.

Pero el joven no le respondió, y siguió andando, mientras contemplaba los grandes letreros de los cafés.

Por fin se detuvo.

—Café Trinkherr —murmuró—. Éste estará bien.

En aquel sucio local se había renunciado a todo prurito de cursi elegancia. Ciertamente allí también había mesas de mármol blanco y sofás de peluche rojo arrimados a las paredes; que por todas partes lucían lámparas eléctricas, y que los camareros iban y venían con andares de palmípedo, metidos en sus pringosos fracs. Todo daba la impresión de que nada se encubría.

La atmósfera era asfixiante y llena de humo; pero los que allí respiraban se movían en ella con la mayor libertad. No se imponían presión alguna. Se mostraban como eran.

En la mesa inmediata estaban sentados unos estudiantes de cursos ya adelantados y bebían su cerveza diciendo procacidades a las mujeres. Todos dominaban su posición y se conocían bien. Un inmenso torrente de porquería se desbordaba alegremente de sus labios. Uno de los estudiantes, pequeño y grueso, con el rostro desfigurado por innumerables cicatrices, parecía inagotable. Y las mujeres se desternillaban de risa con gran algazara. Sentados junto a las paredes, los chulos jugaban a las cartas; o, solos, perdida la mirada hacia adelante, acompañaban, silbando, la música del pianista borracho y bebían copa tras copa. De vez en cuando, una ramera viniendo de la calle, se dirigía a uno de ellos, le decía rápidamente unas palabras y desaparecía otra vez.

—Esto va a salir bien —dijo Frank Braun.

Hizo una seña al camarero, le pidió un licor y le dio el encargo de traer algunas mujeres.

Vinieron cuatro. Pero cuando se sentaban, vio a otra que salía por la puerta: una alta y fuerte, con blusa de seda blanca; bajo el pequeño sombrero a la Girardi se esparcía un abundante cabello rojo. Rápidamente se levantó Frank y salió tras ella.

La mujer iba por el arroyo, negligente, despacio, con ligero contoneo de caderas. Torció a la izquierda y atravesó un pasadizo sobre el que lucía un letrero de cristal rojo, en arco: «Sala de baile del Polo Norte».

Atravesó, siguiendo a la mujer, el sucio patio y le dio alcance al entrar en el humoso salón. Pero ella no le hizo caso, se quedó de pie, delante, contemplando a la gente bailar. Hombres y mujeres gritaban, bullían despatarrados, giraban vertiginosamente levantando gran polvareda y aullaban a los músicos las groseras palabras del *Rixdorfer*. Roncos, ordinarios, iban de un lado a otro entrecruzándose, seguros en aquella desvergonzada danza que crecía allí en su propio terreno.

Recordó a la Craquette y a la Liquette que bailaban en Montmartre y en el Quartier Latin, al otro lado del Sena. Más ligeras, más graciosas y llenas de encanto. Nada semejante había en aquella bulla; ni siquiera un resto de lo que la *midinette* llamaría *flou*.

Pero en el vertiginoso girar del *Rixdorfer*, gritaba una sangre ardiente, casi una rabia salvaje que se desbordaba por la sórdida sala.

La música calló y el maestro de baile recogió con sus sucios y sudorosos dedos el dinero que le tendían las mujeres, no los hombres. Luego, con el gesto de un Posa de suburbio, dio a la galería alta la señal de una nueva danza.

Pero la muchedumbre no quería la *Renana* y se encaró con el director de orquesta rugiendo para que callara. La música siguió, empero, tocando en lucha con la sala, segura tras su barandilla.

Entonces ellos se encararon con el *maitre*, que conocía las hembras y los tipos con quien trataba, los tenía en un puño y no se dejaba intimidar por gritos de borrachera o puños amenazadores. Pero también sabía que ahora era preciso ceder.

—¡El *Emilio*! —gritó a los de arriba—. ¡Tocad el *Emilio*!

Una hembra gorda, con un sombrero enorme, estiró los brazos y rodeó con ellos el polvoriento frac del maestro:

—¡Bravo, Gustav! ¡Bien hecho!

Su grito se deslizó como aceite entre la enardecida muchedumbre. Rieron, se apretujaron, jalearon, dieron a Gustav amistosos golpes en la espalda y en la tripa, y luego, al iniciarse el baile, se desataron, coreando la canción, estridentes y roncós:

*¡Emilio! Eres un punto,
y me gustas por eso.
Te vas derecho al bulto
y por eso te quiero.*

—¡La Alma! —gritó uno en medio de la sala—. Ahí está la Alma.

Dejó a su pareja, saltó hacia la pelirroja ramera y la agarró del brazo. Era un muchacho moreno que llevaba unos rizos peinados sobre la frente, brillantes de cosmético, y tenía relucientes y penetrantes ojos.

—Ven —le dijo, asiéndola con fuerza por el talle.

Y la zorra bailó. Más desvergonzada que todas, se dejó llevar por su pareja en la vertiginosa danza y a los pocos compases ya estaba de lleno en ella. Sacaba las caderas, se balanceaba, apretando el cuerpo, las rodillas en constante contacto con las del hombre, impúdica, con una bestial sensualidad.

Frank Braun oyó una voz junto a sí y vio al maestro que contemplaba a la prostituta con ojos de conoedor:

—¡Cómo menea el trasero, la puñetera!

¡Vaya, sí lo movía! Lo movía más y con más desvergüenza que la baronesa Gudel de Gudelfeld, a quien tributó su elogio «el chistoso heredero de la corona». Lo movía como una bandeja, como el pendón de la más desnuda lujuria.

—No hace remilgos —pensaba Frank Braun, siguiéndola con la vista de un lado a otro de la sala. Al callar la música, se dirigió hacia ella y la asió del brazo.

—Primero pagar —dijo el moreno sonriéndole.

Frank le dio una moneda.

La ramera le estudió, con una rápida mirada, de la cabeza a los pies.

—No vivo lejos; apenas son tres minutos. En la calle...

—No me importa dónde vives. Vente conmigo.

Mientras tanto, en el café Trinkherr, el profesor invitaba a beber a las mujeres, que tomaron *sherry-brandy* y le pidieron que pagara su consumición anterior: una cerveza y otra cerveza, un café y una torta.

El profesor pagó y probó fortuna. Dijo que tenía que hacer una proposición que podía aceptar la que quisiera. Si, como era de suponer, hubiera varias dispuestas a aceptar, se echaría a suertes.

La magra Jenny le echó el brazo sobre los hombros:

—¿Sabes, viejo? Entonces vamos a echar a suertes en seguida; porque lo que es ésas..., ésas hacen todo lo que tú puedas pedirles.

Y Elly, una pequeña con cabeza de muñeca, la secundó:

—Lo que haga mi amiga lo hago yo también. ¡Nada, que somos muy formales por el dinero!

Se levantó de un salto y trajo un cubilete de dados.

—¡Hala, chicas! ¡A ver quién acepta las proposiciones del viejo! Se juega a *Max und Moritz*.

Pero la gruesa Anna, a quién llamaban «la Gallina», protestó:

—¡Siempre tengo mala pata con los dados! —dijo—. ¿Das a las que no ganen un premio de consolación?

—Naturalmente —dijo el profesor—. Cinco marcos a cada una.

Y puso sobre la mesa tres gruesas monedas.

—¡Qué generoso! —alabó la Jenny; y para confirmarlo pidió otra ronda de *sherry-brandy*.

Y ella misma fue la que ganó. Tomó las tres monedas y las alargó a sus camaradas.

—¡Ahí tenéis! Y ahora, viejo, venga ya. Aquí donde me ves, estoy dispuesta a todo.

—Pues oye, chica... Se trata de algo bastante extraordinario.

—¡Vamos, calvillo! Que ninguna de nosotras somos vírgenes. Y la Jenny menos que ninguna. Ya está una acostumbrada a toda clase de

porquerías. Es difícil que nos vengas con algo nuevo.

—Pero usted no me comprende, querida Jenny... —dijo el profesor—. Yo no solicito de usted nada extraordinario en el sentido en que ustedes parecen entenderlo. Se trata más bien de un... experimento científico.

—Ya sé —gruñó la Jenny—. Yo sé. Tú eres un doctor, ¿eh, viejo? Yo he conocido ya uno que siempre comenzaba con la ciencia. Ésos son los más marranos de todos. ¡Ea, salud! Lo que es por mí... cada loco con su tema.

—¡Salud! —brindó el profesor—. Me alegro de que tengas tan pocos prejuicios; así nos pondremos pronto de acuerdo. En resumen, querida. Se trata de un experimento de fecundación artificial.

—¿Un qué? —saltó la muchacha—. ¿Una fecundación artificial? ¿Para qué tantos rodeos? Eso es bastante sencillo.

Y la morena Klara, con una mueca, dijo:

—A mí me interesaría más una infecundidad artificial.

El doctor Petersen acudió en auxilio de su maestro:

—¿Me permite exponerles el caso?

Y como el profesor asintiera, dio una breve conferencia sobre la idea fundamental, sobre los resultados hasta entonces obtenidos y sobre las posibilidades futuras. Acentuó que el experimento era totalmente indoloro y que todos los animales con los cuales se había trabajado lo soportaron perfectamente.

—¿Qué animales? —preguntó la Jenny.

—Pues ratas, monas, cerdas marinas...

Entonces gritó ella:

—¿Cerdas marinas? Paso por lo de ser cerda, y hasta una marrana vieja, por mi parte. Pero eso de cerda marina no me lo ha dicho a mí nadie. ¿Y este vejistorio quiere que yo me deje tratar como una cerda marina? No. ¿Lo oyes? Eso no lo aguanta Jenny Lehmann.

El profesor trató de calmarla y la convidó a otra copa.

—Pero entiéndelo, querida —comenzó.

Pero ella no se dejaba convencer.

—Ya entendí bastante —grité—. Yo he de prestarme a una cosa para la que empleáis bicharracos... La tienden a una y luego vengan inyecciones de

porquerías, de sueros y bacilos. ¿O es que queréis quizá hacerme la vivisección?

Cada vez se excitaba más, roja de rabia y de indignación.

—¿O es que tengo que echar al mundo un monstruo para que lo saquen en las ferias? Un chiquillo con dos cabezas y cola de ratón, ¿eh? O que parezca un cerdo marino. Ya sé yo ahora de dónde sacan todos esos abortos del Panóptico y de Castán. ¿Sois, por un casual, agentes de los hermanos? ¡Para eso me iba yo a dejar preñar artificialmente! ¡Toma fecundación artificial, viejo cerdo!

Dio un salto e inclinándose sobre la mesa, escupió al profesor en la cara.

Luego alzó su copa, la apuró tranquilamente, se volvió con presteza y salió con altivez.

En aquel momento apareció en la puerta Frank Braun y les hizo señas de que salieran.

—¡Venga usted, doctor! ¡Venga usted! —le gritaba excitado Petersen, mientras se esmeraba en limpiar la cara al profesor.

—¿Qué pasa? —preguntó el joven acercándose a la mesa.

El profesor le lanzó su mirada bizca de amargo enfado, según le pareció a Frank. Las tres rameras gritaban a un tiempo, mientras el doctor Petersen le exponía lo ocurrido.

—¿Qué podemos hacer ahora? —concluyó.

Frank Braun se encogió de hombros.

—¿Hacer? Nada. Pagar y marcharnos. Por lo demás, ya he encontrado lo que necesitamos.

Salieron. Ante la puerta estaba la pelirroja ramera, que, con su paraguas, hacía señas a un cochero para que se acercara. Frank Braun la metió en el coche e hizo subir al profesor y al ayudante. Gritó una dirección al cochero y subió tras los demás.

—Permítanme los señores que los presente —exclamó—. La señorita Alma... Su Excelencia el consejero ten Brinken... El doctor Karl Petersen...

—¿Te has vuelto loco? —refunfuñó el profesor.

—De ningún modo, tío Jakob —dijo tranquilamente el joven—. Ya comprenderás que si la señorita Alma vive en tu casa o en tu clínica una

temporada se ha de enterar de tu nombre, quiéraslo tú o no.

Y volviéndose a la ramera:

—Perdone usted, señorita Alma; mi tío está ya un poco chocho.

En la oscuridad no podía ver al consejero, pero le parecía sentir cómo se apretaban sus labios gruesos con ira impotente. Recibía esta impresión con agrado, pensando que el profesor iba a estallar por fin.

Pero se equivocó. El profesor repuso tranquilamente:

—¿Le has dicho ya entonces a la muchacha de qué se trata? ¿Y está conforme?

Frank Braun se echó a reír:

—Ni la menor idea. No he hablado una palabra de ello. Apenas he andado cien pasos con la señorita, ni hablado más de diez palabras. Antes... la he visto bailar.

—Pero doctor —le interrumpió el ayudante—, después de la experiencia que acabamos de hacer...

—¡Querido Petersen! —dijo el joven—. Acabo de convencerme de que esta muchacha es la que necesitamos. Creo que esto basta.

El coche se detuvo ante una taberna. Frank Braun pidió un reservado y el mozo los condujo arriba, presentándoles luego la lista de vinos. El joven encargó dos botellas de Pommery y una de coñac.

—Pero dese prisa —le gritó.

El camarero trajo el vino y volvió a retirarse.

Frank Braun cerró la puerta y luego, dirigiéndose a la prostituta, dijo:

—Haga el favor de quitarse el sombrero, señorita Alma.

Ella se lo dio, y, libres de los alfileres, sus revueltos cabellos se desbordaron sobre la frente y las mejillas. Su rostro mostraba ese tinte casi transparente de las mujeres pelirrojas, y en uno que otro sitio se le notaban pequeñas pecas. Los ojos tenían un tornasolado verdoso, y dos pequeñas y brillantes filas de dientes brillaban entre sus labios delgados y azules. Y por toda ella se extendía una sensualidad devoradora, casi innatural.

—Quítese la blusa —dijo el joven.

Y ella obedeció sin replicar.

Él le desabrochó entonces los dos botoncillos de los hombros y le bajó la camisa. Se vieron dos senos casi clásicos, un poco grandes. Frank Braun

miró a su tío.

—Esto basta —dijo—. Lo demás ya podéis suponerlo. Sus caderas nada dejan que desear.

Y volviéndose otra vez a la prostituta:

—Muchas gracias, Alma. Puede usted volver a vestirse.

La muchacha obedeció y apuró la copa que Frank le ofrecía y que cuidaba de llenar a cada momento.

Luego charló contando cosas de París, de las bellas mujeres del Moulin de la Galette y del Elysée Montmartre, describió exactamente su aspecto, sus botines, sus sombreros, sus trajes. Y luego, volviéndose hacia la ramera:

—¿Sabe usted, Alma? Es una vergüenza cómo anda usted por ahí. No me lo tome usted a mal. No puede usted presentarse en ninguna parte. ¿Ha estado usted ya en el Union Bar o en La Arcadia?

No, no había estado; ni siquiera en las Salas del Amor. Una vez, un amigo la había llevado al Antiguo Salón de baile; pero, cuando quiso volver, le negaron la entrada. Sí; era preciso tener *toilettes*.

—¡Naturalmente que hay que tenerlas! —confirmó Frank Braun—. ¿Crees tú que llegarás nunca a nada, ahí en la puerta de *Orange*?

La ramera se echó a reír. En el fondo es lo mismo: todos los hombres son iguales. Pero él no estaba conforme. Contó historias fabulosas de mujeres que habían hecho su suerte en los grandes bailes; habló de collares de perlas y de grandes brillantes. De pronto, preguntó:

—Diga usted. ¿Cuánto tiempo hace que anda así?

Tranquila, respondió ella:

—Hace dos años. Desde que salí de mi casa.

Frank la interrogó y fue enterándose a trozos de toda su historia. Brindaba por ella y a cada momento le llenaba el vaso, vertiendo, sin que ella lo notara, coñac en el champaña.

Ella iba a cumplir veinte años. Su padre era un panadero honrado y trabajador, como su madre y sus seis hermanos. Pero ella... Acababa de salir de la escuela, pocos días después de la Confirmación, cuando se entregó a un hombre, uno de los oficiales de su padre. ¿Que si le había querido? Nada absolutamente. Es decir..., nada..., sólo cuando...

Y luego había sido otro. Y después otro. Su padre la había golpeado; y lo mismo su madre. Así ocurrió durante años, hasta que sus padres, un día, la echaron de casa. Había empeñado el reloj y se había venido a Berlín, donde vivía desde entonces. Frank Braun dijo:

—Sí, sí. Eso es.

Y prosiguió:

—Pero el día de tu suerte ha llegado hoy.

—¿Sí? —preguntó ella—. ¿Y cómo es eso?

Su voz sonaba ronca y algo velada.

—Para mí lo mismo es un día que otro. No necesito más que un hombre. ¡Nada más!

Frank comprendía bien cómo tenía que manejarla.

—Pero Alma. ¡Así tiene usted que conformarse con todo el que la quiera! ¿No le gustaría que fuera al contrario, que pudiera usted elegir al que quisiera?

Sus ojos brillaron:

—¡Oh, sí! Eso querría yo.

Él se echó a reír.

—¿No ha encontrado usted a nadie en la calle con quien le hubiera gustado ir, y que no se ocupó lo más mínimo de usted y siguió su camino? ¿No sería estupendo que pudiera usted elegir?

Ella reía:

—A ti te escogería yo...

—A mí también —confirmó él—. Y a aquél y al otro de más allá. A quién tú quisieras. Pero esto no podrás conseguirlo más que cuando tengas dinero. Y por eso te digo que hoy, es tu día de suerte, porque hoy puedes ganar todo el dinero que quieras.

—¿Cuánto? —preguntó ella.

—El dinero bastante para comprarte las *toilettes* más hermosas que te franqueen las puertas de los bailes más distinguidos. ¿Cuánto? Pongamos diez o doce mil marcos.

—¿Eh? —gritó entonces el ayudante.

Y el profesor, que no había pensado ni con mucho en semejante suma, refunfuñó:

—Me parece que negocias muy generosamente con el dinero ajeno.
Frank Braun reía regocijado.

—Vea usted, Alma, cómo el señor consejero está fuera de sí a causa de la suma que debe dar. Te aseguro que no importa. Tú le ayudas y él debe ayudarte. ¿Te parece bien quince mil?

Ella se le quedó mirando con los ojos muy abiertos.

—Sí. ¿Pero qué tengo yo que hacer para eso?

—Eso es precisamente lo más cómico: que tú no necesitas hacer nada. Estarte un poco quieta; nada más. Salud, bebamos.

Bebieron.

—¿Estarme quieta? No me gusta —gritó alegremente—. No me gusta; pero si es menester..., por quince mil marcos... Salud, chiquillo.

Y vació su vaso, que Frank volvió a llenar.

—Es una historia extraordinaria —declaró el—. Se trata de un conde o, mejor dicho, un príncipe, un chico guapísimo, ¿sabes?; te gustará. Por desgracia, no puedes verlo; lo tienen encerrado y pronto lo ejecutarán. ¡Y el pobre muchacho! En el fondo es tan inocente como tú y como yo. Sólo que es algo violento, y por eso ocurrió la desgracia. Tuvo una riña estando borracho, y mató, de un tiro, a su mejor amigo. Y ahora él tiene que morir.

—Y ¿qué tengo que hacer? —preguntó ella con presteza.

Las aletas de su nariz se dilataron. Su interés por el extraño príncipe se había despertado, absorbente.

—Para que veas —prosiguió él—. Tú tienes que ayudarle a cumplir su última voluntad.

—¡Sí —gritó ella con viveza—, sí, sí! Él querrá estar todavía una vez con una mujer. Lo haré con gusto y quedará contento de mí.

—¡Bravo, Alma! —dijo el joven—. Eres una buena muchacha; pero la cosa no es tan sencilla. Atiende para que lo comprendas. Cuando mató a su amigo, acudió a sus parientes para que le ocultaran y le ayudaran a huir; pero no lo hicieron. Sabían que era inmensamente rico; vieron allí una favorable ocasión de heredarlo, y llamaron a la policía.

—¡Que asco! —dijo Alma con convicción.

—¿Verdad? —prosiguió él—. Es terriblemente canallesco. Así es que le echaron mano. Y ¿qué crees tú que piensa ahora el príncipe?

—¡Vengarse! —respondió ella sin vacilar.

Él le dio una palmada en los hombros en señal de aprobación.

—Justo, Alma. Veo que has leído tus novelas con provecho. De manera que él ha resuelto vengarse de sus traidores parientes. Y sólo podía hacerlo jugándoles una trastada con lo de la herencia. Hasta ahora me comprendes, ¿verdad?

—Claro que comprendo. Esos bribones no deben heredar un marco. Les está bien empleado.

Él prosiguió:

—La cuestión era cómo hacerlo. Después de mucho meditar, ha encontrado el príncipe el único camino: sólo teniendo un hijo podría birlar a sus parientes sus muchos millones.

—¿No tiene ninguno el príncipe? —preguntó ella.

—No; por desgracia, ninguno. Pero él vive todavía y puede engendrarlo. La respiración de Alma era jadeante y su pecho se levantaba agitado.

—Ya comprendo —gritó—. Yo debo concebir un hijo del príncipe.

—Eso es. ¿Quieres?

Y ella:

—Sí, quiero.

Y se recostó en el sillón, extendiendo las piernas y abriendo los brazos. Un pesado rizo rojo se le soltó y cayó sobre la nuca. Luego se levantó y bebió otra copa.

—¡Qué calor hace aquí —dijo—, qué calor!

Y se abrochó la blusa, abanicándose con el pañuelo. Luego tendió su copa:

—¿Queda algo todavía? Vamos a beber por el príncipe.

Las copas chocaron.

—Es bonita esa historia de bandidos que has contado —dijo el profesor a su sobrino—. Estoy impaciente por saber adónde vas a parar.

—No tengas miedo, tío Jakob. Aun queda un buen capítulo.

Y, volviéndose a la muchacha, dijo:

—Quedamos en que nos ayudarás, Alma. Pero todavía hay un punto que tengo que aclarar: el barón está en la cárcel.

Ella le interrumpió:

—¿El barón? Yo pensaba que era príncipe.

—Claro que es príncipe —se corrigió Braun—; pero cuando va de incógnito se hace llamar barón. Ésta es la moda entre los príncipes. De manera que Su Alteza el príncipe...

Ella murmuró:

—¿Es Alteza?

—Sí, señor —exclamó él—: Alteza Imperial y Real. Pero tú tienes que jurar no decir a nadie una palabra de esto. Pues el príncipe se pudre en la cárcel y es vigilado del modo más severo. Nadie puede llegar hasta él más que su abogado, así que es del todo imposible que él pueda estar con ninguna mujer antes de que llegue su última hora.

—¡Ah! —suspiró ella.

Su interés por el desventurado príncipe disminuyó visiblemente. Pero Frank no se ocupó de ello.

—Entonces... —declamó impertérrito y patéticamente—, entonces..., en medio de la terrible ansiedad de su espíritu, en medio de su desesperación espantosa, de su insaciable sed de venganza, pensó súbitamente en los extraños experimentos de Su Excelencia el consejero secreto efectivo, profesor doctor ten Brinken, ese radiante faro de la ciencia. El joven y hermoso príncipe, que, en la primavera de la vida, tenía que decir adiós al mundo, se acordaba todavía del anciano y bondadoso señor que, en su dorada infancia, le cuidó cuando tuvo la tosferina y le llevaba bombones. Ahí le tiene usted, Alma. Mírele usted. Éste es el instrumento de la venganza del príncipe.

Y señaló a su tío con gesto imponente.

—Ese digno señor —siguió diciendo— se ha adelantando en muchas leguas a su tiempo. Tú sabes muy bien cómo vienen los niños al mundo, Alma, y cómo se hacen; pero desconoces el secreto descubierto por ese bienhechor de la Humanidad: engendrar niños sin que el padre y la madre tengan que verse siquiera. El noble príncipe podrá seguir gimiendo en la cárcel o reposar tranquilamente en la tumba fría, mientras que tú, con la bondadosa ayuda de este anciano y la sabia asistencia del buen doctor Petersen, llegas a ser madre de tu hijo.

Alma se quedó mirando al consejero. Aquel súbito *quid pro quo*, aquel siniestro trueque de un bello y noble príncipe consagrado a la muerte por un feo y viejo profesor, no le gustaba.

Frank Braun lo notó bien y comenzó otra vez a persuadirla para ahogar sus celos:

—El hijo del príncipe, Alma, tu hijo, debe venir al mundo con el mayor secreto, naturalmente, y debe quedar escondido hasta que se haga hombre, para protegerlo contra las intrigas de la familia. Naturalmente, será príncipe, como su padre.

—¡Mi hijo príncipe! —murmuró ella.

—¡Claro, claro! —murmuró Braun—. O, quizá, una princesa. Esto es imposible de saber por ahora. Tendrá castillos, grandes fincas y muchos millones. Pero, más tarde, no deberás poner obstáculos en el camino de tu hijo, no deberás acercarte a él y comprometerlo.

El golpe fue eficaz, y gruesas lágrimas corrieron por las mejillas de la prostituta.

¡Oh, ella se sentía ya en su papel! ¡Sentía ya aquella quieta y dolorosa renunciación por el hijo amado! ¡Ella era una ramera, pero su hijo sería un príncipe! ¿Cómo podría acercarse a él? ¡Oh, ella callaría, sufriría, soportaría todo, rezaría por su hijo! ¡Por su hijo, que nunca sabría quién había sido su madre!

Un violento sollozo la sobrecogió, sacudiendo su cuerpo. Se arrojó sobre la mesa, hundió la cabeza entre los brazos y lloró amargamente.

Cariñoso, casi con ternura, acarició Frank la nuca de la mujer, pasándole la mano por los revueltos rizos. Saboreaba el jarabe de la limonada sentimental que él mismo había preparado. En aquel momento la tomó en serio.

—¡Magdalena! —murmuró—. ¡Magdalena!

Ella se irguió y le tendió la mano:

—Le prometo a usted que nunca le he de importunar. Que nunca me dejaré ver ni oír; pero..., pero...

—¿Qué, muchacha? —preguntó él en voz baja.

Ella le agarró del brazo, se postró ante él y puso la cabeza sobre sus rodillas:

—¡Sólo una cosa! ¡Sólo una cosa! —gritó—. ¿Podré verlo alguna vez? ¡Sólo desde lejos! ¡Oh, sólo desde muy lejos!

—¿Has acabado ya por fin con tu comedia? —dijo el consejero interponiéndose.

Frank Braun le miró con ira. Precisamente por saber cuánta razón tenía el consejero se sublevaba su sangre. Le silbó un «¡Cállate, loco! ¿No ves qué hermoso es esto?», e inclinándose sobre la ramera:

—¡Claro que podrás ver a tu principito, muchacha! Yo mismo te llevaré conmigo cuando desfile con sus húsares. O, en el teatro, cuando esté en su palco.

Ella no respondió; pero le apretó las manos y mezclaba sobre ellas besos y lágrimas.

Luego la levantó con lentitud, la sentó con cuidado y le dio otra vez de beber. Una gran copa mediada de coñac.

—¿Estás dispuestas, pues?

—¡Sí! —dijo ella en voz baja—. ¿Qué debo hacer?

Él se quedó un momento pensando:

—Primeramente..., primero extenderemos un pequeño contrato. —Se volvió al ayudante—: ¿Tiene usted papel, doctor? ¿Y una estilográfica? Bueno, pues escriba usted. Haga el favor de escribir por duplicado.

Y dictó.

Dijo que la firmante se ponía voluntariamente a la disposición de Su Excelencia ten Brinken para el experimento. Que prometía cumplir puntualmente todo lo que este señor dispusiera. Que renunciaba, después del parto, a toda pretensión respecto al niño. Su Excelencia se comprometía, por otra parte, a abonar en el acto 15.000 marcos en una cartilla de la Caja de Ahorros, a nombre de la interesada, a quien se debería hacer entrega después del alumbramiento. Se comprometía además a correr con todos los gastos de manutención abonándole una mensualidad de 100 marcos.

Frank tomó el papel y lo leyó en alta voz.

—¿No se dice ahí nada del príncipe? —preguntó ella.

—Claro que no. Ni una palabra. Eso debe quedar en secreto.

Ella lo comprendió; pero todavía le inquietaba una cosa:

—¿Por qué me tomáis precisamente a mí? Todas las mujeres de seguro harían cuanto pudieran por el desgraciado príncipe.

Él vaciló. No esperaba tal pregunta. Pero pronto halló la respuesta:

—¿Sabes?... Es que el amor de juventud del príncipe fue una condesa hermosísima, a la que él amó con todo el fuego de que es capaz un príncipe legítimo. Y ella amaba otro tanto al noble y hermoso joven. Pero la condesa murió.

—¿De qué? —preguntó Alma.

—Murió de sarampión. Y la hermosa amada del príncipe tenía precisamente tus rizos rojos. En general se parecía a ti. Y el último deseo del príncipe es que la madre de su hijo se asemeje a la amada de su juventud. Nos dio su retrato y nos la describió detalladamente. Nosotros hemos andado por toda Europa sin encontrar nada hasta esta noche que te hemos visto.

Ella sonrió halagada.

—¿Tanto me parezco a la hermosa condesa?

—Os parecéis como dos estrellas gemelas. Hubierais podido ser hermanas. Tenemos que hacerte retratar. ¡Cómo se alegrará el príncipe al ver tu retrato! ¡Bueno, hija mía! Ahora firma —dijo, tendiéndole la pluma.

Ella cogió el papel y comenzó a escribir:

«Al...»; y se interrumpió:

—Hay un pelo en la pluma —dijo limpiándola con la servilleta.

—¡Maldita sea! —murmuró Frank Braun—. Ahora se me ocurre que no eres mayor de edad. En realidad deberíamos conseguir también la firma de su padre. Bueno, para el contrato basta con esto. ¡Escribe! —dijo en voz alta—. ¿Cómo es el apellido de tu padre?

—Mi padre es el panadero Raune de Halberstadt.

Y escribió con picudos y torpes rasgos el apellido de su padre.

Frank Braun le quitó el pliego de la mano, lo leyó, apartó de él la vista y volvió a contemplarlo.

—¡Por todos los santos! —exclamó—. Esto..., esto es...

—¿Qué pasa, doctor? —preguntó el ayudante.

El joven le alargó el contrato.

—Ahí. Vea usted la firma.

El doctor Petersen miró el pliego:

—¿Y bien? —preguntó admirado—. No encuentro nada de particular.

—No, no. Naturalmente. Usted no —dijo Frank Braun—. Déjele usted el contrato a mi tío. Lee, tío Jakob.

El profesor miró la firma. Había olvidado la muchacha terminar de escribir su nombre de pila y en la hoja se leía «Al Raune».^[3]

—Cierto que es una curiosa casualidad —dijo el profesor.

Dobló el pliego con cuidado y se lo metió en el bolsillo del pecho. Pero su sobrino gritó:

—¿Una casualidad? ¡Bueno! ¡De acuerdo! Todo lo inaudito y misterioso es casualidad para vosotros.

Y llamó al camarero:

—Vino. Vino. Dadme de beber. ¡Alma Raune: Al Raune! ¡A tu salud!

Se sentó sobre la mesa inclinándose hacia su tío.

—¿Te acuerdas, tío Jakob, del viejo Brunner, el consejero de Comercio de Colonia, y de su hijo a quien llamaba Marco? Los dos estuvimos juntos en la escuela, aunque él era algunos años mayor. Fue un chiste de su padre llamarle Marco, haciéndole andar toda su vida como Marco Brunner. Y ahora viene la casualidad: el viejo consejero es el hombre más sobrio de la tierra, como su mujer, como todos sus hijos. Creo que en su casa del Mercado Nuevo no se tomaba más que agua, leche, té y café. Pero Marco bebía. Ya bebía cuando estaba en la escuela; y muchas veces le llevamos borracho a casa. Le hicieron alférez y teniente, y aquí terminó su carrera. Porque bebía y bebía cada vez más. Hizo locuras y fue expulsado. Tres veces le llevó el viejo a un correccional; y cada vez, a las pocas semanas de salir, era más borracho que antes. Y ahora viene la segunda casualidad: él, Marco Brunner, bebía Marcobrunner^[4]. Tal era su idea fija. Recorría todas las tabernas de la ciudad buscando su marca; viajó por el Rin bebiéndose cuanto encontraba. Podía permitirse esto por haber heredado la fortuna de su abuela. «¡Hola!» —gritaba en su delirio—. Marco Brunner acabará con el Marcobrunner. ¿Por qué? Porque Marcobrunner ha acabado con Marco Brunner. Y la gente se reía de su chiste. Todo es chiste. Todo es casualidad. De la misma manera que la vida es casualidad y chiste. Pero sé que el viejo consejero hubiera dado una fortuna por no haber tenido aquella

conurrencia. Y sé también que nunca se pudo perdonar el haber llamado Marco a su pobre hijo y no Juan o Pedro. A pesar de todo, no es más que una casualidad, una grotesca casualidad, como la de esta firma de la novia del principito.

La muchacha se había levantado ebria, apoyándose en las sillas:

—La novia del príncipe —balbucía—. Traedme al príncipe a la cama.

Tomó la botella de coñac y se llenó la copa.

—¡Quiero al príncipe! ¿No oís? ¡A tu salud, príncipe, rico!

—Por desgracia, no está aquí —dijo el doctor Petersen.

—¿No está ahí? —reía ella—. ¡Ah! ¿No está ahí? Entonces, otro. ¡Que venga otro! Tú, o tú, o si no tú, vejete. Lo mismo me da; cualquier hombre.

—Se abrió la blusa, se quitó la falda, se soltó el corsé y lo arrojó contra el espejo.

—¡Quiero un hombre! ¡Venid los tres! ¡Traed de la calle a quien os parezca!

La camisa se escurrió y ella quedó desnuda, de pie ante el espejo, sosteniéndose los pechos con las manos.

—¿Quién me quiere? Entrada libre. ¡Entrad todos juntos! No cuesta un céntimo; hoy gratis por ser día de fiesta. Para niños y soldados, la mitad.

Abrió las manos abrazando al aire.

—¡Soldados! —gritaba—. ¡Soldados! ¡Quiero un regimiento entero!

—¡Qué vergüenza! ¿Está bien esto en la novia de un príncipe? —decía el doctor Petersen, aunque sus miradas, deseosas, estaban colgadas de los senos de la ramera.

Pero ella reía.

—¡Vamos! ¡Quita! Príncipe o no príncipe, el que me quiera que me tome. Mis hijos serán hijos de puta, y éstos puede hacerlos cualquiera: príncipe o mendigo.

Su cuerpo se irguió. Sus senos se tendieron hacia donde estaban los hombres. Una ardiente lujuria exultaba en su nítida carne. Un lascivo apetito precipitaba su sangre por las venas azules. Y sus miradas, y sus labios trémulos, y sus brazos anhelantes, y sus piernas, y sus caderas, y sus senos, gritaban con ansia salvaje: «¡Concebir! ¡Concebir!»

Ya no parecía una prostituta: era, libre de toda envoltura, de toda traba, el último poderoso prototipo de la hembra: sólo sexo de pies a cabeza.

—¡Oh, ésta es la verdadera! —murmuró Frank Braun—. ¡Madre Tierra! ¡La Madre Tierra!

Un rápido temblor la sobrecogió. Por su piel pasó un escalofrío. Arrastrando difícilmente los pies, se tambaleó hacia el sofá.

—¡No sé qué me pasa! —murmuró—. Todo me da vueltas.

—Es que estás mareada —le dijo el joven—. Toma, bebe y duérmete.

Y le llevó a los labios otra copa llena de coñac.

—Sí. ¡Quisiera dormir! —tartamudeó Alma—. ¿Duermes conmigo chico?

Se arrojó en el sofá, levantó las piernas por el aire, prorrumpió en una clara risotada y luego sollozó. Por último lloró en silencio, se echó de lado y cerró los ojos.

Frank Braun puso a la durmiente un almohadón bajo la cabeza y la tapó. Pidió café y abrió la ventana de par en par. Pero la volvió a cerrar al irrumpir en el cuarto la claridad de la mañana. Entonces se volvió:

—¿Y bien, señores? ¿Están ustedes contentos de ese conejillo?

El doctor Petersen contemplaba admirado a la prostituta.

—Creo que se prestará muy bien —opinó—. ¿Quiere Su Excelencia examinar las caderas? Parece predestinada para un parto intachable.

El camarero entró con el café. Y Frank Braun ordenó:

—Telefonee usted a la Casa de Socorro más próxima. Que traigan una camilla. La señora se ha puesto muy mala.

El profesor le miró con asombro.

—¿Qué significa eso?

—Significa —dijo el sobrino echándose a reír— que yo hago clavos con cabeza. Significa que pienso por ti, y, al parecer, con más habilidad que tú. ¿Te figuras que cuando esa muchacha se espabile va a dar un paso más contigo? Mientras yo la emborrache, de palabras y vino, una y otra vez, el asunto irá bien. Pero a vosotros dos se os escapará en la primera esquina de la calle, a pesar de todo el dinero y de todos los príncipes del mundo. Y por eso hay que agarrarla bien. En cuanto venga la camilla, usted, doctor Petersen, llevará a la muchacha a la estación. Si no me equivoco, el primer

tren sale a las seis. Debe usted tomarlo. Reserve usted un departamento entero y acueste usted en él a la paciente. No creo que se despierte; pero si lo hace, le da usted un poco de coñac, en el que bien puede usted echar un par de gotas de morfina. De esta manera, por la tarde estará usted cómodamente en Bonn con su botín. Telegráfíe usted que le espere en la estación el coche del profesor. Mete usted en él a la muchacha y la lleva a la clínica. Una vez allí ya no es fácil que se escape. Ya tienen ustedes medios de evitarlo.

—Pero perdone usted, doctor —objetó el ayudante—. Todo eso parece un secuestro.

—Y lo es —confirmó el joven—. Por otra parte, la conciencia burguesa está salvada. Ustedes tienen el contrato. Y ni una palabra más sobre esto. Haga usted lo que le digo.

El doctor Petersen se volvió a su jefe, que estaba de pie en medio del cuarto, en silencio y meditación. ¿Debía tomar billete de primera clase? ¿Qué habitación debía darse a la muchacha? ¿No sería conveniente tomar un enfermero especial? ¿No sería...?

Entretanto, Frank Braun se acercó a la durmiente.

—¡Hermosa muchacha! —murmuró—. Tus rizos se deslizan como llameantes serpientes de oro.

Y quitándose del dedo un estrecho cintillo de oro con una perla, tomó su mano y se lo puso.

—Toma: Emmy Steenhop me dio esta sortija cuando me envenené con su floral encanto. Era bella y fuerte y, como tú, una ramera extraña. Duerme, niña, y sueña con el príncipe y con tu hijo-príncipe.

E inclinándose, puso un suave beso sobre su frente.

Llegaron los camilleros con la camilla, en la que acostaron a la durmiente, poniéndole antes las ropas más precisas. La taparon con una manta de lana y se la llevaron.

—¡Como un cadáver! —pensó Frank Braun.

Y despidiéndose, el doctor Petersen salió detrás.

* * *

Entonces quedaron los dos a solas.

Pasaron algunos minutos sin que ninguno de los dos hablara. Luego el profesor se dirigió hacia su sobrino.

—Muchas gracias —dijo secamente.

—No hay de qué —replicó el sobrino—. Lo he hecho porque me divertía y porque suponía una variación. Si dijera que lo había hecho por ti, mentiría.

El profesor quedó de pie junto a él, haciendo girar sus pulgares.

—Ya me lo suponía. Por lo demás, tengo que comunicarte algo que quizá te interese. Cuando estabas charlando ahí sobre el príncipe, se me ocurrió una idea. Cuando el niño nazca, le adoptaré.

Y mostró una babosa sonrisa.

—Ya ves, querido sobrino, que tu teoría no era tan inexacta. Antes de ser engendrado, el pequeño ser te arrebató una bonita fortuna. Le declararé mi heredero. Te lo digo para prevenirte contra inútiles ilusiones.

Frank Braun sintió el golpe y miró frente a frente a su tío.

—Está bien, tío Jakob —dijo con tranquilidad—. De todos modos, más tarde o más temprano, me hubieras desheredado, ¿verdad?

Pero el consejero ni sostuvo su mirada ni respondió.

—No estaría mal —prosiguió Frank— aprovechar esta hora para ajustar nuestras cuentas. Muchas veces te he molestado y lastimado. Y tú me desheredas. Estamos en paz. Pero reconoce que este pensamiento te lo he inspirado yo. Y el que ahora puedas realizarlo, también me lo debes a mí. Pues sí; debes reconocérmelo. Yo tengo deudas...

El profesor escuchaba; y una momentánea mueca se extendió por su rostro:

—¿Cuánto? —preguntó:

Frank Braun respondió.

—¡Pss! Bastante. Podrán ser unos veinte mil.

Y aguardó. Pero el consejero le dejó aguardar.

—Bueno, ¿qué? —preguntó, al cabo, impaciente.

Y el viejo:

—¿Cómo que *qué*? ¿Has pensado en serio que yo pagaría tus deudas?

Frank Braun le miró de hito en hito y la sangre le golpeó ardiente en las sienes. Pero se dominó.

—Tío —dijo, y su voz temblaba—. No te lo rogaría si no debiera. Algunas de mis deudas son urgentes. Incluso muy urgentes. Hay entre ellas deudas de juego, deudas de honor.

El profesor tuvo una sonrisa agrídulce:

—No haber jugado.

—Ya lo sé —contestó su sobrino. Todavía se dominaba poniendo a contribución todos sus nervios—. Cierto que no debí jugar, pero jugué, perdí y ahora tengo que pagar. Otra cosa. Yo no puedo ir más a mi madre con estas cosas. Tú sabes muy bien que ya ha hecho ella por mí más de lo que podía. No hace mucho que puso en orden mis asuntos. Además está enferma. En fin, que no puedo hacerlo y no lo hago.

El profesor tuvo una sonrisa agrídulce:

—Lo siento por tu pobre madre, pero eso no me puede obligar a cambiar de propósito.

—¡Tío! —gritó él fuera de sí, ante aquella máscara fría y burlona—. ¡Tío! ¡Mira lo que haces! En la ciudadela debo a los compañeros algunos miles de marcos y tengo que pagarlos a fin de semana. Además tengo una serie lamentable de deudas pequeñas con gentes pequeñas que me han prestado por mi linda cara y a las que no puedo engañar. Para venir hasta aquí, he tenido que pedir prestado al comandante.

—¿También al comandante? —interrumpió el profesor.

—Sí, también. Le he engañado diciéndole que estabas al borde de la muerte y que tenía que asistirte en tu última hora. Por eso me dio los papiros.

El profesor movió la cabeza.

—¡Caramba! ¿Eso le has contado? Eres un verdadero genio en materia de sablazos y mentiras. Hay que poner fin a eso.

—¡Virgen Santa! —gritó el sobrino—. Sé razonable, tío Jakob. Necesito ese dinero. Si no me ayudas, estoy perdido.

Y el consejero:

—¡Bah! No es tanta la diferencia. De todos modos, perdido estás ya. De ti no saldrá nunca una persona decente.

Frank Braun se agarró la cabeza con las manos.

—¿Y esto me lo dices tú, tío, tú?

—Claro. ¿Por qué has tirado tu dinero? Y siempre de la manera más baja.

Y él entonces arrojó a la cara del viejo:

—Puede ser, pero nunca me he apoderado de dinero de la manera más baja, como tú.

Gritaba y le parecía blandir una fusta que hacía restallar en medio del rostro feo del viejo.

Sintió cómo hería el golpe, pero también cómo penetraba sin hallar resistencia, como si penetrara en espuma o en una baba pegajosa. Tranquilo, casi amable, el profesor repuso:

—Veo que sigues tan loco, hijo mío. Permite a tu viejo tío darte un buen consejo que quizá te ayude en la vida: cuando se quiere algo de uno, deben conocerse sus debilidades. Tenlo en cuenta. Hoy te necesito; y reconocerás que con ello recojo mucho de lo que tú me arrojaste. Pero ya ves que por esta vez ha salido bien y la situación es ya muy otra. Tú vienes ahora a pedirme y no piensas en recorrer el camino desde abajo. No es que yo crea que esto te hubiera servido conmigo. ¡Oh, no! Pero quizá otra vez te sirva con otros. Y entonces me darás las gracias por el buen consejo.

Y Frank Braun:

—Tío. Yo he echado por el camino de abajo y lo he hecho por primera vez en mi vida. Lo he hecho al rogarte. Así es: te he rogado. Y nunca más seguiré este camino. ¿Qué quieres? ¿Aún he de humillarme más ante ti? Vamos, basta ya. Dame el dinero.

El consejero dijo:

—Voy a hacerte una proposición, sobrino. ¿Me prometes oír tranquilo? ¿No sulfurarte por lo que te diga?

Y el joven, con firmeza:

—Sí, tío Jakob.

—Pues oye. Tú tendrás el dinero necesario para arreglar tus cuentas, tendrás mucho más. Sobre la suma, ya nos pondremos de acuerdo. Pero te necesito. Te necesito en casa. Ya arreglaré yo tus deudas en la fortaleza y conseguiré tu indulto.

—¿Por qué no? —respondió Frank Braun—. Lo mismo me da aquí que allí. ¿Cuánto ha de durar esto?

—Un año, poco más o menos. Quizá no tanto.

—De acuerdo —dijo el joven—. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

—Oh, no es gran cosa. Se trata de una ocupación a la que estás acostumbrado y que no te resultará difícil.

—¿Qué es? —instó el joven.

—Pues mira. Yo necesito un ayudante para esa muchacha que me has buscado. Tienes razón: Se nos escapará. Seguro que se aburrirá mucho en el período de espera y que tratará de acortarlo a su modo. Tú has exagerado sobre nuestros medios de retenerla. Muy seguros, naturalmente, en un manicomio particular, donde se puede guardar a una persona mucho mejor vigilada que en un correccional o en un presidio. Desgraciadamente, no nos hemos instalado como para eso. Yo no puedo meterla en el Terrarium como a las ranas, o en una jaula como a las monas, ¿no te parece?

—Claro que no, tío. Tienes que buscar otro medio.

El anciano asintió.

—He encontrado lo que necesitaba: algo que la retenga. El doctor Petersen no me parece persona apta para interesarla mucho tiempo. Creo que sólo le bastaría una noche... Necesitamos un hombre. Y yo he pensado en ti...

Frank Braun oprimió el respaldo de la silla como si fuera a quebrarlo. Su respiración se hizo fatigosa.

—¡En mí!... —repitió.

—Sí, en ti —prosiguió el consejero—. Me parece que es una de las pocas cosas en que puedes ser de provecho. Tú podrás retenérsela. Le contarás nuevas locuras y así tendrá tu fantasía una finalidad razonable. Y a falta de príncipe se enamorará ella de ti y tú podrás también satisfacer las exigencias de sus sentidos. Si esto no le basta, tú tienes bastantes amigos y conocidos que aprovecharán con gusto la ocasión de pasar un par de horas con una criatura tan linda.

Frank Braun jadeaba. Su voz sonó ronca:

—Tío. ¿Sabes lo que pides? Yo debo ser el amante de esa ramera mientras está embarazada del hijo del asesino. Y debo ser su alcahuete. Y

ayuntarla de nuevo cada día con alguien. Yo debo...

—Ciertamente —le interrumpió tranquilo el profesor—. Lo sé muy bien. Parece ser lo único en el mundo para lo que sirves, hijito.

Frank no respondió. Sintió aquel arañazo y cómo sus mejillas se enrojecían y ardían sus sienes. Era como si en su rostro llamease el verdugón que la fusta de su tío había levantado. Y sintió muy bien que el viejo se vengaba.

El consejero lo notó y una mueca satisfecha se distendió por los colgantes rasgos de su rostro.

—Piénsalo con toda tranquilidad —dijo lentamente—. Ni tú ni yo tenemos nada que fingirnos y podemos llamar a las cosas por sus nombres. Yo quiero contratarte como chulo de esa ramera.

Frank Braun sintió la sensación de estar en el suelo, indefenso, inerme, miserablemente desnudo, sin poder moverse, y que el viejo le pisoteaba con sus sucios pies y le escupía venenosa saliva en sus heridas.

No tuvo palabras. Vaciló, se tambaleó, no supo cómo bajaba la escalera y se encontró en la calle, con los ojos en el claro sol de la mañana.

Apenas tenía conciencia de que andaba. Se deslizó por las calles, se arrastró por ellas unos momentos que le parecieron siglos. Se detenía ante las columnas anunciadoras y leía los carteles de los teatros, pero sólo veía palabras sin comprender nada.

Luego se encontró en la estación. Fue a la taquilla y pidió un billete.

—¿A dónde? —preguntó el empleado.

—¿A dónde? Sí, ¿a dónde?

Y se asombró de su propia voz al oír: «Coblenza».

Buscó dinero en todos sus bolsillos.

—¡Tercera clase! —gritó.

Todavía alcanzaba.

Subió la escalera hasta el andén y entonces notó que estaba sin sombrero. Se sentó en un banco y esperó.

Vio cómo subían la camilla y cómo iba detrás el doctor Petersen. No se movió de su puesto, como si nada tuviera él que ver con aquello. Vio cómo entraba el tren, cómo hacía el médico abrir un departamento de primera y cómo los camilleros subían su carga con cuidado.

Él subió en el coche de cola. Su boca se crispaba en una carcajada.

—Así debe ser —pensó—. Tercera clase. Es lo que conviene al siervo... o al chulo.

Al sentarse olvidó de nuevo. Se metió en un rincón y fijó la vista en el suelo.

Aquella vaga opresión de su cabeza no desaparecía. Oía gritar los nombres de las estaciones y a veces le parecía como si vinieran tres o cuatro seguidas; como si el tren corriera vertiginoso, como una chispa por un alambre. Y luego una eternidad de una ciudad a otra.

En Colonia hubo de trasbordar y esperar el tren que remontaba el Rin. Pero esto no significaba para él una interrupción. Apenas notaba la diferencia entre estar sentado en el banco o en el tren.

Llegó a Coblenza; bajó y recorrió las calles. La noche caía y él pensó que debía subir a la ciudadela. Pasó el puente, trepó por la roca en la oscuridad, por el estrecho sendero de los cautivos, a través de la maleza.

Súbitamente se encontró arriba, en el patio del presidio; luego en su cuarto, sentado en la cama.

Alguien anduvo por el pasillo y entró en el cuarto con una bujía en la mano: era el fornido médico de Marina, doctor Klaverjahn.

—¡Hola! —gritó desde la puerta—. ¿De modo que el suboficial tenía razón? ¿Conque ya de vuelta, hermano? Vente para arriba. El comandante tiene la banca.

Frank Braun no se movió y apenas oía lo que el otro hablaba, el cual le sacudió enérgicamente por los hombros diciéndole:

—¿Te vas a echar a dormir, marmota? Déjate de tonterías y vente.

Frank Braun saltó; algo había allí que le sulfuraba. Levantó una silla y dio un paso:

—Vete —gritó—. Vete, bribón.

El doctor Klaverjahn le vio cerca de sí, miró aquellos rasgos pálidos y contraídos, aquellos ojos fijos y amenazadores. Algo del médico despertó de nuevo en él y le hizo reconocer la situación.

—De manera que... —dijo tranquilo—. Perdona. Y se marchó.

Frank Braun estuvo todavía un momento con la silla en la mano. Una risa fría colgaba de sus labios. Pero no pensaba en nada. Absolutamente en

nada.

Oyó llamar a la puerta como si viniera el ruido de una lejanía infinita. Por fin, levantó los ojos. El pequeño alférez estaba ante él.

—¿Otra vez aquí? ¿Qué te pasa?

Se asustó, y como el otro no respondía, volvió con un vaso y una botella de burdeos.

—Bebe. Te hará bien.

Frank Braun bebió. Sintió cómo el vino batía en sus pulsos, cómo temblaban sus piernas, amenazando ceder bajo su peso; se dejó caer como un fardo sobre la cama.

El alférez le sostuvo:

—Bebe —instaba.

Pero Frank rechazó con un gesto.

—No, no —murmuró—. Me emborracha.

Y con una débil sonrisa:

—Creo que no he comido nada en todo el día.

Un ruido de risas y gritos penetró en el cuarto.

—¿Qué hacen? —dijo Frank con indiferencia.

El alférez respondió:

—Están jugando. Ayer vinieron dos nuevos.

Y echando mano al bolsillo:

—A propósito: ha llegado un telegrama para ti. Un giro telegráfico de cien marcos. Ha llegado esta tarde. Toma.

Frank Braun tomó el papel y tuvo que leerlo dos veces antes de comprender.

Su tío le enviaba cien marcos y le decía: «Considera esto como un anticipo».

Se levantó de un salto. La niebla se rasgó. Ante sus ojos caía como una lluvia de sangre.

¡Anticipo!... ¡Anticipo!... Por..., por esa ocupación que le ofrecía el viejo. ¡Ah, por eso!

El alférez le tendió el billete:

—Ahí tienes el dinero.

Él lo tomó. Sentía cómo le quemaba los dedos. Y esa sensación, que él experimentó como un dolor físico, casi le hizo bien. Cerró los ojos y dejó correr aquella llama voraz, a través de los dedos, por la mano y el brazo. Se dejó devorar hasta la médula de los huesos por el fuego de aquella última afrenta, la más infame.

—Dame, dame vino —gritó.

Y bebió. Bebió y le parecía que el vino apagaba una crepitante llamarada.

—¿Qué juegan? —preguntó—. ¿Bac?

—No —dijo el alférez—; juegan a los dados. Al *siete alegre*.

Frank Braun le tomó del brazo:

—Ven, vamos a subir.

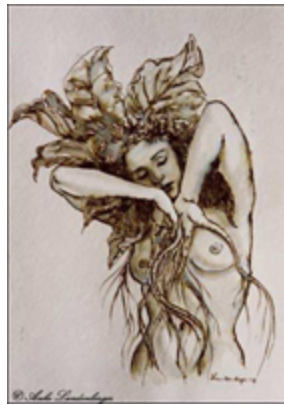
Y entraron en el casino.

—Aquí estoy yo —gritó—. ¡Cien marcos al ocho! Y arrojó el dinero sobre la mesa.

El comandante agitó el cubilete. Salió el seis...

CAPÍTULO V

Que informa de cómo eligieron al padre y de cómo la apadrinó la Muerte cuando Alraune surgió a la vida



El doctor Petersen presentó al profesor un gran libro, lindamente encuadernado, que por orden suya había hecho preparar. La roja pasta de cuero ostentaba en un ángulo las armas de los Brinkens; en el centro brillaban las grandes iniciales en oro A. T. B.

Las primeras hojas estaban en blanco: el profesor se las había reservado para escribir en ellas los antecedentes. Comenzaba el libro con un capítulo, de la mano del doctor Petersen, en la que se refería la sencilla historia de la madre de aquel ser a cuya vida estaba el libro destinado. El ayudante se había hecho contar de nuevo la historia de la prostituta y la había trasladado en seguida al papel. Hasta los arrestos sufridos estaban allí consignados. Alma había sido condenada dos veces por vagabundeo, cinco o seis veces por transgresión de las ordenanzas impuestas por la policía a su profesión, y

una vez por hurto. Respecto a la última condena afirmaba, sin embargo, haber sido inocente. Aquel señor le había regalado el alfiler de brillantes.

Además había escrito el doctor Petersen un segundo capítulo que trataba del presunto padre, el minero en paro Peter Weinand Noerrissen, condenado a muerte en nombre del rey por fallo del Jurado. La Fiscalía había puesto amablemente las actas, a disposición del médico, quien había podido extractarlas.

Según ellas, el citado Noerrissen parecía predestinado desde la niñez a tal fin. La madre había sido una notoria alcohólica; el padre, obrero de ocasión, condenado con frecuencia acusado de actos de brutalidad; por el mismo motivo, uno de sus hermanos llevaba ya diez años en la cárcel. Peter Weinand Noerrissen había sido llevado como aprendiz a casa de un herrero, el cual dio de él buenos informes en el curso de los debates, alabándole por su habilidad y por sus fuerzas extraordinarias. Tuvo, sin embargo, que despedirlo a causa de su carácter díscolo y porque molestaba constantemente al personal femenino de la casa. Después trabajó en una serie de fábricas y pasó últimamente a la mina *Phoenix*, en el Ruhr, luego de haber sido declarado inútil para el servicio militar a causa de un defecto de nacimiento: le faltaban dos dedos de la mano izquierda. No se adhirió a ningún movimiento obrero, ni a la antigua agrupación socialista, ni a los socialistas cristianos, ni al grupo Hirsch-Duncker, lo que el defensor había tratado de hacer valer como un testimonio de descargo. Fue despedido por haber dado una grave puñalada a un capataz con motivo de una huelga. En esta ocasión fue condenado por primera vez a un año de cárcel. Faltaban noticias sobre su vida desde el momento de ser puesto en libertad. Se supo que había pasado los Alpes dos veces y que había vagabundado desde Nápoles hasta Ámsterdam, trabajando ocasionalmente. Fue detenido varias veces, casi siempre por vagabundo, otras por pequeños delitos contra la propiedad; pero en opinión de la Fiscalía, era presumible que en el curso de esos siete u ocho años hubiese cometido delitos mayores.

Los móviles del hecho que había motivado la condena no estaban muy claros. No se sabía si se trataba de un crimen por robo o si era la consecuencia de una violación. La defensa había tratado de explicarlo de esta manera: el acusado había visto venir al atardecer a la joven de

diecinueve años, hija de un propietario rural, Ana Sibylla Trautwein, muchacha linda y elegante, y había tratado de violarla; luego, al intentar forzar a la joven, que era muy fuerte, y con el fin de poner fin a sus gritos, había tomado el cuchillo y la había derribado, poseyéndola en su desmayo y rematándola por miedo a ser descubierto. Después, cosa natural, con objeto de procurarse medios para la fuga, le había quitado el poco dinero y las alhajas que llevaba. El reconocimiento del cadáver se oponía en cierto modo a tal exposición de hechos, pues ofrecía una espantosa mutilación de la víctima por medio de cortes, algunos dados casi según las reglas del arte. El informe terminaba diciendo que la revisión del proceso había sido rechazada por el Supremo, que la Corona no había hecho uso de su prerrogativa y que la ejecución estaba decidida para el día siguiente a las seis de la mañana; que el delincuente se había ofrecido a los deseos del doctor Petersen después de haberle ofrecido éste dos botellas de aguardiente que debía llevarle por la tarde, a las ocho.

El profesor terminó la lectura y devolvió el libro.

—El padre es más barato que la madre —dijo riendo.

Y volviéndose a su asistente:

—De manera que usted asistirá a la ejecución. No olvide prevenirse de una solución de sal fisiológica Koch. Y dese prisa. Cada minuto es precioso. No es preciso adoptar medidas especiales: le espero mañana por la mañana en la clínica. No es necesario molestar a las enfermeras. La princesa nos asistirá.

—¿La princesa Wolkonski, Excelencia? —dijo el ayudante.

—La misma —dijo el profesor—. Tengo motivos para invitarla a ver nuestra pequeña operación, por la que ha mostrado mucho interés. Y a propósito: ¿cómo se porta hoy nuestra paciente?

Y el asistente:

—¡Ah, Excelencia! Siempre la misma canción. Siempre lo mismo, desde hace dos semanas, desde que está aquí. Llora, grita, patalea... En fin, que quiere marcharse. Hoy ha vuelto a romper dos palanganas.

—¿Ha vuelto usted a hablarle a la conciencia?

—Lo he intentado; pero apenas me deja tomar la palabra. Es una fortuna que mañana nos veamos ya tan adelantados. Para mí es un problema pensar

cómo nos arreglaremos para retenerla hasta que el niño nazca.

—Un problema que usted no necesita resolver, Petersen.

Y el consejero le golpeó benévolaente en la espalda.

—Ya encontraremos los medios. Usted no tiene más que cumplir con su deber.

El ayudante dijo:

—En eso puede confiar Vuestra Excelencia.

* * *

El sol matutino besaba las enredaderas del pulcro jardín en que se levantaba la blanca «Clínica de mujeres» del profesor y acariciaba ligeramente los multicolores macizos de dalias, frescas de rocío, y las clemátides de azul intenso adheridas a los muros. Pintados pinzones y grandes zorzales que corrían por los lisos senderos o saltaban sobre el recortado césped, emprendieron el vuelo cuando ocho férreas herraduras golpearon el adoquinado de la calle arrancándole brillantes chispas.

La princesa bajó del coche y atravesó el jardín con rápidos pasos. Sus mejillas estaban encendidas, su opulento seno se agitaba violentamente al subir la escalinata de la casa.

El profesor le salió al encuentro, abriéndole él mismo la puerta.

—¡Esto se llama puntualidad, Alteza! Pase usted. He mandado prepararle té.

Ella dijo, y sus palabras se atropellaban presurosas:

—Vengo de... allí. Lo he visto. Era atrozmente emocionante.

Él le hizo pasar a la sala.

—¿De dónde viene, Alteza? ¿De la ejecución?

—Sí. El doctor Petersen vendrá en seguida. Anoche, a última hora, pude conseguir una entrada. Ha sido formidable, verdaderamente formidable.

El consejero le ofreció una silla.

—¿Puedo servirla a usted?

—¡Muy amable, Excelencia! —asintió la princesa—. Es una lástima que se lo haya usted perdido. Era un tipo magnífico.

—¿Quién? ¿El delincuente?

Ella sorbía su té.

—Claro. El asesino. Membrudo y recio, con un magnífico pecho de luchador. Llevaba una especie de chaqueta azul; le habían dejado la nuca libre. Nada de grasa. Sólo músculos y tendones.

—¿Y ha podido Su Alteza ver bien toda la ejecución? —preguntó el consejero.

—Maravillosamente —exclamó la princesa—. Estaba en una ventana del corredor, frente por frente del tablado. Al subir vaciló un poco y tuvieron que sostenerlo... Haga el favor, otro terrón de azúcar, Excelencia.

Él la sirvió.

—¿Habló algo?

—Sí. Dos veces. Pero cada vez una palabra tan sólo. La primera mientras el fiscal leía la sentencia. Entonces dijo a media voz... Pero no me es posible repetirlo.

—¡Pero Alteza!

El consejero sonrió, rozándole ligeramente la mano.

—Delante de mí —prosiguió— no necesita usted violentarse.

Ella se echó a reír.

—Claro que no. Bueno, pues... Pero deme usted una rodaja de limón. Gracias. Échela usted en la taza. Pues dijo... Pero no puedo repetirlo.

—¡Alteza! —dijo el profesor con ligero tono de reproche.

Y ella:

—Tiene usted que cerrar los ojos.

El profesor pensaba: «¡Vieja imbécil!», pero cerró los ojos y preguntó:

—¿Y bien?

Ella seguía haciendo melindres.

—Pues... pues lo diré en francés.

—Bien. Sea en francés —dijo el doctor ya impaciente.

Ella apretó los labios, se inclinó un poco y le murmuró al oído: «Merde».

El profesor se echó hacia atrás. Le irritaba el fuerte perfume de la princesa.

—¿De manera que dijo eso?

—Sí; lo dijo como si quisiera dar a entender que todo le daba igual. Aquello me gustó. Casi lo encontré caballeresco.

—Cierto —confirmó el consejero—. Lástima que no lo dijera él también en francés. ¿Y cuál fue la otra palabra?

—¡Ah! Aquello estuvo mal.

Y la princesa sorbía el té y mordisqueaba un pastel.

—Con ella —prosiguió— echó a perder la buena impresión que me había causado. Imagínese usted que al cogerle el ayudante del verdugo, comienza de pronto a gritar y a lloriquear como un chiquillo.

—¡Ah...! —dijo el profesor—. ¿Otra taza, Alteza? ¿Y qué gritaba?

—Primero se defendió, como pudo, mudo y fuerte, a pesar de tener las manos atadas a la espalda. Tres ayudantes se arrojaron sobre él, mientras el verdugo, de frac y guante blanco, contemplaba tranquilamente la escena. Al principio me gustó cómo el asesino se sacudía de los tres carniceros que le empujaban y que tiraban de él sin conseguir moverle un paso. ¡Oh, era atrozmente emocionante!

—Me lo imagino, Alteza.

—Pero luego cambió. Uno le asió de una pierna alzándole los brazos atados, de modo que le hizo vacilar. En aquel momento comprendió la inutilidad de su resistencia y que estaba perdido. Quizá había estado antes borracho y se serenó súbitamente. ¡Uf! Y entonces gritó...

El consejero sonreía:

—¿Qué gritó? ¿Tengo que volver a cerrar los ojos?

—No, no. Puede usted dejarlos abiertos. Se acobardó; una lamentable cobardía. Lleno de angustia gritó: «¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá!» Oh, docenas de veces. Hasta que le arrodillaron estirado bajo la cuchilla y le obligaron a meter la cabeza por el redondel de la tabla.

—¿Entonces llamó a su madre hasta el último momento?

—No. Hasta el último momento, no. Cuando la tabla se cerró aprisionándole el cuello y su cabeza sobresalió por la otra parte, calló. Parecía que por él pasaba algo.

El profesor escuchaba con más atención.

—¿Podía usted ver bien su rostro, Alteza? ¿Podía usted comprender lo que por él pasaba?

—Con tanta precisión como le veo a usted ahora. Lo que pasaba por él, no lo sé. Duró sólo un momento, mientras el verdugo se cercioraba de que todo estaba listo y su mano buscaba el botón para hacer caer la cuchilla. Yo vi los ojos del asesino dilatados, como en loca voluptuosidad; vi la boca muy abierta, como buscando una presa, y sus rasgos desfigurados, deseosos...

Se detuvo.

—¿Eso fue todo? —inquirió el profesor.

—Sí. Cayó la cuchilla y saltó la cabeza dentro del saco que un ayudante sostenía abierto. Hágame el favor de pasarme la mermelada, Excelencia.

Llamaron. El doctor Petersen abrió la puerta y entró. Agitaba en la mano un largo tubo, bien escorchado y envuelto en algodón.

—¡Buenos días, Alteza! ¡Buenos días, Excelencia! ¡Aquí! ¡Aquí está!

La princesa se levantó de un salto.

—Déjeme usted ver —dijo.

Pero el profesor la contuvo.

—Despacio, Alteza. Tiempo tendrá usted de verlo. Si a usted le parece, vamos a poner inmediatamente manos a la obra.

Y volviéndose al ayudante:

—No sé si será necesario, pero de todos modos haría usted bien...

Bajó la voz y acercó los labios al oído del ayudante, quien asintió:

—Bien, Excelencia. Daré las órdenes en seguida.

Atravesaron el blanco corredor y se detuvieron en el número 17.

—Aquí está ella —dijo el profesor, abriendo con cuidado la puerta.

El cuarto, todo blanco, resplandecía de luz y sol. La muchacha yacía en la cama, profundamente dormida. Un rayo de sol penetraba por la ventana, espesamente enrejada, temblaba en el suelo, trepaba por una escala de oro, y, deslizándose entre las ropas, se posaba tiernamente sobre sus dulces mejillas y bañaba de ardientes llamas sus rojos cabellos. Los labios entreabiertos de Alma se movían como si murmuraran palabras de amor.

—Está soñando —dijo el profesor—. Quizá con su príncipe.

Y poniéndole en el hombro su fría y húmeda mano, la sacudió.

—Despierte usted, Alma.

Un ligero temor corrió por sus miembros y se incorporó medio dormida.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —tartamudeó.

Pero reconociendo al profesor, se volvió a tender sobre los almohadones.

—¡Déjeme usted en paz!

—Vamos, Alma. No nos haga usted escenas —la amonestó el profesor—. Ya estamos dispuestos. Sea usted razonable y no nos cree usted dificultades.

Y con un rápido tirón le arrancó las sábanas, que arrojó al suelo.

Pero la muchacha se bajó la camisa y se cubrió como pudo con las almohadas.

—¡Fuera! ¡Fuera! —gritó—. ¡No quiero!

El consejero hizo una seña a su ayudante.

—Vaya usted —ordenó—. Pero de prisa. No podemos perder tiempo.

Y el doctor Petersen abandonó rápidamente el cuarto.

La princesa se acercó al lecho y se dirigió a la muchacha.

—No sea usted loca, chiquilla. No hace daño en absoluto.

Y trató de acariciarla, pasándole sus gruesas y ensortijadas manos por la nuca y el cuello, hasta los senos.

Alma la rechazó.

—¿Qué quiere usted? ¿Quién es usted? ¡Fuera! ¡Fuera! ¡No quiero!

Pero la princesa insistía.

—Yo no quiero más que tu bien, hijita; y te regalare una sortija muy bonita y un vestido nuevo.

—¡No quiero ninguna sortija! —gritó la ramera—. ¡No necesito ningún vestido! ¡Quiero irme de aquí y que me dejen en paz!

Con sonriente tranquilidad abrió el tubo el consejero.

—Ya la vamos a dejar a usted en paz. Y más tarde podrá usted también marcharse. Mientras tanto, tiene usted que cumplir la pequeña obligación a que se ha comprometido con nosotros. ¡Ah! ¿Está usted ahí, doctor?

Y volviéndose a su ayudante, que acababa de entrar con la mascarilla de cloroformo en la mano, dijo:

—Venga usted en seguida.

La muchacha se le quedó mirando con los ojos dilatados por el terror.

—No —gemía—. No, no.

Hizo gestos de querer saltar de la cama y empujó al ayudante con ambas manos en mitad del pecho, haciéndole retroceder tambaleándose.

Entonces, con los brazos abiertos, la princesa se arrojó sobre la muchacha, oprimiéndola con la masa de su cuerpo hasta volverla a la cama y la abrazó clavando sus dedos en la brillante carne, apretando entre sus dientes un largo mechón de cabello rojos.

La prostituta, imposibilitada de agitar los brazos ni de mover el cuerpo bajo aquella mole, agitaba las piernas en el aire. Vio cómo el médico le aplicaba la mascarilla al rostro y le oyó contar en voz baja: «uno, dos, tres», y gritó, haciendo retemblar las paredes:

—No, no quiero. No quiero. ¡Ay, me ahogo!

Su grito murió, cediendo a un miserable gimoteo:

—¡Madre! ¡Ay!... ¡Ma...dre!

* * *

Doce días más tarde, la prostituta Alma Raune ingresó en la cárcel y fue procesada. La orden de prisión fue dictada por carecer la muchacha, acusada de robo, de domicilio fijo y ofrecer con ello posibilidades de fuga. La denuncia había partido de Su Excelencia el consejero secretario efectivo ten Brinken.

Desde los primeros días había preguntado el profesor repetidamente a su ayudante por diferentes objetos que echaba en falta. Le faltaba una antigua sortija de sello que se había quitado al lavarse; un pequeño monedero que recordaba haber dejado en su abrigo. Rogó al doctor Petersen que vigilara con la mayor atención a los empleados.

Más tarde, un reloj de oro del ayudante desapareció de su cuarto de la Clínica, donde estaba encerrado en un cajón de su escritorio. El cajón había sido forzado. Un prolijo registro de la Clínica, al que se declararon dispuestos todos los empleados, dio un resultado completamente negativo.

—Debe haber sido una paciente —concluyó el consejero, y dispuso que se registraran las habitaciones de las enfermas.

El doctor Petersen dirigió también esta pesquisa, con el mismo éxito.

—¿Ha olvidado usted alguna dependencia? —inquirió su jefe.

—Ninguna. Excelencia, exceptuado el cuarto de Alma.

—¿Y por qué no ha hecho investigaciones en él?

—¡Pero Excelencia!... —opuso el doctor Petersen—. Eso es completamente imposible. La muchacha está vigilada día y noche y no ha salido una sola vez de su cuarto, y desde que ha sabido del éxito de nuestro intento está completamente fuera de sí. Se pasa llorando y gritando todo el santo día, nos amenaza con volverse loca y sólo piensa en salir de aquí o en cómo podría frustrar a la postre nuestros esfuerzos. Dicho claramente, Excelencia, me parece del todo imposible retener aquí a la muchacha todo ese tiempo.

—¿Sí? —el profesor reía—. Bueno, Petersen. Busque usted primero en el cuarto 17. No me parece tan imposible que la muchacha sea la autora.

Al cabo de un cuarto de hora volvió el ayudante, trayendo algo envuelto en un pañuelo.

—Aquí están las cosas. Las encontré ocultas entre la ropa sucia de la joven.

—¿De modo que ha sido ella? —dijo el profesor—. Telefonee usted inmediatamente a la policía.

El ayudante vacilaba.

—Perdone Vuestra Excelencia si me permito una objeción: la muchacha es de seguro inocente, aún cuando las apariencias hablen contra ella. Vuestra Excelencia hubiera debido verla cuando la vieja enfermera y yo registramos el cuarto y dimos por fin con los objetos. La muchacha estaba en la mayor apatía y nada le impresionaba. Es seguro que nada tiene que ver con el robo. Alguien del personal ha debido tomar los objetos y esconderlos en su cuarto por temor a ser descubierto.

El profesor sonrió:

—Es usted muy caballeresco, Petersen. Pero no importa: telefonee usted.

—¡Excelencia! —rogó el médico—, quizá debiéramos esperar un poco. Quizá, interrogando detenidamente al personal...

—¡Oiga usted, Petersen! —dijo el consejero. Debía usted meditar un poco más. En el fondo, es indiferente que la muchacha haya o no robado esas cosas. Lo importante es que nos libremos de ella, que se la lleven a otra

parte hasta que llegue la hora, ¿no es eso? En la cárcel la tenemos segura, mucho más segura que aquí. Ya sabe usted lo decentemente que le pagamos y hasta estoy dispuesto yo a gratificarla por esta pequeña molestia... cuando todo haya pasado. En la cárcel no está peor que aquí: su celda será más estrecha, la cama algo más dura, la comida no tan buena. En cambio tendrá allí con quién hablar, lo que en su estado tiene mucho valor.

El doctor Petersen le miró todavía un poco vacilante.

—Está muy bien, Excelencia, pero... no cantará allí. Sería muy desagradable que...

El profesor sonreía.

—¿Cómo? Déjele usted cantar cuanto quiera... *Hysteria mendax*..., ya sabe usted, es una histérica; y una histérica siempre tiene derecho a mentir. Nadie la creerá. Pasará simplemente por una embarazada histérica. ¿Y qué va a contar ella? ¿La historia del príncipe que el bueno de mi sobrino le colocó? ¿Cree usted que el juez, el fiscal, el director de la cárcel o cualquiera otra persona razonable prestará oído a semejante galimatías en boca de una prostituta? Aparte de que yo mismo hablaré con el médico de la cárcel. ¿Quién es ahora el médico de la cárcel?

—El colega doctor Perscheidt.

—¡Ah!, ¿su amigo de usted, el pequeño Perscheidt? Yo también le conozco y le rogaré que vigile a nuestra paciente de un modo especial. Le diré que me fue enviada a la Clínica por un conocido que tuvo relaciones con ella, y que este señor está dispuesto a atender en toda forma al niño. Llamaré la atención del médico sobre la extraordinaria y enfermiza mendacidad de la paciente y le referiré desde luego lo que verosímilmente haya ella de referir. Además, confiaremos la defensa al consejero Gontram, explicándole el caso de manera que no dé crédito ni un segundo a las palabras de la muchacha. ¿Teme usted algo todavía, Petersen?

El ayudante contempló a su jefe lleno de admiración.

—No, Excelencia —dijo—. Vuestra Excelencia ya piensa en todo. Lo que esté en mi mano lo ofrezco, desde luego, si puede serle útil.

El consejero dio un profundo suspiro y le tendió la mano:

—¡Gracias, querido Petersen! No sabe usted el daño que me hacen estas mentirillas. ¿Pero qué remedio? La ciencia exige a veces estos sacrificios.

Nuestros valientes predecesores, los médicos medievales, se veían obligados a robar los cadáveres de los cementerios, si querían aprender anatomía; tenían que desafiar el peligro de verse tenazmente perseguidos por profanación de cadáveres y otras majaderías. En este aspecto no podemos quejarnos; y tenemos que aceptar el cuidado de todos estos pequeños embustes en interés de nuestra santa ciencia. Y ahora, vaya usted, Petersen, y telefonee.

Y el ayudante fue, con el corazón lleno de la más grande y sincera estima por su jefe.

* * *

Alma Raune fue condenada por el delito de hurto. Sus tenaces negativas y el hecho de haber sufrido ya otra condena análoga, empeoraron su caso; sin embargo, se le concedieron circunstancias atenuantes, verosímilmente porque en realidad era muy bonita, quizá también porque el consejero Gontram la defendía. Se le impuso sólo un año y seis meses de cárcel, descontándosele el tiempo pasado en prisión preventiva.

Pero Su Excelencia el profesor ten Brinken consiguió que se la pusiera en libertad mucho antes de cumplir, aunque su conducta en la cárcel distó mucho de ser ejemplar. Se tuvo, sin embargo, en cuenta que, como el profesor subrayaba en su petición de indulto, esta conducta podía atribuirse al estado histérico de la muchacha; también se tuvo en cuenta que pronto iba a ser madre.

Cuando se hicieron notar los síntomas de un próximo alumbramiento, fue licenciada, transportándose, temprano en la mañana, a la clínica ten Brinken; y así volvió a su cuarto blanco, el número 17, al final del corredor. Ya durante el traslado comenzaron los dolores. El doctor Petersen la tranquilizó diciéndole que pasarían pronto.

Pero se equivocaba. Los dolores continuaron todo el día, la noche y el día siguiente; cedían un momento para recrudecerse luego con mayor violencia. Y la muchacha gritaba y gemía, retorciéndose en tormentos atroces.

El tercer capítulo del libro A. T. B. trata de ese alumbramiento, escrito también de mano del médico ayudante. Él asistió a la parturienta, acompañado del médico de la cárcel, parto laboriosísimo que sólo terminó al tercer día, con la muerte de la madre. El profesor no estuvo presente.

En su informe, el doctor Petersen ponderaba la fuerte naturaleza y excelente constitución de aquélla, que parecían condicionar un fácil alumbramiento. Sólo la extrañísima situación transversal del feto motivó las complicaciones surgidas, que hicieron por último imposible salvar juntamente al niño y a la madre. Más adelante se decía que el recién nacido, una niña, dio, casi en el vientre de la madre todavía, un grito extraordinario, tan violento y tan agudo, que ni los médicos, ni la partera que asistía, recordaban haber oído nunca nada semejante en un recién nacido. Aquel grito tenía algo de consciente, como si la niña hubiera sufrido dolores atroces al ser arrancada violentamente del seno materno; había sido tan agudo y espantoso el grito, que todos experimentaron un sentimiento de horror; el colega doctor Perscheidt tuvo que sentarse, mientras un copioso sudor frío le brotaba de las sienes.

La niña, que era muy delicada y menuda, se tranquilizó pronto y ni siquiera lloró más. La comadrona comprobó en seguida, al bañarla, una atresia vaginal muy desarrollada, de manera que la piel de los muslos, casi hasta la rodilla, había crecido adherida. Tan notable fenómeno resultó ser, después de un más detenido examen, una superficial adherencia de la epidermis, remediable con una sencilla operación.

Por lo que hace a la madre, era seguro que había tenido que soportar atroces dolores. No había que pensar en cloroformizarla o en la anestesia lumbar y menos aún en una inyección de scopolamin-morfina, pues, la hemorragia, imposible de contener, había originado una gran debilidad cardíaca. Constantemente había estado gritando del modo más horrible, con gritos que en el momento del parto fueron dominados por aquel espantoso del niño. Más tarde sus quejidos se debilitaron y, al cabo de dos horas y media, falleció sin volver a recobrar el conocimiento. Como causa directa de la muerte podía señalarse el desgarramiento de la matriz y la hemorragia resultante.

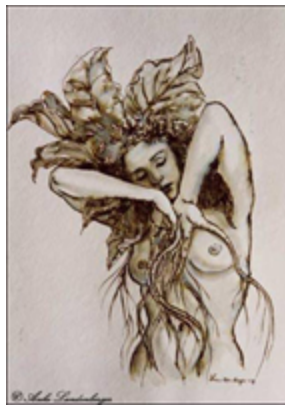
* * *

El cadáver de la prostituta Alma Raune fue entregado a la sala de disección, pues, las personas de su familia, a las que se dio parte, no lo reclamaron y dijeron no estar dispuestas a sufragar los gastos del entierro. Así, sirvió a los fines docentes del profesor de Anatomía Holzberger y fomentó, seguramente, los estudios de sus oyentes con todos sus miembros, si se exceptúa la cabeza, que el estudiante Fassmann, candidato a la Licenciatura, debía preparar. La olvidó durante las vacaciones y, como luego ya no se prestaba para una limpia preparación, y él poseía ya cráneos suficientes, se mandó hacer con la bóveda craneana un lindo cubilete para dados. Ya poseía cinco dados hechos con los nudillos del asesino ejecutado Noerrissen, y necesitaba un cubilete apropiado. El estudiante Fassmann no era supersticioso; pero afirmaba que este cubilete prestaba extraordinarios servicios.

Él cantó sus alabanzas con tan altos tonos, que cubilete y dados alcanzaron una cierta celebridad en el transcurso de varios semestres: primero, en la peña que los señores de su corporación escolar formaban en la cervecería; luego, en la de los Mayores, y por último, entre todos los estudiantes. Fassmann amaba su cubilete y consideró casi como una extorsión que el profesor ten Brinken, con ocasión de su visita al examen, se lo pidiera. No se lo hubiera dado, de seguro, de no haberse sentido tan flojo en Ginecología y de no tener precisamente el profesor tanta fama de exigente en los exámenes. Lo cierto es que el estudiante pasó el examen con brillantez y que su cubilete le dio buena suerte durante todo el tiempo que fue su poseedor.

Así, lo que restaba de aquellos dos seres que, sin haberse visto nunca, fueron padre y madre de Alraune ten Brinken, entró después de la muerte en una cierta relación. El bedel de la disección, Knoblauch, arrojó, como de costumbre, huesos y piltrafas de carne en una fosa abierta a toda prisa en el jardín: allí, junto al muro, donde las blancas rosas trepadoras crecían tan lozanas...

INTERMEZZO



El ardiente viento del sur, querida amiga, trajo todos los pecados del desierto. Allí donde el Sol arde a través de milenios innumerables, flota sobre la arena dormida una sutil madeja blanca. Y la niebla se redondea en blandas nubes que el torbellino dispersa alrededor, formando como extraños huevos redondos que contienen todo el ardor del Sol.

En la noche sombría merodea el basilisco. Aquel que la Luna, la eterna infecunda, engendró de extraño modo en la arena igualmente estéril. Éste es el secreto de los desiertos.

Muchos dicen que el basilisco es una bestia. Pero no es verdad. Es un pensamiento que creció allí, donde no había suelo ni semillas, surgido de la eterna esterilidad, y que adoptó formas abigarradas, que la vida desconoce. Por eso, nadie puede describir ese ser, porque es indescriptible, como la nada misma.

Pero es cierto, como la gente dice, que es muy venenoso; se come los huevos de fuego del Sol que el torbellino arrastra por las arenas del

desierto. Por eso, sus ojos despiden llamas purpúreas y su aliento ardiente exhala grises vapores.

Pero el basilisco, el hijo de la Luna pálida, no devora todos los huevos de la Niebla. Cuando está harto, lleno de ardientes venenos, escupe su saliva verde sobre los que aún yacen en las arenas; rasga con aguda garra la blanda envoltura, para que la asquerosa baba los penetre. Y cuando en la mañana se levanta la brisa, ve entre las delgadas cáscaras un bullir y crecer como de velos violeta o de un verde húmedo.

Y cuando en los países del mediodía revientan los huevos empollados por el Sol, los de los cocodrilos, los de los sapos, los de las serpientes, los de todos los feos saurios y salamandras, entonces, con un ligero chasquido, saltan también los huevos venenosos del desierto. En ellos no hay núcleo, no surge de ellos ninguna serpiente ni ningún saurio; sólo una aérea y extraña forma multicolor, como los velos de la danzarina en la danza de la Llama; multiaromática, como las pálidas flores de Lahore; polifónica, como el sonoro corazón del ángel Israfel. Pero también multiponzoñosa, como el horrible cuerpo del basilisco.

Entonces corre el viento del mediodía, que se arrastra desde los pantanos del tórrido país de las selvas y danza sobre los arenosos desiertos. Él levanta los ardientes velos de los huevos solares, los lleva más allá del mar azul, los arrastra consigo como ligeras nubes, como sueltas túnicas de nocturnas sacerdotisas. Así vuela hacia el rubio norte la peste ponzoñosa de todas las voluptuosidades.

Fríos como tu norte, hermanita, son nuestros quietos días. Tus ojos son azules y buenos, y nada saben de voluptuosidades ardientes. Las horas de tus días son como los pesados racimos de las glaucas glicinas que gotean sus flores hasta formar una muelle alfombra por la que se desliza, bajo las frondas soleadas, mi pie ligero.

Pero cuando las sombras caen, rubia hermanita, un ardor se desliza sobre tu piel fresca; madejas de niebla vuelan desde el desierto, madejas de niebla que aspira tu alma deseosa. Y tus labios ofrecen en besos sangrientos la ponzoña abrasadora de todos los desiertos.

* * *

No entonces, rubia hermanita, niña dormida de mis días tranquilos de ensueño... Cuando el mistral riza ligeramente las olas azules, cuando las dulces voces de los pájaros resuenan en la copa de mi laurel de rosas, es cuando yo hojeo el pesado infolio del profesor Jakob ten Brinken. Lenta como el mar corre la sangre por mis venas y yo leo, con tus quietos ojos en calma infinita, la Historia de Alraune. La reproduzco como la encontré, simple y sencillamente, como quien está libre de todas las pasiones.

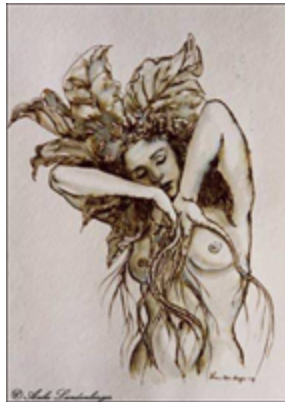
Pero yo bebí la sangre de tu herida que fluía en las noches, y la mezclé con mi sangre; aquella sangre envenenada con la ponzoña pecaminosa de los tórridos yermos. Y cuando se enfebrezca mi cerebro con tus besos, que son dolores, y con tus voluptuosidades que significan tormentos..., entonces es posible que yo me hurte a tus brazos, salvaje hermana mía.

Tal vez estoy sentado, lleno de ensoñaciones, en mi ventana, cara al mar, en la que el siroco arroja sus brasas. Tal vez tomo de nuevo el infolio del consejero y leo en él la Historia de Alraune... con tus ojos de venenoso ardor. El mar grita a las rígidas rocas... como grita mi sangre por mis venas.

Muy de otra manera me imagino ahora lo que leo. Y lo reproduzco tal como lo hallo, salvaje, ardiente, como quien está lleno de todas las pasiones.

CAPÍTULO VI

Que trata de cómo creció la niña Alraune



En su infolio, que ya no ofrece la clara y distinguida letra del doctor Petersen, sino la firma alargada y casi ilegible escritura del consejero, menciona éste la adquisición del cubilete de dados, pero antes de este pequeño episodio se encuentran en el libro algunas breves anotaciones, de las cuales varias cobran interés en el curso de esta historia.

La primera se refiere a la operación de la atresia vaginal de la niña, causa del prematuro fin del doctor Petersen, que la llevó a cabo. El profesor menciona que, teniendo en cuenta, de una parte, el ahorro que la muerte de Alma le supuso, y, de otra, la eficaz ayuda que su auxiliar le había prestado en aquel caso, le concedió un permiso trimestral para un viaje de veraneo, con el sueldo íntegro; y además le prometió una gratificación de 1.000 marcos. El doctor Petersen se alegró mucho de aquel viaje, el primero de importancia que iba a hacer en su vida, pero insistió en proceder primero a la sencilla operación, aún cuando ésta se hubiera podido aplazar largo tiempo sin peligro alguno. La realizó algunos días antes de su proyectada

partida, con éxito completo para la niña. Por desgracia contrajo, al hacerla, una grave infección, tanto más extraña cuanto que el doctor Petersen siempre había mostrado el más meticoloso cuidado, y sucumbió en cuarenta y ocho horas, después de grandes padecimientos. No había podido determinarse la causa directa de aquella infección; la posibilitó una herida en el antebrazo izquierdo, apenas visible a simple vista, que quizá procedía de un ligero arañazo de la pequeña paciente. El profesor hace resaltar que con este motivo, y por segunda vez desde el comienzo del asunto, la muerte del interesado le ahorra el pago de una suma considerable. Ningún comentario se añade a esta consideración.

Más adelante se da cuenta de que la niña, que primeramente fue instalada en la Clínica bajo la custodia de la enfermera mayor, era extraordinariamente quieta y delicada. Sólo una vez lloró, con ocasión del santo bautismo que el capellán Ignaz Schröder le administró en la catedral. Verdad es que entonces gritó terriblemente, hasta el extremo de que los escasos asistentes al acto: la enfermera que la llevaba, la princesa Wolkonski, que con el consejero Sebastian Gontram fue madrina del bautismo; el sacerdote, el sacristán y el profesor, no pudieron hacerla callar. Comenzó a llorar en el momento de sacarla de casa y no cesó hasta regresar a ella. En la catedral misma, sus gritos habían sido tan intolerables, que Su Reverencia se vio precisado a abreviar la ceremonia en lo posible, para librarse y librar a los presentes de aquel horrible estrépito. Todos respiraron al terminar el acto y ver ya en el coche a la nodriza con la niña.

Parece que en los primeros años de su vida la muchacha, a quien el profesor, por un capricho explicable, dio el nombre de Alraune, nada particular ocurrió; por lo menos, ningún dato interesante se encuentra en el infolio. Se dice allí que el profesor persistió en su anterior resolución de adoptarla, declarándola única heredera, con expresa exclusión de todos los parientes, en un testamento legalizado. Se dice, además, que la princesa envió a su ahijada, como regalo de bautismo, un collar tan valioso como de mal gusto, consistente en cuatro cadenas de oro con diamantes y dos lazos de grandes y hermosas perlas; en el medio, guarnecido igualmente de perlas, había un lazo de cabellos rojos que la princesa había mandado hacer de un rizo cortado a la madre anestesiada en el momento de la fecundación.

Cuatro años permaneció la niña en la Clínica, hasta el momento en que el profesor la cedió con los laboratorios adjuntos, que había descuidado cada vez más. Entonces se la llevó a su posesión de Lendenich.

Allí tuvo la niña un compañero de juegos, unos cuatro años mayor: Wölfchen Gontram, el hijo menor del consejero. Poco es lo que el profesor ten Brinken refiere de la ruina de la casa de Gontram. Menciona brevemente que la Muerte se cansó por fin de jugar con la casa blanca junto al Rin y que en un año se llevó a la madre y a tres de sus hijos. Su Reverencia el capellán Schröder se encargó del cuarto de los varones, mientras que la hija, Frieda, marchó a Roma con su amiga Olga Wolkonski, que había casado con un conde español algo dudoso, y tenía allí su casa. Al mismo tiempo que estos sucesos había llegado la ruina económica del consejero, que no pudo ser contenida a pesar de la brillante minuta que la princesa había pagado al ganar, por fin, su pleito. El profesor presenta el hecho de haber acogido al hijo menor como una especie de acción filantrópica, aunque sin olvidarse de añadir que precisamente Wölfchen había heredado algunos viñedos y pequeños edificios de una tía materna, de manera que tenía completamente asegurado el porvenir. Anota también que se había hecho ceder por el padre la administración de esta fortuna, y hasta añade que él... por delicadeza, para que el muchacho nunca tuviera el sentimiento de haber sido criado por caridad en un hogar extraño, descontaba de las rentas los gastos de manutención de su pupilo. Es de suponer que el señor profesor no se quedaba corto en las cuentas.

Por las anotaciones que en esos años hizo el consejero ten Brinken en su infolio, se deduce que Wölfchen Gontram se ganaba bien el pan que comía en Lendenich. Para la niña era un buen compañero de juegos; aún más, era su único juguete y al mismo tiempo su *niñera*. Acostumbrado a loquear con sus traviosos hermanos, su amor se volcó sobre la pequeña y delicada criatura que corría sola por aquel vasto jardín, por los establos, invernaderos y dependencias. La mortandad de su casa paterna, la súbita ruina de todo lo que para él fuera el mundo, le hizo una impresión profunda... a pesar de la indolencia de todo Gontram. El lindo niño, que tenía los grandes y negros ojos soñadores de su madre, se volvió silencioso, quieto y reconcentrado. Y su interés por mil pensamientos infantiles, ahogado de pronto, envolvió a la

pequeña Alraune como en linos zarcillos, nutriéndose de ella como a través de delgadas raíces. Lo que en su infantil pecho había, Wölfchen lo dio a su nueva hermanita; lo dio con la grande e ilimitada bondad que era la luminosa herencia de sus padres.

Cuando al mediodía volvía de la ciudad, del Instituto, donde siempre ocupaba los últimos bancos, pasaba ante la cocina sin entrar, por hambre que tuviera, y recorría el jardín hasta encontrar a Alraune. A veces tenían los criados que sacarlo de allí a la fuerza para darle de comer. Nadie se ocupaba debidamente de los dos niños; pero mientras que todos mostraban una extraña desconfianza ante la pequeña, gustaban en cambio de Wölfchen. Y a él pasó ese zafio amor de la servidumbre que antes, y por tantos años había sido para Frank Braun, cuando de niño pasaba allí sus vacaciones. Como antaño a aquél, Froitsheim, el viejo cochero, permitía a Wölfchen andar entre los caballos y lo montaba en ellos y le dejaba cabalgar por el jardín. El jardinero le daba los mejores frutos y le cortaba las ramas más delgadas; y las sirvientas le calentaban la comida cuidando de que nada le faltara. Se debía esto a que el muchacho sabía conducirse entre ellos, mientras que la niña, pequeña como era, tenía ya un modo peculiar de abrir un abismo entre ella y los criados. Nunca charlaba con ellos, y cuando les dirigía la palabra, era para expresar cualquier deseo que sonaba como un mandato. Precisamente lo que las gentes del Rin no pueden tolerar ni de su señor, ni menos de aquel extraño ser.

No la golpeaban; el consejero lo había prohibido severamente, pero le daban a entender que no se ocupaban de ella y hacían como si no estuviera allí. Corría ella de un lado a otro y ellos la dejaban correr. Cuidaban de su comida, de su camita, de sus vestidos, pero lo hacían del mismo modo que cuando echaban de comer al viejo y mordedor perro de la finca, como cuando barrían su perrera y le soltaban por las noches.

El consejero no se ocupaba en manera alguna de los niños, que quedaban en completa libertad. Desde que poco después de abandonar su clínica había dejado también la cátedra, se ocupaba, además, de toda clase de negocios referentes a solares e hipotecas, y en cultivar su antigua pasión, la Arqueología. Como en todo aquello en que ponía sus manos, la cultivaba cual sagaz comerciante y sabía colocar a altos precios, en todos los museos

del mundo, sus colecciones hábilmente reunidas. Aquel suelo que rodeaba la casa solariega de los ten Brinken hasta el Rin y la ciudad por una parte, y de otra hasta las estribaciones del Eifel, estaba lleno de objetos traídos por los romanos y por sus pueblos auxiliares. Siempre habían sido coleccionistas los ten Brinken, y cuando, en diez leguas a la redonda, un campesino tropezaba en algo con su arado, excavaba cuidadosamente y llevaba sus tesoros a Lendenich, al viejo caserón consagrado a San Juan Nepomuceno.

El profesor lo compraba todo: las grandes vasijas llenas de monedas, armas enmohecidas y huesos amarillentos, urnas, fíbulas y lacrimatorios. Pagaba en céntimos; pero los campesinos tenían siempre la seguridad de recibir en la cocina una buena copa de aguardiente, y, muchas veces, la suma necesaria para la siembra. Suma reintegrable, es cierto, con grandes intereses, pero sin la garantía exigida por los Bancos.

Y era indudable que aquel suelo nunca había arrojado tantos objetos como después de venir Alraune a la casa. El profesor reía: «trae dinero». Bien sabía él que todo pasaba de la manera más natural del mundo, que sólo su ocupación más intensa en aquellas cosas lo causaba; pero se divertía en asociar aquellos resultados con la vida de la pequeña criatura: jugueteaba con este pensamiento. Se comprometió en audaces especulaciones, compró grandes terrenos en la continuación de la ancha Villenstrasse, hizo excavar el suelo, se metió en los negocios más arriesgados, saneó el Banco Hipotecario, al que toda persona razonable profetizaba una ruina inminente. Todo cuanto el profesor tocaba seguía por buen camino. Por una casualidad se alumbró una fuente medicinal en uno de sus terrenos de la montaña. El profesor la hizo limpiar y demarcar. De este modo se inició en los negocios de aguas, compró todo lo que había en tierra renana, monopolizando casi la industria; formó un pequeño *trust*, al que imprimió cierto carácter nacional, y declaró que era preciso formar un frente contra el extranjero, contra los ingleses, a los cuales pertenecían el Apollinaris. Los pequeños propietarios se reunieron en torno a aquel jefe, juraban «por S. E.» y le dejaron con gusto hacer cuando, al fundarse la sociedad anónima, se reservó un puñado de participaciones. E hicieron bien, pues el consejero dobló sus intereses y eliminó a los que quisieron adherirse.

Se ocupó en una porción de cosas heterogéneas que no tenían de común sino el referirse todas al suelo. Era una manía suya: una consciente asociación de ideas. Pensaba que la mandrágora sacaba oro de la tierra y él se quedó con lo que a la tierra se refería. Ni un segundo creyó seriamente en ello, pero tuvo siempre la más segura confianza en el éxito al emprender la más arriesgada especulación de aquella clase. Sin examinarlos, rechazaba todos los demás negocios, ventajosas jugadas de Bolsa cuyas probabilidades estaban claras como el sol, que apenas ofrecían el menor riesgo; en cambio compró una porción de acciones mineras extraordinariamente depreciadas (hierro, carbón), y se hizo accionista de una serie de yacimientos desacreditadísimos. Y ganó también. «Lo hace Alraune», decía riendo.

* * *

Llegó el día en que aquel pensamiento fue algo más que una broma.

Wölfchen cavaba en el jardín detrás de los establos, bajo el moral grande. Allí quiso tener Alraune un palacio subterráneo. Día por día excavaba Wölfchen, a veces con la ayuda de uno de los jardineros. La niña, sentada frente a ellos, les miraba hacer quieta, sin hablar ni reír. Y una tarde la pala del chico vibró con un claro sonido. El jardinero le ayudaba. Con las manos sacaron cuidadosamente la tierra oscura de entre las raíces. Y llevaron al profesor un tahalí, una hebilla y un puñado de monedas. El profesor hizo proseguir metódicamente la excavación y halló un pequeño tesoro: monedas galas, bastante raras y preciosas.

El hecho no era, en verdad, extraordinario. Si los campesinos de los contornos encontraban algo aquí o allá, ¿por qué no había de haber algo oculto en aquel mismo jardín? Pero preguntó al niño que por qué había cavado precisamente bajo el moral, y Wölfchen dijo que Alraune lo había querido así: allí y en ninguna otra parte.

Interrogó también a Alraune, pero Alraune calló.

Y el consejero pensaba: «Es como una varita mágica que siente dónde encierra tesoros el suelo».

Y reía, siempre se reía.

Muchas veces llevaba consigo a la niña, hacia el Rin, por la Villenstrasse. Paseaba con ella por los solares donde sus gentes excavaban, y cuando atravesaba las praderas le preguntaba con sequedad: «¿Dónde deben hacerlo?», contemplándola con atención, por si su delicado cuerpo mostrara algo que permitiera adivinar... Pero ella callaba y su cuerpecito no decía nada. Luego comprendió mejor; a veces se detenía en cualquier parte diciendo: «Cavad aquí». Lo hacían y nada encontraban. Y ella reía con una risa clara.

El profesor pensaba: «Se ríe de nosotros». Pero siempre hacía cavar donde ella lo había mandado.

Alguna que otra vez encontraba algo: una tumba romana, una gran urna con monedas de plata primitivas. Y el consejero decía: «Una casualidad». Pero pensaba: «Quizá sea sólo una casualidad».

* * *

Una tarde, cuando el consejero salía de la biblioteca, vio a Wölfchen bajo la bomba del agua, medio desnudo, con el tronco estirado hacia adelante. El viejo cochero dejaba caer el frío chorro sobre la cabeza, nuca, espalda y brazos del muchacho, cuya piel relucía roja, cubierta de pequeñas vejigas.

—¿Qué tienes? —preguntó.

El niño callaba, apretando los dientes, aunque sus negros ojos estaban llenos de lágrimas. Pero el cochero dijo:

—Son ortigas. La niña le ha pegado con ortigas.

Él se defendía:

—No, no. No me ha pegado. Yo tengo la culpa, me eché sobre ellas.

El consejero le interrogó con trabajo; y sólo con la ayuda del cochero logró sacarle la verdad.

Había ocurrido así: el chico se había desnudado hasta las caderas. Se arrojó sobre las ortigas revolcándose en ellas; pero... a petición de su hermanita. Había notado ésta que al rozar casualmente la yerba la mano del niño se había hinchado; notó cómo se enrojecía y comenzaban a salir

ampollas. Entonces le instó a coger las yerbas con la otra mano también y a tenderse sobre ellas con el pecho desnudo.

—¡Tonto! —le respondió el consejero.

E inquirió luego si también Alraune había cogido ortigas.

—Sí —dijo el chiquillo—. Pero a ella no le ha pasado nada.

El profesor recorrió el jardín hasta encontrar a su pupila, que junto al muro grande arrancaba de entre un montón de escombros un gran manojito de ortigas, que llevó luego en sus brazos desnudos a la glorieta de las glicinas, donde la extendió en el suelo formando un verdadero lecho.

—¿Para quién es esto? —preguntó el profesor.

La pequeña le miró y dijo con seriedad:

—Para Wölfchen.

Él le tomó las manos, examinando sus delgados bracitos. En ninguna parte se observaba excoiación alguna.

—Ven conmigo —le dijo.

Y la llevó al invernadero, donde había largas hileras de primulas japonesas.

—Arranca esas flores —le ordenó.

Y Alraune las arrancó una a una. Tenía que empinarse y en todo momento sus brazos estaban en contacto con las hojas venenosas.

Pero en ningún sitio se mostró hinchazón alguna.

—Está, pues, inmune —murmuró el profesor.

Y en su infolio hizo un estudio sobre la aparición de la urticaria por contacto de la urtica dioica y de la primula obcónica, analizando que el efecto era puramente químico, que los pequeños pelos del tallo y de las hojas que hieren la piel segregan un ácido que provoca en el sitio herido una intoxicación local. Investigaba cómo y hasta qué punto la inmunidad contra las primulas y las ortigas, tan rara de encontrar, estaría relacionada con la insensibilidad de las brujas y de los poseídos. Y si no, habría que buscar la causa de ambos fenómenos en una autosugestión de base histérica que podría aclarar aquella inmunidad. Y una vez comenzada la busca de peculiaridades sorprendentes en la muchacha, examinó concienzudamente todas las coincidencias que parecían confirmar su pensamiento. Por eso se encuentra en este lugar la noticia, que por insignificante había olvidado el

doctor Petersen en su informe, de que el nacimiento de la niña ocurrió a medianoche.

«Alraune surgió, pues, a la vida como correspondía», añadió el profesor.

* * *

El viejo Brambach había venido de las colinas de la aldea de Filip, distantes cuatro horas. Estaba medio inválido y peregrinaba por las aldeas de la falda de la montaña vendiendo décimos de lotería parroquiales, estampas de santos y rosarios baratos. Cojeando a través del patio mandó decir al consejero que le traía algunos objetos romanos que un campesino había encontrado en su campo. El profesor le mandó decir que esperara, que no tenía tiempo para él; y el viejo Brambach se sentó a esperar en el banco de piedra del patio, fumando su pipa.

Al cabo de dos horas el profesor le hizo entrar. Siempre hacía que la gente aguardara aún cuando nada tuviera que hacer. Decía: «Nada rebaja tanto los precios como hacer esperar». Pero esta vez estaba realmente ocupado: el director del Museo Germánico de Nüremberg estaba allí y le acababa de comprar una linda colección de antigüedades galas del país renano.

El consejero no dejó al cojo Brambach entrar en la biblioteca, sino que le retuvo en la antecámara.

—¿Qué traes por aquí?

Y el inválido, desatando su gran pañuelo rojo, depositó con cuidado su contenido sobre una apolillada silla de caña: muchas monedas, un par de restos de yelmo, una bocla de escudo, un encantador lacrimatorio. El consejero apenas se volvió, rozando con una oblicua mirada la ampolleta:

—¿Esto es todo, Brambach?

Y como el viejo asintiera comenzó a reñirle con viveza. Tan viejo como era ya y todavía era tan tonto como un mocoso. Cuatro horas de camino hasta aquí y otras cuatro de vuelta, dos horas de espera, y todo por aquellas baratijas que no valían nada, que tendría que liar de nuevo y llevarse, pues nada daría por ellas. ¿Cuántas veces tendría que decir a aquellos necios campesinos que no vinieran a Lendenich con cualquier porquería? Que

esperaran hasta tener algo reunido y luego que lo trajeran todo junto. ¿O es que era tan agradable arrastrar la cojera por aquel largo camino desde Filip, con aquellos calores? ¡Ida y vuelta; y todo para nada!

El inválido se rascaba detrás de las orejas y en su turbación daba vueltas a su gorra oscura. Hubiese dicho algo para cambiar el tono del profesor. Otras veces sabía muy bien charlar, ponderando sus mercancías; pero no se le ocurrió más que hablar del largo camino recorrido..., de lo que precisamente le hablaba el profesor como reproche. Estaba completamente aplanado y comprendía perfectamente lo tonto que era; así que nada replicó. Pidió tan sólo permiso para dejar allí las cosas, pues, así por lo menos no tendría que cargar con ellas de nuevo. El consejero consintió y le dio una moneda de cincuenta céntimos.

—Ahí tienes, Brambach. Por la caminata. Pero ya te digo. Otra vez sé más razonable. Vete a la cocina a que te den un bocadillo y un vaso de cerveza.

El viejo dio las gracias, bastante contento de que todo hubiera resultado así, y volvió a atravesar el patio hacia la cocina.

Pero Su Excelencia ten Brinken tomó con un rápido movimiento el lindo lacrimatorio, que limpió con un pañuelo de seda, contemplando atentamente por todas partes el fino cristal violeta. Luego, abriendo la puerta, volvió a la biblioteca, donde el conservador de Nüremberg seguía junto a las vitrinas, y agitó la botellita con el brazo en alto.

—Vea usted, querido doctor —comenzó—. Aquí queda todavía un tesoro. Pertenece a la tumba de Tullia, hermana del general Aulus, cerca del campamento de Schwarzhindorf. Ya le enseñé a usted otros hallazgos de allí.

Y le tendió la ampolleta, prosiguiendo:

—Fije usted ahora su procedencia.

El erudito la tomó, acercose a la ventana y se puso las gafas: pidió una lupa y un trozo de seda, frotó y lavó, miró el cristal a contraluz dándole vueltas, y por fin, vacilando un poco, no muy seguro:

—¡Hm! Parece ser fabricación siria, de la fábrica de vidrios de Palmyra.

—¡Bravo! —gritó el consejero—. Con usted hay que tener mucho cuidado. Es usted un gran conocedor.

Si el de Nüremberg hubiera dicho Agrigento o Munda, el profesor hubiera asentido con el mismo entusiasmo.

—¿Y la época, doctor?

El conservador volvió a levantar la ampolleta.

—Siglo dos, primera mitad.

Su voz sonó esta vez con resolución.

—Mi felicitación —dijo el consejero—. No creí a nadie capaz de determinarlo con tanta rapidez y acierto.

—Exceptuado Vuestra Excelencia —replicó el erudito halagado.

Pero el profesor dijo con modestia:

—Exagera usted mucho mis conocimientos. No he necesitado menos de ocho días de penoso trabajo para determinar con plena seguridad la procedencia y la época de este lacrimatorio, revolviendo para ello una multitud de volúmenes. No me pesa, pues es un hermoso ejemplar de mucha rareza y que me costó bastante caro. El que lo encontró hizo su suerte.

—Me gustaría llevármelo al museo. ¿Cuánto quiere usted por él?

—Para Nüremberg sólo cinco mil marcos —respondió el profesor—. Ya sabe usted que pongo siempre a los establecimientos alemanes precios especiales. En la semana próxima llegarán dos señores de Londres, a los que pediré ocho mil marcos, que obtendré de seguro.

—¡Pero Excelencia! —replicó el sabio—. ¡Cinco mil marcos! Usted sabe que no puedo pagar precios semejantes, que esto excede de mi consignación.

Y el consejero:

—Lo siento muchísimo, pero no puedo dar por menos la ampolleta.

El conservador de Nüremberg sopesaba en tanto el pequeño frasco.

—Es un lacrimatorio encantador. Estoy verdaderamente enamorado de él. Doy a Vuestra Excelencia tres mil marcos.

—No. Ni un céntimo menos de cinco mil. Pero le propondré a usted una cosa, señor director: Puesto que tanto le gusta el vidrio, permítame usted que se lo regale. Consérvelo usted como recuerdo de la precisión con que lo ha situado.

—¡Muchas gracias, Excelencia! ¡Muchas gracias! —exclamó el conservador, levantándose y estrechando con fuerza la mano del consejero—. En mi cargo, no puedo aceptar regalo alguno. Perdóneme usted si no lo acepto. Por lo demás, estoy dispuesto a pagar el precio exigido. Debemos conservar esta pieza en nuestra patria; no podemos dejársela a los ingleses.

Fue al escritorio y extendió un cheque. Antes de que se despidiera, el consejero le presentó los otros objetos, de menor interés, de la tumba de Tullia, hermana del general Aulus.

El profesor hizo enganchar el coche para su huésped, a quien acompañó por el patio hasta el carruaje. Al volver, vio a Alraune y a Wölfchen que estaban junto al buhonero, el cual les mostraba cromos de santos.

El viejo Brambach había recobrado su ánimo con la comida y la bebida, había vendido a la cocinera un rosario del que afirmaba estar bendecido por el obispo y que por eso costaba treinta céntimos más. Así, que su lengua, antes tan tímida, recobró vida. Y animándose, fue cojeando hacia el consejero.

—¡Señor profesor! —dijo con voz humilde—. Compre usted a los niños una estampa de San José.

Su Excelencia ten Brinken estaba de buen humor y respondió:

—¿Un San José? No. ¿Tienes un San Juan Nepomuceno?

No. No tenía a San Juan Nepomuceno. Brambach tenía a San Antonio y a San Juan y Santo Tomás y Santiago. Pero desgraciadamente no tenía a Nepomuceno. Y aquél tuvo que reprenderle de nuevo por no entender sus negocios. En Lendenich no se podía hacer negocio más que con San Juan Nepomuceno. Con ningún otro santo.

El buhonero quedó bastante cortado, pero hizo un último intento.

—¡Un décimo, señor profesor! ¡Tómeme usted un décimo! Es para la reconstrucción de la iglesia de San Lorenzo, en Dülmen. No cuesta más que un marco y cada comprador recibe cien días de indulgencia en el Purgatorio. Aquí está impreso.

Y le restregaba el billete por la cara.

—No —dijo el profesor—. No necesitamos ninguna indulgencia. Tal como somos iremos al cielo. Y lo que es ganar, nunca se gana en la lotería.

—¿Cómo? —respondió el buhonero—. ¿Qué no se gana? Pues hay trescientos premios y el primero de cincuenta mil marcos en metálico. Aquí se dice —y señaló con su sucio dedo el billete.

—El profesor se lo tomó de la mano.

—¡Qué necio! —dijo riendo—. Y aquí está también que hay quinientos mil billetes. Calcula las posibilidades de ganar.

Y se volvió para irse. Pero el inválido cojeó tras él cogiéndole de la levita.

—¡Pruebe usted, señor profesor! —rogó—. Nosotros también tenemos que vivir.

—¡No! ¡Que no! —gritó el consejero.

Pero el buhonero no cedía.

—Tengo la corazonada de que le va a tocar a usted.

—Esa corazonada la tienes siempre.

—Deje usted que la pequeña escoja el billete. Eso trae buena suerte —prosiguió Brambach.

Y el profesor se detuvo.

—Probaré —murmuró—. Ven aquí, Alraune. Saca un billete.

La niña se acercó, mientras el inválido, disponiendo los billetes en abanico, se los ofrecía.

—Cierra los ojos. Así. Y ahora tira.

Alraune extrajo uno y se lo dio al consejero, quien después de vacilar un momento, hizo seña al muchacho para que también se acercara.

—Saca tú otro billete, Wölfchen.

* * *

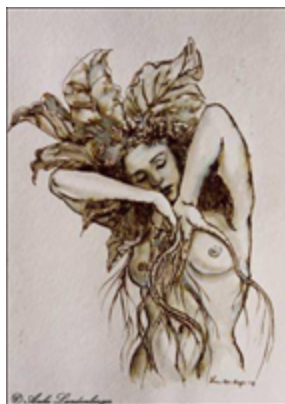
En el infolio informa Su Excelencia ten Brinken haber ganado 50.000 marcos en la lotería parroquial de Dülmen. Por desgracia no puede decir si fue el billete de Wölfchen o el de Alraune el premiado, pues los había dejado en su escritorio sin escribir en ellos los nombres de los niños. Sin embargo, apenas tiene dudas de que fue el de Alraune.

Por lo demás, se mostró agradecido con el viejo Brambach, que le había metido aquel dinero en casa casi a la fuerza. Le regaló cinco marcos e hizo

que la Caja provincial de protección a antiguos soldados pobres le concediera una pensión regular de treinta marcos anuales.

CAPÍTULO VII

Que informa de lo que pasó cuando Alraune era ya una doncellita.



Desde los ocho a los doce años, Alraune ten Brinken se educó en el Convento del Sacré Coeur de Nancy. Desde entonces hasta los diecisiete años, en el Pensionado de la señorita de Vynteelen, Avenue de Marteau, en Spa. Dos veces al año pasaba las vacaciones en la casa de los ten Brinken en Lendenich.

Al principio trató el consejero de educarla en casa, tomando para ella una institutriz, luego un maestro y poco después otro. Pero todos se desesperaron a los pocos días. Con la mejor voluntad, nada podía hacerse con la niña. No es que estuviera mal criada, ni fuera en manera alguna violenta o rebelde; pero nunca respondía y era imposible sacarla de su tenaz silencio. Se sentaba, quieta y tranquila, con la vista al frente, guiñando los ojos entornados, y no se podía saber siquiera si escuchaba. Si tomaba la pluma en la mano, no había manera de inducirla a hacer palotes, curvas o letras. Más bien dibujaba cualquier extraño animal con diez patas o un rostro con tres ojos y dos narices.

Lo poco que aprendió antes de enviarla el consejero al convento, se lo enseñó Wölfchen, que aunque en todas las clases se quedaba el último y era infinitamente perezoso en la escuela, y miraba con soberano desprecio todas las tareas escolares, en casa se ocupaba de su hermanita con indecible paciencia. Ella le hacía escribir largas hileras de números, los nombres de ambos, cientos de veces, divirtiéndose cuando su mano torpe se equivocaba, al hormiguarle ya de cansancio los sucios dedos. Con aquel motivo tomaba ella el pizarrín, el lápiz o la pluma, aprendía número por número, palabra por palabra, asimilándolo todo muy pronto, escribiéndolo y haciéndoselo repetir al muchacho horas enteras. Siempre tenía algo que reprenderle: unas veces era este rasgo, otras aquel otro, el que no estaba en regla. Así haciendo de maestra, aprendía. Como alguna vez viniera un profesor a quejarse al consejero de la deficiente aplicación de su pupilo, supo ella que la ciencia de Wölfchen no andaba muy segura. Y jugaba con él a la escuela, teniéndolo sentado hasta la noche, vigilándolo, sin oír sus quejas y haciéndole estar atento. Le encerraba sin dejarle salir hasta haber terminado su ejercicio, y hacía como si ella lo supiera todo, sin tolerar duda alguna sobre su superioridad.

Ella tenía una rápida facilidad de comprensión. No quería dejar ningún punto descubierto ante Wölfchen. Y así, estudió un libro tras otro, sin orden, más bien en completo desorden. Fue tan lejos que el muchacho, cuando no sabía alguna cosa, acudía a preguntárselo a ella, completamente convencido de que la sabía. Y ella le daba largas y le decía que debía discurrir y le reprendía. Así ganaba tiempo, buscaba en sus libros, y, si nada podía encontrar, corría a preguntárselo al consejero.

Cuando preguntaba al muchacho si no había dado por fin con la solución le resolvía la duda.

El profesor observaba aquel juego que le divertía y no hubiese pensado en mandar a la niña fuera de casa, de no haberle instado a ello la princesa insistentemente. Siempre buena católica, la princesa cada año se hacía más creyente. Era como si cada kilo de grasa acumulado aumentara su piedad. Insistió en que su ahijada había de educarse en un convento, y el profesor, que ya hacía años era su consejero en materias económicas y especulaba como con los suyos con los millones de la princesa, consideró prudente

satisfacer aquel capricho. Así, marchó Alraune al Convento del Sacré Coeur de Nancy.

* * *

De este tiempo se encuentran en el infolio, aparte de breves anotaciones del puño del profesor, algunos informes más extensos de la *mère supérieure*. El profesor sonreía con una mueca al incluirlos, sobre todo cuando se trataba de pasajes laudatorios sobre los extraordinarios progresos de la muchacha. Él conocía los conventos y sabía que no había sitio en el mundo donde se aprendiera menos que entre las piadosas hermanas. Y le divertía que las alabanzas de un principio, que todos los padres reciben, dejaran bien pronto lugar a un tono bien diferente cuando la madre superiora se lamentaba más y más con volubles quejas sobre diversas crueldades de la niña. Y esas quejas tenían siempre la misma base: no era la conducta de la niña misma la que las motivaba, no eran sus acciones, sino el influjo que ejerció sobre sus condiscípulas.

«Es verdad —escribía la reverende mère —que no es la niña misma quien martiriza a los animales, por lo menos nunca se le ha sorprendido haciéndolo; pero es verdad igualmente que en su cabecita han nacido todas las pequeñas crueldades cuya culpa recae sobre las compañeras. Primeramente se sorprendió a la pequeña María, niña muy buena y dócil, en el jardín del convento, inflando una ranita con una paja».

«Interrogada por qué lo hacía, concedió que Abraune le había sugerido la idea. Al principio no lo queríamos creer, pensando que se trataba de una excusa, para sacudirse de cualquier modo la culpabilidad; pero poco después descubrimos a otras dos muchachas restregando con sal dos babosas de manera que los pobres animales, que al fin y al cabo son criaturas de Dios, se disolvían dolorosamente en una mucosidad. Las dos niñas declararon que Abraune las había inducido a ello. Yo misma la interrogué y ella confesó desde luego, diciendo que una vez lo había oído decir y había querido convencerse de ello. También confesó haber inducido a que inflaran la rana. Dijo que era muy bonito oír la estallar al lanzarla contra una piedra. Ella misma no lo hubiera hecho, pues era muy fácil que el animalito, al reventar, le salpicara las manos. Interrogada sobre si reconocía su pecado, declaró que no, que ella nada había hecho y que nada le importaba lo que las otras niñas hicieran».

En este pasaje se encuentra un paréntesis del consejero, que reza:

(Tiene mucha razón)

«A pesar de todos los castigos —proseguía la carta— hemos podido comprobar en breve tiempo otros lamentables casos. Clara Maassen, de Düren, una niña de más edad que Alraune, confiada a nuestros cuidados desde hace ya cuatro años y que nunca ha dado el menor motivo de queja, sacó los ojos a un topo pequeño con una aguja puesta al rojo. Ella misma estaba tan horrorizada de su acción que, durante varios días, hasta confesarse, estuvo excitadísima y a cada momento rompía a llorar sin motivo. Sólo después de recibir la absolución logró serenarse. Alraune declaró que los topos se arrastran bajo tierra y que era del todo indiferente que tuvieran ojos o no. Luego encontramos en el jardín cepos para pájaros, hechos con mucho ingenio, y las pequeñas cazadoras, que gracias a Dios nada habían cazado, se resistieron a decir palabra. Sólo bajo la amenaza de los

más severos castigos, confesaron que Alraune las había seducido, amenazándoles al mismo tiempo con hacerles algo si la delataban. Por desgracia, el perverso influjo de la niña sobre sus condiscipulas ha aumentado de tal manera, que apenas podemos conseguir de éstas la verdad. Hélène Petiot fue sorprendida por la hermana encargada de la clase, cuando, durante el recreo, enriaba con las tijeras las alas a una mosca, le arrancaba las patitas una por una y la arrojaba a un hormiguero. La muchacha insistió en que aquello era sólo idea suya, asegurando incluso ante el capellán que Alraune nada tenía que ver con aquello. Con la misma testarudez negaba ayer su primita Ninon, que había atado a nuestro viejo gato un cacharro de hojalata a la cola, volviendo medio loco al pobre animal. A pesar de todo, estamos convencidos de que también en este juego ha puesto Alraune las manos.»

La *mère supérieure* escribía, además, que había convocado una conferencia y que se había decidido rogar encarecidamente al consejero sacara cuanto antes a su hija del convento. El profesor contestó que lamentaba hondamente lo ocurrido, pero que tenía que rogar permitieran a la niña seguir en el establecimiento. Cuanto mayores fueran los trabajos,

tanto mayor sería luego el éxito. Él no dudaba de que la paciencia y la piedad de las hermanas conseguirían arrancar la cizaña del corazón de su hija.

En el fondo, le interesaba ver si efectivamente la influencia de aquella delicada niña era más fuerte que toda la educación monjil y todos los esfuerzos de las piadosas hermanas. Sabía, además, que el Sacré Coeur de Nancy era un convento barato, al que no acudían las mejores familias y que siempre les vendría muy bien el tener entre sus educandas a la hija de un excelentísimo señor. Y no se equivocaba: la *reverende mère* respondió que, con la ayuda de Dios, se haría un nuevo ensayo, que todas las hermanas se habían declarado dispuestas a incluir todas las tardes en sus oraciones un ruego especial por Alraune. A lo cual contestó el consejero generosamente, enviándoles un billete de 100 marcos para sus pobres.

* * *

Durante aquellas vacaciones el profesor examinó con atención a la muchacha. Sabía que los Gontram, desde los tiempos de sus bisabuelos, mamaban con la leche materna un gran cariño por los animales. Por grande que fuera el influjo de la niña sobre Wölfchen, tantos años mayor que ella, tendría que encontrar en este punto un dique, tendría que ser impotente ante aquel íntimo sentimiento de ilimitada bondad.

Y sin embargo, una tarde sorprendió a Wölfchen Gontram junto al pequeño estanque arrodillado en el suelo; ante él, sobre una piedra, había una hermosa rana. El joven le había metido en el ancho hocico un cigarrillo encendido y la rana fumaba con ansias de muerte. La rana tragaba el humo, llenándose más y más el estómago sin poder devolverlo. Y se hinchaba, se hinchaba. Wölfchen la contemplaba y gruesas lágrimas corrían por sus mejillas; pero cuando el cigarrillo de la rana se terminó, encendió otro y, sacando a la rana de las fauces la colilla anterior, le introdujo la nueva. Y el animalito se hinchó, informe; sus ojos se salían de las órbitas. Era un animal fuerte. Dos cigarrillos y medio resistió antes de reventar. El muchacho lloraba lamentablemente, y su dolor parecía más grande que el del animal que torturaba hasta la muerte. Dio un salto hacia atrás como si quisiera huir

y esconderse entre los arbustos, miró a su alrededor, corrió al ver que la rana reventada aún se movía y se aproximó de nuevo, pateándola desesperada y violentamente con los tacones para rematarla y salvarla así de sus dolores.

El profesor le cogió de una oreja, buscando primero en sus bolsillos, en los que había algunos cigarros que el joven confesó haber tomado del escritorio de la biblioteca. No se le pudo hacer responder quién le había instigado a hacer fumar a la rana para que se hinchara hasta reventar. No sirvieron las consideraciones, ni los golpes que el jardinero le propinó por orden del profesor. También Alraune lo negó tozudamente, aunque una criada declaró haber visto a la niña tomar los cigarrillos. Ambos persistieron en lo dicho: el chico, en que había robado los cigarrillos, y la niña en que nada había hecho. Todavía permaneció Alraune un año más en el convento, y luego, a mitad de curso, fue enviada a su casa. Y esta vez sin razón. Sólo las supersticiosas hermanas creían en su culpa; y quizá también un poco el consejero. Pero ningún hombre razonable lo hubiera hecho.

Ya una vez había estallado en el Sacré Coeur una epidemia de sarampión: cincuenta y siete niñas yacían en sus camitas y sólo algunas, entre ellas Alraune, corrían sanas de un lado a otro. Pero ahora fue algo peor: una epidemia de tifus. Murieron ocho niñas y una hermana y estuvieron enfermas casi todas las demás. Pero Alraune ten Brinken nunca estuvo tan sana como entonces. Floreció y corría alegre de cuarto en cuarto: y como por aquellos días nadie se ocupaba de ella, se sentaba en todas las camas y decía a las enfermitas que se iban a morir. «Mañana mismo», aseguraba, y añadía que irían al infierno. En cambio ella, Alraune, viviría e iría después al cielo. Y repartía por todas partes estampitas de santos y decía a las enfermitas que debían rezar a la Virgen y al Corazón de Jesús, aunque de nada les iba a servir. De todos modos arderían hasta quedar bien tostaditas. ¡Oh, era sorprendente con qué colorido sabía pintar todo esto! A veces, cuando estaba de buen humor, era más suave y prometía sólo cien mil años de Purgatorio. Pero también esto era bastante fuerte para los sentidos enfermos de las piadosas niñas. El médico mismo expulsó a Alraune del dormitorio, y las hermanas, firmemente convencidas de que ella sola había traído al convento la epidemia, la enviaron a su casa.

El profesor reía encantado de aquel informe. Y tampoco dejó de divertirse cuando, poco después de la llegada de la niña, dos de sus criadas contrajeron el tifus y murieron poco después en el hospital. Pero a la priora del convento de Nancy le escribió una carta indignada protestando de que se le hubiera enviado la niña a casa en tales circunstancias. Se negó a pagar los recibos del último semestre del colegio y reclamó con energía la devolución del dinero que la enfermedad de las criadas le había costado. Y es cierto que, desde un punto de vista sanitario, las hermanas del Sagrado Corazón no debieron haber procedido de aquella manera.

* * *

Por lo demás, Su Excelencia ten Brinken no procedió de muy distinto modo. No es que tuviera miedo al contagio; pero, como a todos los médicos, las enfermedades le eran más simpáticas en otras personas que en su propio cuerpo. Tuvo a Alraune en Lendenich hasta que en la ciudad se informó de un buen pensionado. Y cuatro días después la enviaba a Spa, al célebre Instituto de mademoiselle Vynteelen. El taciturno Aloys debía acompañarla. El viaje se hizo sin incidentes para la niña, mientras que al criado le ocurrieron dos peripecias. Durante el viaje de ida encontró un portamonedas con algunas piezas de plata y a la vuelta se aplastó un dedo al cerrar la portezuela del vagón. El consejero asintió complacido cuando el criado le refirió los sucesos. De aquellos años que Alraune pasó en Spa, le contó muchas cosas al consejero la señorita Becker, la institutriz alemana, que procedía de la Ciudad Universitaria, junto al Rin, y pasaba en ella sus vacaciones. Ya en los primeros días comenzó Alraune a ejercer su influjo en la vieja casa de la Avenue del Marteau, y aquel dominio no se había limitado a las profesoras, especialmente a la miss, que a las pocas semanas era juguete sin voluntad de los absurdos caprichos de la niña. Así, por ejemplo, Alraune había declarado durante el desayuno que no le gustaba la miel ni la mermelada, que quería manteca. La señorita de Vynteelen, naturalmente, no se la dio. A los pocos días, algunas otras pensionistas pidieron también manteca, y, finalmente, por todo el Instituto corrió un clamoroso deseo de manteca. Pero miss Patterson, que nunca había tomado

con el desayuno otra cosa que *toast* con *jam*, experimentó súbitamente un insaciable anhelo de manteca, de modo que la directora tuvo que ceder y autorizar un pedido considerable. Desde aquel día Alraune prefirió decididamente la mermelada de naranja. A una pregunta concreta del profesor declaró la señorita Becker que por aquellos años no se había dado en el pensionado entero caso alguno de martirizar animales. En cambio, Alraune había atormentado cruelmente a las otras niñas y a los profesores y profesoras, especialmente al pobre maestro de música. En su tabaquera, que siempre dejaba en el corredor; en el bolsillo del gabán, para evitar la tentación de tomar un polvo durante la clase, se encontraron, desde el ingreso de Alraune, las cosas más extrañas, como gruesas arañas y ciempiés. Luego pólvora, pimienta, polvos de salvadera. Algunas veces se sorprendió a alguna educanda, que fue por ello castigada. Pero nunca a Alraune. Sin embargo, ésta había mostrado siempre una tenaz resistencia pasiva contra el viejo músico. Nunca había hecho los ejercicios y durante la clase se sentaba con las manos en el regazo, sin levantarse para tocar. Cuando el profesor, desesperado, se quejó una vez a la directora, Alraune declaró tranquilamente que el viejo mentía. La señorita de Vynteelen asistió personalmente a la clase siguiente; y, caso sorprendente, la niña se supo la lección de maravilla y tocó mejor que las otras, mostrando una extraordinaria ejecución. La directora hizo violentos reproches al profesor de música, que se había quedado de una pieza sin poder decir otra cosa que: «*Mais c'est incroyable, c'est vraiment incroyable*».

Por lo que las pequeñas pensionistas le llamaron en adelante *Monsieur Incroyable*, gritándose en cuanto se dejaba ver y pronunciando las palabras como si no tuvieran dientes en la boca.

Por lo que a la miss se refiere, apenas tenía día tranquilo. Le habían jugado una mala pasada detrás de otra. Le habían echado polvos de picapica en la cama; y una vez, después de una excursión campestre, metieron en ella media docena de pulgas. Tan pronto desaparecían las llaves de un armario o de su cuarto, como encontraba arrancados todos los corchetes del traje que iba a vestirse en aquel momento. Una vez, al querer meterse en la cama, la aterraron, hasta ponerla a morir, los efectos de un polvo efervescente depositado en su *vase de nuit*. Y otra vez entraron por su

ventana cohetes ardiendo, que la hicieron pedir socorro. Tan pronto encontraba untada de goma o de color la silla en que iba a sentarse, como hallaba en sus bolsillos un ratón muerto o una cabeza de gallina. Y así siguió la cosa sin que la pobre miss pudiera gozar de una hora tranquila. Pesquisa tras pesquisa, siempre se daba con algunas culpables, entre las que nunca se encontraba Alraune; aunque todos estaban convencidos de que ella era la verdadera autora de las bromas. La única que rechazó con indignación esta sospecha fue la inglesa misma, que juraba por la inocencia de la niña hasta el día en que volvió las espaldas al Instituto Vynteelen, a aquel infierno, como decía ella, que sólo cobijaba a un dulce angelito.

Y el profesor sonreía al escribir en el infolio:

"Ese dulce angelito es Alraune".

Por lo que se refiere a ella misma —siguió contando la señorita Becker al profesor—, siempre había evitado todo contacto con la extraña niña, lo que le fue tanto más fácil cuanto que ella sólo tenía que ocuparse de las alumnas inglesas y francesas, y de Alraune sólo en las horas de gimnasia y de trabajos manuales. De lo último la libró inmediatamente al notar que Alraune no mostraba interés alguno por ellos, sino al contrario: una directa animadversión; y en los ejercicios de gimnasia, en los que la niña se distinguía, hizo siempre como que no se fijaba en sus caprichos. Sólo había tenido un encuentro con ella, poco después de su ingreso, y tenía que confesar que en aquella ocasión se llevó la peor parte. Durante el recreo había oído casualmente cómo Alraune contaba a sus condiscípulas su estancia en el convento; lo hacía con tanto descaro y cinismo, que ella se creyó en el deber de intervenir. De una parte había referido lo magnífico de aquella vida, de otra un verdadero folletín con toda clase de horrores realizados por las piadosas monjas. Como la institutriz misma se había educado en el convento del Sagrado Corazón de Nancy y sabía muy bien que todo se desarrollaba en él del modo más llano y sencillo y que aquellas monjas eran las criaturas más inofensivas del mundo, llamó a Alraune

reprochándole sus mentiras y exigiéndole que dijera a sus compañeras que no había referido la verdad. Y como la muchacha se resistiera tenazmente, se declaró dispuesta a hacerlo ella misma. A lo cual Alraune, empujándose sobre las puntas de los pies y mirándola frente a frente, había contestado: «Si hace usted eso, señorita, contaré que su madre es una pobre vendedora de queso».

La señorita Becker tenía que confesar que había sido bastante débil para ceder a un falso sentimiento de vergüenza y había dejado a la niña hacer su voluntad. Resonaba en su voz tal superioridad que en aquel momento casi se asustó. Dejó a Alraune y se retiró a su cuarto contenta de no haber tenido con ella ninguna disputa. Por lo demás, pagó su culpa de haber negado a su buena madre, porque al otro día Alraune contó a todas sus condiscípulas lo de la tienda de quesos y a la institutriz le costó mucho trabajo reconquistar el prestigio perdido en el Instituto.

Pero de mucho peor manera que con sus superiores jugaba Alraune con las otras niñas. No había una en todo el pensionado a la que no hubiera hecho sufrir. Y parecía extraño que la niña se hiciera querer más a cada nueva hazaña. La educanda que había elegido como víctima podía protestar; pero luego no se apartaba de Alraune; era más popular que todas las otras muchachas. La señorita Becker contó al consejero una porción de detalles, de los cuales los más característicos están consignados en el infolio.

Blanche de Banville había vuelto de las vacaciones pasadas en Picardía con sus parientes. Con tal ocasión, aquella ardiente niña de catorce años se había enamorado hasta las orejas de un primo suyo de mucha más edad. Ella le escribía desde Spa. Y él le contestaba: *B. de B. Poste restante*. Luego debió tener cosa mejor que hacer, porque las cartas cesaron. Alraune y la pequeña Louison descubrieron el secreto. Blanche se sentía, naturalmente, muy desgraciada y lloraba toda la noche. Louison se sentaba junto a ella y trataba de consolarla; pero Alraune declaró que no se debía hacer tal cosa. El primo le había sido infiel, le había traicionado y Blanche debía morir de amor. Éste era el único medio de representar al ingrato las consecuencias de su hazaña para que errara toda su vida de un lado a otro como perseguido por las furias. Y presentó una serie de casos en los que así había sucedido. Blanche estaba conforme con lo de morir, pero no lo conseguía. A pesar de

su gran dolor, la comida le sabía siempre a gloria. Alraune declaró que Blanche tenía entonces el deber de matarse si no le era posible morir de dolor. Le recomendó un puñal o una pistola, pero desgraciadamente no había a mano ni lo uno ni lo otro. No se la pudo inducir a saltar por una ventana, ni a clavarse una aguja de sombrero en el corazón, ni a ahorcarse. Sólo quería tragarse algo, y nada más. Alraune supo pronto dar consejo. En el botiquín de la señorita de Vynteelen había una botella de lysol que Louison debía robar. No quedaba en ella más que unos residuos, pero Louison le añadiría las cabezas de dos cajas de fósforos. Blanche escribió algunas cartas de despedida, a sus padres, a la directora y al ingrato amado. Se bebió luego el lysol y se tomó los fósforos: ambas cosas le supieron horriblemente. Para mayor seguridad dispuso Alraune que se tragara tres paquetitos de agujas de coser. Alraune no estaba presente en el momento del suicidio: con el pretexto de vigilar había salido al cuarto inmediato después de haberle jurado a Blanche sobre el crucifijo cumplir exactamente todas sus prescripciones. Era por la noche y la pequeña Louison estaba sentada junto al lecho de su amiga y le entregaba, entre lamentables lágrimas, primero el lysol, luego los fósforos y por último las agujas. Cuando aquel triple veneno se apoderó de la pobre Blanche, que se retorció y gritaba de dolor, Louison le acompañó en sus gritos hasta hacer retemblar la casa. Salió corriendo del cuarto y trajo a la directora y a las maestras, a las que contó que Blanche se moría. Blanche de Banville no murió; un hábil médico le administró en seguida un enérgico vomitivo que la hizo devolver el lysol, el fósforo y los paquetes de agujas. Cierta que media docena de éstas se habían quedado en el estómago, saliendo, en el curso de los años, por todos los sitios posibles, recordando a la pequeña suicida su primer amor, de un modo bastante doloroso.

Blanche guardó cama largo tiempo, con grandes dolores. Parecía estar ya bastante castigada. Todas la compadecían mucho, eran con ella tan cariñosas como podían, y cumplían hasta sus menores deseos. Pero ella no quería sino que no se castigara a las dos amiguitas que le habían ayudado: a Alraune y a la pequeña Louison. Y lo pidió, y lo rogó, y lo suplicó tanto, que la directora tuvo que prometérselo. Por eso Alraune no fue expulsada del pensionado.

Luego le tocó el turno a Hilde Aldekerk, a la que tanto le gustaban los pasteles que vendían en la confitería alemana de la Place Royal. Aseguraba que podía comerse veinte. Pero Alraune afirmó que no podría con treinta. Apostaron; la que perdiera debía pagar los pasteles. Hilde Aldekerk ganó, pero se puso enferma, teniendo que guardar cama quince días. «¡Glotona! —le gritaba Alraune—. ¡Te está bien empleado!» Y en adelante, todas las niñas llamaron a la gordinflona Hilde *glotona*. Ésta lloraba al principio, luego se acostumbró y fue, por fin, una de las más ardientes partidarias de Alraune; lo mismo que Blanche de Banville.

Sólo una vez, según contaba la señorita Becker, había sido Alraune seriamente castigada. Y esta vez, sin razón. Una noche de luna llena, la profesora de francés salió aterrada de su cuarto, gritó hasta despertar a toda la casa y balbuceó que un espectro blanco estaba sentado en su balcón. Nadie se atrevió a entrar. Al final, despertaron al portero, que entró en el cuarto armado de una gruesa cachiporra. Se descubrió que el fantasma era Alraune, que, envuelta en su camisa de dormir, estaba sentada en el balcón, contemplando la luna con los ojos muy abiertos. Cuando la hicieron entrar, no pudieron sacarle una palabra. La directora tomó el caso por una broma pesada. Sólo más tarde se puso en claro que Alraune había obrado bajo el influjo de la luna. En otras ocasiones ya se la había sorprendido en estado de sonambulismo. Sorprendente fue también que Alraune expiara aquel injusto castigo —la copia de largos capítulos del «Telémaco», durante las horas de recreo— sin protestar y muy concienzudamente. Contra cualquier castigo justo se hubiera indignado muchísimo.

La señorita Becker dijo al consejero:

«Temo que Vuestra Excelencia no obtendrá grandes satisfacciones de su hija».

Pero el profesor respondió:

"Creo que sí. Por ahora estoy muy contento."

En los dos últimos años no dejó venir a Alraune a casa durante las vacaciones. La permitió viajar con sus amigas del pensionado: una vez a Escocia, con Maud Macpherson; luego a París, con Blanche, y a la región de Münster, con las dos Rodenberg. No tuvo ninguna noticia concreta de esos episodios de la vida de Alraune; sólo pudo imaginarse lo que en aquellas vacaciones habría hecho. Para él era una satisfacción el pensar que el ser que creara podía trazar tan lejos el círculo de su influencia. Leyó en el periódico que, durante el verano que Alraune pasó en Boltenhagen, la divisa verde y blanca del viejo conde Rodenberg se había distinguido extraordinariamente en las carreras, y que su cuadra había obtenido altos premios; además, supo que Mlle. de Vynteelen había recibido una inesperada herencia, que la puso en condiciones de cerrar su instituto, de modo que ya no admitió a ninguna nueva pensionista y sólo continuó con las antiguas hasta el final de sus estudios. Ambas cosas las atribuyó el consejero al influjo de Alraune, y estaba casi convencido de que a las otras casas donde había habitado, al convento de Nancy, a los hogares del Reverendo Macpherson, y al de los Banville, en el bulevar Haussmann, también había llevado dinero; así había hecho buenas sus picardías por triplicado. Pensaba que todas aquellas personas deberían estar muy agradecidas a su hija; tenía el sentimiento de haber traído al mundo una «doncella peregrina», que a todas partes llevaba sus dones y esparcía rosas en el camino de todos los que tenían la dicha de encontrarla. Se rió al pensar que aquellas rosas tenían agudas espinas y que podrían abrir algunas lindas llagas.

Y preguntó a la señorita Becker:

—Dígame usted... ¿Cómo le va a su buena mamá?

—Gracias, Excelencia. Mi madre no puede quejarse. Su negocio ha mejorado considerablemente en los últimos años.

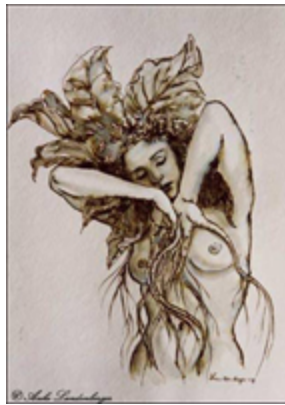
Y el consejero dijo:

—¡Vea usted!...

Y dio orden de que se comprara siempre el queso en la tienda de la señora Becker, en la Münsterstrasse: emmenthal, roquefort, chester y holandés añejo.

CAPÍTULO VIII

Que explica cómo se condujo Alraune como señora de la posesión de los Brinken



Cuando Alraune volvió a la casa del Rin consagrada a San Juan Nepomuceno, el consejero ten Brinken tenía setenta y seis años. Pero ésta edad sólo podía determinarse con ayuda del calendario; ya que ninguna flaqueza, ni achaque alguno la hacían sospechar. Se sentía como soleado en su vieja aldea, que las garras de la ciudad, cada vez más cercanas, iban a asir; se afianzaba como una araña a aquel nido de su poder, tendiendo luego sus redes en todas direcciones. Y sintió como una comezón de impaciencia al acercarse la venida de Alraune: la esperaba como un juguete de sus caprichos, que le serviría como cebo para atraer a sus redes a muchas necias moscas y polillas.

Alraune vino y al viejo le pareció la misma de los días de la infancia. La estudiaba largo tiempo cuando ella se sentaba ante él en la biblioteca, sin encontrar nada que le recordara al padre o a la madre. La joven era pequeña

y delicada, delgada, estrecha de pecho y poco desarrollada aún. Su figura entera era la de un niño; sus movimientos, rápidos y algo torpes. Se hubiese podido pensar en una muñequita; sólo que la cabeza nada tenía de muñeca. Los pómulos eran algo salientes, y los labios, pálidos y delgados, se distendían sobre los dientes. Su cabellera flotaba, abundante, espesa: no era roja, como la de su madre, sino castaña. «Como la de la señora Josefa Gontram», pensó el consejero, y le satisfizo la ocurrencia de que ello fuera un recuerdo de la casa en que se concibió la idea de Alraune. Cuando, tranquila y silenciosa, la niña se sentaba frente a él, el profesor la observaba, con su mirada oblicua, críticamente, como si fuera un cuadro, acechando en busca de otras reminiscencias.

Sí. ¡Sus ojos! Se abrían muy por debajo de las delgadas y picarescas rayitas de las cejas, que levantaban la frente estrecha y tersa. Unas veces miraban fría y burlonamente, otras con blandura y ensoñación. Eran de un verde primavera, de una dureza de acero..., como los de su sobrino Frank Braun.

El profesor sacó su ancho belfo; aquel descubrimiento no le resultaba simpático. Pero pronto se encogió de hombros. ¿Por qué el que la imaginó no había de tener su parte en ella? Parte bastante pequeña y comprada muy cara: por todos los millones que la silenciosa niña le había quitado.

—Tienes los ojos brillantes —dijo.

Ella asintió nada más, y él prosiguió:

—Y tus cabellos son hermosos. La madre de Wölfchen tenía los cabellos así.

Y Alraune dijo:

—Me los cortaré.

El consejero le ordenó:

—¡No lo harás! ¿Lo oyes?

Pero cuando bajó a cenar se había cortado ya los cabellos. Parecía un paje, con sus melenas encuadrando su rostro de muchacho.

—¿Que has hecho de tu pelo? —le gritó él.

Y ella, tranquilamente:

—Aquí está.

Y mostró una gran caja de cartón en la que guardaba la lustrosa y larga melena.

Él comenzó a decir:

—¿Por qué te los has cortado? ¿Porque te lo prohibí? ¿Por testarudez?

Alraune sonreía.

—No. Lo hubiera hecho de todas maneras.

—Pero ¿por qué?

Entonces tomó ella la caja y sacó de ella siete largas trenzas. Cada una tenía un lazo dorado y cada una llevaba una tarjetita con un nombre: Emma, Marguérite, Louison, Evelyn, Anna, Maud y Andrea.

—¿Son tus compañeras de colegio? —preguntó el consejero—. ¿Y tú eres tan tonta que te cortas el pelo para mandarles un recuerdo?

Se irritó. Aquel inesperado sentimentalismo de besugo no le agradaba nada. La había imaginado más madura y más áspera.

Ella le miró con los ojos muy abiertos.

—No —dijo—; me son completamente indiferentes. Sólo...

Se detuvo.

—¿Sólo que? —instó el profesor.

—Es que..., es que ellas también tienen que cortarse los cabellos.

—¿Cómo?

Y Alraune, echándose a reír:

—Cortarse los cabellos. Pero del todo; mucho más que yo. Al rape. Les escribo diciéndoles que yo lo he hecho así y ellas lo harán también.

—No serán tan necias —objetó él.

—¡Oh, sí! —insistía Alraune—. Lo harán. Les dije que debíamos cortarnos el pelo todas, y lo prometieron, siempre que yo lo hiciera la primera. Pero lo olvidé y no pensé más en ello hasta que tú has hablado hoy de mis cabellos.

El consejero se burlaba de ella.

—¡Te lo prometieron!... ¡Se prometen tantas cosas!... Pero no lo harán, y tú quedarás como la más tonta.

La joven se levantó de la silla y se acercó al consejero.

—¡Te digo que sí! —murmuró con ardor—. Lo harán, seguro. Saben muy bien que yo les arrancaré el pelo si no lo hicieran. Y me tienen miedo

aunque no esté con ellas.

Estaba de pie junto a él, excitada, algo temblorosa.

—¿Estás tan segura de que lo harán?

Ella dijo con firmeza:

—Completamente segura.

Entonces nació en él la misma seguridad. El caso ya no le maravillaba.

—Pero ¿cómo se te ha ocurrido eso?

En el momento pareció transformarse. Todo lo que en ella había de extraño desapareció y volvió a ser la niña caprichosa. Y con una risa breve, mientras sus manos acariciaban las espesas trenzas, dijo:

—Pues mira. Fue así. A mí me dolían estos cabellos tan pesados. Muchas veces me daban dolor de cabeza; y, además, sé que el pelo corto me sienta bien. En cambio, a ellas les está muy mal. La clase primera de la señorita Vynteelen va a parecer una jaula de monos. Y las muy tontas llorarán. Y *mademoiselle* las reñirá, y la nueva *miss* y la *fräulein* las reñirán y llorarán también.

Y batió las manos con una clara risa de alegría.

—¿Quieres ayudarme? ¿Cómo mando esto?

—En paquetes separados. Como muestras sin valor. Certificalos.

Ella asintió:

—¡Sí, sí! Eso es.

Y durante la comida describió exactamente el aspecto que tendrían sus compañeras. La espigada Evelyn Clifford, que tenía delgados y lisos cabellos de un rubio claro; la sanguínea y morena Louison, que había llevado hasta ahora un peinado en turbante; y las dos condesitas Rodenberg, Anna y Andrea, cuyos largos rizos anillados adornaban sus huesudos cráneos de westfalianas.

—¡Todo fuera! —decía riéndose—. Van a parecer macacos. Y todos se reirán cuando las vean.

Volvieron a la biblioteca, y el consejero la ayudó, le dio cajitas de cartón, hilo, lacre y sellos. Mientras mordía su cigarro, observaba a la niña escribiendo sus cartas.

Siete cartas para las siete niñas de Spa. Las viejas armas de los Brinken brillaban sobre el papel: arriba, Juan Nepomuceno, el patrón de las

inundaciones; abajo, una garza luchando con una serpiente: la garza era el animal simbólico de los Brinken.

La miraba, y una ligera comezón se extendió por su vieja piel. Despertaron antiguos recuerdos, concupiscentes pensamientos en niñas y niños casi impúberes... Alraune era, al mismo tiempo, doncella y efebo.

Su viscosa saliva, derramándose entre sus labios carnosos, humedeció el negro habano. La miraba de reajo, lleno de deseo, temblando la lujuria, y comprendió en aquel momento qué era lo que atraía a los hombres hacia aquella pequeña criatura. Eran como pececillos que nadan hacia el cebo sin ver el anzuelo. Pero él lo veía bien y pensó que sabría evitarlo, apoderándose, sin embargo, del dulce bocado.

* * *

Wolf Gontram estaba de escribiente en la oficina que el consejero tenía en la ciudad. Su tutor le había sacado del gimnasio después de un año de voluntariado, poniéndolo de meritorio en un Banco. Allí olvidó lo que en la escuela había aprendido con tanta dificultad. Y había seguido a su paso, haciendo sólo lo que se le pedía. Luego, al terminar su aprendizaje, pasó a la oficina del consejero, que éste llamaba *su secretaria*.

Esta secretaria de Su Excelencia era un organismo bastante extraño. La dirigía Karl Mohnen, doctor en cuatro Facultades; a su viejo jefe le parecía bastante utilizable. Mohnen seguía como siempre con su vida libre, trababa conocimientos donde quiera que llegaba y anudaba relaciones que para nada le servían. Hacía tiempo que había perdido sus cabellos, pero su olfato era tan bueno como siempre. En todas partes olfateaba algo: una mujer para sí, un negocio para el consejero. Este último era el que salía siempre ganando.

Unos cuantos empleados tenían los libros en bastante orden y cuidaban de la regularidad del servicio. Había una habitación en cuya puerta se leía: «Asuntos jurídicos»; aquí solían pasar una hora Gontram, el consejero y el doctor Manasse, que todavía no lo era. Ellos dirigían los procesos del profesor, que se multiplicaban día a día. Manasse los fáciles, los que

terminaban en una victoria; Gontram los difíciles, los que era preciso aplazar una y otra vez y, al fin, terminaban en un arreglo aceptable.

También el doctor Mohnen tenía su habitación propia. Junto a él trabajaba Wolf Gontram, a quien protegía y trataba de educar a su manera. Aquel hombre de mundo sabía mucho; apenas algo menos que el pequeño Manasse, pero su ciencia no tenía relación alguna con su personalidad. Nada podía hacer con ella, y había reunido su cultura como los niños coleccionan sellos de correo: porque sus condiscípulos lo hacen. Ahí, en cualquier cajón, está su colección, de la que nunca se ocupa. Sólo cuando viene alguien y quiere ver un sello raro saca su álbum y lo abre: «Vea usted: Sajonia, 3, rojo».

Algo le atraía hacia Wolf Gontram: quizá los grandes ojos negros, que una vez amara en el rostro de la madre..., que amó como él podía, como amó a otros quinientos ojos hermosos. Cuanto más lejos estaban las relaciones mantenidas con cualquier mujer, tanto más profundas le parecían. Hoy le parecía que había sido íntimo confidente de aquella mujer, aunque nunca se atrevió a besarle la mano. Añádase a esto que el joven Gontram escuchaba cándidamente todas sus historietas amorosas, que no dudaba un segundo de sus hazañas y le tomaba por el gran seductor que a él tanto le hubiera gustado ser. El doctor Mohnen le vestía; le enseñaba cómo anudar una corbata, y le enseñó a ser elegante, en la medida de su criterio. Le dio libros, le llevó a teatros y conciertos para que tuviese siempre en sus habladorías un público agradecido. Se tenía por un hombre de mundo, y quiso hacer otro de Wolf Gontram.

Y no puede negarse que el joven le debía sólo a él todo lo que consiguió ser: era el maestro que necesitaba; que nada pedía y daba siempre, día tras día, casi cada minuto; el que le educó sin que el otro lo notara. Así se desarrolló en Wolf Gontram una vida. Todos en la ciudad sabían que era hermoso, menos Karl Mohnen, para quien la idea de belleza estaba unida estrechamente a unas faldas y a quien sólo le parecía hermoso lo que llevaba cabellos largos y nada más. Cuando todavía iba Wolf al gimnasio, los viejos se volvían, persiguiéndole con una mirada oblicua, y los pálidos oficiales le seguían con los ojos, y muchas bellas cabezas de rasgadas líneas, en las que gritaban anhelos contenidos, suspiraban reprimiendo

rápidamente un ardiente deseo. Ahora las miradas le venían de entre velos o desde debajo de grandes sombreros: los hermosos ojos de las mujeres perseguían al joven.

—Esto puede dar algo de sí —murmuraba el pequeño Manasse, sentado junto al Consejero Gontram y su hijo en el Jardín de los Conciertos—. Si no se vuelve pronto, le va a doler la nuca.

—¿A quién? —preguntó el consejero.

—¿A quién? A su Alteza Real. Mire usted para allá, señor colega. Desde hace media hora está allí con el cuello torcido, sin quitar los ojos de su hijo.

—Bueno; déjela usted —dijo Gontram indiferente.

Pero el pequeño Manasse no cedía.

—Siéntate aquí, Wolf —le ordenó.

Y el joven, dócilmente, se puso a su lado, volviendo las espaldas a la princesa.

¡Ay! Aquella belleza aterraba al pequeño abogado. ¡Como en la de la madre, creía oír también, bajo su máscara, reír a la Muerte! Y esto le atormentaba, le martirizaba. Y odiaba al joven casi tanto como había amado a la madre. Este odio era bastante extraño. Era una pesadilla: un ardiente deseo de que en el joven Gontram se cumpliera el destino al que estaba llamado. Hoy mejor que mañana. Para el abogado, sería como si aquel cumplimiento le trajera una liberación.

Y hacía, sin embargo, todo lo que podía por aplazar indefinidamente aquella redención. Salía en defensa de Wolf donde quiera que podía, le ayudaba a allanar su vida.

Cuando Su Excelencia ten Brinken robó la fortuna de su pupilo, se puso fuera de sí.

—Es usted un loco, un idiota —le aulló a Gontram, y de buena gana le hubiera mordido las pantorrillas como su difunto perro Cyklop.

Y analizó ante el padre, minuciosamente, de qué canallesca manera había sido estafado su hijo. El profesor adquirió los viñedos y terrenos que Wolf heredara de su tía, pagando por ellos menos del precio normal, y luego encontró en aquel suelo tres ricas fuentes medicinales, que había hecho demarcar y que estaba explotando.

—Nunca se nos hubiera ocurrido a nosotros —replicó el consejero Gontram tranquilamente.

Manasse espumeaba de indignación. Lo mismo da. Los terrenos valían ahora seis veces más. Y lo que el viejo estafador había pagado lo había vuelto luego a descontar como mantenimiento del joven. Una verdadera cochinada.

Pero nada hacía impresión en el consejero Gontram, que era bondadoso y tan lleno de bondad, que sólo bondad veía en los demás hombres. Era capaz de ver en los más perversos hechos de los más bajos criminales una chispita de bondad. Y ensalzaba al profesor por haber empleado a su hijo en la secretaría, y arrojó, como último triunfo, haberle oído decir que recordaría a su hijo en su testamento.

—¿Ése?... ¿Ése? —dijo el abogado, rojo de rabia contenida; y se tiraba de los grises cañones de su barba—. Ni un céntimo le dejará como recuerdo.

Pero Gontram cerró el debate.

—Por lo demás, a ningún Gontram le ha ido mal desde que corre el Rin. Y en esto tenía toda la razón.

* * *

Desde que Alraune estaba de vuelta, Wolf cabalgaba cada tarde hacia Lendenich. El doctor Mohnen le había prestado un caballo que su amigo el comandante conde Geroldingen había puesto a su disposición. El mentor había hecho al joven aprender a bailar y a esgrimir. Dijo que un hombre de mundo debía hacerlo así, y refirió historias de locas cabalgadas, duelos victoriosos y grandes éxitos en el salón de baile; aun cuando él mismo nunca había trepado sobre un jamelgo, ni se había visto frente a una espada y apenas podía bailar una polca.

Wolf Gontram conducía al establo el caballo del conde y atravesaba luego el patio hacia la casa señorial. Llevaba una rosa. Sólo una, como le había enseñado el doctor Mohnen. Por cierto, la más espléndida que había encontrado en la ciudad.

Alraune ten Brinken tomaba la rosa y comenzaba a deshojarla lentamente. Cada tarde ocurría así. Pellizcaba las hojas y hacía con ellas ampollitas, que reventaba, con un chasquido, sobre la frente y las mejillas de él. Tal era el favor que le concedía.

Tampoco él pedía más. Soñaba, pero nunca sus sueños se condensaron en deseos. Se entretejían en el aire y llenaban las viejas estancias, como anhelos sin dueño.

Wolf Gontram seguía como una sombra a aquel extraño ser a quien amaba. Alraune, como cuando eran niños, le llamaba Wölfchen.

—Porque eres como un perrazo: un animalote tonto, bueno y fiel. Negro y peludo, muy bonito, con leales y profundos ojos de mujer. Por eso... Porque no sirves para nada, Wölfchen, más que para llevar la cartera corriendo detrás de cualquiera.

Y ella le hacía tumbarse ante su sillón y le pisaba suavemente el pecho o le rozaba las mejillas con su zapatito, que luego arrojaba, poniéndole entre los labios los dedos de sus pies.

—¡Besa, besa! —decía riendo.

Y él besaba la media de seda que le envolvía el pie.

* * *

El consejero miraba de reojo, con una sonrisa agria, al joven Gontram. Era tan feo como hermoso el muchacho. Bien lo sabía, pero no temía que Alraune se enamorara de él. Sólo le molestaba aquella constante presencia suya.

—No necesita venir aquí todas las noches —refunfuñó.

—Sí —replicó Alraune.

Y Wölfchen venía.

El profesor pensó:

—Está bien. Trágate el anzuelo, hijito.

Alraune fue así la dueña de la mansión de los ten Brinken. Y lo fue desde el día en que llegó del pensionado. Era la dueña, pero siguió siendo una extraña, una intrusa, algo que no había crecido en aquella tierra, que no tenía afinidad con nada de lo que allí alentaba o radicaba. Los recaderos, las

criadas, los cocheros y los jardineros sólo la llamaban «la señorita». Y lo mismo las gentes de la aldea. Decían, «por ahí va la señorita» como si hablaran de una persona cualquiera que estuviera de visita.

A Wolf Gontram le llamaban en cambio «el joven señor».

El sagaz consejero notaba esto y le satisfacía:

"La gente nota que ella es algo diferente —escribía en el infolio—. Y también lo notan los animales."

Los animales, los caballos y los perros y el esbelto corzo que corría por el jardín, y hasta las ardillas que se escabullían por las copas de los árboles. Wolf Gontram, en cambio, era el gran amigo de todos ellos. Levantaban la cabeza y venían a su encuentro cuando él se les aproximaba. Pero cuando la señorita se acercaba, la rehuían. «Sólo a los hombres se extiende su influjo —pensaba el profesor—. Los animales están inmunes». Y contaba entre ellos, naturalmente, recaderos y campesinos. «Tienen el mismo sano instinto —meditaba—, la misma involuntaria animadversión, que casi es miedo. Ella puede estar contenta de haber venido al mundo hoy, y no hace medio milenio. En menos de un mes se la hubiera tenido por bruja en la aldea de Lendenich, y el obispo habría recibido un buen asado». Aquella repulsión que sentían por Alraune los animales y la gente baja encantaba al anciano casi tanto como la extraña atracción que ejercía sobre los mejor nacidos. Siempre citaba nuevos ejemplos de esta adhesión y de este odio, aun cuando en ambos campos se dieran excepciones.

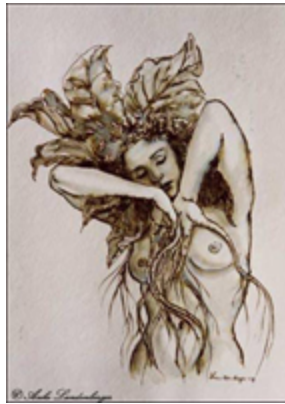
De las notas del consejero se destaca con certeza su convicción de la existencia de cualquier momento en Alraune capaz de provocar una influencia, bien precisa de contornos, sobre lo que la rodeaba. Así que el profesor siempre se esforzaba en buscar y subrayar todo cuanto le parecía a propósito para fortalecer su hipótesis. Ciertamente que, de esta manera, la biografía de Alraune, tal como su progenitor la escribió, no es tanto un relato de lo que ella hizo como de lo que hicieron otros influidos por ella. Sólo en las acciones de los hombres en contacto con ella se refleja la vida

del ser Alraune. Al consejero se le aparecía verdaderamente como un fantasma, como una apariencia sin vida en sí misma, como una sombra que se proyectaba en rayos ultravioletas y que sólo cobraba forma en algún suceso que caía fuera de ella misma. Él se abismó tanto en este pensamiento, que muchas veces no creía que fuera un ser irreal al que él había dado cuerpo y forma: una muñeca sin sangre a la que él había prestado una máscara. Esto halagaba su vieja vanidad. Él era la razón última de todo lo que por medio de Alraune sucedía.

Y así adornó él a su muñeca haciéndola cada día más hermosa. Le dejó ser el ama y no dejó de adaptarse, como los demás, a sus deseos y caprichos. Con la diferencia de que él creía tener siempre el juego en sus manos; estaba convencido de que, a fin de cuentas, era su voluntad la que se manifestaba por medio de Alraune.

CAPÍTULO IX

Que versa sobre los enamorados de Alraune y de cómo les fue



Cinco fueron los hombres que amaron a Alraune ten Brinken: Karl Mohnen, Hans Geroldingen, Wolf Gontram, Jakob ten Brinken y Raspe, el *chauffeur*.

De todos ellos habla el infolio, y de todos ellos hay que hablar en esta historia de Alraune.

Raspe, Mathieu Maria Raspe, vino con el *Opel* que la princesa Wolkonski regaló a Alraune al cumplir ésta sus diecisiete años. Había servido en Húsares, y, de vez en cuando, tenía que ayudar al viejo cochero a cuidar los caballos. Era casado y tenía dos niños. Lisbeth, su mujer, se encargaba del lavado en la casa de ten Brinken. Vivían en la casita que estaba junto a la biblioteca, inmediatamente junto a la cancela de hierro del patio.

Mathieu, era rubio, grande y fuerte; sabía su oficio, y tanto los caballos como la máquina obedecían al empuje de sus músculos. Por la mañana temprano ensillaba el potro irlandés de su señorita y esperaba en el patio.

Ésta descendía lentamente por las escaleras de la casa señorial, vestida de muchacho, con botas de cuero amarillo, un traje de montar gris y una gorrilla de visera sobre los cortos rizos. No utilizaba el estribo para subir, sino que le hacía extender las manos a Mathieu y subida en ellas, permanecía así unos minutos antes de montar. Luego fustigaba al animal, que saltaba y se precipitaba por la abierta cancela. Mathieu Maria se veía y se deseaba para montar su pesado alazán y seguir en él al potro de Alraune.

Lisbeth cerraba tras ellos la puerta, apretando los labios y siguiéndolos a los dos con la mirada: a su marido, a quien amaba, y a la señorita ten Brinken, a quien aborrecía.

En cualquier parte, en las praderas, se detenía Alraune y le dejaba acercarse.

—¿A dónde vamos hoy, Mathieu Maria?

Y él contestaba:

—Donde mande la señorita.

Ella volvía el caballo y seguía galopando.

—¡Hopp, Nellie! —gritaba.

Raspe odiaba esas cabalgaduras matinales no menos que su mujer. Era como si sólo la señorita cabalgara, como si él sólo fuera un comparsa, un adorno del paisaje, como si para su ama no existiera. Cuando por breves momentos se ocupaba de él, todavía le resultaba más desagradable, pues no lo hacía sino para exigirle algo extraordinario. Se detenía junto al Rin y esperaba tranquilamente a que él se acercara. El *chauffeur* cabalgaba lentamente, sabiendo que ella tenía algún capricho y con la esperanza de que entre tanto se le olvidara. Pero Alraune nunca olvidaba un capricho.

—Mathieu María —decía ella—, ¿quieres que pasemos el río a nado?

Él ponía objeciones, sabiendo de antemano que de nada iban a servir. La otra orilla era demasiado escarpada, decía, y no sería posible trepar por ella; y la corriente era allí tan rápida y... Se indignaba. ¡Todo lo que la señorita hacía era tan sin sentido!... ¿Por qué atravesar el río a nado? Se mojaba uno y tiritaba, y podía darse por contento si no pescaba un constipado. ¡Y además, que se corría el peligro de ahogarse! Y todo para nada. Absolutamente para nada. Pero él había decidido permanecer allí y dejarla sola con sus locuras. ¿Qué le importaban a él, que tenía mujer e hijos?...

Llegaba hasta aquí con sus pensamientos, pero poco después se encontraba ya cruzando el río, sobre el pesado caballo mecklemburgués; y buscaba, penosamente, un medio de alcanzar la orilla por entre las rocas; se sacudía la ropa maldiciendo, y trotaba tras de su señora, que apenas se dignaba dirigirle una rápida mirada burlona.

—¿Te has mojado, Mathieu Maria?

Él callaba, herido en su amor propio y malhumorado. ¿Por qué le llamaba siempre por su nombre de pila y le hablaba de *tú*? Él era Raspe, era *chauffeur* y no un mozo de mulas. Su cerebro encontraba una docena de buenas respuestas, pero su boca callaba.

O bien, cabalgaba hacia el picadero donde los húsares hacían ejercicios. Esto era peor todavía; muchos oficiales y suboficiales le conocían desde sus tiempos de servicio en el regimiento; y el barbudo sargento del segundo escuadrón solía dirigirle siempre palabras burlonas.

—¿Qué hay, Raspe? ¿Otra vez por aquí, a dar unas vueltecitas?

—Que el diablo se lleve a esa loca —gruñía Raspe.

Pero cabalgaba detrás de ella cada vez que Alraune cargaba hacia algún lado.

Luego venía el conde Geroldingen, el comandante, en su yegua inglesa, y conversaba con la señorita. Raspe se quedaba atrás, pero ella hablaba tan alto, que era posible oírla todo:

—¿Qué le parece a usted mi escudero, conde?

El comandante se echaba a reír.

—Magnífico, digno del joven príncipe.

Raspe hubiese abofeteado a éste, a la señorita, al sargento y a todo el escuadrón, que le miraba con una mueca de burla; y se avergonzaba y se ponía rojo como un chico de la escuela.

Pero aún era peor cuando salía con ella en automóvil, por las tardes. Sentado frente al volante, miraba de reojo hacia la puerta y respiraba, aliviado, si alguien le acompañaba, y reprimía una maldición al verla salir sola. Muchas veces enviaba a su mujer para que se enterara si iba a pasear sola, y si era así, quitaba rápidamente al motor un par de piezas, se echaba de espaldas en el suelo y frotaba y engrasaba como si estuviera reparando algo.

—Hoy no podemos salir, señorita —le decía. Y reía, complacido, cuando la veía salir del garaje.

Pero pronto cambiaron las cosas. Ella se quedaba esperando, sin decirle nada, pero a él le parecía que había comprendido su treta. Y, lentamente, volvía a atornillar sus tuercas.

—¿Listo? —preguntaba ella. Y él asentía.

—¿Ves tú? Todo sale mejor cuando yo estoy aquí, Mathieu Maria.

Muchas veces, de vuelta de aquellos paseos, cuando había guardado el *Opel* en el cobertizo, sentado a la mesa que su mujer había puesto ya, temblaba; estaba pálido y con los ojos fijos mirando al frente. Lisbeth no le preguntaba nada; ya sabía lo que pasaba.

—¡Maldita mujer! —murmuraba el *chauffeur*.

Su esposa le traía entonces los niños, rubios y de ojos azules, con sus limpias batas, los sentaba en sus rodillas, y entre ellos su espíritu se aligeraba y volvía a ponerse alegre.

Cuando los niños estaban ya en la cama, cuando él se sentaba fuera, en el banco de piedra, y fumaba su cigarro, o cuando paseaba con su mujer por las calles de la aldea o por el jardín de los Brinken, comentaba con su esposa:

—Esto no puede acabar bien. Me acosa y me acosa, ninguna marcha es bastante rápida para ella. Catorce denuncias en tres semanas...

—No eres tú el que tiene que pagarlas... —le decía su mujer.

—No, pero me estoy desacreditando en todas partes. Los policías, apenas ven el coche blanco y la matrícula I. Z. 937, ya están tirando de cuaderno —y riéndose—. Con el número no se equivocan. Y las denuncias nos las tenemos bien merecidas.

Se callaba, jugueteando con una llave que sacaba del bolsillo. Su mujer le tomaba del brazo y, quitándole la gorra, le pasaba la mano por sus revueltos cabellos.

—¿Sabes qué es lo que quiere? —preguntaba, procurando que al hacerlo su voz sonara indiferente e inofensiva.

Raspe sacudía la cabeza.

—No lo sé, mujer, no lo sé. Es que está loca. Y tiene ese maldito carácter, que le obliga a hacer todo lo que ella quiere, aun cuando uno se

resista y sepa que es una barbaridad. Hoy...

—¿Qué ha hecho hoy?

—¡Oh, lo de costumbre, nada más! No puede ver que otro automóvil vaya delante de nosotros; tiene que alcanzarlo en seguida, aun cuando tenga treinta caballos más que el nuestro. «¡Cázalo, Mathieu Maria!», me dice, y si vacilo, pone la mano sobre mi brazo, y salimos disparados como si el diablo mismo llevara el volante.

Y sacudiéndose la ceniza que había caído en su pantalón, suspiraba.

—Siempre se sienta junto a mí; esto sólo me pone nervioso. Me pongo a pensar qué locura me va a mandar que haga. Pasar obstáculos es lo que más le divierte: tablas, montones de arena y cosas así. Yo no soy un cobarde, pero algún motivo ha de tener uno para arriesgar así la vida, un día tras otro. «Andando», me dijo el otro día, «a mí nunca me pasa nada». Y se queda tan tranquila cuando a ciento por hora saltamos una cuneta. Bueno, a ella no le pasará nada, pero yo me voy a romper la crisma mañana o pasado.

Su mujer le oprimía la mano:

—Tienes que procurar no obedecerla. Cuando quiera alguna tontería, dile que no. No puede exponer así tu vida; hazlo por mí y por tus hijos.

Y él, mirándola sosegadamente, decía:

—Sí, ya lo sé, mujer. Por vosotros y, a fin de cuentas, también por mí. Pero lo que sucede es que no puedo decirle que no a la señorita. Nadie puede. El señor Gontram corre detrás de ella como un perrito y todos están contentos si pueden satisfacerle sus caprichos más locos. Nadie en la casa puede sufrirla y, sin embargo, todos hacen lo que ella quiere, aun cuando sea la tontería y la locura mayor del mundo.

—No es verdad... Froitsheim, el cochero, no lo hace.

Dio un silbido y contestó:

—Froitsheim... sí, tienes razón. Apenas la ve da media vuelta y se va. Pero tiene noventa años y casi no le queda sangre en el cuerpo.

Su mujer le miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Se debe a la sangre eso de que tengas que hacer siempre su voluntad?

Esquivando su mirada ante aquella pregunta, clavó los ojos en el suelo. Pero ella tomó su mano y se lo quedó mirando frente a frente.

—No lo sé, Lisbeth. He pensado en ello tantas veces. Podría ahogarla: cuando la veo me irrito, y cuando no, ando por ahí dando vueltas de puro miedo a que vuelva a llamarme —y escupía en el suelo—. ¡Maldita sea! Ojalá pudiera dejar esta colocación, ojalá no la hubiera aceptado nunca.

Y meditaron, dando mil vueltas al asunto, sopesando cada vez los pros y los contras, hasta llegar a la conclusión de que él, Raspe, debía despedirse. Antes tendría que buscarse otra colocación. Mañana mismo iría a la ciudad con ese objeto.

Por primera vez desde hacía meses la mujer de Mathieu Maria durmió tranquila aquella noche; éste, en cambio, no durmió nada.

A la mañana siguiente, pidió permiso y fue a la ciudad a una agencia de colocaciones. Tuvo suerte. El agente le llevó en seguida a casa del consejero de comercio Soenneken, que buscaba un *chauffeur*, y le presentó. Raspe fue aceptado, recibiendo mejor salario que hasta entonces, y con menos trabajo. Ni siquiera tenía que cuidar de caballos.

Al salir de la casa, el agente le felicitó y Raspe le dio las gracias, con el sentimiento de que no tenía porque darlas; algo así como si sintiera que nunca iba a ocupar aquel puesto.

Pero se alegró al ver los ojos de su mujer resplandeciendo de alegría, mientras él le contaba el caso.

—De manera que dentro de catorce días... —terminó—. ¡Ojalá hubiera pasado ya ese tiempo!

Ella sacudió la cabeza.

—No —dijo con resolución— nada de catorce días. Mañana mismo. Tienen que darte permiso. Habla con el consejero.

—No servirá de nada. Me enviará a la señorita y...

Su mujer le asió de la mano.

—Déjame a mí. Yo misma hablaré con la señorita.

Le dejó y, atravesando el patio, se hizo anunciar. Y mientras esperaba, meditó cuidadosamente todo lo que iba a decir para obtener lo que pedía: marcharse mañana mismo.

Pero nada tuvo que decir. La señorita se limitó a oír que quería marcharse en seguida, asintió y dijo que estaba bien.

Lisbeth volvió corriendo donde estaba su marido y le besó y le abrazó. Sólo una noche y la pesadilla habría pasado. Tenían que hacer rápidamente los baúles y telefonar al nuevo amo de que Raspe podía ocupar su puesto de inmediato. La mujer sacó el viejo cofre de debajo de la cama y comenzó a meter en él cosas a toda prisa.

El marido sacó su caja de herramientas, limpió el polvo y ayudó a la mujer en su tarea, alargándole las prendas. En una pausa fue a la aldea a encargar un carro con el que transportar su ajuar. Y reía contento, por primera vez desde que estaba en casa de los ten Brinken.

Tomaba del hogar un cacharro e iba a envolverlo en un periódico, cuando llegó Aloys, el criado, anunciándole:

—La señorita quiere salir.

Raspe se le quedó mirando, sin hablar palabra.

Su mujer le gritó:

—¡No vayas!

Y él contestó al criado:

—Dígale a la señorita que hoy ya...

No acabó. Alraune ten Brinken estaba en la puerta.

Y dijo:

—Mathieu Maria, estás despedido desde mañana, pero hoy quiero salir.

Y se marchó.

Raspe la seguía.

—¡No salgas!... ¡No salgas! —le gritaba su mujer.

Y él la oía, sin saber quién le llamaba ni de dónde partía la voz.

Lisbeth se dejó caer pesadamente sobre un banco. Oía los pasos de ambos, que atravesaban el patio, hacia el garaje. Oyó cómo se abría la cancela de hierro, chirriando débilmente sobre sus goznes, y el automóvil que atravesaba la calle de la aldea. Luego el ruido lejano de la bocina.

Era la despedida que su marido le dirigía cada vez que atravesaba la aldea.

Quedó sentada, con las manos en el regazo, y esperó. Esperó hasta que le trajeron. Cuatro campesinos le trajeron, tendido en un jergón, y le depositaron en medio del cuarto, entre cofres y cajas. Le desnudaron y

ayudaron a bañarlo, según la prescripción del médico. El cuerpo, largo y blanco, estaba cubierto de sangre, polvo y lodo.

Lisbeth estaba arrodillada junto a él, muda, sin lágrimas. El viejo cochero se llevó a los niños, que lloraban. Luego se fueron los campesinos y por último el médico. Nada le había preguntado ella ni con palabras ni con miradas. Ya sabía la respuesta.

Por la noche, Raspe volvió en sí y abrió los ojos. Reconoció a su mujer y le pidió agua. Ella le dio de beber.

—Todo acabó —dijo débilmente.

—Pero ¿cómo fue?

Él movió la cabeza.

—No sé. La señorita dijo: «Arranca, Mathieu Maria». Yo no quise. Entonces puso su mano sobre la mía y yo la sentí a través del guante. Y arranqué. Ya no sé más.

Hablaba tan débilmente, que ella tuvo que acercar el oído a su boca. Y como callara, preguntó:

—¿Por qué lo has hecho?

De nuevo movió Raspe los labios.

—Perdóname, Lisbeth. Yo... tuve que hacerlo... La señorita...

Lisbeth le miró y el horror resplandeció en sus ojos. Y gritó —¡oh, su lengua expresó el pensamiento casi antes que su cerebro lo concibiera!—, gritó:

—¡Tú la quieres!

Entonces levantó la cabeza apenas una pulgada y murmuró con los ojos cerrados:

—Sí, sí...; yo salí con ella...

Fue lo último que habló. Un profundo desmayo se apoderó de él hasta la madrugada. Siguió una lenta agonía...

Lisbeth se levantó.

Ante la puerta estaba el viejo Froitsheim y ella se echó en sus brazos.

—Mi marido ha muerto —dijo.

Y el cochero se santiguó y quiso entrar en el cuarto. Pero ella le contuvo.

—¿Dónde está la señorita? ¿Vive todavía? ¿Está herida?

Las arrugas del anciano rostro se marcaron más.

—¿Que si vive? ¡Oh, sí, vive!... Ahí está... ¿Herida? Ni un arañazo... Sólo vino un poco sucia.

Y señaló hacia el patio con su artrítica mano.

Allí estaba la esbelta muchacha en su traje de hombre. Levantó el pie, lo apoyó en la mano de un húsar y se echó sobre el caballo.

—Ha telefoneado al comandante que hoy no tenía lacayo y él le ha mandado a su asistente.

Lisbeth corrió hacia el patio.

—¡Ha muerto!... ¡Mi marido ha muerto!...

Alraune ten Brinken se volvió en la silla sacudiendo la fusta.

—Muerto —dijo lentamente—. Muerto... Es verdaderamente una lástima.

—Señorita —gritó Lisbeth—. Señorita, señorita...

Las herraduras golpearon las viejas losas, arrancándoles pequeñas chispas. Nuevamente vio Lisbeth a Alraune trotar por la aldea, con sus bucles de muchacho, con el descaro y la altanería de un príncipe orgulloso. Era un húsar el que ahora la seguía, un húsar del Rey, con su uniforme azul, y no su marido, Mathieu Maria Raspe...

—¡Señorita! —gritaba Lisbeth en su angustia—. ¡Señorita, señorita!...

Desbordando desesperación y odió, acudió al consejero, quien la dejó desahogarse y le dijo que comprendía su dolor y que no quería tomarle a mal nada de lo que hablaba. Estaba dispuesto a pagar un trimestre del sueldo del *chauffeur*, a pesar del despido. Pero ella debía ser razonable y hacerse cargo de que nadie sino él tenía la culpa de aquella lamentable desgracia.

Lisbeth acudió a la policía y allí no fueron tan corteses. Le dijeron que lo que había pasado era de esperar y que Raspe había sido el conductor más loco de toda la provincia. El castigo era justo y ellos habían cumplido con su deber advirtiéndoselo a tiempo. Su marido tenía la culpa, le dijeron, y que ella debería avergonzarse de querer cargar con ella a la señorita. ¿Iba la señorita al volante? ¿Ayer? ¿En alguna ocasión?

Acudió entonces a un abogado, y luego a otro y a otro. Pero eran gentes honradas y le dijeron que no entablarían el proceso aun cuando les

anticipara el dinero. ¡Oh, cierto, todo era posible! ¿Por qué no? Pero ¿tenía pruebas? Ninguna, absolutamente ninguna. Entonces... Debería irse tranquilamente a su casa: nada podía hacerse. Y aun cuando todo fuera como ella decía y se pudiera probar, su marido seguía siendo el culpable, puesto que era un buen *chauffeur*, práctico en el oficio, y la señorita casi una chiquilla.

Volvió, pues, a su casa. Enterró a su marido en el pequeño cementerio de detrás de la iglesia, recogió su ajuar, lo subió ella misma al carro, tomó el dinero que el consejero le ofrecía y se marchó con sus niños.

Pocos días después ocupó su casa un nuevo *chauffeur*. Era pequeño y grueso, y bebía mucho. A la señorita ten Brinken no le gustó y apenas salía con él. Nunca tuvieron que denunciarle y la gente decía que era un hombre cabal, mucho mejor que el salvaje Raspe.

* * *

—¡Mariposita! —decía Alraune cuando Wolf Gontram entraba por las tardes en su gabinete. Y los hermosos ojos del joven brillaban, y decía:

—Tú eres la luz.

Y ella:

—Te quemarás tus lindas alitas. Y luego te arrastrarás por el suelo como un feo gusano... Ten cuidado... Wolf Gontram.

Él la miraba y sacudía la cabeza.

—¡Oh, no! Es mejor así.

Y todas aquellas largas tardes revoloteaba en torno a la llama.

Otros dos revoloteaban también, quemándose: uno era Mohnen; el otro, Geroldingen.

Hacerle la corte a Alraune era una cuestión de honor para el doctor Mohnen. «Un buen partido por fin —pensaba—. ¡Ésta es la que me conviene!»

Siempre había estado un poco enamorado de todas las mujeres. Pero ahora tenía sorbido su poco seso, y sentía de una vez, lo que de ordinario no sentía sino ante docenas de mujeres y en el curso de largos años. Y según su

costumbre, supuso en su amada sus mismos sentimientos, y se creyó deseado por Alraune, ardiente, febril, infinitamente.

De día le hablaba a Wolf Gontram de su nueva y gran conquista. Le agradaba que el joven marchara cada noche a Lendenich, le consideraba como un emisario y con él enviaba muchos saludos, besamanos y pequeños regalos.

No sólo una rosa..., esto se quedaba para el galán. Él era el amante y tenía que enviar algo más: flores y chocolates, caramelos, bombones, abanicos, cien pequeñeces y naderías. El poco gusto que tenía y que con tanto éxito procuraba imbuir en su protegido, se derritió en la crepitante llama de aquel enamoramiento.

Muchas veces salía con el comandante. Hacía años que eran amigos, y, como ahora Wolf Gontram, el conde Geroldingen solía antes aprovecharse de los tesoros de la ciencia que Mohnen había acumulado y que le repartía a manos llenas contento de poder hacer uso de ellos. Muchas veces salían juntos en busca de aventuras y siempre era el doctor el que anudaba las relaciones, presentando luego al conde, tras el cual se escudaba, y muy frecuentemente era sólo éste el que cogía los frutos maduros del árbol que Mohnen había descubierto. La primera vez había tenido remordimientos de conciencia; se había creído un miserable, atormentándose unos cuantos días y acabando por confesar a su amigo lo que había hecho. Se disculpaba solemnemente. La muchacha se le insinuó de tal manera que no había tenido más remedio que atacar. Y añadía que era mejor que así hubiera pasado, pues, en su opinión, no era ella digna del amor de su amigo. El doctor Mohnen no se daba por enterado, aseguraba que la cosa le era del todo indiferente, poniendo por ejemplo a los indios mayas del Yucatán, que tenían como norma: «Mi mujer es también la mujer de mi amigo». Pero Geroldingen notó que el otro se molestaba; y en adelante nada le dijo cuando le prefería alguna conocida del doctor. De esta manera muchas mujeres de Mohnen lo fueron también del oficial, exactamente como en Yucatán, con la diferencia de que la mayor parte no habían pertenecido nunca al primero. Éste era el ojeador que levantaba y reunía la caza, pero el cazador era Hans Geroldingen. Sin embargo, el húsar era discreto, tenía buen corazón y no quería herir los sentimientos de su amigo; de este modo

el ojeador no notó nunca cuándo el cazador disparaba, y se tuvo a sí mismo por el más glorioso Nemrod del Rin.

A menudo decía el doctor Mohnen:

—Venga usted, conde. He hecho una nueva conquista: una inglesa preciosa, descubierta ayer en el paseo. Hoy estamos citados a la orilla del Rin.

—Pero ¿y la Elly? —replicaba el comandante.

—Eliminada —declaraba Mohnen con un gran gesto.

Era maravilloso con qué facilidad podía él eliminar sus pasiones: tan pronto descubría una nueva, terminaba con la antigua, no volviendo a ocuparse más de ella. Y las muchachas no le ofrecían dificultad alguna, en lo cual era mucho más afortunado que el húsar, que sólo con dificultad podía separarse de las mujeres y ellas aún más difícilmente de él. Y eran necesarias toda la energía y todo el arte persuasivo del doctor para arrastrarle hacia una nueva belleza.

Esta vez dijo:

—Tiene usted que verla, comandante. ¡Dios mío, cuánto me alegra de haber salido sano y salvo de todas las aventuras y de no haberme comprometido nunca! Ésta es la verdadera, por fin. Enormemente rica, verdaderamente rica. El viejo consejero tiene más de treinta millones, quizá cuarenta. ¿Eh? ¿Qué dice usted, conde? Y la hijita es una monada, fresca como un ramo de flores. Por lo demás, aquí y en confianza, el pajarito ha caído ya en la red. Nunca me he sentido tan seguro como ahora.

—Sí, pero... ¿Y la señorita Clara? —objetó el comandante.

—Eliminada —declaró el doctor—. Hoy mismo le he escrito una carta en la que le digo que lo siento mucho, pero que a causa de una aglomeración de trabajo no tengo tiempo para ella.

Geroldingen suspiró. La señorita Clara era profesora en un pensionado inglés. El doctor Mohnen la había conocido en un baile cursi y la había presentado a su amigo. Y la señorita Clara amaba al comandante, que abrigaba la esperanza de que cuando él se casara su amigo le sustituiría. Alguna vez había de pensar en casarse, pues sus deudas aumentaban y era preciso sentar de una vez la cabeza.

—Escríbale usted lo mismo —le aconsejó Mohnen—. ¡Dios mío, si yo lo hago, mejor podrá usted hacerlo, como simple amigo! Usted tiene demasiados escrúpulos, hombre, demasiados escrúpulos.

Quería llevarse al comandante a Lendenich, donde debía prestarle relieve frente a la señorita ten Brinken. Y golpeándole ligeramente en la espalda:

—Es usted tan sentimental como un cadete, conde. Yo abandono a una y es usted el que se hace los reproches. Siempre la misma canción. Piense usted lo que hay en juego: la heredera más encantadora de todo el Rin. No caben vacilaciones.

El comandante marchó con su amigo. Y no se enamoró menos de la joven, enteramente distinta, que de todas las que, hasta entonces, le habían ofrecido los besos de sus labios rojos.

Al volver aquella noche a su casa, experimentó la misma sensación de antes, hacía veinte años, cuando por primera vez se apoderó de la adorada de su amigo. Su conciencia no era la de antes, después de haberle engañado tantas veces y con tanto éxito; sin embargo, se avergonzaba. Pues aquélla, aquélla otra, era diferente. Sus emociones ante aquella mujer, casi una niña, eran muy distintas, y —bien lo sabía él— también las de su amigo.

Algo le tranquilizaba. La señorita ten Brinken no aceptaría seguramente al doctor Mohnen, como no lo habían hecho las otras, y aún con más motivo. Que le quisiera a él no le parecía tampoco claro; toda seguridad le abandonó totalmente en presencia de aquella muñequita.

En cuanto al joven Gontram, era evidente que la muchacha, que le llamaba su lindo paje, gustaba de tenerlo junto a sí, pero del mismo modo era evidente que él no era para Alraune sino un juguete sin voluntad. No, ninguno de los dos era un rival, ni el infatuado doctor ni el hermoso joven. Y por primera vez en su vida, el comandante pesó sus probabilidades. Era de buena nobleza y los Húsares del Rey pasaban por ser el mejor regimiento del oeste. Él era esbelto y bien formado, parecía bastante joven —aún cuando estaba a punto de ascender a mayor— era bastante buen *dilettante* en varias artes, y si había de ser sincero, tenía que reconocer que no hubiera sido fácil encontrar un oficial prusiano de mayores intereses y más cultura que él. La verdad sea dicha, no era sorprendente que mujeres y muchachas

se echaran en sus brazos. ¿Por qué no había de hacerlo Alraune? Tendría que buscar largo tiempo antes de encontrar algo mejor, tanto más cuanto que la hija adoptiva de Su Excelencia poseía en enorme medida lo único que él no podía ofrecerle: dinero. Y Geroldingen pensaba que ambos harían una buena pareja.

Todas las tardes iba Gontram a la casa del San Nepomuceno, pero tres veces a la semana por lo menos, llevaba en su compañía al comandante y al doctor. El consejero se retiraba después de la comida; tal vez volvía luego a pasar con ellos una media hora, escuchaba, observaba un poco y volvía a marcharse. A esto le llamaba él reunir muestras. Y los tres enamorados se sentaban en torno a la pequeña y le hacían el amor cada cual a su manera.

Durante una temporada, Alraune gustó de este juego que acabó por aburrirle, pareciéndole demasiado monótono y que era preciso darle más color a los vespertinos cuadros de género de Lendenich.

—Deberían hacer algo —dijo al joven Gontram.

—¿Quién debería hacer algo? —preguntó éste.

Ella se quedó mirándole.

—¿Quién? Los dos: el doctor Mohnen y el conde.

—Diles lo que tienen que hacer y lo harán seguramente.

Alraune le miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Lo sé yo? —dijo lentamente—. Ellos son los que deben saberlo —apoyó la cabeza en las manos y se quedó mirando al frente. Al cabo de un rato dijo—: ¿No sería bonito que se batieran, que se mataran a tiros el uno al otro?

—¿Por qué habían de batirse, si son los mejores amigos?

—Eres un chico muy tonto, Wölfchen. ¿Qué tiene que ver que sean buenos amigos o no? Se les podría enemistar.

—Pero ¿para qué? —insistía—. No veo el motivo.

Ella se echó a reír y cogiéndole la rizada cabeza le dio un rápido beso en la nariz.

—No, Wölfchen, motivo no hay ninguno... ¿Para qué?... Pero sería algo nuevo. ¿Quieres ayudarme?

Como él tardara en contestar, ella preguntó de nuevo:

—¿Quieres ayudarme?

Y él asintió.

Aquella velada Alraune y Wolf planearon el medio de instigar al uno contra el otro de manera que tuvieran que batirse. Alraune meditó, pensó planes y discutió un proyecto tras otro. Gontram asentía, siempre un poco sobrecogido. Alraune le tranquilizaba.

—Es poco lo que tienen que hacer... En los duelos corre siempre poca sangre. Y luego se reconcilian y la amistad se consolida.

Tranquilizado, él le ayudó a maquinar el plan, contándole una serie de debilidades de ambos, cuál era la cuerda sensible de uno y cuál la del otro, y así formó ella su pequeño plan. No se trataba de una sutil intriga: todo era bastante sencillo e infantil; sólo dos personas ciegamente enamoradas podían tropezar con aquellos burdos obstáculos. El profesor notó algo e interrogó a Alraune, y como ésta callara, interrogó al joven Gontram y se enteró de lo que quiso, rio y añadió incluso a la trama algunos ingeniosos detalles.

Pero aquella amistad era más sólida de lo que Alraune imaginaba. Más de cuatro semanas tardó en conseguir que Mohnen, tan seguro siempre de su condición de irresistible, llegara al convencimiento de que quizá esta vez tuviera que dejar libre el campo al comandante; y que éste, por el contrario, pensara más y más que no era completamente imposible que esta vez, para variar, fuera el doctor el que obtuviera el triunfo sobre él. «¡Tenemos que hablar de una vez!» —pensaba, y lo mismo creía Mohnen; pero la señorita ten Brinken supo evitar la explicación que ambos deseaban. Una tarde invitaba al doctor y no al comandante; otra vez salía a caballo con el comandante y dejaba esperar al doctor en el paseo. Cada uno se tenía por el favorecido, pero ambos tenían que reconocer que el proceder de la muchacha con respecto al rival no era de completa indiferencia.

Por fin, fue el mismo consejero el que activó la chispa incendiaria. Llamó aparte al jefe de su oficina, le pronunció un largo discurso, diciendo que estaba satisfecho de sus trabajos y que no vería con malos ojos que alguien, tan bien iniciado en los negocios, pudiera sucederle algún día. Ciertamente que él nunca influiría en las decisiones de su hija; sin embargo, quería prevenirlo: una parte interesada, que no quería nombrar, le combatía sin reparar en medios, difundiendo rumores sobre su vida disipada que

habían llegado a oídos de la señorita. Casi el mismo discurso pronunció el consejero ante el comandante, sólo que en él observó que no vería con malos ojos que la suya entroncara con una familia tan distinguida como la de los Geroldingen.

En los días siguientes, ambos rivales evitaron cuidadosamente el encontrarse y redoblaron sus atenciones con Alraune; el doctor especialmente no dejó de cumplir ninguno de sus deseos. Cuando la oyó hablar de su entusiasmo por un collar de siete hilos de perlas encantadoras que había visto en casa de un joyero de la Schildergasse de Colonia, marchó allá en seguida y lo compró. Y al notar a la señorita embelesada un momento con su regalo, creyó haber encontrado seguramente el camino de su corazón y comenzó a cubrirla de piedras preciosas. Verdad es que para tal fin tuvo que utilizar la caja de la oficina con frecuencia, pero estaba tan seguro de su éxito que lo hizo con el corazón ligero, considerándolo más bien un préstamo casi legítimo que restituiría tan pronto como recibiera los millones de la dote de Alraune. Su Excelencia —bien seguro estaba— no haría sino reírse de aquella picardía.

Y su Excelencia rió, en efecto, pero de muy otra manera de como el buen doctor pensaba. El mismo día en que Alraune recibió el collar de perlas, fue a la ciudad y comprobó el medio del que el doctor se había valido para hacer el regalo. Pero no dijo una palabra.

El conde Geroldingen no podía regalar perlas. No había caja que él pudiera saquear ni joyero que le concediera crédito. Pero dirigía a Alraune sonetos, bastante bonitos en verdad; le pintaba en su traje de hombre y le tocaba al violín, en lugar de Beethoven, que era lo que le gustaba, Offenbach, a quien ella oía con gusto.

El día del cumpleaños del consejero, en que ambos fueron invitados, sobrevino por fin el choque. La señorita había pedido particularmente a cada uno de ellos que la condujera a la mesa, y cuando el criado anunció que estaba servida, los dos acudieron al mismo tiempo. Ambos tomaron por pretenciosa e indiscreta la intromisión del otro y se dijeron entre dientes algunas palabras.

Alraune hizo a Gontram señas de que se acercara.

—Si los señores no pueden ponerse de acuerdo —dijo riendo. Y tomó el brazo del joven.

En la mesa, al principio, reinó el silencio y el consejero tuvo que dirigir la conversación. Pero pronto se animaron ambos enamorados y se bebió a la salud del festejado y de su encantadora hija. Mohnen pronunció un discurso y la señorita le dirigió una mirada que hizo latir las sienes del comandante. Luego, durante los postres, apoyó ligeramente la mano sobre el brazo del conde, un segundo sólo, lo bastante para que el doctor se quedara con la boca abierta.

Cuando se levantaron se dejó conducir por los dos y bailó con ambos. Y durante el vals dijo a cada uno: «¡Qué desagradable ha estado su amigo de usted! Verdaderamente no debía usted tolerárselo».

El conde dijo: «Cierto que no». Pero el doctor Mohnen, golpeándose el pecho, exclamó: «Cuenta usted conmigo».

A la mañana siguiente la discordia no le pareció al húsar menos infantil que al doctor. Pero ambos tenían el inseguro sentimiento de haber prometido algo a la señorita ten Brinken.

«Le desafiare a pistola», se decía Mohnen, sintiendo al mismo tiempo que no era necesario. Pero el comandante le mandó por la mañana temprano un par de camaradas; ya vería el tribunal de honor lo que había que hacer.

El doctor Mohnen parlamentó con los padrinos, les expuso que el conde era su más íntimo amigo y que no le deseaba mal alguno. Si el conde le daba una explicación, todo quedaba arreglado. Y en confianza, añadía, estaba dispuesto a pagar las deudas del comandante al día siguiente de la boda. Los oficiales contestaron que todo eso era muy bonito, pero que no arreglaba nada. El señor comandante se sentía ofendido y exigía una satisfacción. Sólo les había sido encomendado preguntar al doctor si aceptaba el duelo: triple cambio de balas, quince pasos de distancia...

El doctor Mohnen se asustó. «Tres..., triple cambio de balas» —tartamudeaba. El oficial se echó a reír.

—Tranquílcese usted, señor doctor. El tribunal de honor no aceptará nunca semejante exigencia por una bagatela. Se trata sólo de guardar las formas.

El doctor Mohnen se hizo cargo, se confió a la sana razón de los señores jueces de honor y aceptó el duelo. Hizo más aún: se fue a la Corporación de los sajones y mandó al comandante dos estudiantes que le confirmaran e hicieran más severas las condiciones: cinco cambios de balas a diez pasos de distancia. Esto haría buen efecto e impresionaría seguramente a la señorita.

El tribunal mixto, compuesto de oficiales y estudiantes, fue bastante razonable para fijar un solo cambio a la distancia de veinte pasos. De esta manera ninguno de los dos se haría mucho daño y el honor quedaría a salvo. El conde sonrió al oír el fallo y se inclinó cortésmente: pero Mohnen se puso muy pálido. Él había contado con que se declararía no haber lugar al duelo, instándose a los dos a que se presentaran mutuas excusas. Cierto que no era más que una bala, pero ésa podía dar.

Por la mañana temprano salieron en coche hacia el bosque de Kotten, todos de paisano, pero con bastante solemnidad, en siete coches: tres oficiales de húsares y el médico del Regimiento; luego el doctor Mohnen y, con él, Wolf Gontram, dos estudiantes de la Saxonia y otro de la Guestphalia que debía hacer de juez de campo. También el médico doctor Peerenbohm, un veterano de la Corporación de los Palatinos, y además dos criados de la Corporación, dos asistentes y un sanitario a las órdenes del médico. También estaba presente el Excelentísimo señor ten Brinken, que había ofrecido al jefe de sus oficinas su asistencia como médico y había exhumado y hecho limpiar su viejo estuche de cirugía.

Dos horas anduvieron en aquella alegre mañana. El conde Geroldingen estaba de muy buen humor. El día antes, por la tarde, había recibido una cartita de Lendenich conteniendo un trébol de cuatro hojas y un papelito con esta única palabra: «Mascota». Llevaba la carta en el bolsillo interior de su chaleco y le hacía reír y soñar un feliz acontecimiento. Charlaba con sus camaradas divirtiéndose en aquel duelo de niños. Era el mejor tirador de pistola de la ciudad y declaraba estar encantado con la idea de arrancarle al doctor de un pistoletazo un botón de la bocamanga. Pero no se puede tener seguridad en estas cosas, sobre todo cuando se manejan pistolas ajenas; por eso prefería disparar al aire, pues hubiera sido una infamia hacerle al doctor ni siquiera un arañazo.

El doctor Mohnen, que iba en un mismo coche con el joven Gontram y con el consejero, no pronunciaba palabra. También él había recibido una cartita que ostentaba los grandes y agudos rasgos de la escritura de la señorita ten Brinken y contenía una minúscula herradura de oro; pero ni siquiera había reparado en ella, murmurando algo así como: «¡Superstición pueril!» y arrojando la carta en seguida sobre la mesa. Tenía miedo, verdadero miedo, que se derramaba como agua sucia en la fogata de su amor. Se llamaba idiota, por haberse levantado tan temprano para ir al matadero. Constantemente luchaban en él el deseo de pedir perdón al comandante y salir así del paso con la vergüenza de tener que hacerlo ante el consejero y el joven Gontram, a los que tanto había hablado de sus hazañas. Adoptando un aspecto heroico, intentaba fumar un cigarrillo y parecer completamente indiferente a todo. Pero cuando los coches se detuvieron en la carretera junto al bosque y todos marcharon por el sendero que conducía al claro grande, estaba pálido como la cera.

Los médicos prepararon sus vendajes, el juez de campo hizo abrir las cajas de las pistolas y las cargó, pesando cuidadosamente la pólvora para que ambos tiros fueran iguales. Los padrinos sortearon los puestos de sus apadrinados.

El comandante contemplaba sonriendo aquella ceremonia que nadie tomaba en serio; pero el doctor Mohnen volvió la espalda y clavó la vista en el suelo. Luego el juez midió los veinte pasos, dando saltos enormes que hicieron torcer el gesto a los oficiales, que consideraban impropio que aquel señor convirtiera la cuestión en pura farsa sin tener en cuenta el decoro.

—¡Este claro va a ser demasiado pequeño! —le gritó el mayor von dem Osten burlonamente.

Pero el estudiante contestó con toda tranquilidad:

—Los señores pueden meterse en el bosque. Así es más seguro.

Los padrinos condujeron a los duelistas a sus puestos. El juez les instó nuevamente a que se reconciliaran, pero sin aguardar la respuesta prosiguió:

—Como por ambas partes se rechaza toda avenencia, ruego a los señores se atengan a mi señal.

Un profundo suspiro del doctor le interrumpió. A Mohnen le temblaban las rodillas, la pistola cayó de su mano; sus facciones estaban pálidas como

un sudario.

—¡Un momento! —gritó el médico acercándose hasta él a grandes pasos.

El comandante, Gontram y los otros señores de la Saxonía le siguieron.

—¿Qué le pasa a usted? —preguntó el doctor Peerenbohm.

El doctor Mohnen no dio respuesta alguna y siguió mirando al frente, completamente descompuesto.

—¿Qué le pasa a usted, doctor? —repitió su padrino levantando la pistola del suelo y volviéndosela a poner en la mano.

Pero Mohnen, que tenía el aspecto de un ahogado, seguía callando.

Una sonrisa se deslizó por el ancho rostro del consejero, y acercándose al sajón le dijo al oído:

—Algo humano le acaba de pasar.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó éste, que no comprendió en seguida.

—Huela usted —murmuró el anciano.

El muchacho se echó a reír, pero ambos comprendieron lo serio de la situación, sacaron sus pañuelos y se los apretaron a las narices.

—*¡Incontinentia alvi!* —declaró el doctor Peerenbohm.

Sacó del bolsillo un frasquito, puso unas cuantas gotas de opio en un terrón de azúcar y se lo tendió al doctor:

—Tome usted, chúpelo. Reúna todas sus fuerzas. Verdaderamente un duelo así es una cosa terrible.

Pero el doctor no oyó ni sintió nada; ni siquiera percibió su lengua el amargo sabor del opio.

Vagamente vio que los demás se separaban de él; luego la voz del juez: «Uno, dos».

E inmediatamente sonó un tiro. Él cerró los ojos, sus dientes castañetearon, todo daba vueltas en torno suyo. «Tres». Y su propia pistola disparó. Y aquel estallido en su inmediata proximidad le aturdió de tal manera que las piernas se negaron a sostenerle. No cayó, sino que, más bien, se hundió en sí mismo y se halló tendido en el suelo, fresco de rocío, como un cerdo agonizante. Un minuto debió estar así, que a él pareció una hora; luego tuvo la conciencia de que todo había acabado.

—¡Listo! —murmuró con un suspiro de felicidad.

Se tentó el cuerpo. No; no está herido. Sólo el pantalón presentaba algunos desperfectos... Pero ¿qué importaba?

Nadie se preocupaba de él, tuvo que levantarse por sí mismo, notando la extraordinaria rapidez con que las fuerzas vitales se recobraban. Ansiosamente aspiró el aire fresco de la mañana. ¡Oh, qué hermoso era vivir!

Al otro lado del claro vio cómo todos sus acompañantes se aglomeraban en un compacto grupo. Limpió sus lentes y observó. Todos le volvían la espalda. Lentamente se encaminó hacia el grupo y reconoció a Wolf Gontram, que estaba al final; luego vio unas rodillas y alguien que estaba tendido allí en medio.

¿Era el comandante? ¿Le habría dado? ¿Sería posible que le hubiese matado? Aproximándose, pudo ver con toda claridad; notó que los ojos del conde se posaban sobre él y que su mano le hacía débiles señas de acercarse.

Todos le hicieron sitio y se encontró dentro del grupo. El conde le tendió la diestra y Mohnen se arrodilló para tomarla.

—Perdóneme usted —murmuró—. Realmente no he querido...

El comandante sonreía.

—Ya lo sé, amigo. Fue sólo una casualidad, una maldita casualidad.

Un súbito dolor le sobrecogió, haciéndole sollozar lastimeramente.

—Sólo quería decirle que no le guardo rencor prosiguió en voz baja.

Mohnen no respondió. Una violenta congoja contrajo las comisuras de su boca y sus ojos se llenaron de abundantes lágrimas. Los médicos le apartaron a un lado y siguieron ocupándose del herido.

—No hay nada que hacer —murmuró el médico militar.

—Deberíamos intentar llevarlo cuanto antes a la clínica —dijo el consejero.

—No servirá de nada —replicó el doctor Peerenbohm—. Se nos irá en el camino. Sólo le proporcionaremos tormentos inútiles.

La bala había penetrado por el vientre, atravesando los intestinos y yendo a clavarse en la espina dorsal. Era como si una fuerza secreta la hubiera atraído hacia allí. Precisamente había entrado por el bolsillo del

chaleco, atravesando la cartita de Alraune, el trébol de cuatro hojas y la amable palabra «Mascota».

* * *

El pequeño abogado Manasse fue el que salvó al doctor Mohnen. Cuando el consejero Gontram le mostró la carta que acababa de llegar de Lendenich, dijo que ten Brinken era el más desvergonzado canalla que había conocido y conjuró a su colega a no pasar el escrito a la Fiscalía hasta que el doctor estuviera a salvo. No se trataba del desafío —el mismo día en que ocurrió se había abierto el proceso—, sino de un desfalco en la oficina de Su Excelencia. Y el abogado mismo se fue a buscar al delincuente y le sacó de la cama.

—¡Levántese! —aulló—. ¡Vístase! ¡Haga el equipaje! Márchese usted a Ámsterdam en el primer tren y luego embárguese cuanto antes. ¡Es usted un asno, un camello! ¿Cómo ha podido usted hacer semejante majadería?

El doctor Mohnen se frotó los soñolientos ojos. No podía comprender nada. En las relaciones en que estaba con el consejero...

Pero Manasse no le dejó acabar.

—¿Relaciones? —aulló—. Sí, magníficas, brillantes, insuperables... Precisamente es él, majadero, el que ha encargado a Gontram que le denuncie por haber robado la caja.

Mohnen se decidió entonces a saltar de la cama.

Stanislaus Schacht fue el que auxilió a su antiguo amigo. Estudió itinerarios, le dio el dinero preciso, y encargó el auto que le debía conducir a Colonia.

Fue una melancólica despedida. Más de treinta años hacía que vivía Mohnen en aquella ciudad, en la que cada casa, y cada piedra casi, tenía un recuerdo para él. Aquí había echado raíces su vida, aquí tenía una justificación. Y ahora, fuera, al extranjero, con el rabo entre las piernas...

—Escríbeme —le dijo Schacht—. ¿Qué piensas hacer?

Mohnen vaciló. Todo le parecía destruido, derrumbado; su vida yacía ante él como un montón de basuras. Sus hombros se encogieron, sus ojos bondadosos tenían un perturbado mirar.

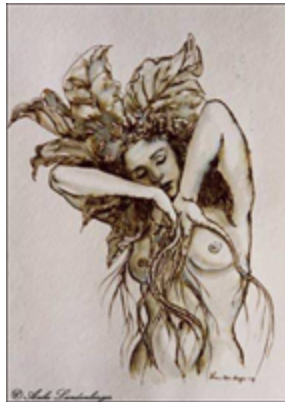
—No sé —dijo.

La costumbre se impuso. Sonrió entre lágrimas:

—Buscaré un buen partido. Hay muchas chicas millonarias..., allá en América...

CAPÍTULO X

Que explica cómo Alraune fue la ruina de Wolf Gontram.



El doctor Mohnen no fue el único que por aquel tiempo cayó bajo las ruedas de la magnífica carroza de Su Excelencia. El consejero se apoderó completamente del Banco Popular Hipotecario, ya desde mucho tiempo atrás bajo su influencia, y al mismo tiempo del Control de las Uniones de Prestamistas, extensamente difundidas por el país, y que, bajo la bandera clerical, llevaban hasta la última aldea sus pequeñas cajas de ahorro, lo que no dejó de costarle trabajo, pues muchos antiguos empleados se opusieron al nuevo régimen, que les quitaba toda independencia. El abogado Manasse, que en unión del consejero Gontram condujo las transacciones como asesor jurídico, intentó suavizar muchas asperezas, sin poder impedir que Su Excelencia procediera sin contemplaciones, arrancando buenamente todo lo que le parecía superfluo, y obligando, por medios bastante dudosos, a cajas de ahorros y sociedades de crédito que aún quedaban independientes a unirse a él. Su poder se extendía hasta más allá de la región industrial y todo lo que con el suelo tenía relación, carbones y

metales, fuentes minerales, saltos de agua, solares y edificios, agrupaciones agrarias, construcción de carreteras, pantanos y canales, dependía de él más o menos directamente. Desde que Alraune estaba de vuelta en casa, metió mano en todo con menos escrúpulo que nunca, seguro de antemano de su éxito. Ya no guardaba ninguna consideración, ni se detenía ante obstáculo alguno, ni le refrenaban cavilaciones. Largas páginas de su infolio hablan de todos aquellos negocios. Evidentemente le complacía establecer con minuciosidad todo lo que hablaba en contra de una empresa, cuán extraordinariamente pequeña era la posibilidad de un éxito, para apoderarse con tanta más seguridad de ella, atribuyendo el triunfo finalmente al extraño ser que en su casa moraba. Muchas veces se dejaba aconsejar por ella sin confiarle detalle alguno, preguntando tan sólo: «¿Se debe hacer esto?», haciéndolo si ella asentía, abandonándolo si denegaba. Hacía tiempo que parecía que las leyes habían dejado de existir para el anciano. Si antes pasaba largas horas discutiendo con sus abogados para encontrar un atajo, una puerta falsa, con motivo de cualquier asunto especialmente enmarañado, y había estudiado todas las lagunas posibles de la Legislación, para sostener jurídicamente con mil artimañas muy malas acciones, ya hacía tiempo que no le interesaban esas fruslerías. Confiado en su poder y en su mente, rompía, con bastante frecuencia, el Derecho. Sabía bien que nunca surgiría un juez donde no hubiera querellante. Cierto que sus pleitos se amontonaban, multiplicándose las denuncias ante los Tribunales: unas veces, anónimas; otras, firmadas. Pero sus relaciones se habían extendido mucho. Tanto la Iglesia como el Estado le protegían: podía decirse que se tuteaba con ambos. Su voto era decisivo en la asamblea provincial, y la política del palacio arzobispal de Colonia, que él casi sostenía materialmente, le ofrecía un seguro aún mejor. Hasta Berlín se extendían sus redes, y la alta condecoración que una mano augusta había colgado de su cuello con motivo de la inauguración del monumento imperial, era una buena prueba de ello. Era cierto que había contribuido con una alta suma a la suscripción para ese monumento; pero la ciudad, en cambio, había tenido que comprarle bien caro el terreno sobre el cual se alzaba el monumento. Sus títulos, su venerable ancianidad, sus reconocidos servicios a la ciencia... ¿Qué abogadillo se hubiese atrevido a proceder contra él?

Algunas veces el mismo consejero había instado a que se le instruyera sumario; y las denuncias, realmente exageradas, estallaron como pompas de jabón. Así nutrió el escepticismo de los Tribunales contra los denunciantes, hasta el punto que, una vez que un joven asesor, en un asunto tan claro como la luz del día, quiso proceder contra Su Excelencia, el primer fiscal, sin echar siquiera una ojeada sobre las actas, exclamó: «¡Tonterías de litigantes! Ya conocemos esto, y no nos vamos a poner en ridículo».

El querellante era el director provisional del Museo de Wiesbaden, que había comprado al consejero todo cuanto le había presentado de sus excavaciones, y ahora, sintiéndose engañado, le acusaba públicamente de falsificador. El Tribunal no aceptó la querrela, pero se la comunicó al consejero, que se defendió bien, publicando en su órgano, el suplemento dominical de la *Gaceta de Colonia*, un hermoso artículo titulado «Higiene de los museos», y, sin rebatir ninguno de los cargos que se le habían hecho, atacaba con tanta saña al director, le destruía de tal modo, presentándole, como ignorante y cretino, que el pobre director quedó por los suelos. Y todavía apretó más la llave, puso sus engranajes en movimiento, y a las pocas semanas era otra persona la que dirigía el Museo. El primer fiscal asintió complacido al leer la noticia en los periódicos, que tendió el asesor, diciéndole:

—Lea usted, colega. Dé usted gracias a Dios, por haberme preguntado a tiempo, librándose de hacer una tontería suicida.

El asesor dio las gracias, pero no quedó satisfecho.

* * *

Trineos y automóviles corrían hacia la «Lese», donde se celebraba el gran baile de carnaval de la buena sociedad el día de la Candelaria. Sus Altezas estaban allí y, en torno a ellas, todo lo que en la ciudad tenía uniforme, o bandas, o gorros multicolores, más los señores de la Universidad, de los Tribunales, del Gobierno y del Ayuntamiento, y, por último, la gente rica, los consejeros de comercio y los grandes industriales. Todos iban disfrazados. Sólo a las madrinas de baile se les permitía *la falsa*

española. Incluso los señores ancianos tuvieron que dejarse el frac en casa y aparecieron de dominó negro.

El consejero Gontram presidía la gran mesa de Su Excelencia; él conocía la vieja bodega y sabía procurarse las mejores marcas. Allí estaba la princesa Wolkonski con su hija Olga, condesa de Figueira y Abrantes, y con Frieda Gontram, que había venido aquel invierno de visita; y además, el abogado Manasse, unos cuantos profesores y alumnos privados de la Universidad, otros tantos oficiales, y el consejero mismo, que por primera vez llevaba a su hija a un baile.

Alraune vino vestida de señorita de Maupin, con el traje de muchacho del cuadro de Beardsley. Había abierto los armarios de la casa de ten Brinken, revuelto viejas cajas y baúles, hasta encontrar un montón de hermosos encajes de Mecheln, que habían sido de la bisabuela. Seguro que en todos estos magníficos vestidos de encaje así como en los de las hermosas damas había lágrimas vertidas por las pobres costureras en sus húmedas buhardillas. El descocado traje de Alraune estaba húmedo aún por las recientes lágrimas de la reprendida modista, que no acababa de hacerse cargo de sus caprichos; de la peinadora, a quien había pegado por no saber peinarle y colocarle como era debido los chi-chis, y de la pequeña doncella, que al vestirla la había pinchado sin querer con un largo alfiler. ¡Oh, era un tormento, aquella muchacha de Gautier, en la extraña interpretación del artista inglés! Pero cuando estuvo lista, cuando el caprichoso joven con sus altas botas y su linda espada cruzó el salón, no había ojos que no le siguieran ávidamente: los de los jóvenes, los de los viejos, los de los caballeros y los de las damas.

El caballero de Maupin compartía con Rosalinde su éxito. Rosalinde — la de la última escena— era Wolf Gontram, y nunca había visto la escena otra tan hermosa, ni en el tiempo de Shakespeare, cuando gallardos mancebos hacían los papeles de mujer, ni más tarde, cuando Margaret Hews, la amante del príncipe Rupert, encarnó por primera vez la bella figura de «*Como gustéis*». Alraune había vestido al joven. Con infinito trabajo le había enseñado cómo debía andar y bailar, mover el abanico y sonreír. Y así como ella parecía un efebo y una doncella, en la vestidura de Beardsley, cuya frente hubieran besado al mismo tiempo Hermes y

Afrodita, Wolf Gontram no encarnaba peor la figura de su gran compatriota, el que escribió los sonetos. Y en su vestido de cola, de brocado rojo tornasolado de oro, parecía una hermosa doncella, al mismo tiempo que un efebo.

Quizá lo entendiera así el viejo consejero. Quizá, el pequeño Manasse; quizá también, un poco, Frieda Gontram, cuyas rápidas miradas revoloteaban de uno a otro; pero nadie más en aquella inmensa sala de la «Lese», de cuyo techo colgaban pesadas guirnaldas de rosas rojas, entendió nada.

Pero todos notaron que era algo extraordinario, de un valor particular.

Su Alteza Real hizo llamarlos por su ayudante, y bailó con ellos el primer vals, primero como caballero, con Rosalinde, y luego como dama, con el caballero de Maupin. Y batió palmas cuando, en el minueto, aquella creación de Thèophile Gautier se inclinó coquetamente ante el lindo sueño de Shakespeare. Su Alteza Real misma era una sobresaliente bailarina, la primera en los campos de tenis y la mejor patinadora de la ciudad. Por su gusto, en toda la noche no hubiera hecho otra cosa que bailar con ambos. Pero la multitud reclamaba también sus derechos, y la señorita de Maupin y Rosalinde cambiaron frecuentemente de pareja, siendo tan pronto estrechados por los musculosos brazos de los jóvenes, como oprimidos contra el ardiente seno de las bellas mujeres.

El consejero Gontram miraba indiferente. El bol de ponche de Trier, que estaba preparando, tenía visiblemente más interés para él que los éxitos de su hijo. Intentó contarle a la princesa Wolkonski la larga historia de un monedero falso; pero Su Alteza no le prestaba atención. Compartía el regocijo y el satisfecho orgullo de Su Excelencia, y se tenía por partícipe en la obra de haber traído al mundo aquel ser: su ahijada Alraune. Sólo el pequeño Manasse estaba contrariado, maldiciendo y refunfuñando para sí.

—No debías bailar tanto, muchacho —le dijo a Wolf con un bufido—. Debías preocuparte más de tus pulmones.

Pero el joven Gontram no le hacía caso.

La condesa Olga se levantó de un salto y corrió hacia Alraune:

—¡Mi lindo caballero! —murmuró.

Y el efebo de los encajes:

—¡Ven, ven, pequeña Tosca!

Y la hizo girar vertiginosamente por la sala, sin dejarla apenas tomar aliento; volvió a llevarla a la mesa y la besó en la boca.

Frieda Gontram bailaba con su hermano y le contemplaba con sus inteligentes ojos grises.

—¡Lástima que seas mi hermano!

Él no la comprendía:

—¿Por qué? —preguntó.

Y ella, riéndose:

—¡Oh, qué tonto! Por otra parte, en el fondo, tienes razón con tu pregunta, porque realmente eso no es impedimento ninguno: ¿no es verdad? Sucede que los harapos morales de nuestra necia educación cuelgan todavía como balas de plomo de nuestros faldones, para mantenerlos bien tirantes, como es debido. No es nada más que esto, mi lindo hermanito.

Pero Wolf Gontram no comprendió ni una sola sílaba; y ella le dejó riendo y tomó el brazo de la señorita ten Brinken.

—Mi hermano —le dijo— es una muchacha más bonita que tú; pero tú eres un chico más dulce.

—Y a ti, rubia abadesa —rio Alraune—, te gustan los chicos más guapos.

Ella contestó:

—¿Qué puede pedir Eloísa? Ya sabes lo mal que le fue a mi pobre Abelardo, que era esbelto y delicado como tú. Así aprende una a conformarse. Pero a ti, que pareces un extraño sacerdote de una nueva doctrina, nadie te hará mal.

—Mis encajes son antiguos y venerables —contestó el caballero de Maupin.

—Y así cubren mejor el dulce pecado —dijo riendo la rubia abadesa.

Y tomando un vaso:

—¡Bebe, dulce joven!

La condesa vino ardorosa y con los ojos implorantes:

—¡Déjame! —instaba a su amiga—, déjame!

Pero Frieda Gontram sacudió la cabeza:

—No —dijo duramente—, a éste no. Nos lo disputaremos, si quieres.

—Me ha besado —quiso hacer valer Tosca.

Y Eloísa, burlona:

—¿Crees que a ti sola, en toda la noche?

Y volviéndose a Alraune:

—¡Decide, París mío! ¿A quién quieres tú, a la dama del mundo o a la del claustro?

—¿Hoy? —preguntó la señorita de Maupin.

—Hoy, y tanto tiempo como tú quieras —exclamó la condesa Olga.

El doncel de los encajes se echó a reír.

—Yo quiero a la abadesa y también a la Tosca —y corrió hacia el rubio teutón que se pavoneaba en su rojo traje de verdugo, con una enorme hacha de cartón al hombro.

—¡Cuñado! —le dijo—. Tengo dos mamás. ¿Quieres degollarlas a las dos?

El estudiante se irguió remangándose las mangas.

—¿Dónde están? —rugía.

Pero Alraune no tuvo tiempo de contestar. El coronel del 28º regimiento la sacó a bailar el *two-step*.

El caballero de Maupin se acercó a la mesa de los profesores.

—¿Dónde están tu Albert y tu Isabella? —preguntó el profesor de literatura.

—Mi Albert, señor examinador, anda por la sala en dos docenas de ejemplares. Y a Isabella —y giró los ojos en torno a Isabella—, os la voy a mostrar en seguida.

Y se acercó a la hijita del profesor, una chiquilla tímida de quince años que la miraba admirativamente con sus grandes ojos azules.

—¿Quieres ser mi paje, jardinerita? —preguntó.

—Con mucho gusto, si tú quieres.

—Serás un paje cuando yo sea una dama —la instruyó el caballero de Maupin—. Y cuando vaya de hombre, serás mi doncella.

Y la pequeña asintió.

—¿Aprobada, señor profesor? —dijo Alraune riéndose.

—*Summa cum laude* —confirmó el profesor—. Pero prefiero que me dejes en paz a mi pequeña Trude.

—Y ahora pregunto yo —exclamó la señorita ten Brinken, dirigiéndose al pequeño y gordinflón botánico—. ¿Qué flores florecen en mi jardín, señor profesor?

Y éste, que conocía bien la flora de Ceilán, respondió:

—Rojos hibiscos, lotos dorados, y blancos y brillantes chalimagos.

—¡Falso! —exclamó Alraune—. Completamente falso. ¿Lo sabes tú, tirador de Haarlem? ¿Qué flores crecen en mi jardín?

El profesor de Historia del Arte la miró fijamente, mientras en sus labios temblaba una ligera sonrisa.

—*Les fleurs du mal* —dijo—. ¿Acierto?

—¡Sí! —exclamó la señorita de Maupin—. Pero no florecen para vosotros, sabios míos: tendréis que aguardar un rato hasta que yazgan disecadas en los libros o debajo del barniz de un cuadro.

Y sacando su linda espadita, saludó, juntando los altos tacones e inclinándose. Estaba bailando unos compases con el barón de Manteuffel, cuando oyó la clara voz de Su Alteza Real y se aproximó rápidamente a su mesa.

—¡Condesa Almaviva! ¿Qué queréis de vuestro fiel querubín?

—Estoy muy descontenta de él —dijo la princesa—. Se ha merecido un par de azotes. ¡Vagar por la sala de un Fígaro a otro!

—¡Sin olvidar las Susanas! —dijo riendo el príncipe consorte.

Alraune ten Brinken hizo un pucherito.

—¿Qué puede hacer un pobre muchacho que nada sabe de la maldad del mundo?

Y riendo arrancó al ayudante, que estaba ante ella, disfrazado de Franz Hals, el laúd. Preludió, apartándose un par de pasos, y comenzó a cantar.

*Vosotros, que del corazón sus penas conocéis,
decidme, ¿es esto el Amor? ¿Lo sabéis?*

—¿A quién quieres pedir consejo, mi querubín? —preguntó la princesa. Y Alraune contestó:

—¿Es que no lo sabe mi condesa Almaviva?

Su Alteza Real, dijo, riéndose entonces:

—Eres muy descarado, paje mío.

—Como cumple a un paje —respondió el querubín.

Y retirando los encajes de la manga de la princesa, le dio un largo beso en la muñeca.

—¿Quieres que te traiga a Rosalinde? —murmuró. Y leyó la respuesta en sus ojos.

Rosalinde pasó junto a ellos bailando. Aquella noche no la dejaban descansar un momento. El caballero de Maupin se la quitó a su pareja y la condujo por la escalinata ante la mesa de Sus Altezas.

—¡Dadle de beber! —exclamó—. Mi amada se desmaya.

Y tomó la copa que la princesa le tendía y la llevó a los rojos labios del joven. Luego, volviéndose al príncipe consorte:

—¿Quieres bailar conmigo, feroz conde del Rin?

El rio ásperamente, mostrándole las formidables botas de montar con sus enormes espuelas:

—¿Crees que se puede bailar con esto?

—Haz la prueba —insistió ella, tomándolo del brazo y arrancándolo de su asiento—. Ya saldrá; pero no me pises ni me estrujes, rudo cazador.

El príncipe lanzó una dubitativa mirada a la delicada muchacha de los encajes perfumados, y calzando rápidamente sus grandes guantes de gamuza, exclamó:

—Probemos entonces, pajecillo.

Alraune le tiró un beso a la princesa y atravesó la sala valsando con el recio príncipe. Las gentes les abrían paso y todo fue bastante bien. Él la levantaba en alto, la sacudía en el aire, hasta hacerla gritar. De pronto las largas espuelas se enredaron y ambos cayeron pesadamente al suelo. Al momento volvió a levantarse ella y le tendió al príncipe la mano.

—¡Arriba, señor conde! —gritó—. Yo no puedo levantarte a tirones.

Él irguió el tronco, pero al querer apoyar el pie derecho, un rápido ¡ay! se escapó de su boca. Apoyándose en su mano izquierda, trató otra vez de incorporarse, pero no pudo. Un violento dolor en el pie se lo impedía.

Grande y fuerte, yacía en medio de la sala sin poder levantarse. Algunos se acercaron intentando sacarle las enormes botas que le cubrían toda la pierna. Pero tan aprisa se había hinchado el pie, que no fue posible, y hubo

que rasgar con un cuchillo el recio cuero. El profesor doctor Helban, el ortopédico que le reconoció, pudo diagnosticar una fractura.

—Se acabó el baile por hoy —refunfuñó el príncipe.

Alraune estaba ante el círculo de personas que le rodeaba, el rojo verdugo se colocó a su lado. De pronto se acordó de una cancioncilla que había oído cantar a los estudiantes por las noches.

—Dime —preguntó— ¿cómo es aquella canción de los campos, los bosques y sus fuerzas?

El larguirucho teutón, que llevaba una buena tajada encima, tragó una bocanada de aire con la misma perfección que un tragaperras la consiguiente moneda, y, levantando su hacha de verdugo, empezó a berrear:

«Cayó sobre una piedra.

Cayó sobre una —la, la, la—.

Cayó sobre una piedra.

Rompióse tres costillas.

Y los campos y los bosques y sus fuerzas

se rompieron y también —la, la, la— su derecha.

Se rompió su pierna derecha».

—Calla, ¿te has vuelto loco? —le susurró un compañero. Entonces calló. Mas el noble caballero, agradeciéndole su serenata, le dijo:

—Lo de las tres costillas te lo podías haber ahorrado, con una pierna rota tengo ya suficiente.

Le condujeron en un sillón hasta su trineo; con él abandonó la sala la princesa, malhumorada por aquel incidente.

* * *

Alraune buscó a Wolf Gontram, que seguía sentado junto a la mesa abandonada ya por Sus Altezas.

—¿Qué ha dicho ella? —preguntó rápidamente—. ¿Qué ha hecho?

—No lo sé —contestó Wolf.

Alraune le arrebató el abanico y le golpeó el brazo con violencia.

—Lo sabes. Tienes que saberlo y debes decírmelo.

Él sacudía la cabeza:

—¡Pero si no lo sé! ¡De verdad que no lo sé! Me ha dado de beber, me ha acariciado los rizos de la frente y creo que me ha estrechado la mano. Pero no puedo decir lo que ha dicho porque no sé nada de ello. De vez en cuando yo decía: «¡Sí, sí!», sin enterarme de lo que ella hablaba, estaba pensando en otra cosa.

—Eres horriblemente tonto —dijo la señorita ten Brinken en tono de reproche—. Ya has vuelto a soñar. ¿En qué estabas pensando?

—¡En ti! —repuso él.

Y Alraune dio una patadita de enfado.

—¡En mí, en mí! Siempre en mí. ¿Por qué piensas siempre en mí?

Los grandes y profundos ojos del joven se fijaron en ella suplicantes:

—No puedo hacer otra cosa.

La música preluvió, interrumpiendo el silencio que la retirada de Sus Altezas había causado. «Las rosas del Sur» resonaron blandas y acariciadoras. Ella le cogió de la mano:

—Ven, vamos a bailar.

Y giraron en medio de la sala aún vacía.

El profesor de Historia del Arte, con sus barbas grises, que los contemplaba, trepó a una silla gritando:

—¡Silencio! Vals extraordinario para el caballero de Maupin y su Rosalinde.

Cientos de miradas cayeron sobre la linda pareja. Alraune lo notó y cada paso que daba lo hacía con la conciencia de que era admirada. En cambio Wolf Gontram no notaba nada; sólo sabía que estaba en los brazos de ella, arrastrado por la suave cadencia. Y sus grandes y negras pestañas se entornaron sombreando sus profundos ojos soñadores.

El caballero de Maupin dirigía, seguro, consciente, como un esbelto paje acostumbrado desde la cuna al liso pavimento del salón. Con la cabeza ligeramente inclinada, su mano izquierda sostenía dos dedos de Rosalinde, apoyada al mismo tiempo en el pomo dorado de la espada, cuya contera levantaba la capa de encaje. Sus rizos empolvados saltaban como serpientes

de plata y una sonrisa entreabría sus labios y mostraba sus brillantes dientes.

Rosalinde obedecía a la ligera presión. La roja y dorada cola de su vestido se deslizaba por el suelo y su figura surgía de ella como una exquisita flor. Sobre la nuca y colgando pesadamente de su sombrero caían las grandes y blancas plumas de avestruz.

Lejos de la realidad, abstraído de todo lo presente, giraba alrededor de la sala, bajo las guirnaldas de rosas, una y otra vez.

Los invitados se apretujaban en torno a ellos, los de detrás subidos a las mesas y a las sillas, contemplándolos en silencio.

—Mi enhorabuena, Excelencia —murmuró la princesa Wolkonski.

Y el consejero respondió:

—Gracias, Alteza. Nuestros esfuerzos de entonces no fueron inútiles.

Cuando el caballero condujo a su dama a través del salón, Rosalinde abrió los ojos y lanzó una silenciosa mirada de asombro a la muchedumbre que los envolvía.

—Shakespeare se pondría de rodillas si viera a esta Rosalinde —declaró el profesor de Literatura.

En la mesa inmediata, el pequeño Manasse gritaba al consejero Gontram:

—¡Levántese usted, colega! ¡Mire usted! Vea usted a su hijo, mira igual que miraba su esposa de usted.

El viejo consejero se quedó tranquilamente sentado y probó una nueva botella de vino selecto de Herzig.

—No me acuerdo ya de cómo era —dijo con indiferencia. Oh, se acordaba muy bien, pero ¿qué les importaba a los demás sus sentimientos?

Los dos bailaban a lo largo del salón. Los blancos hombros de Rosalinde subían y bajaban más aprisa y sus mejillas se coloreaban. Pero el caballero de Maupin seguía sonriendo bajo sus rizos empolvados con la misma seguridad, agilidad y gracia.

La condesa Olga se arrancó los rojos claveles que adornaban su cabello y se los arrojó a la pareja.

Y el caballero de Maupin los recogió en el aire, se los llevó a los labios y saludó. Y entonces todos les lanzaron flores, tomándolas de los floreros de

las mesas, arrancándolas de los vestidos o de los cabellos. Y ambos siguieron bailando bajo una lluvia de flores, arrastrados por el ligero ritmo de «Las rosas del Sur».

La orquesta recomenzaba una y otra vez; los músicos, embotados, cansadísimos por aquel inacabable tocar durante todo el invierno diariamente, parecieron despertar y miraban hacia la sala, curvados sobre la balaustrada de la galería. La batuta del director se movía más ligera y los arcos de los violines arrancaban sonidos más cálidos. E incansables, Rosalinde y el caballero de Maupin se deslizaban por un mar de flores, colores y sonidos.

El director de la orquesta hizo señal de acabar y el entusiasmo se desbordó entonces. El barón de Platen, coronel del regimiento 28, gritó con voz estentórea desde la galería:

—¡Un viva a la pareja! ¡Por la señorita ten Brinken y por Rosalinde!

Y las copas chocaron y los invitados prorrumpieron en exclamaciones e invadieron la pista rodeando, estrujando casi a los bailarines.

Dos estudiantes de Renania trajeron un enorme cesto lleno de rosas que acababan de comprar abajo a una florista; algunos oficiales de Húsares trajeron champán; Alraune apenas lo probó, mientras que Wolf Gontram, acalorado y ardiendo de sed, bebía vorazmente copa tras copa. Por fin, Alraune, abriéndose paso entre la multitud, le arrastró consigo.

El verdugo rojo estaba sentado en medio de la sala, y estirando el largo cuello hacia la pareja les presentó el hacha:

—Yo no tengo flores —gritaba—, pero yo mismo soy una rosa roja. ¡Cortadme!

Alraune no le hizo caso y condujo a su acompañante por delante de la galería hacia el jardín de invierno. Miró a su alrededor. No se aglomeraban aquí menos personas, y todos les llamaban y les hacían señas de acercarse. Mas ella distinguió entonces tras un pesado cortinaje la puertecilla que salía al balcón.

—¡Oh, esto es mejor!... Ven conmigo, Wölfchen.

Y corrió el cortinón, hizo girar la llave y ya iba a levantar el pestillo cuando una pesada mano contuvo la suya.

—¿Qué busca usted ahí? —gritó una voz ronca.

Alraune se volvió. Era el abogado Manasse en su negro dominó.

—¿Qué busca usted ahí fuera? —repitió.

Ella se desprendió de la fea manaza.

—¿A usted qué le importa? Queremos tomar un poco el fresco.

Manasse asintió con vehemencia.

—Ya me lo imaginaba y por eso les he seguido... Pero no lo harán, no lo harán...

La señorita ten Brinken se irguió y le miró con orgullo.

—¿Y por qué no hemos de hacerlo? ¿Quién nos lo va a impedir? —Involuntariamente bajó él los ojos. Pero no cejó.

—Yo quiero impedirselo..., ¡yo, precisamente! ¿No comprende usted que es una locura? Están ustedes acalorados, casi bañados en sudor. ¿Y quieren salir al balcón, con una temperatura de doce grados bajo cero?

—Pues saldremos.

—Vaya usted sola —aulló él—; me da igual lo que usted haga. Sólo quiero retener al muchacho, a Wolf Gontram.

Alraune le miró de pies a cabeza y abrió la puerta de par en par.

—¡Ajá! —y saliendo al balcón hizo una seña a su Rosalinde—. ¿Quieres salir conmigo, a gozar de la noche? ¿O quieres quedarte dentro en la sala?

Wolf apartó al abogado y se precipitó hacia la puerta. El pequeño Manasse se agarró a él, se asió fuertemente a su brazo, pero Gontram le rechazó de nuevo, en silencio, haciéndole caer contra el cortinaje.

—¡No vayas, Wolf! ¡No vayas! —gritaba el abogado, y su voz ronca sonaba casi como un lamento.

Pero Alraune reía descaradamente.

—¡Adiós, fiel Eckart! ¡Quédate fuera y vigila nuestro Hörselberg! —y cerró la puerta en sus narices y echó dos vueltas a la llave.

El pequeño abogado trató de mirar por los cristales empañados por la escarcha, tiró del pestillo, pateó furioso el suelo. Luego, poco a poco, se fue calmando y volvió a la sala.

—Es el destino —gruñó, y, apretando sus dientes arracimados y mal puestos, se acercó a la mesa de Su Excelencia y se dejó caer en una silla.

—¿Qué le pasa a usted, Manasse? —preguntó Frieda Gontram—. Tiene usted cara de tormenta.

—¡Nada! —gritó él—. ¡Nada absolutamente! Su hermano es un asno. Bueno, y además no se lo beba usted todo, colega... Deme también algo a mí.

El consejero Gontram le llenó el vaso mientras Frieda decía con convicción:

—Sí, creo que es un asno.

* * *

Y ambos, Rosalinde y el caballero de Maupin, anduvieron sobre la nieve y se apoyaron en la balaustrada. La luna llena caía sobre la ancha calle, derramando su dulce luz sobre las barrocas formas de la Universidad, antiguo palacio del Arzobispo; jugaba sobre las vastas superficies blancas de abajo y arrojaba sombras fantásticas sobre las aceras. Wolf Gontram aspiraba aquel aire glacial.

—¡Qué hermoso es esto! —murmuraba señalando con la mano la calle blanca cuyo profundo silencio ningún sonido perturbaba. Pero Alraune ten Brinken le miraba, vio cómo sus blancos hombros brillaban en el claro de luna y que sus grandes ojos tenían el fulgor profundo de dos ópalos negros.

—Eres hermoso —dijo—. Más hermoso que esta noche de luna.

Y las manos de él se desprendieron de la balaustrada de piedra, se tendieron hacia ella y la abrazaron.

—¡Alraune! —exclamaba—. ¡Alraune!

Ella lo toleró un breve momento. Luego se desprendió golpeándole ligeramente la mano.

—No —dijo riendo—, no. Tú eres una muchacha y yo soy un mancebo y te haré la corte.

Miró a su alrededor, tomó una silla que descubrió en un extremo, quitando con su espada la nieve que la cubría.

—Toma, siéntate aquí, hermosa Rosalinde. Por desgracia, eres un poco más alta que yo: así nos igualamos.

Y se inclinó zalameramente, arrodillándose luego.

—¡Rosalinde! —murmuraba—. ¡Rosalinde! ¿Puede robarte un beso un caballero andante?

—¡Alraune!... —comenzó él.

Pero ella se levantó, poniéndole la mano sobre los labios.

—Debes decir «señor mío» —gritó—. Veamos: ¿Puedo robarte un beso, Rosalinde?

—Sí, señor mío —tartamudeó él.

Ella se colocó a su espalda y tomando entre sus manos su cabeza comenzó vacilando:

—Primero las orejas, la izquierda, y luego la derecha. Y ambas mejillas. Y esa nariz tan tonta que he besado muchas veces. Y por fin, fíjate, Rosalinde, tu hermosa boca.

E inclinándose, apoyó su cabeza sobre los hombros de él por debajo del sombrero. Pero volvió a retirarse.

—No, no, linda doncella. Deja las manos quietas. Deben reposar honestamente sobre tu regazo.

Entonces colocó él las manos sobre las rodillas y cerró los ojos. Y ella le besó larga y ardientemente. Pero luego sus denticillos buscaron sus labios y se hincaron en ellos de tal manera que las gotas de sangre cayeron pesadamente sobre la nieve.

Luego se soltó y de pie ante él contempló la luna con los ojos muy abiertos. Un rápido escalofrío la sobrecogió poniendo un ligero temblor en sus delicados miembros.

—Tengo frío —murmuró, levantando alternativamente los pies—. Mis zapatos de encaje están llenos de esta nieve insoportable.

Y se descalzó para sacudirla.

—Ponte mis zapatos —exclamó él— que son más grandes y más abrigados.

Y rápidamente se los quitó, haciéndole calzárselos.

—¿No es mejor así?

—Sí —rio ella—. Y te daré un beso a cambio, Rosalinde.

Y le besó de nuevo y volvió a morderle mientras la luna iluminaba las rojas manchas sobre el suelo blanco.

—¿Me amas, Wolf Gontram? —preguntó ella.

Y él dijo:

—No pienso en otra cosa sino en ti.

Ella vaciló un momento y preguntó:

—Si yo quisiera ¿saltarías del balcón a la calle?

—Sí.

—¿Y desde el tejado?

Él asintió.

—¿Y desde la torre de la catedral?

Y él volvió a asentir.

—¿Harías todo por mí?

Y él:

—Sí, Alraune, si me quieres.

Ella hizo un mohín con los labios y meció ligeramente las caderas.

—No sé si te quiero —dijo ligeramente—. ¿Lo harías aunque yo no te quisiera?

Los espléndidos ojos de él, aquellos ojos que había heredado de su madre, lucieron con más brillo y más profundidad que nunca. Y allá arriba, la luna sintió envidia de aquellos ojos humanos y se escabulló escondiéndose detrás de la torre de la catedral.

—Sí —contestó él—. También lo haría.

Ella se sentó en sus rodillas y le echó los brazos al cuello.

—Por eso, Rosalinde, por eso quiero besarte por tercera vez.

Y le dio un beso más largo y más ardiente aún.

Y le mordió profunda, locamente. Pero ya no pudieron ver las pesadas gotas sobre la nieve, pues la luna descontenta había escondido su antorcha de plata.

—Ven —murmuró ella—, ven. Tenemos que irnos.

Y cambiaron su calzado y sacudieron la nieve de sus vestidos. Y abriendo la puerta, se deslizaron por entre los cortinajes hacia la sala. Los arcos voltaicos los rodearon con su luz chillona y una atmósfera cálida y cargada los envolvió.

Wolf Gontram se tambaleó al dejar caer la cortina y se llevó las manos al pecho. Ella lo notó.

—¡Wölfchen! —gritó.

Él dijo:

—No es nada, una punzadita. Ya ha pasado.
Y cogidos de la mano entraron en el salón.

* * *

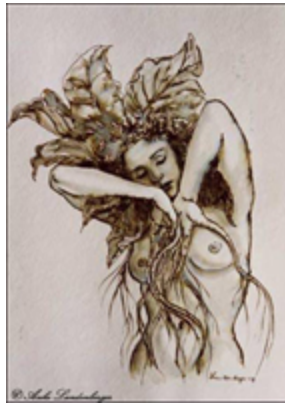
Al día siguiente Wolf Gontram no fue a la oficina, ni se levantó de su lecho, donde le retenía una fiebre devoradora. Nueve días pasó así; a veces, delirando, pronunciaba el nombre de ella. Pero ya no volvió a recobrar el conocimiento. Al poco murió de una pulmonía.

Y le enterraron en el nuevo cementerio.

La señorita ten Brinken envió una gran corona de oscuras rosas.

CAPÍTULO XI

Que trata del fin que Alraune deparó al consejero



La última noche de febrero de aquel año bisiesto, un huracán azotó el Rin y arrojó los témpanos que por el río corrían contra la vieja Aduana, arrancó el tejado de la iglesia de los jesuitas, desarraigó viejos tilos del jardín de la corte y desvencijó los pontones de la Escuela de Natación, haciéndolos astillas contra los viejos pilares del puente de piedra.

La tempestad rugió también en Lendenich, derribando tres chimeneas del Concejo y convirtiendo en ruinas los viejos graneros del ventero de «El Gallo». Pero fue en la casa ten Brinken donde el viento hizo su mayor estrago. Allí apagó la lámpara perpetua encendida ante San Juan Nepomuceno.

Tal cosa no había ocurrido desde que el solar existía, en muchos centenares de años. Cierto que las gentes piadosas de la aldea volvieron a encender la lámpara a la mañana siguiente, pero diciendo que aquello presagiaba una desgracia y el fin seguro de los Brinken, pues el santo dejaba de su mano aquella morada de luteranos y bien lo indicó así la noche

pasada. Ninguna tempestad hubiese podido apagar la lámpara de no permitirlo el santo.

Las gentes aseguraban que todo era un presagio; pero otros decían que no había sido la tormenta, sino la señorita, la que había apagado la lámpara.

Parecía, sin embargo, que las gentes erraban en sus profecías, pues en la casa señorial hubo grandes fiestas, a pesar de la cuaresma. Noche tras noche lucían las ventanas iluminadas y resonaba la música y el claro eco de risas y canciones.

La señorita lo exigía así. Necesitaba distracciones después de la pérdida experimentada. Y el consejero cumplía sus deseos.

Se arrastraba tras ella dondequiera que iba y era como si hubiese heredado el puesto de Wolf Gontram. Ávidamente caía sobre ella la bizca mirada del consejero cuando entraba en el cuarto y ávidamente la perseguía al salir de él. Y cuando ella notaba cómo la sangre ardía en aquellas viejas venas, dejaba caer la cabeza hacia atrás y se reía con una risa clara.

Sus deseos fueron más caprichosos cada vez. Sus caprichos, cada vez más exagerados.

El viejo daba, pero comerciando, exigiendo siempre algo a cambio. Se hacía cosquillar la calva o se hacía pasar los juguetones dedos por el brazo. Exigía que ella se sentara sobre sus rodillas o que le besara; y una vez que otra le mandaba bajar vestida de muchacho. Y ella venía con su traje de montar o con aquel de encajes del baile. Venía como pescador, con una blusa abierta y las piernas desnudas; como botones, con un uniforme rojo muy ceñido que hacía destacar las caderas; como un cazador de Wallenstein; como príncipe Orłowski o como Nerisa en su traje de escribano; como camarero, en un frac negro; como paje del siglo XVIII o como Euphorion, con tricot y una túnica azul.

Entonces el consejero se sentaba en el sofá y la hacía pasear ante él. Y pasaba sus manos húmedas por los pantalones y sus piernas temblaban sobre la alfombra. Y pensaba, con el aliento contenido, cómo debería comenzar.

Y ella se detenía y le miraba como desafiándole. Y él se encogía bajo aquella mirada, y no encontraba palabras, y se esforzaba por encontrar algo que encubriera sus asquerosos deseos.

Y sonriendo burlescamente salía ella de la habitación. Cuando la puerta se cerraba y oía sonar en la escalera la clara risa de Alraune los pensamientos volvían a él. Ahora era fácil, ahora sabía lo que tenía que decir y cómo presentarlo. Y la llamaba entonces y a veces venía.

—¿Y bien? —preguntaba.

Pero no; tampoco esta vez conseguía expresarse.

—Nada, nada —murmuraba.

* * *

Era esto: le faltaba seguridad. Y se lanzó a buscar otras víctimas sólo para convencerse de que aún dominaba sus antiguas artes.

Y encontró una. La hija del hojalatero, que traía a casa una vasija remendada.

—Ven conmigo, María —le dijo—; voy a regalarte algo.

Y la llevó consigo a la biblioteca.

* * *

Silenciosa, como una bestia enferma, volvió a salir la niña después de media hora, deslizándose arrimada a la pared con los ojos muy abiertos y muy fijos.

Triunfante, con una sonrisa de complacencia, atravesó el consejero el patio hacia la casa.

Ya estaba seguro. Ahora no se le escaparía Alraune. Pero cuando él volvió a recobrar la confianza, ella se echó atrás al ver encenderse la mirada del consejero.

—¡Juega, también juega conmigo! —decía éste entre dientes.

Una vez, cuando Alraune se levantó de la mesa, él la cogió de la mano. Sabía lo que tenía que decir palabra por palabra. Y sin embargo, en aquel momento lo había olvidado. Y se irritó ante la altiva mirada de la muchacha, y, de un salto, la estrechó entre sus brazos y la arrojó sobre un diván.

La muchacha cayó; pero antes de que él se acercara estaba otra vez en pie, riendo con una risa tan larga y estridente que le destrozó los oídos, y, sin decir una palabra, salió fuera.

Desde entonces permaneció en sus habitaciones y no bajó a tomar el té ni a cenar. No se dejaba ver en todo el día.

Junto a su puerta mendigaba el consejero. La rogaba, imploraba, dándole buenas palabras. Pero no salió. Le envió cartitas en las que le juraba y le prometía cada vez más y para las que ella no tuvo una respuesta. Por fin, después de gemir horas enteras ante la puerta, abrió.

—Cállate —dijo Alraune—; me molestas. ¿Qué es lo que quieres?

Él le pedía perdón, asegurándole que había sido un ataque que le había hecho perder el dominio sobre sus sentidos.

—Mientes —dijo ella con tranquilidad.

Él se quitó la máscara. Le dijo cuánto la deseaba; que su presencia le tenía sin aliento, que la amaba.

Alraune se rio de él; pero se avino a negociar y puso sus condiciones.

El consejero continuaba todavía regateando aquí y allá un poquitín más. Una vez a la semana, sólo una vez, debería vestirse de hombre.

—No —gritó ella—. Todos los días si quiero, y ninguno si no quiero.

Y con eso tuvo que conformarse. Y desde aquel día fue un esclavo sin voluntad, un perro obediente que la seguía siempre y comía las migajas que ella, altiva y descarada, dejaba caer de su mesa. Alraune le dejó correr dentro de su propia casa como a un viejo y sarnoso animal, a quien se deja vivir sólo por indiferencia y porque no vale la pena matarlo.

Y le daba sus órdenes.

—Tráeme flores. Compra una motora.

Invita hoy a estos señores y mañana a aquéllos. Tráeme un pañuelo.

Y él obedecía, sintiéndose ricamente recompensado cuando de pronto bajaba ella vestida como un escolar inglés, con su alto sombrero y su cuello redondo, y tendía hacia él la pierna para que le desatara el zapato de charol.

Muchas veces, cuando estaba solo, se despertaba el consejero. E irguiendo con un lento balanceo su fea cabeza, cavilaba sobre todo lo ocurrido. ¿No estaba acostumbrado a mandar, no lo había hecho durante

generaciones, no era su voluntad la que dominaba en el solar de los ten Brinken?

Era como si un tumor en medio del cerebro oprimiera al hincharse todos sus pensamientos. Un insecto venenoso se había introducido allí, penetrando por la nariz o por el oído, y le había picado. Y ahora revoloteaba en torno a su rostro y zumbaba burlonamente ante sus ojos. ¿Por qué no pisoteaba a la sabandija? Y se erguía luchando por una decisión. «Esto tiene que acabar» —murmuraba.

Pero tan pronto como la veía se olvidaba de todo. Entonces su mirada se abría y su oído se aguzaba, percibiendo los más ligeros rumores de las sedas que envolvían a Alraune. Su poderosa nariz olfateaba el aire, sorbía con avidez el perfume de sus carnes y sus viejos dedos temblaban, y la lengua lamía la saliva de sus labios. Y le perseguían todos sus sentidos, voraces, lascivos, venenosamente llenos de asquerosos deseos. Y éste era el lazo más fuerte con que Alraune le tenía sujeto.

* * *

El señor Sebastian Gontram vino a Lendenich y encontró al consejero en la biblioteca.

—Tenga cuidado —le dijo—; nos costará mucho trabajo poner todo esto en orden. Su Excelencia debería ocuparse un poco más de estos asuntos.

—No tengo tiempo —respondió el consejero.

—¿Y a mí qué me importa? —dijo con tranquilidad el señor Gontram—. Es preciso que tenga tiempo.

—Usted no se ocupa ya de nada desde hace semanas y deja que todo siga su curso. Tenga mucho cuidado, pueden cogerle por el cuello.

—¡Ah sí! —dijo el consejero con tono burlón—, pues ¿qué pasa?

—Ya se lo dije por escrito. Pero parece que ni siquiera lee usted mis cartas. El antiguo director del Museo de Wiesbaden ha escrito un folleto en el que afirma todas las cosas posibles; esto le costó comparecer ante un tribunal, donde pidió el parecer de una comisión de peritos que ha examinado las piezas, declarándolas en su mayoría falsas. Todos los periódicos hablan de esto, y el acusado será seguramente puesto en libertad.

—¡Psa! Déjele usted —dijo el consejero.

—Si es usted de esa opinión, por mí... —prosiguió Gontram—. Pero ese señor ha presentado en nuestra fiscalía una nueva denuncia, que será escuchada. Y esto no es todo, ni mucho menos. En el concurso de acreedores de la mina de hierro de Gerstenberg el árbitro ha presentado una denuncia contra usted por balance amañado y quiebra fraudulenta, basándose en algunos documentos. Ya sabe usted que se ha presentado una denuncia semejante en el asunto de los tejares de Karpen. En fin, el abogado Kramer, que representa al hojalatero Hamecher, ha conseguido de la Fiscalía orden de reconocer facultativamente a la niña.

—Esa niña miente —gritó el profesor—. Es un monigote histérico.

—Tanto mejor —asintió el consejero—. Así se pondrá en claro su inocencia de usted. Además, tenemos una querrela del comerciante Matthiessen, que pide daños y perjuicios y devolución de los cincuenta mil marcos de su participación, y al mismo tiempo presenta una denuncia por estafa. En un nuevo escrito sobre el pleito de la Sociedad Limitada Plutus, el abogado contrario le acusa de haber falsificado documentos y anuncia que procederá en consecuencia para conseguir el procesamiento. Los casos, pues, se multiplican, como ve usted, si falta usted tanto tiempo de la oficina. Apenas pasa día sin que nos encontremos con algo nuevo.

—¿Ha acabado usted? —preguntó el consejero.

—No —dijo Gontram con indiferencia—. Esto no ha sido más que unas flores selectas del hermoso ramillete que le espera a usted en la ciudad. Yo le aconsejo insistentemente que acuda a ella y que no se tome estas cosas con demasiada ligereza.

Pero el consejero contestó:

—Ya le he dicho a usted que no tengo tiempo. Debería usted dejarme en paz con todas esas pequeñeces.

El señor Gontram se levantó, metió unos papeles en la cartera y la cerró con un aire preocupado.

—Como usted quiera. ¡Ah! Otra cosa. ¿Sabe usted que corre el rumor de que el Banco de Crédito de Mühlheim va a suspender pagos uno de estos días?

—Tonterías. Además, apenas tengo dinero en él.

—¿Que no? —preguntó el señor Gontram un poco sorprendido—. Hace medio año que lo saneó usted con once millones para tener a mano el control sobre las sales potásicas. Yo mismo tuve que venderle a la princesa Wolkonski con ese fin las Obligaciones mineras.

El señor ten Brinken asintió:

—Bueno, sí; la princesa. ¿Pero, acaso soy yo la princesa?

El señor Gontram hizo un gesto dubitativo con la cabeza.

—¿Pero va a perder su dinero!...

—¿Y a mí qué me importa? Con todo, veremos lo que puede salvarse.

Y levantándose tamborileó sobre la mesa.

—Tiene usted razón. Debiera ocuparme más de mis asuntos. Espéreme mañana a las ocho en la oficina. Muchas gracias.

Y le tendió la mano y le condujo hasta la puerta.

Pero no fue a la ciudad aquella tarde. Dos oficiales vinieron a tomar el té y él anduvo dando vueltas por todos los cuartos y entraba a recoger algo y no se sentaban, de la alfombra que pisaban sus pies, los que hablaban con Alraune, de la silla en que se sentaba, de la alfombra que pisaban sus pies.

Y tampoco fue al día siguiente, ni al otro. El señor Gontram le enviaba emisario tras emisario y él los despedía sin darles respuesta. Y para que no le llamaran descolgó el teléfono.

El señor Gontram se dirigió entonces a la señorita, diciéndole que era necesario que el consejero fuera a la oficina.

Alraune mandó preparar el coche y envió a su doncella a la biblioteca para decir al consejero que se preparara a ir a la ciudad con ella.

El consejero se estremeció de alegría. Era la primera vez que salían juntos desde hacía muchas semanas. El consejero se dejó poner el gabán, atravesó el patio y abrió la portezuela para que Alraune subiera al coche.

Ella no hablaba. Pero el poder estar sentado junto a ella le hacía feliz. Alraune se encaminó primeramente a la oficina y le mandó bajar.

—¿Y tú a dónde vas?

—Voy a hacer algunas compras.

Y el consejero, con voz implorante:

—¿Vendrás a recogerme?

Ella sonrió:

—No sé. Quizá.

Y él escuchó aquel *quizá* con agradecimiento.

Y subió la escalera y abrió la puerta de la izquierda que daba al despacho del consejero Gontram.

—Aquí estoy —dijo.

El consejero Gontram le puso delante un abultado montón de documentos.

—Ahí tiene usted una bonita colección. Entre ellos hay también cosas que parecían despachadas y han vuelto a presentarse. Y tres asuntos nuevos... desde anteayer.

El consejero suspiró.

—Parece demasiado. ¿Quiere usted informarme?

Gontram sacudió la cabeza.

—Espere usted a que venga Manasse, que está más enterado. Estará aquí en seguida. Le he hecho llamar. Ha ido a ver al juez que instruye el asunto Hamecher.

—¿Hamecher? —preguntó el profesor—. ¿Quién es ese?

—El hojalatero —le recordó el señor Gontram—. El informe de los médicos es bastante abrumador. La Fiscalía ha ordenado instruir el proceso. Aquí está la invitación. Este asunto me parece por ahora el más importante.

El consejero tomó las actas y hojeó cuaderno por cuaderno. Estaba intranquilo y escuchaba con nerviosismo todos los campanillazos y pasos que sonaban en el pasillo.

—Tengo poco tiempo —dijo.

El señor Gontram se encogió de hombros y con toda parsimonia encendió otro cigarro. Y esperaron. Manasse no aparecía. Gontram telefoneó a su despacho, al Tribunal; pero en ninguna parte daban con él.

El profesor apartó las actas a un lado.

—No puedo leerlas hoy —dijo—. ¡Y, además, me interesan tan poco!...

—Quizá se siente enfermo Vuestra Excelencia... —dijo el consejero Gontram; e hizo traer vino y agua de seltz.

Entonces llegó la señorita. El consejero oyó llegar el coche. Dio un salto y cogió su gabán de pieles. Y por el corredor salió al encuentro de ella, que le preguntó:

—¿Está listo?

—Naturalmente —respondió él—. Todo está listo.

Pero Gontram se interpuso:

—No es verdad, señorita. No hemos empezado siquiera. Esperamos al señor Manasse.

Y el viejo exclamó:

—Tonterías. Nada tiene importancia. Me voy contigo, hija mía.

Alraune miró al consejero, que dijo:

—Me parece que todo esto es muy importante para los intereses de su señor papá.

—Que no, que no —insistía el consejero.

Pero Alraune decidió:

—Quédate. Adiós, señor Gontram.

Y dando media vuelta se precipitó escaleras abajo.

El consejero volvió al despacho, se acercó a la ventana y vio cómo ella subía al coche y partía. Y permaneció junto a la ventana mirando a la calle ensombrecida por el crepúsculo.

Gontram hizo encender el gas y se arrellanó tranquilamente en su butaca, fumando y bebiendo, esperaron. La hora de cerrar la oficina había sonado, y uno tras otro fueron marchándose los empleados, se les oía abrir los paraguas y chapuzar en el barro pegajoso de la calle. Ni el consejero ni Gontram hablaban una palabra.

Por fin llegó el abogado. Corrió escaleras arriba, abrió la puerta con violencia, refunfuñó un «buenas tardes» y puso en un rincón el paraguas y los chanclos, arrojando sobre el sofá su gabán empapado de lluvia.

—¡Ya era hora, compañero! —dijo Gontram.

—Ya lo creo que era hora.

Y dirigiéndose al consejero se irguió ante él y le gritó:

—Ha salido la orden de arresto.

—¡No me diga! —dijo el consejero entre dientes.

—¡No me diga! —respondió el abogado—. Yo la he visto con mis propios ojos; se trata del proceso Hamecher. Mañana por la mañana, lo más tarde, será ejecutada.

—Pagaremos la fianza —observó con tranquilidad Gontram.

El pequeño Manasse se revolvió contra él:

—¿Cree usted que no he pensado ya en eso? Inmediatamente ofrecí medio millón: denegado. La atmósfera de la Audiencia ha cambiado completamente, como yo me imaginaba. El magistrado me respondió con frialdad: «Sométanos la proposición por escrito. Temo, sin embargo, que no tenga usted suerte. Nuestro material es verdaderamente aplastante, y esto nos obliga a proceder con la mayor cautela». Éstas son sus propias palabras. ¿Poco edificante, eh?

Y se llenó una copa, que apuró a pequeños tragos.

—Y todavía tengo más que decirle. En la Audiencia me encontré al abogado Meier, nuestro contrincante en el asunto Gerstenberg, que representa también al Ayuntamiento de Huckingen, que ayer entabló demanda. Le rogué que me aguardara y he tenido con él una larga conversación. Éste es el motivo de haber venido tan tarde. Me obsequió con un buen vino, porque en la Audiencia, gracias a Dios, somos leales, y me enteró de que los abogados contrarios se han unido y celebraron anteayer una conferencia. A ella asistieron también algunos periodistas, entre ellos el inevitable doctor Landmann, del *Generalanzeiger*, un periódico en el que no tiene usted ni un céntimo. Le digo a usted que los papeles están bien repartidos y que esta vez no saldrá usted con tanta facilidad de la ratonera.

El consejero se volvió a Gontram:

—¿Cuál es su opinión?

—Esperar —dijo éste—. Ya encontraremos una salida.

Pero Manasse gritó:

—Le digo a usted que no hay salida que valga. El lazo está preparado y usted colgará de él si no le da antes un puntapié a la escalera de la horca.

—¿Qué es entonces lo que me aconseja usted?

—Exactamente lo que aconsejé al pobre doctor Mohnen, al que tiene usted sobre su conciencia. Fue una canallada de usted. Pero ¿de qué sirve que le cante yo ahora cuatro verdades? Le aconsejo a usted que liquide cuanto sea posible, lo cual podemos también hacer nosotros sin usted; que haga la maleta y que se evapore esta misma noche. Esto es lo que le aconsejo.

—Pero publicarán una requisitoria —dijo Gontram.

—Seguramente. Pero lo harán sin especial severidad. Ya hablé de esto con el compañero Meier, el cual comparte mi opinión. No está en el interés de los contrarios provocar un proceso escandaloso y los Tribunales se alegrarán si pueden evitarlo. Todo se limitará a inutilizarle a usted y a poner fin a sus maniobras; y para eso, créame usted, tienen los medios suficientes. Si usted desaparece y se mantiene tranquilo en cualquier punto del extranjero podremos resolverlo todo con tranquilidad. Cierto que costará un montón de dinero; pero ¿qué importa? Se tendrá consideración con usted, aún hoy, considerando los propios intereses y para no dar qué decir a la prensa socialista y radical.

Luego calló, esperando una respuesta.

El señor ten Brinken andaba por el cuarto con lentos y pesados pasos.

—¿Por cuánto tiempo cree usted que debo ausentarme? —preguntó al fin.

El abogado se volvió:

—¿Por cuánto tiempo? ¡Vaya una pregunta! Por todo el resto de su vida. Y esté usted contento de que todavía le quede esa posibilidad. De seguro que es más agradable disfrutar tranquilamente de sus millones en una hermosa villa de la Riviera que no acabar la vida en la cárcel. Y así ocurriría de obrar de otro modo. Se lo garantizo. El mismo Tribunal le ha dejado a usted esa puerta abierta: el fiscal podía haber pronunciado esta mañana la orden de arresto, que ya estaría cumplida. Esa gente no ha podido obrar con más decencia. Pero se lo tomarían a mal si no aprovechase usted esa salida. Si tienen que echarle mano, lo harán. Así, pues, hoy es el último día que duerme usted en libertad.

Gontram dijo:

—¡Váyase usted! Después de todo esto, a mí también me parece lo mejor.

Y Manasse aulló:

—¡Lo mejor!... Lo único. Viaje usted, desaparezca usted, haga usted mutis para no volver nunca. Llévese usted a su hija consigo. Lendenich se lo agradecerá; y nuestra ciudad también.

El consejero se animó al oír aquel nombre y por primera vez en toda aquella tarde se avivó su rostro y cayó aquella máscara apática sobre la que

fluctuaba como una suave luz, una intranquilidad nerviosa.

—¡Alraune! —murmuró—. ¡Alraune! ¡Si viniera conmigo!...

Y dos o tres veces se pasó la mano por su ancha frente. Luego se sentó y se hizo dar una copa de vino.

—Creo que tienen ustedes razón, señores. Muchas gracias. ¿Quieren ustedes explicarme de nuevo?...

Y tomando las actas, señalando la primera:

—Tejares de Karpen...

El abogado comenzó a informarle, tranquila y sobriamente. Uno por uno fue examinando todos los asuntos, sopesando todas las probabilidades, las más mínimas posibilidades de resistencia. Y el consejero le escuchaba y de vez en cuando le interrumpía con una palabra y a veces encontraba, como en los viejos tiempos, una nueva posibilidad. El profesor parecía ver cada vez más claro; su aire de superioridad volvía a él. Era como si cada nuevo peligro aumentara su antigua elasticidad.

Y separó cierto número de asuntos relativamente inofensivos, pero siempre quedaban otros que amenazaban aplastarle. Dictó algunas cartas, hizo algunas disposiciones, tomó algunos apuntes y proyectó solicitudes y reclamaciones. Luego consultó el mapa con sus consejeros, hizo su itinerario y dio exactas instrucciones para los primeros días. Al abandonar el despacho pudo decirse que sus asuntos estaban en orden.

Tomó un auto de alquiler y se dirigió a Lendenich seguro y confiado en sí mismo. Pero al abrirle el portón del patio y cuando subió la escalera, le abandonó la confianza.

Buscó a Alraune y tuvo por un buen augurio no encontrar a ningún invitado. La doncella le informó que la señorita había comido sola y que estaba en su cuarto. Llamó a la puerta y entró.

—Tengo que hablar contigo —dijo.

Ella estaba ante su escritorio y se le quedó mirando un momento.

—No. Ahora no tengo tiempo.

—Es inaplazable, es muy importante.

Ella le miró y cruzando los pies ligeramente, dijo:

—Ahora no. Vete abajo. Bajaré dentro de media hora.

El consejero salió. Se despojó de su abrigo y se echó sobre el sofá. Y meditó lo que tenía que decirle, midiendo cada frase y cada palabra. Había transcurrido más de una hora cuando oyó sus pasos. Se levantó, abrió la puerta, la vio ante sí, vestida con un ajustado uniforme de botones, color fresa.

—¡Ah, eres muy amable!

—Como recompensa —dijo ella riendo— por haber trabajado hoy tanto. Y ahora dime: ¿qué pasa?

El consejero no ocultó nada. Y le dijo todo lo que ocurría sin más comentarios. Ella no le interrumpió. Le dejó hablar y confesar.

—En el fondo es culpa tuya —decía él—. Yo me hubiera librado de todo sin mucho trabajo, pero no me he ocupado de otra cosa sino de ti. Y así le han crecido las cabezas a la hidra.

—¡Esa hidra terrible —dijo ella burlonamente— que ahora proporciona al pobre Hércules tantas dificultades! Aunque pienso que esta vez el héroe es la verdadera fiera y el monstruo el que castiga y venga.

—Cierto —asintió él— desde el punto de vista de la gente que consigue su «derecho para todos». Yo me he hecho uno para mi uso. Éste es todo mi crimen, y creí que tú me comprenderías.

Ella rió regocijada.

—Cierto, padrecito, ¿por qué no? ¿Te hago yo reproches? Y ahora dime: ¿qué quieres hacer?

Él explicó que tenía que huir aquella misma noche. Podrían viajar un poco, ver el mundo. Primero irían a Londres o a París, donde podrían quedarse hasta que hubiesen comprado todo lo necesario. Y luego, a través del Océano, cruzando América, al Japón o a la India, a donde ella quisiera, o a ambas partes, puesto que no había prisa y sobraba tiempo. Y por último a Palestina, a Grecia, a Italia, a España; donde ella se encontrara a gusto allí se quedarían y cuando se cansara volverían a partir. Y se comprarían una hermosa villa junto al lago de Garda o en la Riviera, en medio de un gran jardín, naturalmente. Tendrían caballos, automóviles, un yate propio; podría recibir, si quería, y llevar una gran vida...

No regateaba en sus promesas. Pintó con brillantes colores todas aquellas seductoras magnificencias. Cada vez encontraba algo nuevo y

encantador. Por fin se detuvo, preguntando:

—Y bien, niña, ¿qué dices a esto? ¿No te gustaría ver todo esto? ¿No te gustaría vivir así?

Ella estaba sentada sobre la mesa, columpiando sus esbeltas piernas.

—Oh, sí; me gustaría mucho. Sólo que...

—¿Qué? —preguntó él rápidamente—. Si tienes algún deseo dímelo, yo te lo satisfaré.

Ella le miró riendo.

—Entonces, satisfácelo. Quiero viajar, pero sin ti.

El consejero dio un paso hacia atrás tambaleándose casi; se apoyó en el respaldo de una silla: buscaba palabras y no encontró ninguna.

Y ella dijo:

—Contigo me aburriría. Me cansas. Sin ti.

Él rió también y trató de convencerse de que hablaba en broma.

—Pero si soy yo precisamente el que tiene que viajar. Tengo que irme esta misma noche.

—Pues márchate —murmuró.

El consejero quiso cogerle las manos, pero ella se las llevó a la espalda.

—¿Y tú, Alraune? —pordioseaba.

—¿Yo? Yo me quedo.

Él comenzó de nuevo, suplicando y gimiendo. Le dijo que le era necesaria como el aire que respiraba; que debía tener piedad de él; que pronto cumpliría los ochenta, y no había de cansarla ya por mucho tiempo. Luego la amenazó, le dijo que la desheredaría, que la echaría a la calle sin darle un céntimo.

—Trata de hacerlo —intervino Alraune.

Y el consejero volvió a hablar, pintando vivamente la brillante vida con que había de rodearla. Sería libre como ninguna otra mujer. Podría hacer y deshacer cuanto quisiera. No habría pensamiento ni deseo que no se le convirtiera en realidad. Pero debía ir con él; no debía dejarlo solo.

Ella sacudió la cabeza.

—Me gusta vivir aquí. Yo no he cometido delito alguno, y me quedo.

Hablaba tranquila y quedamente. No le interrumpía, sino que le dejaba hablar y prometer siempre de nuevo. Pero cuando le preguntaba movía la

cabeza denegando. Por fin saltó de la mesa y pasando frente a él se dirigió hacia la puerta.

—Es tarde y estoy cansada. Me voy a dormir. Buenas noches, padrecito. Feliz viaje.

El consejero le cerró el camino e hizo un último intento. Subrayó que era su padre; habló, como un pastor, de deberes filiales. Ella se reía.

—Para que yo vaya al cielo...

Estaba junto al sofá y se sentó sobre uno de los brazos.

—¿Te gusta mi pierna? —dijo de pronto.

Y le tendió su esbelta pierna columpiándola en el aire.

—Soy una buena hija —murmuraba—, una niña muy buena que proporciona a su papaíto muchas alegrías. Bésame la pierna, papaíto; acaríciame.

El consejero cayó de rodillas, tomó aquella pierna y pasó los dedos por el muslo y por la tersa pantorrilla. Y aplicó los labios sobre el rojo paño y lo lamió durante un rato con lengua temblorosa.

Luego se levantó ella de un salto, ligera y ágil; y tirándole de la oreja y dándole un golpecito en la mejilla dijo:

—Y bien, papaíto, ¿he cumplido ya con mis deberes filiales? Buenas noches. Que tengas un feliz viaje y no te dejes coger. Debe ser atrocamente incómoda la cárcel. Mándame de vez en cuando una postalita, ¿oyes?

Y antes de que él pudiera levantarse, estaba ya en la puerta. Se cuadró, como un muchacho, e hizo una corta reverencia llevándose la mano a la gorra.

—Es un honor, Excelencia... Y no hagas mucho ruido al hacer las maletas no vayas a interrumpir mi sueño.

El consejero se tambaleó hacia ella cuando ésta subía rápidamente la escalera. La oyó abrir la puerta, el rechinar de la cerradura y el ruido de dos vueltas de llave. Quiso seguirla y apoyó la mano en la barandilla; pero tuvo el sentimiento de que no le abriría a pesar de todos sus ruegos; que la puerta estaría cerrada para él aunque permaneciera toda la noche junto a ella hasta que amaneciera, hasta... hasta...

Hasta que los gendarmes vinieran a recogerlo.

Permaneció de pie, inmóvil. Oía sobre su cabeza los ligeros pasos de ella, que andaba de un lado a otro del cuarto. Y luego nada. Silencio.

El consejero salió de la casa, atravesó el patio sin protegerse a pesar de la lluvia. Entró en la biblioteca, buscó unas cerillas y encendió las dos bujías de su escritorio. Luego se dejó caer pesadamente sobre el sillón.

—¿Quién es? ¿Qué es? ¡Qué criatura!...

Y abrió el cajón de la vieja mesa de caoba y extrajo de él el infolio. Lo puso ante sí y se quedó mirando la cubierta.

—«A. t. B.» —leyó a media voz—. ¡Alraune ten Brinken!...

El juego había terminado. Ahora lo comprendió bien.

Y había perdido: no le quedaba una sola carta. Había sido mano; él mismo había barajado, había tenido todos los triunfos... pero había perdido.

Y sonrió con rabia. Ahora no le quedaba sino pagar.

—¿Pagar? ¡Oh, sí! ¿Y con qué moneda?

Miró el reloj. Eran más de las doce. A las siete, a más tardar, vendría la policía con la orden de prisión. Le quedaban seis horas. Los policías serían muy corteses, muy considerados; le conducirían a la cárcel en su propio automóvil. Luego empezaría la lucha. No estaba mal. Durante muchos meses se defendería, disputaría al enemigo cada palmo de terreno; pero finalmente, en la vista, sucumbiría. Tenía razón Manasse, finalmente iría a la cárcel.

Sólo le quedaba la fuga. Pero solo. ¿Solo? ¿Sin ella? En aquel momento sentía cómo la odiaba. Pero sabía que ya no podía pensar sino en ella. Correría por el mundo inútilmente, sin destino, sin ver ni oír otra cosa que su voz clara y silbante, y el balanceo de su roja pierna. ¡Oh!, se moriría de hambre en libertad o en presidio, ¿qué más le daba?

¡Aquella pierna, aquella dulce, esbelta pierna!... ¿Cómo podría vivir sin aquella pierna roja?

Había perdido y tenía que pagar. Y quería pagar en el acto, aquella misma noche, no deber nada a nadie. Quería pagar con lo único que le quedaba: con su vida.

Y pensó que su vida nada valía, engañaría a sus deudores.

Este pensamiento le halagaba. Y pensó si darles, además, un último puntapié que le proporcionara una pequeña satisfacción.

Tomó su testamento, en el que declaraba a Alraune su heredera, y, después de leerlo, lo rasgó en pequeños pedazos.

—Tengo que hacer uno nuevo —murmuró—. ¿En favor de quién? ¿De quién?...

Tomó un pliego de papel y mojó la pluma. Le quedaba su hermana y el hijo de ella, Frank Braun, su sobrino.

Vaciló. ¿Él? ¿Él? ¿No había sido él el que había traído a su casa a aquel ser extraño que le llevó a la ruina? De él debía vengarse aún más que de Alraune.

—Quieres tentar a Dios —le había dicho él—. Le harás una pregunta tan descarada que no tendrá más remedio que responderte.

¡Oh, sí! Ya tenía la respuesta.

Pero si él tenía que sucumbir, Frank Braun, que le inspiró aquel pensamiento, debía compartir su destino.

Contra él tenía ya un arma preparada: ella, su hija. Alraune ten Brinken. Ella le conduciría al punto en que él se encontraba hoy.

Y caviló, meciendo la cabeza, sonriendo con una mueca de satisfacción, con el seguro sentimiento de un triunfo final. Y escribió su testamento sin vacilaciones, con rápidos y feos rasgos.

Alraune quedó como única heredera suya. Dejaba un legado a su hermana y otro a su sobrino, a quien designaba como testamentario y tutor de la muchacha hasta la mayoría de edad de ésta. Así tendría que venir, acercarse a ella, respirar la sofocante atmósfera de sus labios.

Y le sucedería lo que a todos. Lo que al conde y al doctor Mohnen: lo que a Wolf Gontram. Lo mismo que al *chauffeur*. Lo que a él mismo, al consejero.

Y se echó a reír sonoramente. En un codicilo dispuso que la Universidad sería su heredera en caso de que Alraune muriera sin sucesión. Así quedaba su sobrino excluido en todo caso. Y firmó y fechó el pliego. Luego tomó el infolio, volvió a leer la historia anterior y la completó con los sucesos de los últimos días, terminando con un pequeño discurso a su sobrino que chorreaba sarcasmo.

"Prueba tu fortuna —escribió— ¡Lástima que yo no viva cuando te llegue la vez! ¡Me hubiera gustado tanto verlo!..."

Y secó cuidadosamente la tinta húmeda, cerró el cuaderno y lo depositó en el cajón junto a los otros recuerdos: el collar de la princesa, la mandrágora de los Gontram, el cubilete de dados, la blanca tarjeta atravesada por la bala que extrajo del bolsillo del conde Geroldingen. «Mascota» se leía sobre ella. Y encima estaba el trébol de cuatro hojas. Y alrededor, coagulada, negra, se adhería la sangre.

Se acercó a un cortinaje, desató uno de los cordones de seda y cortó un trozo que metió en el cajón con los otros objetos. «Mascota —repitió riendo—. *Ça porte bonheur pour la maison*».

Examinó las paredes, y subido en una silla, descolgó de un recio clavo, con gran esfuerzo, un gran crucifijo de hierro que colocó cuidadosamente sobre el diván.

—Perdona —dijo con una mueca— que te desaloje. Es sólo por un rato; sólo por un par de horas. Tendrás un digno sustituto.

Hizo una lazada y la echó sobre el clavo. Tiró para convencerse de que estaba bien fuerte.

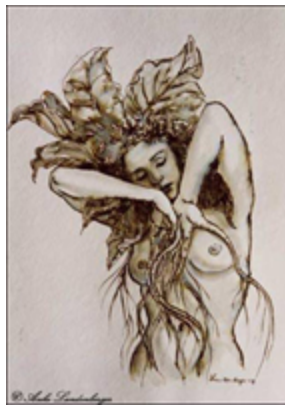
Y se subió a la silla por segunda vez.

* * *

Por la mañana temprano le descubrieron los gendarmes. La silla estaba volcada, pero sobre ella se apoyaba aún un pie del muerto. Parecía como si en el último momento se hubiese arrepentido de su acción y hubiese tratado de salvarse. El ojo derecho, muy abierto, dirigía hacia la puerta una mirada oblicua, y la lengua, hinchada, azul, pendía muy larga.

Estaba horrible.

INTERMEZZO



Y quizá, rubia hermanita, también gotean en tus tranquilos días los blandos sonidos de las campanillas de plata de los pecados dormidos.

Los citisos derraman su venenoso amarillo donde yace la nieve pálida de las acacias, las ardientes clemátides muestran su azul profundo donde los piadosos racimos de las glicinas cantan de toda paz. Dulce es el juego fácil de los anhelos concupiscentes; más dulce me parece la lucha cruel de todas las pasiones nocturnas. Pero más dulce que nada me parece el pecado dormido en una tórrida tarde de verano.

Mi dulce amiga dormita ligeramente, y no se la debe despertar, pues nunca está tan hermosa como en ese sueño.

En el espejo reposa mi querido pecado, muy cerca, en su cándida y fina camisa de seda. Tu mano, hermanita, cae sobre el borde de la cama y los finos dedos que llevan mi cintillo de oro se crispan ligeramente. Tus uñas rosadas relucen transparentes como el primer albor. Fanny, tu morena doncella, las pulió e hizo un pequeño milagro. Y en el espejo de tus uñas rosadas beso yo milagros transparentes.

Sólo en el espejo: en el espejo sólo. Sólo con acariciadoras miradas y el ligero hálito de mis labios. Porque crecen, crecen cuando el pecado se despierta y se convierten en agudas garras de tigre que desgarran mis carnes.

Tu cabeza se destaca del almohadón de encaje circundada de rubios rizos, como un tremular de llamas de oro, como el suave ondular del primer viento al despertar el día. Tus dientecillos se descubren sonrientes entre los delgados labios, como ópalos lechosos en la luminosa pulsera de la diosa Luna. Y beso tus cabellos de oro, hermanita, y tus dientes brillantes.

Sólo en el espejo: en el espejo sólo. Con el ligero hálito de mis labios, y con miradas acariciadoras; porque sé que cuando despierta el ardiente pecado, los dentezuelos se convierten en poderosos colmillos y tus rizos de oro en víboras de fuego. Y las garras de la tigresa desgarran mis carnes, y los agudos dientes abren hondas heridas, y las víboras silban en torno a mi cabeza; se deslizan en mi oído, salpican mi cerebro con su veneno y cuchichean los cuentos maravillosos de las más desatadas concupiscencias.

Si la camisa de seda resbala de tu hombro, ríen ante mí tus senos de niña, que reposan como dos gatitos blancos, que alargan los dulces y rosados hociquitos y miran hacia tus ojos suaves, azules ojos pétreos que rompen la luz; que lucen como los zafiros en la quieta cabeza de mi Buda dorado.

¿Ves tú, hermanita, cómo los beso... allí, en el espejo? No es más ligero el hálito de un hada. Porque sé bien que si el eterno pecado se despierta, éstos lanzarán rayos azules que herirán mi pobre corazón, que harán hervir mi sangre en oleadas y fundirán en llamas las fuertes cadenas para que toda locura se libere y corra desbocada.

Y libre de sus cadenas, la bestia indómita se precipita sobre ti, hermana, cual tormenta furiosa, y en los dulces pechos de niña que se convirtieron en formidables ubres de ramera —ahora que despertó el pecado— hinca sus zarpas y su contraída dentadura, y los dolores gozan en torrentes de sangre.

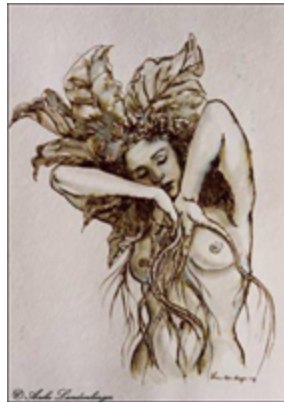
Pero mis miradas son aún más silenciosas, como los pasos de una monja junto al Santo Sepulcro. Y más ligero, más ligero aún, mi beso vuela, como en la catedral, el beso del espíritu hacia la hostia, convirtiendo el pan en el cuerpo del Señor.

No debe despertarse. Que repose y dormite el hermoso pecado.

Porque nada, querida amiga, me parece tan dulce como el casto pecado en su sueño ligero.

CAPÍTULO XII

Que da cuenta de cómo Frank Braun entró en el mundo de Alraune



Frank Braun había vuelto a casa de su madre de regreso de uno de aquellos viajes suyos, emprendidos sin plan, a Cachemira o al Chaco boliviano; a las Indias occidentales, donde jugaba a revolucionario en cualquier absurda republiquita; a los mares del Sur, donde soñaba con las gráciles hijas de aquellos pueblos en vías de desaparición.

Acababa de llegar, de cualquier parte...

Lentamente recorría la casa de su madre, la blanca escalera en cuyas paredes se apretujaban viejas estampas y modernos grabados, los vastos aposentos de la mansión materna, llenos de un sol de primavera que penetraba a través de los cortinajes amarillos. Allí estaban los retratos de sus antepasados, muchos Brinken de rostro inteligente y agudo, que supieron desempeñar bien el papel que tenían en el mundo; bisabuelos y bisabuelas, del tiempo de los emperadores; su hermosa abuela, vestida a la manera de la reina Victoria; los retratos de su padre y de su madre y el suyo propio, de niño, con sus largos rizos rubios cayendo sobre los hombros y

una gran pelota en la mano; y otro retrato suyo, de sus días de muchacho, donde aparecía vestido de paje, con una vestidura de terciopelo negro, leyendo un abultado y viejo volumen.

Luego, en el cuarto inmediato estaban las copias: cuadros de todas partes, del Museo de Dresde, de las galerías de Cassel y de Brunswick, del palacio Pitti, del Prado, del Rijksmuseum; muchos holandeses: Rembrandt, Franz Hals, Ostade; luego, Murillo, Tiziano, Velázquez, Veronés, todos un poco oscuros ya, brillando rojos por el sol que atravesaba los cortinajes.

Más allá, el salón de los modernos, con muchos buenos cuadros y otros no tan buenos, pero ninguno malo ni almibarado. Alrededor estaban los viejos muebles de caoba —Imperio, Directorio, Biedermeier—, ninguno de roble, y entre ellos alguno sencillo y moderno. En ninguna parte predominaba un estilo determinado; todo estaba revuelto, con el desorden que origina el curso de los años; y, sin embargo, en todo había una tranquila y plena armonía bajo la que todos los objetos se relacionaban.

Frank Braun recorría el piso que su madre le había destinado. Todo estaba como lo había dejado la última vez que se marchó, hacía dos años. Ni una silla, ni un pisapapeles estaba fuera de su sitio. Su madre cuidaba de que las sirvientas fueran precavidas y respetuosas al limpiar y sacudir el polvo. Como en ninguna otra parte reinaba aquí un desordenado amontonamiento de innumerables y dispares objetos, lo mismo en el suelo que en las paredes; las cinco partes del mundo vertían aquí cuanto de extraño y abigarrado encerraban. Grandes carátulas, ídolos diabólicos, ferozmente tallados en madera, traídos del archipiélago de Bismarck, banderas chinas y anamitas, armas de todas las tierras del Señor. Luego los trofeos de caza: fieras disecadas, pieles de jaguar y de tigre, grandes tortugas, serpientes y cocodrilos. Polícromos tambores de Luzón, instrumentos de cuerda de largo mástil, traídos de Radschputana, sencillas guzlas de Albania. En una pared, una inmensa red, rojiza y parda, se extendía hasta el techo, de ella colgaban enormes estrellas de mar, puercos espines, las defensas del pez sierra, escamas plateadas del tarpón, arañas enormes, extraños peces de las grandes profundidades, conchas y caracoles. Sobre los muebles se desplegaban viejos brocados, vestiduras de seda de la India, multicolores mantos españoles con grandes broches de oro. Y muchos

dioses: Budas de oro y plata, de todos los tamaños, relieves indios, Schivas, Krischnas y Ganeschas y los absurdos y obscenos ídolos de los pueblos del Tschan. Donde quedaba un sitio libre, se había colgado un dibujo: un desvergonzado Rops, un Goya siniestro, un pequeño esbozo de Callot; luego, Cruikshank, Hogarth, muchas crueles láminas en color, procedentes de Camboya y Mysore. Junto a ellas otras modernas que ostentaban la dedicatoria y la firma del artista. Había muebles de todos los estilos y todas las culturas: coronados de bronces, porcelanas e innumerables baratijas.

Todo esto era Frank Braun. Su bala derribó al oso polar cuya blanca piel hollaban sus pies ahora; él mismo pescó el tiburón azul cuya poderosa dentadura, con su triple hilera de dientes, pendía allí de la red. Él había arrebatado a los salvajes de Buka aquellas flechas envenenadas y aquella jabalina, a él le habían regalado los sacerdotes manchures aquellos ídolos absurdos y aquellos altos estribos sacerdotales de plata. Con su propia mano había arrebatado al templo del bosque de los Houdon-Badagri la negra piedra del trueno y en aquella misma «bombilla» había tomado el mate con el cacique de los indios Toba, en señal de confraternidad, a la orilla pantanosa del Pilcomayo. Por aquel corvo alfanje había trocado, con el sultán de Borneo, su mejor escopeta de caza, y con el virrey de Schantung su ajedrez de bolsillo contra aquella larga espada, el arma del verdugo. El maharascha de Vigatpuri le había regalado la maravillosa alfombra india, cuando le salvó la vida, en una cacería de elefantes; y de un sacerdote del horrible Kali de Kalighat había obtenido aquella durga de ocho brazos, modelada en arcilla, salpicada de sangre de cabras y de hombres.

Aquellos aposentos eran toda su vida. Cada concha, cada harapo multicolor le traía a la memoria viejos recuerdos. Allí estaban sus pipas de opio, las grandes cajas labradas con plata de pesos mexicanos, las redomas con veneno de serpientes de Insulinde, la pulsera exornada con dos magníficos ojos de gato que le regaló una vez en Birma aquella niña siempre sonriente. Muchos besos tuvo que pagar por ellos.

Alrededor, amontonados sobre el suelo, estaban sus cajas y sus baúles —veintidós— que contenían sus nuevos tesoros. Aún no había abierto ninguno. «¿A dónde voy yo con eso?» —decía riendo.

El gran ventanal estaba atravesado horizontalmente por una larga lanza persa en la que se posaba una gran cacatúa blanca como la nieve; un pájaro de Macasar, con una gran cresta roja.

—Buenos días, Peter —saludó Frank Braun.

—Atja, Tuwan —respondió el pájaro y caminó gravemente por la vara, descendió al suelo, valiéndose de una silla, y se acercó a él, con zambos y dignos pasos, acabando por subírsele al hombre. Y tendiendo la altiva cabeza y desplegando las alas como el águila prusiana gritó:

—Atja, Tuwan, Atja, Tuwan.

Frank Braun acarició el cuello que el blanco pájaro le tendía.

—¿Qué tal, Petersen? ¿Te alegras de verme aquí otra vez?

Y bajó un tramo de escalera y salió al porche donde su madre tomaba el té. En el jardín brillaban, como bujías, las flores de los grandes castaños; más allá, en el vasto jardín del convento, las flores blancas se extendían como una llanura nevada. Bajo los árboles caminaban los franciscanos con sus pardos hábitos.

—¡Allí está el padre Barnabas! —exclamó Frank Braun.

Su madre se caló las gafas y miró al jardín.

—No —respondió—, es el padre Cyprian.

Sobre la baranda de hierro del balcón se posaba un loro. Y cuando Frank Braun dejó la cacatúa sobre el barandal, el loro se acercó a ella, en un cómico y cínico movimiento, siempre de lado, como el buhonero de Galitzia, que camina arrastrando sus babuchas.

—*All right* —gritó—, *all right!* ¡Lorito real de España y de Portugal! ¡Anna Mar-i-i-i-ia!...

Y tendió el pico hacia la gran cacatúa, que irguió la cabeza y tartamudeó quedamente: «Ka... ka... du».

—¿Sigues tan desvergonzado, Phylax? —preguntó Frank Braun.

—Cada día más —dijo la madre riendo—. Nada está seguro y parece como si quisiera picotear toda la casa. —Y humedeciendo un terrón de azúcar en el té, se lo tendió al loro con la cucharilla.

—¿Ha aprendido algo Peter?

—Nada absolutamente. No dice más que su adulator «Kakadu» y sus chapurreos malayos.

—Que tú no entiendes, por desgracia.

—No, pero tanto mejor, entiendo a mi verde Phylax, que habla todo el santo día en todas las lenguas del mundo; siempre algo nuevo. Hasta que yo lo encierre un día en el armario para tener media hora de tranquilidad.

Y tomando al loro que se paseaba por la mesa del té picoteando en la manteca, le puso de nuevo sobre la baranda a pesar de sus aleteos.

Un perrillo pardo vino y levantándose sobre las patas traseras le puso la cabeza sobre las rodillas.

—Ya estás aquí —dijo ella—. Y querrás tu té.

Y vertió algo de té y leche sobre el platillo, con un terrón de azúcar y algunas migas de pan.

Frank Braun miraba al vasto jardín.

Dos puercos espines jugaban sobre la yerba alimentando a sus jóvenes retoños. Debían ser viejísimos. Él mismo, con ocasión de una excursión escolar, los había traído del bosque. El macho se llamaba Wotan, la hembra Tobias Meier; quizá fueran los nietos o los bisnietos de aquéllos. Junto al floreciente macizo de magnolias, vio el pequeño montículo bajo el cual había enterrado a su negro perro de aguas; allí crecían dos yucas que en el verano tendrían grandes racimos de flores blancas y temblorosas. Ahora, para la primavera, su madre había hecho plantar allí muchas primulas multicolores.

La hiedra y la viña silvestre trepaban por el muro hasta el tejado y en ellas piaban los gorriones.

—Ahí tiene su nido el tordo. ¿Lo ves? —preguntó la madre. Y señaló el portón de madera que conducía del patio al jardín; medio oculto en la espesura de la hiedra estaba el nido.

Tuvo que buscar un rato hasta descubrirlo.

—Ya tiene tres huevecillos —dijo.

—No, son cuatro —corrigió la madre—. Esta mañana ha puesto el cuarto.

—Sí, cuatro —asintió él—. Ahora puedo verlos todos. ¡Qué bien se está contigo, madre!

Ella suspiró y puso su rugosa mano entre las de él.

—Sí, hijo mío; muy bien. ¡Pero yo estoy siempre tan sola!...

—¿Sola? ¿No recibes ya tantas visitas como antes?

—Sí; todos los días vienen muchos jóvenes a ver a la viejecita, a tomar el té, a cenar; todos saben que me gusta que se ocupen un poco de mí. Pero ya ves, hijo mío: son extraños. No eres tú.

—Pues ya estoy aquí —dijo él. Y cambió la conversación, hablándole de los curiosos chismes que había traído, preguntándole si quería ver cómo desempaquetaba.

La criada vino y trajo el correo que acababa de llegar. Frank Braun abrió las cartas lanzando sobre ellas una rápida ojeada.

De pronto se detuvo y contempló con atención un pliego. Era una carta del consejero Gontram que le comunicaba brevemente lo ocurrido en casa de su tío, le incluía una copia del testamento y le expresaba el deseo de que viniera pronto a poner en orden los asuntos. El mismo consejero había sido encargado provisionalmente de ellos por el Tribunal; pero ahora que había oído que Frank Braun estaba de vuelta en Europa, le rogaba que le liberara de aquella obligación.

La madre observaba a su hijo. Conocía sus menores gestos, los menores rasgos de su terso y curtido rostro; y en el ligero temblor de sus labios leyó que algo importante ocurría.

—¿Qué es? —preguntó. Y su voz temblaba.

—Nada malo —respondió él ligeramente—. Ya sabes cómo murió el tío Jakob.

—Sí, lo sé. Una historia bastante triste.

—Bueno. Pues el consejero Gontram me envía el testamento, del que resulta que soy albacea de la muchacha y que tengo que irme a Lendenich.

—¿Cuándo quieres partir? —preguntó ella rápidamente.

—Pues... creo que... esta tarde.

—No te vayas. No te vayas. Estás tres días conmigo y ya quieres marcharte.

—Pero madre —opuso él—. Es sólo un par de días. Sólo para arreglar un poco aquello.

—Eso dices siempre. Un par de días sólo y luego estás fuera años enteros.

—Pero tienes que comprenderlo, querida mamá —insistió él—. Aquí está el testamento. El tío te lega una decente cantidad, y a mí también, cosa que yo no hubiera esperado, y que nos viene muy bien.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Qué importa el dinero si no estás conmigo?

Él se levantó y le besó sus grises cabellos.

—Querida madre. A finales de esta semana estaré otra vez contigo. Apenas son dos horas de ferrocarril.

Y ella, con un profundo suspiro, acarició las manos de su hijo.

—Dos horas o doscientas horas, ¿cuál es la diferencia? Estarás lejos de mí de todos modos.

—Adiós, mamá —dijo él.

Bajó, preparó una pequeña maleta y volvió al porche.

—Ya lo ves. Apenas estaré dos días. Hasta la vista.

—Hasta la vista, hijo mío —dijo ella quedamente. Y oyó cómo saltaba escaleras abajo y cómo se cerraba la puerta. Puso la mano sobre la inteligente cabeza de su perrito, que la miraba con leales y consoladores ojos:

—Ya estamos otra vez solos tú y yo. Sólo viene para marcharse. ¿Cuándo volveremos a verlo?

Gruesas lágrimas brotaron de sus bondadosos ojos y corrieron por los surcos de sus mejillas yendo a caer sobre las largas orejas del perrito, que las lamió con su roja lengua.

Luego oyó la campanilla, escuchó voces y pasos escalera arriba, y con un rápido movimiento se secó las lágrimas y se arregló la cofia. De pie, inclinada sobre la baranda hacia el patio, gritó a la cocinera que preparara té para los visitantes.

¡Oh, qué agradable era que vinieran tantos a visitarla, señoras y caballeros, hoy y siempre! Con ellos podía conversar y contar cosas de su hijo.

* * *

El consejero Gontram, a quien Braun había teleografiado avisándole de su llegada, le esperaba en la estación y le llevó consigo a la terraza del Hotel Kaiser, informándole de todo lo necesario. Le rogó que marchara aquel mismo día a Lendenich para hablar con la señorita y que al día siguiente viniera a su despacho. No podía decir que la señorita le creara dificultades; pero junto a ella experimentaba una extraña y desagradable sensación que le hacía intolerable toda entrevista. Era ridículo; él que había conocido tantos criminales, ladrones, asesinos, homicidas, parricidas, todo cuanto podía imaginarse, encontrándolos gente muy simpática con la que se podía tratar prescindiendo de su profesión... Pero junto a la señorita, a la que nada podía reprocharse, experimentaba una sensación análoga a la que otros hombres experimentan junto a un presidiario. Debía ser un problema suyo.

Frank Braun le rogó que telefonara anunciando a Alraune su llegada. Se despidió luego, atravesó tranquilamente los jardines y desembocó en la carretera que conducía a Lendenich. Cruzó la vieja aldea, y al pasar frente a San Juan Nepomuceno, inclinó la cabeza. Habiendo llegado a la cancela, llamó mientras contemplaba el patio. Tres grandes candelabros de gas lucían en el carril donde antes se encendía sólo una sórdida lamparilla. Fue lo único nuevo que observó.

Arriba, desde su ventana, estaba Alraune tratando de reconocer a la inquieta luz del gas los rasgos del forastero. Vio cómo Aloys apresuraba sus pasos y cómo metía la llave en la cerradura con más vivacidad que de ordinario.

—¡Buenas tardes, señor! —gritó el criado.

Y el forastero le tendió la mano, y le llamó por su nombre como si regresara a su casa después de una breve ausencia.

—¿Qué tal, Aloys?

Luego el viejo cochero cojeó sobre el empedrado tan aprisa como le permitieron sus corvas y gotosas piernas.

—¡Señorito! —graznó—. ¡Señorito! ¡Bienvenido a Brinken!

Frank Braun respondió:

—¡Froitsheim! ¿Todavía aquí? ¡Cuánto me alegro de volver a verle!

Vino la cocinera y la gruesa ama de llaves; y con ella Pablo, el ayuda de cámara. El cuarto de los criados se quedó vacío. Dos viejas sirvientas se abrieron paso para tenderle las manos, que previamente se habían secado cuidadosamente en el delantal.

—¡Alabado sea Jesucristo! —saludó el jardinero.

Y el recién venido, riendo:

—¡Por los siglos de los siglos! ¡Amén!

—¡El señorito ha venido! —gritó la canosa cocinera arrebatando la maleta al mozo que le acompañaba.

Todos rodearon a Braun; todos esperaban un saludo, un apretón de manos. Y los jóvenes que no le conocían le contemplaban con ojos muy abiertos y una sonrisa embarazosa.

Un poco aparte, el *chauffeur* fumaba su pipa corta; hasta en sus rasgos indolentes brillaba una amable sonrisa.

La señorita ten Brinken castañeteó los dedos.

—Parece que mi señor tutor es muy popular por aquí —dijo a media voz.

Y luego gritó a la servidumbre:

—Llevad el equipaje del señor a su cuarto. Y tú, Aloys, acompáñalo arriba.

Fue como si en la primavera de aquella bienvenida cayera algo de escarcha. Todos se quedaron cabizbajos y ya no hablaron más. Sólo Froitsheim le estrechó otra vez la mano y le guió hacia la gran escalera.

—Que bien que haya venido usted, señorito.

Frank Braun fue a su cuarto y se lavó. Luego siguió al criado que le anunció que ya estaba puesta la mesa. Y entró en el comedor.

Por un momento estuvo solo y miró en torno suyo. Allí estaba, como siempre, el enorme repostero, ostentando los pesados platos de oro con las armas de los Brinken, que hoy no estaban colmados de frutas.

—Todavía no es tiempo —murmuró—. O quizá no tiene mi prima interés por los frutos tempranos.

Por la puerta opuesta entró Alraune, con un vestido de seda negra, ricamente cubierto de encajes que dejaban ver los pies. Permaneció un momento en la puerta y luego se acercó saludándole:

—Buenas noches, primo.

—Buenas noches.

Y él te tendió la mano.

Ella sólo le dio las puntas de los dedos y Braun hizo como que no lo notaba. Tomó la mano de ella y se la sacudió con fuerza.

Con un gesto le invitó a tomar asiento y se sentó frente a él.

—Nos hablaremos de tú —comenzó.

—Naturalmente. Ésa ha sido siempre la costumbre de los Brinken.

Y levantando su copa:

—¡A tu salud, primita!

«*Primita* —pensaba ella—. Me llama *primita*; me trata como si fuera una muñeca». Y le respondió:

—¡Salud, primazo!

Y apurando su copa hizo una seña al criado para que la llenara de nuevo. Y cuando volvió a beber:

—¡A tu salud, señor tutor!

Esto le hizo reír.

—¿Tutor? ¿Tutor? ¡Sonaba tan... digno aquello!

—«¿Es verdad que soy ya tan viejo?» —pensaba. Y dijo:

—¡A tu salud, pequeña pupila!

Ella se irritó. ¿Pequeña pupila? ¿Otra vez *pequeña*? ¡Oh, ya se vería cuál de los dos era superior al otro!

—¿Cómo le va a tu madre? —preguntó.

—Gracias. Creo que bien. ¿Tú no la conoces? ¡Ya podías haber ido alguna vez a visitarla!

—Tampoco nos ha visitado ella.

Luego, al notar la sonrisa de su primo, añadió:

—La verdad es que nunca pensamos en ello.

—Ya me lo imagino —dijo él secamente.

—Papá apenas me habló de ella y nunca de ti.

Hablaba de prisa, apresurándose.

—La verdad es que me sorprendió que precisamente a ti...

—A mi también —interrumpió él—. Y seguramente no lo ha hecho sin intención.

—¿Intención? ¿Qué intención?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé todavía, pero ya se verá.

La conversación no decaía. Era como un juego de pelota. Las breves frases volaban de un lado para otro; y aunque ambos permanecían corteses, amables y atentos, se observaban y estaban en guardia. Nunca se encontraban. Una rígida red se distendía entre ambos.

Después de la comida, Alraune le llevó a la sala de música.

—¿Quieres té?

Pero él pidió whisky con soda.

Se sentaron y siguieron conversando. Luego se levantó y fue hacia el piano.

—¿Quieres que cante algo?

Y ante la cortés afirmación de Braun, levantó la lapa y se sentó.

Se volvió él preguntando:

—¿Qué quieres que cante?

—No tengo ningún deseo particular y no conozco tu repertorio primita.

Alraune apretó ligeramente los labios: «Ya se le quitará esa costumbre»
—pensaba.

Y después de preludiar, cantó media estrofa, se interrumpió, cantó otra canción, se interrumpió de nuevo, comenzó unas frases de Offenbach y luego unas frases de Grieg.

—¡Parece que no tienes muchas ganas! —observó él con tranquilidad.

Alraune puso las manos sobre el regazo, calló un momento tamborileando nerviosamente sobre las rodillas; y de pronto comenzó:

*Il était une bergère,
et ron, et ron, petit patapon,
il était une bergère
qui gardait ses moutons.*

¡Oh, sí! Aquella carita que rodeaban los cortos rizos podía ser muy bien la de una linda pastorcilla.

*Elle fit un fromage,
et ron, et ron, petit patapon,
elle fit un fromage
du lait de ses moutons.*

«Linda pastora y... pobres ovejas» —pensaba él. Ella mecía la cabeza. Y tendió a un lado el pie izquierdo marcando el compás con su lindo zapatito.

*Le chat qui la regarde,
et ron, et ron, petit patapon
le chat qui la regarde
d'un petit air fripon.*

*Si tu y mets la patte,
et ron, et ron, petit patapon,
si tu y mets la patte
tu auras de bâton.*

Y le sonreía, y al sonreír brillaban sus blancos dientes. «¿Cree que voy a hacer con ella de gatito?» —pensaba el tutor.

El rostro de Alraune se hizo más grave, en su voz sonaba una oculta amenaza, ligeramente burlona.

*Il n'y mit pas la patte,
et ron, et ron, petit patapon,
il n'y mit pas la patte,
il y mit le menton.
La bergère en colère,
et ron, et ron, petit patapon,
la bergère en colère
tua son petit chaton.*

—¡Qué bonito! —exclamó Braun—. ¿Cómo sabes esa canción infantil?

—Del convento. Las hermanas la cantaban.

Y él, riendo:

—¡Mira que del convento! ¡Nunca lo hubiera creído... Canta el final, primita!

Saltó del taburete y dijo:

—Ya he terminado. El gato ha muerto y la canción se ha acabado.

—No del todo. Pues las piadosas hermanas temían el castigo y dejaban que la pastorcilla cometiera impunemente sus pecados. Vuelve a tocar y yo te contaré lo que le ocurrió a la pastora.

Ella volvió al piano, recomenzando la melodía, y él cantó:

*Elle fut à confesse,
et ron, et ron, petit patapon,
elle fut à confesse
pour obtenir pardon.
Mon père, je m'accuse,
et ron, et ron, petit patapon
Mon père, je m'accuse
d'avoir tué mon chaton.
Ma fille, pour pénitence,
et ron, et ron, petit patapon,
ma fille, pour pénitence
nous nous embrasserons.
La pénitence est douce,
et ron, et ron, petit patapon,
a pénitence est douce,
nous recommencerons.*

—¿Terminada?

—¡Oh, sí, completamente! —contestó riendo—. ¿Qué te parece la moraleja, Alraune?

Era la primera vez que la llamaba por su nombre y esto le llamó tanto la atención que apenas se fijó en la pregunta.

—Bien —dijo con indiferencia.

—¿Verdad? Una bonita moraleja, que enseña que ninguna muchacha puede matar impunemente a su gatito.

Él estaba de pie, muy cerca de ella. Le sacaba más de dos cabezas y Alraune tenía que alzar los ojos para recoger sus miradas. Y pensaba la importancia que tenía, con todo, aquella insignificancia de treinta centímetros. Y hubiera querido vestir un traje de hombre, pues sus faldas le daban a él cierta ventaja. Al punto se le ocurrió que ante ningún otro había tenido semejante pensamiento. Pero se irguió, sacudiendo ligeramente sus rizos.

—No todas las pastoras cumplen esa penitencia —dijo entre dientes.

Y él, parando el golpe:

—Ni todos los confesores absuelven con esa facilidad.

Alraune buscó una respuesta sin encontrarla y esto la irritó. Le hubiera favorecido... a su manera, pero aquel tono era nuevo para ella, era como una lengua extraña que ella conocía, pero en la que no podía expresarse.

—Buenas noches, señor tutor. Quiero irme a la cama.

—Buenas noches, primita. Que tengas un dulce sueño.

Alraune subió la escalera, sin apresurarse como otras veces, lenta y pensativamente. No le gustaba su primo —¡oh, no!—, pero le irritaba, le espoleaba su espíritu de contradicción.

—Ya lo domaré —pensaba.

Y a la doncella que le desataba el corsé y le tendía la amplia camisa de encajes, le dijo:

—Que bien que haya venido, Kate. Esto interrumpe el aburrimiento.

Y casi se alegraba de haber perdido la primera partida.

* * *

Frank Braun celebró largas sesiones con el consejero Gontram y el abogado Manasse, conferenció con los jueces que entendían en el asunto de su tutoría y en el de la herencia, tuvo que andar mucho de un lado a otro sosteniendo inútiles peloterías. Con la muerte de su tío se habían suspendido todas las querellas criminales; en cambio las civiles se habían convertido en

un verdadero diluvio. Todos los pequeños tenderos a los que antes había hecho temblar una oblicua mirada de Su Excelencia, se atrevían ahora a presentarse con exigencias y pretensiones de indemnización, que muchas veces tenían carácter muy dudoso.

—La Fiscalía no se ocupa de nosotros y la Sala de lo Criminal tampoco; en cambio parece que tenemos alquilada la otra parte de la audiencia. La segunda Sala de lo Civil no ha sido durante medio año otra cosa que una institución privada del difunto consejero —dijo el viejo Gontram.

—Ya le divertirá eso a su beatitud, si es que lo puede ver desde su caldera del infierno —decía el abogado—. Esos procesos le eran mil veces más simpáticos.

Y reía al entregar a Frank Braun las acciones mineras que constituían su legado.

—El viejo debía estar presente ahora —murmuraba—. ¡Si pudiéramos ver su rostro por un cuarto de hora! Espere usted un poco, que va a recibir una sorpresa.

Tomó los papeles y calculó:

—Ciento ochenta mil marcos. Ahora aguarde usted un momento. Y tomando el auricular del teléfono, pidió comunicación con la Unión Bancaria de Schaafhausen, solicitando hablar con el director.

—¡Hola! —gritó—. ¿Es usted, Friedberg? Dígame usted: aquí tengo algunas acciones mineras de Burberg... ¿A qué precio podría venderlas?

En el teléfono vibró una sonora carcajada que contagió a Manasse.

—Ya me lo imaginaba... ¿De modo que no valen nada?... ¿Puede contarse con dividendos pasivos durante muchos años? Lo mejor es regalar toda esa basura... Naturalmente... Entonces es un timo que se deshará pronto... Muchas gracias, perdone usted la molestia.

Colgó el auricular y se volvió a Frank Braun, sonriéndole con una mueca.

—Ya lo sabe usted. Y ahora pone usted precisamente la cara de tonto que su filantrópico tío se había supuesto..., permíteme usted mi amor a la verdad. Pero guarde usted los papeles: es probable que alguna empresa, movida por su propio interés, le dé unos cientos de marcos por ellos, y tenga usted para una copa...

* * *

Las mayores dificultades, antes del regreso de Frank Braun, las deparaban las conferencias casi diarias con el Banco de Crédito de Mühlheim. El Banco se había ido arrastrando, con un enorme esfuerzo, día tras día, siempre con la esperanza de obtener de su heredera la ayuda que el consejero le había prometido solemnemente. Con heroico valor habían mantenido a flote los directores y los miembros del Consejo de Administración aquel barco que sabían que se iba a hundir al menor choque. Con ayuda del Banco había realizado Su Excelencia atrevidas especulaciones y aquel instituto había sido para él una brillante fuente de oro; pero las nuevas empresas, que su influencia impuso, fracasaron todas, y aunque su fortuna no estaba ya en peligro, lo estaba en cambio la de la princesa Wolkonski y la de muchas otras gentes ricas, y los ahorros de mucha gente modesta y pequeños especuladores, que seguían la buena estrella de Su Excelencia. Los testamentarios habían ofrecido ayuda siempre que estuviese en sus manos; pero tanto al consejero Gontram, tutor provisional, como al juez encargado les ligaba las manos la ley. ¡El dinero de un menor de edad es sagrado!

Cierto que había una posibilidad. Y Manasse la había encontrado. Se podía declarar mayor de edad a la señorita ten Brinken, que, pudiendo disponer de su dinero, acudiría a las obligaciones morales de su padre. Por esto se esforzaban todos los interesados y con esta esperanza realizaban los del Banco sus últimos sacrificios. Con sus últimos medios habían parado hacía poco un fuerte golpe a sus cajas. Ahora el asunto tenía que decidirse.

Hasta entonces la señorita se había mostrado reacia. Había oído atentamente lo que aquellos señores le exponían, había sonreído y dicho: «No. ¿Por qué han de declararme mayor de edad? Estoy bien así. ¿Y por qué tengo que dar mi dinero a un Banco que no me interesa nada?».

El juez pronunció un largo discurso. Se trataba del honor de su padre. Todo el mundo sabía que él era la causa de las dificultades por las que ahora atravesaba la institución. Era un deber filial conservar limpio su nombre.

Alraune se rió en sus barbas.

—¿Su buen nombre? —y volviéndose al abogado Manasse—: ¿Qué le parece a usted de todo esto?

Manasse no contestó. Se hundió en su sillón, bufando como un gato pisoteado.

—Me parece que usted piensa lo mismo que yo —dijo la señorita—, y no voy a soltar un céntimo.

El consejero de Comercio Lützmann, presidente del Consejo de Administración, le dijo que debía tener consideración con la anciana princesa, de tan antigua e íntima amistad con la casa ten Brinken, y con todas las pequeñas gentes que iban a perder sus ahorros ganados con tanto trabajo.

—¿Por qué especulan? —dijo ella tranquilamente—. ¿Por qué colocan su dinero en un establecimiento de tan dudoso crédito? Si hoy quisiera dar limosnas, ya sabría utilizarlas mejor.

Su lógica era clara y cruel como un agudo cuchillo. Dijo que conocía a su padre y que el que se aliaba con él no debía ser mejor.

El director opuso que no se trataba de limosnas. Era seguro que con aquella ayuda se sostendría el Banco; sólo era preciso superar aquella crisis y ella recibiría su dinero, hasta el último céntimo, con todos los intereses.

Ella se volvió al juez:

—Señor juez ¿hay riesgo en ello, sí o no?

Él tuvo que confesar que había efectivamente un riesgo. Era natural que pudieran surgir circunstancias imprevistas. Tenía el deber de decírselo, pero como hombre no podía menos de adherirse a la petición de aquellos señores. Con ello realizaba una buena y gran obra y salvaba a un montón de familias. Y, según previsión humana, el peligro de una pérdida era tan pequeño...

Ella se levantó interrumpiéndole bruscamente.

—De manera que hay riesgo, señores —dijo burlonamente—, y yo no quiero afrontar riesgo alguno. No quiero salvar existencia alguna y no tengo ganas de realizar grandes y bellas obras.

Y con una leve inclinación, salió dejando a los presentes con los rostros rojos y congestionados.

Pero el Banco no se dio por vencido y siguió luchando, y albergó una nueva esperanza con el telegrama de Gontram que anunciaba la llegada del tutor legal. Los consejeros se pusieron en comunicación con él y acordaron una entrevista para los próximos días.

* * *

Frank Braun comprendió que su partida no sería tan rápida como había pensado y así se lo escribió a su madre.

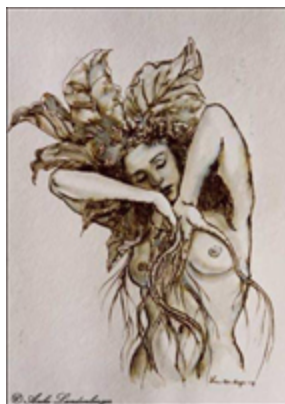
La anciana leyó su carta, la dobló cuidadosamente y la colocó en el negro arcón que contenía todas las anteriores, que ella abría en las largas noches de invierno, cuando estaba sola, para leerle a su perrito lo que el hijo le escribió aquella vez...

Y salió al balcón, y contempló los castaños que sostenían en sus poderosos brazos sus floraciones lucientes como bujías, y los frutales del convento, blancos de flor, bajo los cuales paseaban tranquilamente los monjes.

—¿Cuándo vendrá mi querido hijo? —pensaba.

CAPÍTULO XIII

Que menciona cómo la princesa Wolkonski dijo la verdad a Alraune



El consejero Gontram escribió a la princesa, que se encontraba en los baños de Nauheim, dándole cuenta de la situación. Pasó algún tiempo antes de que ella comprendiera de qué se trataba; Frieda Gontram tuvo que hacer grandes esfuerzos para hacérselo comprender.

Primero rió, luego se quedó cavilando, y por fin lloró y se lamentó. Y cuando entró su hija le echó los brazos al cuello, llorando:

—¡Pobre hija mía! ¡Somos unos mendigos! ¡Estamos en el arroyo!

Y derramó chorros de indignación oriental contra el difunto consejero, sin ahorrarse ninguna palabra sucia u ofensiva.

—Pero la cosa no está tan mal —objetó Frieda Gontram—. Siempre les queda a ustedes la *villa* de Bonn y el castillo junto al Rin; y además los intereses de las viñas de Hungría. Olga recibe además su renta rusa y...

—Con eso no se puede vivir —interrumpió la vieja princesa—. Con eso nos moriremos de hambre.

—Trataremos de hacer cambiar de opinión a Alraune —observó Frieda—. Papá nos aconsejará.

—¡Es un asno! —gritó la princesa—. ¡Un viejo canalla, en compinchazgo con el consejero para robarnos! Por él entablé conocimiento con aquel estafador.

Y dijo que todos los hombres eran unos embusteros y unos sinvergüenzas y que en toda su vida no había conocido ella a ninguno que fuera de otra manera. Y si no, ahí estaba el marido de Olga, el lindo conde de Abrantes. ¿No se había divertido con todas aquellas mujerzuelas, con el dinero que le sacaba a su mujer? Y luego se había fugado con una caballista de circo, cuando el consejero intervino y cerró el cajón de los cuartos...

—Entonces, algo bueno hizo Su Excelencia —dijo la condesa.

—¿Bueno? ¡Como si no fuera indiferente cuál de los dos se marchaba con los dineros! ¡Tan cerdo es el uno como el otro!

Pero comprendió que había que intentar algo. Ella misma quería emprender la marcha, pero la contuvieron. Se pondría furiosa y no conseguiría más que los señores del Banco. Frieda declaró que había que proceder con diplomacia y tener en cuenta los caprichos de Alraune. Mejor sería que fuera ella misma.

Olga opinó que era ella la que debía ir.

La princesa la contradujo, pero Frieda aseguró que no le sentaría bien interrumpir el tratamiento y exponerse a aquellas conmociones. Y se dejó convencer.

Las dos amigas se pusieron de acuerdo y partieron juntas. La princesa se quedó en los baños, pero no ociosa. Se fue al párroco y le encargó cien misas por el alma del difunto consejero: «Esto es lo cristiano» —pensó. Y como su difunto esposo había sido ortodoxo, marchó a Wiesbaden y en la capilla rusa pagó al pope otras cien misas por el alma de aquél. Esto la tranquilizó extraordinariamente. Al principio pensó que de nada serviría, pues el consejero había sido protestante y librepensador además; pero lo tuvo por una buena obra, sin embargo: «Benedicid a los que os maldicen, amad a vuestros enemigos, haced bien a aquellos que os injurian y os persiguen». ¡Oh, ya se reconocería allá arriba su buena acción!

Y dos veces por día incluyó entre sus rezos una oración por el alma del consejero, dicha con especial fervor. Así sobornaba al buen Dios.

* * *

Frank Braun recibió en Lendenich a las dos damas, las condujo a la terraza y conversó con ellas de los viejos tiempos.

—Probad fortuna, hijas mías —les dijo—; mi palabrería no me ha servido de nada.

—¿Qué le ha respondido a usted? —preguntó Frieda Gontram.

—No mucho —dijo él riendo—. No me ha oído siquiera. Hizo una reverencia y declaró con una endemoniada sonrisa de dignidad que sabía estimar la honra de que yo fuera su tutor y que no estaba dispuesta a renunciar a ella. Añadió que no quería volver a oír hablar del asunto. Hizo otra reverencia aún más profunda, sonrió aún más respetuosamente, y se fue.

—¿No ha hecho usted ningún nuevo intento?

—No, Olga. Eso se lo dejo a usted. Cuando Alraune se marchó, su mirada era tan firme, que me convencí de que mis esfuerzos serían tan inútiles como los de los otros señores —y levantándose, oprimió el timbre e hizo servir té.

—Por otra parte, quizá tengan ustedes suerte. Cuando el consejero Gontram me telefoneó anunciándolas, le dije a mi prima que venían ustedes y por qué. Temía que no quisiera recibirlas y quería aclarar la cosa. Pero me equivoqué. Me dijo que serían ustedes muy bienvenidas y que desde hacía meses estaba en activa correspondencia con ustedes. Por eso...

Frieda Gontram le interrumpió. Encarándose con la condesa:

—¿Tú le escribes? —gritó ásperamente.

La condesa tartamudeó:

—Yo... yo... escribí... un par de veces... dándole el pésame y... y...

—¡Mientes!

La condesa se levantó entonces.

—¿Y tú? ¿No le escribes tú? Sé que lo haces, cada dos días... Por eso te quedas siempre en tu cuarto tanto tiempo sola.

—¡Me has hecho espiar por tu doncella! —le gritó Frieda.

Las miradas de las dos amigas se cruzaron, arrojándose un odio encendido, más áspero que sus palabras. Se comprendían bien. La condesa sabía que era la primera vez que ella no haría lo que Frieda le mandaba y Frieda sentía aquella primera resistencia contra su imperante personalidad. Pero estaban unidas por tantos años de su vida, por tantos recuerdos comunes, que no podían permanecer enfadadas un instante.

Frank Braun lo comprendió.

—Les estorbo a ustedes —dijo—. Además, Alraune vendrá en seguida. Se está vistiendo. —Fue hacia la escalera del jardín y saludando, dijo—: Después volveremos a vernos.

Las amigas callaban; Olga, en el sillón de mimbre; Frieda, yendo a grandes pasos de un lado a otro. De pronto se detuvo y quedó en pie ante su amiga:

—Oye Olga —dijo en voz baja—; yo siempre te he ayudado, en serio y en broma, en todas tus aventuras y amoríos. ¿No es verdad?

La condesa asintió:

—Sí, es verdad. Pero yo he hecho lo mismo contigo; yo no te he ayudado menos.

—Como has podido... Lo reconozco. ¿Quieres que sigamos siendo amigas?

—¡Claro! —exclamó la condesa Olga—. Sólo que... No pido demasiado.

—¿Qué es lo que pides?

—Que no me crees obstáculos —fue la respuesta.

—¿Obstáculos? —repuso Frieda—. ¿Qué obstáculos? Que cada cual pruebe fortuna..., ya te lo dije en el baile de las candelas.

—No —insistió la condesa—. No quiero compartir nada más. Ya he repartido bastante contigo... y siempre me ha tocado perder. Hay desigualdad; renuncia esta vez en favor mío.

—¿Cómo que desigualdad? En todo caso sería en ventaja tuya. Tú eres la más hermosa.

—Sí —replicó la condesa—, pero eso no importa nada. Tú eres la más lista. Yo he experimentado con frecuencia que esto es lo que vale en... en

estas cosas.

Frieda Gontram la tomó de la mano.

—Vamos, Olga —dijo halagándola—. Sé razonable. No estamos aquí por nuestros sentimientos. Oye; si yo logro cambiar la actitud de la muchacha, si salvo los millones de tu madre, ¿me dejarás obrar libremente? Vete al jardín y déjame a solas con ella.

Grandes lágrimas brotaron de los ojos de la condesa.

—No puedo —murmuró—. Déjame hablar con ella. Yo te dejo el dinero. Para ti no es más que un capricho.

Frieda suspiró profundamente, se echó en el diván y hundió las delgadas manos en los cojines de seda.

—¿Un capricho? ¿Crees tú que yo hago tantos aspavientos por un capricho? Temo que estoy en la misma situación que tú.

Los rasgos de su rostro parecía que se ponían rígidos, mientras sus claros ojos miraban con dureza al vacío. Olga la miró y de un salto corrió hasta ella y se arrodilló ante su amiga, que dejó caer la rubia cabeza. Sus manos se encontraron, sus cuerpos se unieron estrechamente; en silencio mezclaron sus lágrimas.

—¿Qué haremos? —preguntó la condesa.

—¡Renunciar! —fue la cortante respuesta—. ¡Renunciar! ¡Las dos! Pase lo que pase.

La condesa Olga asintió y se estrechó más aún contra su amiga.

—Levántate —murmuró ésta—. ¡Ahí viene!... Sécate las lágrimas... de prisa... Toma, toma mi pañuelo.

Olga obedeció y se colocó al otro lado. Pero Alraune ten Brinken había comprendido ya lo que pasaba.

Apareció por la amplia puerta, en tricots negros, como el príncipe alegre de *El murciélago*. Hizo una sobria inclinación y besó a las damas la mano.

—No llorar —dijo riendo—; nada de lágrimas, que enturbian los lindos ojitos.

Y palmoteando, llamó a un criado para que trajera *champagne*, y ella misma llenó las copas, que tendió a las damas, instándolas a beber.

—Ésta es la costumbre en mi casa —tarareó—, *chacun à son goût*.

Condujo a la condesa Olga a la *chaise-longue* y le acarició sus bien torneados brazos. Luego se sentó junto a Frieda Gontram y la obsequió con una larga mirada. Siempre en su papel. Ofrecíalas pasteles y *petits fours* y salpicó sus pañuelos con *Eau d'Espagne* que guardaba en un frasquito de oro.

De pronto comenzó:

—Es tan triste que yo no pueda ayudarlas a ustedes... Lo siento tanto...

Frieda Gontram se levantó y con bastante dificultad dijo:

—¿Y por qué no?

—No tengo ningún motivo —respondió Alraune—. Verdaderamente ninguno. No me gusta. Esto es todo. —Y volviéndose a la condesa—: ¿Cree usted que su mamá sufrirá mucho? —Y lo dijo recalcando el mucho, pero quedamente, con dulzura y crueldad al mismo tiempo. Como una golondrina en un vuelo de caza.

La condesa tembló bajo su mirada.

—¡Oh, no, no tanto! —Y repitió las palabras de Frieda—: Tiene todavía su *villa* de Bonn y el castillo del Rin. Además, las rentas de las viñas húngaras. Y yo cobro mi renta rusa, y...

Se detuvo, sin saber cómo seguir. Apenas tenía una idea de su situación ni del valor del dinero. Sólo sabía que con él se podía ir a magníficos almacenes y comprar sombreros y otras cosas bonitas. Para esto bastaría. Y hasta se disculpó: todo había sido idea de mamá. Que no se molestara la señorita ten Brinken; ella esperaba que aquel desagradable incidente no enturbiaría su amistad...

Y siguió charlando, sin pensar lo que decía, sin razón y sin sentido. No se apercibió de una severa mirada de su amiga y se acurrucó bajo el fulgor verde de los ojos de Alraune, como un conejillo al calor de un campo de coles.

Frieda Gontram se intranquilizó. Primero irritada por la inaudita necedad de su amiga; luego por su manera de comportarse, ridícula y de mal gusto. No hay mosca que vuele tan estúpidamente a pegarse en el papel. Por fin, cuanto más hablaba Olga, cuanto más se derretía bajo las miradas de Alraune la capa de nieve de sus sentimientos, despertó en Frieda

la sensación que precisamente se había esforzado en ahogar. Y sus miradas se fijaron, celosas, en la esbelta figura del príncipe Orłowski.

Alraune la notó.

—Muchas gracias, querida condesa —dijo—. Me tranquiliza extraordinariamente lo que me dice —y volviéndose a Frieda:

—Su padre me había contado tales historias de la ruina inevitable de la princesa...

Frieda buscó un asidero, hizo un esfuerzo por sobreponerse.

—Mi padre tenía razón —declaró con aspereza—. Claro que es inevitable la ruina. La princesa tendrá que vender el castillo...

—¡No importa! —dijo la condesa—. No vamos nunca a él.

—¡Cállate! —gritó Frieda. Sus ojos se turbaron y sintió que combatía por una causa perdida—. La princesa tendrá que despedir al servicio y no se acostumbrará sino con mucho trabajo a las nuevas circunstancias. Es dudoso que pueda conservar el automóvil; probablemente no.

—¡Oh, qué lástima! —susurró el negro príncipe.

—Tendrá que vender el coche y los caballos —prosiguió Frieda—, despedir a una gran parte de la servidumbre...

Alraune la interrumpió:

—Y usted, ¿qué piensa hacer, señorita Gontram? ¿Se quedará usted con la princesa?

Frieda vaciló ante aquella pregunta tan inesperada:

—Yo... —tartamudeó—. Yo... naturalmente...

Y la señorita ten Brinken, con su tono meloso:

—Porque yo me alegraría de poder ofrecerle mi casa. Estoy tan sola... Necesito compañía... ¿Se vendrá usted conmigo?

Frieda luchó, vaciló un momento:

—¿Con usted?

Pero Olga intervino:

—No, no. Tiene que quedarse con nosotros. No puede dejar sola a mi madre.

—Nunca he estado con tu madre —declaró Frieda—. Siempre he estado contigo.

—No importa —gritó la condesa—. Conmigo o con ella... ¡No quiero que te quedas aquí!

—¡Oh, perdón! —dijo burlonamente Alraune—. Yo creí que la señorita tenía una voluntad propia...

La condesa Olga se levantó, con toda su sangre agolpada en el rostro:

—¡No! —gritó—. ¡No, no!

—Yo no tomo a nadie que no venga por sí mismo —dijo Alraune riendo—. Ésta es la costumbre en mi casa. No insisto. Quédese usted con la princesa si le gusta más, señorita Gontram.

Se acercó a ella y tomó sus dos manos.

—Su hermano de usted fue un buen amigo mío —dijo lentamente—. Mi camarada de la niñez. Le he besado tantas veces...

Y vio cómo aquella mujer que casi le doblaba la edad, bajaba los ojos al sentir su mirada; sintió cómo se humedecían sus manos bajo el tacto ligero de sus dedos. Y bebió, apuró aquel triunfo.

—¿Quiere usted quedarse aquí? —murmuró.

Frieda Gontram respiraba con dificultad. Sin levantar la vista se acercó a la condesa.

—Perdóname, Olga —dijo—. Tengo que quedarme.

Y la amiga se arrojó sobre el sofá, hundió la cabeza en los almohadones, retorciéndose en histéricos sollozos.

—¡No! —gemía—. ¡No, no!

Y se irguió luego y alzó la mano como si quisiera golpear a la señorita y luego rió, con una carcajada estridente. Bajó corriendo las escaleras, sin sombrero, sin sombrilla. Así atravesó el patio hacia la calle.

—¡Olga! —le gritaba la amiga—. ¡Olga! ¡Escúchame! ¡Olga!

Pero la señorita ten Brinken dijo:

—Déjala. Ya se calmará —y su voz resonaba, altiva.

* * *

Fuera, en el jardín, bajo las lilas, desayunaba Frank Braun. Frieda Gontram le servía el té.

—Es sin duda ventajoso para la casa que esté usted aquí. Nunca se la ve a usted hacer nada, y, sin embargo, todo va como la seda. Los criados sienten una extraña animadversión contra mi prima y adoptan una resistencia pasiva. No tienen idea de los medios de lucha social, y, sin embargo, han llegado ya a una especie de sabotaje. Una abierta revolución hubiera estallado ya si no me quisieran a mí un poco. Ahora está usted en la casa y todo marcha. Mis cumplimientos, Frieda.

—Gracias —repuso ésta—. Me alegro de poder hacer algo por Alraune.

—Y en casa de la princesa la echarán a usted mucho de menos, ahora que anda allí todo manga por hombro desde que el Banco suspendió pagos. Tome, lea usted mi correo.

Y le tendió algunas cartas. Pero Frieda Gontram sacudió la cabeza.

—No —dijo—. No quiero leer ni saber nada de todo eso.

Él insistía:

—Debe usted enterarse, Frieda. Si no quiere usted leer las cartas yo le informaré brevemente de lo sucedido. A su amiga de usted la han encontrado...

—¿Vive? —murmuró Frieda.

—Sí, vive —contestó él—. Cuando salió de aquí anduvo vagando toda la noche y todo el día siguiente. Debíó recorrer el campo en dirección a la montaña. Luego se dirigió hacia el Rin. Unos barqueros la vieron a poca distancia de Remagen, la observaron y se mantuvieron cerca de ella porque su actitud les pareció sospechosa. Y cuando saltó desde la roca se acercaron, consiguiendo sacarla del agua a los pocos minutos. Esto ocurrió hacia el mediodía, hace ya cuatro días. A pesar de su resistencia, los barqueros la condujeron a la cárcel.

Frieda Gontram sostenía la cabeza entre las manos.

—¿A la cárcel? —preguntó muy queda.

—Naturalmente —respondió él—. Era evidente que hubiese repetido su intento de suicidio. Ella se resistió tenazmente a toda declaración. Había tirado su reloj, su portamonedas y hasta su pañuelo. Y sólo por la corona y las iniciales marcadas en su ropa no podía identificársela; sólo cuando su padre de usted ordenó las pesquisas legales, se puso en claro su personalidad.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó Frieda.

—En la ciudad. El consejero la llevó desde Remagen hasta la Casa de Salud del profesor Dalberg. Aquí está su informe. Temo que la condesa Olga tenga que permanecer allí mucho tiempo. Ayer tarde llegó la princesa. Usted, Frieda, debería visitar pronto a su pobre amiga. El profesor ha dicho que ahora está ya tranquila.

Frieda Gontram se levantó exclamando:

—¡No! ¡No! No puedo.

Y se marchó por el enarenado sendero bajo las lilas perfumadas.

Frank Braun se la quedó mirando. Su rostro parecía una máscara de mármol, como un destino grabado en la dura piedra. De pronto una sonrisa animó la fría carátula como un ligero rayo de sol a través de profundas sombras. Sus párpados se abrieron. Sus ojos buscaron por entre la avenida de hayas que conducía a la casa. Y oyó la clara risa de Alraune.

«Extraño es su poder —pensó Braun—. El tío Jakob tiene razón en las meditaciones contenidas en el infolio».

Él meditó. ¡Oh, sí! Era difícil librarse de ella. Ninguno sabía por qué, pero todos volaban hacia aquella llama devoradora. ¿Él también? ¿Él?

Era cierto. Había algo en todo aquello, que le incitaba. No comprendía exactamente cómo obraba, si sobre su sangre, sobre sus sentidos o sobre su cerebro; pero que obraba, lo sentía muy bien. No era verdad que se había quedado a causa de los asuntos, de todas aquellas causas y procesos. Ahora que la suerte del Banco de Mühlheim estaba decidida, podía arreglarlo todo fácilmente con ayuda de los abogados sin necesidad de quedarse.

Y allí estaba todavía, sin embargo. Descubrió que se engañaba a sí mismo; que creaba artificialmente nuevos motivos para aplazar su partida. Y creyó que su prima lo notaba; y hasta que era su tácita influencia la que le hacía obrar así.

«Mañana me marcho a casa» —pensó.

Pero otro pensamiento se apoderaba de él. ¿Por qué? ¿Tenía miedo? ¿Miedo de aquella tierna niña? ¿Se le contagiaban las locuras que su tío había escrito en el infolio?

¿Qué podía pasar? En el peor caso, una pequeña aventura. Seguro que no era la primera, ni probablemente la última. ¿No era él un digno

contrincante, quizá superior? ¿No había también cadáveres sobre el camino que había recorrido en la vida? ¿Por qué huir?

Él la había creado. Él: Frank Braun. Suya había sido la idea y la mano de su tío sólo un instrumento. Suyo era aquel ser, mucho más que del profesor.

Era joven entonces, espumeante como el mosto, lleno de extraños sueños y de fantasías que escalaban el cielo. Jugaba a la pelota con las estrellas. Y había cortado un fruto extraño de la selva sombría de lo incognoscible que atajaba su carrera desbocada. Y encontró a un buen jardinero y se lo dio. Y el jardinero hincó la semilla en la tierra, regó el germen, cuidó el tallo y esperó que el arbolito creciera.

Ahora estaba él de vuelta. Y el árbol lucía en flor. Era venenoso, seguramente. Su aliento hería al que reposaba debajo. Muchos murieron por su causa: muchos que caminaban recreándose con su perfume. También el sabio jardinero que lo cultivó.

Pero él no era el jardinero que amaba, sobre todo, su extraño árbol florido; ni tampoco era de aquellos que paseaban por el jardín al azar, sin consciencia. Él fue el que cortó el fruto y dio la semilla. Desde entonces había cabalgado muchos días por las salvajes selvas de lo incognoscible. Había vadeado los pantanos profundos y bochornosos de lo incomprensible. Mucho ardiente veneno había respirado su alma. Mucho hálito pestilente y mucho humo cruel de los incendios del pecado. ¡Ah! Dolía, atormentaba mucho, levantaba ampollas; pero no había conseguido derribarle. Y cabalgó de nuevo, sano, bajo el cielo. Y se sentía seguro, como bajo una azulada coraza de acero.

Seguro. Era inmune.

Le parecía un juego, no una lucha. Pero precisamente por ser un juego, debía irse, ¿verdad?

Si ella era sólo una muñequita, peligrosa para los otros, pero juguete inofensivo entre sus fuertes puños, la aventura tendría muy poco interés. Sólo cuando se tratara de una verdadera lucha con armas iguales, sólo entonces valdría la pena.

¡Mentira!, volvía a pensar. ¿A quién le iba él ahora con todas aquellas cualidades heroicas? ¿No había saboreado él también victorias harto

conocidas de antemano? ¿Episodios?... No era de otra manera de como había sido siempre. ¿Podían conocerse nunca las fuerzas del contrario? ¿No era la picadura de la avispa venenosa de mucho más peligro que las fauces del caimán, abiertas frente a su carabina bien empuñada?

Y no encontraba salida. Y giraba siempre, volviendo al mismo punto: ¡Quédate!

—Buenos días, primo —saludó, riendo, Alraune ten Brinken.

Venía con Frieda Gontram.

—Buenos días —respondió él con brevedad—. Lee esas cartas. No estaría mal que pensaras un poco en todo lo que has hecho. Sería tiempo de que te dejaras de locuras y que pensaras en hacer algo razonable que valiera le pena.

Ella le miró retadora.

—¿Sí? ¿Y qué piensas tú que valdría la pena? —dijo alargando cada palabra.

Él no respondió, pues en aquel momento no hallaba respuesta. Se levantó, se encogió de hombros y salió al jardín. A sus espaldas sonó una carcajada.

—¿De mal humor, señor tutor?

* * *

Por la tarde estaba él sentado en la biblioteca y ante él se abrían algunas de las actas que el abogado Manasse le había enviado el día anterior. Pero no las leía. Y con la mirada fija al frente, fumaba con apresuramiento un cigarrillo tras otro.

Abrió luego el cajón de la mesa y extrajo de él el infolio del consejero, en el que leyó despacio y con atención, meditando sobre cada pequeña peripecia. Llamaron y el *chauffeur* se precipitó dentro.

—¡Señor doctor! —dijo—. Ahí está la princesa Wolkonski. Está muy excitada; desde el coche daba ya gritos llamando a la señorita. Pero pensamos que sería mejor que usted la recibiera primero y por eso la trae Aloys aquí.

—Está bien —dijo él.

Y levantándose, salió a recibir a la princesa, que se arrastró fatigosamente a través de la estrecha puerta, en la penumbra de la sala, cuyas verdes persianas apenas dejaban entrar el sol.

—¿Dónde está? —jadeaba—. ¿Dónde está?

Él le tendió la mano y la llevó al diván.

La princesa le reconoció; le llamó por su nombre, pero sin dejarse extraviar en una conversación.

—Busco a la señorita Alraune —gritaba—. Mándela usted llamar.

Y no se calmó hasta que llamó al criado y le dio orden de anunciar a la señorita la llegada de la princesa. Sólo entonces le prestó atención.

Él le preguntó por el estado de su hija, y ella, en un formidable torrente de palabras, le refirió cómo la había encontrado. Ni siquiera había reconocido a su madre. Se había quedado junto a la ventana, tranquila y apática, mirando al jardín. Estaba en la antigua clínica del consejero — ¡aquel estafador!—, que el profesor Dalberg había transformado en clínica de enfermedades nerviosas; la misma casa en que esa...

Él la interrumpió, cortando aquella catarata de palabras. Tomó rápidamente su mano, se inclinó sobre ella y miró con fingido interés sus sortijas.

—Perdone Vuestra Alteza —dijo—. ¿De dónde procede esta maravillosa esmeralda? Es una verdadera pieza de gabinete.

—Es un botón de la gorra de magnate de mi primer marido —respondió ella—. Una alhaja de familia.

Y se dispuso a seguir hablando. Pero él se interpuso:

—Es una piedra de una limpieza extraordinaria —aseveró—. Y de raro tamaño. Una semejante sólo la he visto en el establo del Maharacha de Rolinkore; se la había hecho poner a su caballo favorito como ojo derecho. Como ojo izquierdo llevaba un rubí birmano que no era más pequeño.

Y refirió la manía de los príncipes indios de hacer sacar los ojos a sus caballos predilectos y sustituirlos por ojos de cristal o por grandes *cabochons*.

—Parece una crueldad —dijo—; pero yo le aseguro a Su Alteza que el efecto es extraordinario cuando se ve un magnífico animal con inmóviles ojos de alejandrita o de zafiro.

Y habló de piedras preciosas. Recordó de sus tiempos de estudiante que ella entendía algo de piedras preciosas y que en el fondo esto era lo único que le interesaba. Ella le respondía, primero aprisa y entrecortadamente, tranquilizándose luego por momentos. Y se sacó las sortijas y se las fue mostrando una por una, refiriéndole cada vez una pequeña historia. Él asentía, fingiendo estar muy interesado. «Ya puede bajar la prima — pensaba—. Pasó la primera tempestad».

Pero se equivocaba. Alraune entró abriendo la puerta sin ruido. Anduvo de puntillas sobre la alfombra y vino a sentarse en un sillón junto a ellos.

—Me alegro tanto de ver a Su Alteza —dijo con su tono meloso.

La princesa gritó y tuvo que tomar aliento. Se santiguó una vez y luego otra, a la manera ortodoxa.

—¡Ahí está! —gemía—. ¡Ahí está!

—Sí —dijo Alraune riendo—; real y verdadera.

Y se levantó, tendió la mano a la princesa:

—Lo siento mucho —dijo—. Mi sincero pésame, Alteza.

La princesa no le tomó la mano. Durante un minuto quedó sin habla, jadeó, luchando por recobrase. Por fin lo consiguió.

—No necesito tu pésame —gritó—. Tengo que hablar contigo.

Y Alraune se sentó e hizo una ligera seña con la mano.

—Hable, Alteza.

Y la princesa comenzó: ¿Sabía Alraune que ella había perdido su fortuna a causa de las manipulaciones de Su Excelencia? ¡Naturalmente que lo sabía! Todos los interesados le habían expuesto detalladamente lo que tenía que hacer. Y ella se había negado a cumplir con su obligación. ¿Sabía Alraune lo que le había pasado a su hija? Contó cómo la había encontrado en la Casa de Salud y cuál era la opinión de los médicos. Cada momento se excitaba más. Su voz se hacía más alta y estridente.

Alraune declaró con tranquilidad que sabía todo exactamente.

La princesa le preguntó qué pensaba hacer. ¿Era su intención seguir las sucias huellas de su padre?

¡Oh! Él había sido un buen granuja. Ni en una novela se encontraba un tipo semejante de canalla redomado. Ya tenía su merecido.

Y se detuvo en la persona de Su Excelencia y dijo a gritos todo cuanto le venía a la lengua. Suponía que el súbito ataque de Olga era debido al fracaso de su misión tanto como a que Alraune le había quitado aquella amiga de tantos años. Y creía que si Alraune quería ayudarla, no sólo se salvaría su fortuna, sino también su hija, al saber la noticia.

—No pido —gritaba—. Exijo. Exijo mi derecho. Tú, mi propia ahijada, y tu padre, habéis obrado mal conmigo. Enmendadlo en cuanto sea posible. Es una vergüenza que tenga yo que decírtelo. Pero tú no lo quieres de otra manera.

—¿Qué tengo yo que salvar? —dijo Alraune en voz baja—. Por lo que sé, el Banco ha quebrado hace ya tres días. Su dinero ha volado, Alteza.

Lo dijo en un tono que se oía como un viento que hiciera volar los billetes de banco en todas direcciones.

—No importa —declaró la princesa—. Gontram me ha dicho que no llegaba a doce millones de dinero mío que tu padre había invertido en ese miserable Banco. Lo que tienes que hacer sencillamente es dármelos de tu dinero. Para ti, eso no es nada; ya lo sé.

—¡Ah! —dijo Alraune—. ¿Ordena alguna otra cosa Su Alteza?

—Ciertamente —gritó la princesa—. Le dirás a la señorita Gontram que abandone inmediatamente tu casa. Partirá conmigo inmediatamente a donde está mi hija. Yo me espero de su presencia, y especialmente de la noticia de que la cuestión del dinero está arreglada, un buen efecto sobre la condesa. Quizá una súbita curación. No le haré a la señorita Gontram ningún reproche sobre su ingrata conducta. Y también renuncio a calificar tu proceder. Pero deseo que el asunto se arregle en seguida.

Y calló, para tomar aliento después del esfuerzo que suponía aquel largo discurso. Tomó su pañuelo y se abanicó, enjugando las gruesas gotas de sudor que perlaban su rojo rostro.

Alraune se incorporó un poco e hizo una ligera inclinación.

—Su Alteza es muy bondadosa —dijo melosamente.

Y calló. La princesa esperó un momento. Luego dijo:

—¿Y bien?

—¿Y bien? —le devolvió Alraune en el mismo tono de voz.

—Espero... —gritó la princesa.

—Yo también —dijo Alraune.

La princesa se agitó en el diván, cuyos viejos muelles se aplastaban bajo su corpulencia. Apretada en su enorme corsé, que imprimía cierta forma a sus masas de carne, era pesada y torpe de movimientos. Su respiración era trabajosa, y pasaba involuntariamente la lengua por sus labios.

—¿Mando que le traigan un vaso de agua, Alteza? —gorjeó Alraune.

Ella hizo como si no lo oyera.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó solemne.

Y Alraune, con una gran sencillez:

—Nada absolutamente.

La vieja princesa se la quedó mirando con sus redondos ojos de vaca como si no entendiera lo que aquella chiquilla decía. Pesadamente se levantó, dio dos pasos y miró en derredor como si buscara algo.

Frank Braun se levantó y tomó una botella de agua de la mesa, escanció un vaso y se lo tendió.

La princesa bebió ávidamente.

Alraune también se había levantado.

—Le ruego que me disculpe. Alteza —dijo—. Saludaré a la señorita Gontram en su nombre.

La princesa se precipitó sobre ella, hirviendo, casi a punto de estallar de cólera.

«Ahora explota» —pensaba Frank Braun.

Pero la princesa no encontró palabras; buscó inútilmente cómo comenzar.

—Dile... —jadeó—. Dile que no se me ponga nunca delante. Es una mujerzuela... no mejor que tú.

Y pateó con sus pesados pasos por la sala, bufando, sudando, sacudiendo en el aire sus gruesos brazos. Su mirada cayó en el cajón abierto y vio aquel collar que una vez regalara a su ahijada. Cadenas de oro con brillantes y lazos de gruesas perlas ciñendo el rojo rizo de la madre. Un rayo de triunfante odio corrió por su rostro congestionado. Rápidamente extrajo del cajón el collar:

—¿Conoces esto? —gritó.

—No —dijo Alraune tranquila—. No lo he visto nunca.

La princesa se acercó a ella.

—De modo que el sinvergüenza del consejero te lo había callado. Una acción típica suya. Es el regalo que te hice cuando te bautizaron, Alraune.

—Gracias —dijo ésta—. Las perlas parecen muy bonitas y las piedras también, si son verdaderas.

—Son verdaderas —gritó la princesa—. Tan verdaderas como los cabellos que yo corté a tu madre.

Y arrojó el collar sobre la falda de Alraune.

Ésta tomó el extraño aderezo y lo examinó sopesándolo.

—¿De mi madre? —dijo con lentitud—. Según parece, mi madre tenía cabellos muy hermosos.

La princesa se le puso delante, en jarras, segura de su causa, como una lavandera.

—Muy hermosos cabellos —decía riendo—. Muy hermosos. Tan hermosos que todos los hombres corrían tras ella; y hasta le pagaban un tálero entero por poder dormir una noche junto a esos hermosos cabellos.

Alraune dio un salto y por un momento la sangre se retiró de su rostro. Pero en seguida volvió a sonreír y dijo, tranquila y burlona:

—Su Alteza envejece y chochea.

Ya no había retirada posible para la princesa. Y rompió, ordinaria, infinitamente desvergonzada, como una celestina borracha. Gritó, aulló, vertiendo sus obscenas palabras como un orinal. Una ramera había sido la madre de Alraune; y de la peor especie, se había vendido por unos marcos. Y su padre, un miserable asesino, Noerrissen de nombre, lo sabía bien. Por dinero había comprado el profesor a la ramera para utilizarla en sus malvados experimentos. Y la fecundó con la simiente del ajusticiado. Ella, ella misma había estado presente cuando salpicaron a la madre con aquella porquería. Y el fruto pestilente era ella: Alraune, hija de un asesino y de una ramera.

Fue su venganza. Salió triunfante con paso ligero, henchida con el orgullo de su triunfo, que le rejuvenecía diez años. Salió dando un portazo.

La amplia biblioteca quedó en silencio.

Alraune quedó sentada en su sillón, silenciosa y un poco pálida. Sus manos jugueteaban con el collar y sus labios tenían un ligero temblor. Por

fin se levantó murmurando:

—Tonterías.

Dio unos pasos, meditó y se acercó a su primo.

—¿Es verdad, Frank Braun? —preguntó.

Él vaciló un momento, se levantó luego y dijo:

—Creo que es verdad.

Y acercándose a la mesa tomó el infolio y se lo tendió.

—Lee esto —dijo.

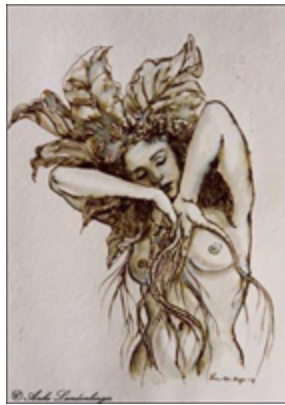
Ella no pronunció palabra y se volvió para salir.

—Llévate esto también —le gritó él.

Y le tendió el cubilete y los dados, hechos con el cráneo de su madre y los huesos de su padre.

CAPÍTULO XIV

Que habla de cómo Frank Braun jugaba con fuego y de cómo despertó Alraune



Aquella tarde no bajó Alraune a comer y mandó a Frieda Gontram que le subiera un poco de té y algunos pasteles. Frank Braun aguardó un rato con la esperanza de que quizá bajase más tarde. Entonces fue a la biblioteca y de mala gana puso unas actas encima de la mesa. Pero como no pudo ensimismarse en su lectura, las volvió a cerrar y se resolvió a ir a la ciudad. Antes había extraído del cajón los últimos recuerdos: el pedazo de cuerda, la tarjeta agujereada con la hoja de trébol y, finalmente, la raíz de mandrágora. Lo empaquetó todo, selló el paquete y mandó que se lo subieran a la señorita, sin incluirle ni una letra; ya encontraría todas las aclaraciones en el infolio que llevaba sus iniciales en la portada.

Llamó al chófer y partió para la ciudad. Como ya esperaba, encontró a Manasse en la pequeña bodega de la plaza de la Catedral. Con él estaba Stanislaus Schacht. Se sentó con ellos y conversaron. Braun y el abogado se

enzarzaron en la discusión de algunas cuestiones jurídicas, los pros y los contras de este y aquel proceso. Convinieron en abandonar al consejero Gontram algunos casos dudosos para que los condujera a un convenio aceptable; respecto a otros, Manasse creía poder obtener un triunfo decisivo. En cuanto a algunas causas Frank Braun propuso reconocer la razón de la parte contraria, pero Manasse le contradijo.

—No reconocer nunca nada. Aun cuando lo solicitado por el contrario esté tan claro como el sol y sea cien veces más justo.

Manasse, era el más recto y honrado abogado de la Audiencia. Siempre les decía a sus clientes la verdad, cara a cara. En la barra podía callar, pero no mentía nunca. Y, sin embargo, era bastante jurista para animar un odio mortal contra todo reconocimiento de parte.

—Pero así no conseguimos sino aumentar las costas —oponía Frank Braun.

—No importa —gritaba el abogado—. ¿Qué importa esto a nuestro objeto? Y le digo a usted que nunca puede saberse... Siempre quedan posibilidades...

—¿Una posibilidad jurídica? Tal vez... —respondió Frank Braun.

Y calló. Para el abogado no había otra cosa. El Tribunal decidía en derecho, y por consiguiente era derecho lo que él decidía, aun cuando hoy, dijera una cosa y meses después, en suprema instancia, otra distinta. De todos modos, era el Tribunal el que emitía el fallo decisivo y no la parte. Dar la razón al contrario era emitir por sí mismo el fallo, anticiparse al Tribunal. Manasse era abogado, era parcial. Y del mismo modo que deseaba un juez imparcial, era un horror para él verse obligado a fallar en pro o en contra de la parte representada.

Frank Braun sonreía.

—Como usted quiera —dijo.

Y habló con Stanislaus Schacht, que le refirió cosas de su amigo el doctor Mohnen y de todos los que en la ciudad vivían cuando Braun estudiaba allí.

Sí, Joseph Theyssen era hacía tiempo consejero de Gobierno; y Klingelhöffer era profesor en Halle y pronto vendría a ocupar la cátedra de Anatomía de la Universidad.

—Y Fritz Langen, y Bastian, y...

Frank Braun le oía, hojeaba aquel viviente almanaque Gotha de la Universidad que conocía todas las filiaciones.

—¿Sigue usted matriculado? —preguntó.

Stanislaus calló, un poco molesto. Pero el abogado gritó:

—¿Cómo? ¿Pues no sabe usted...? Ya hizo su doctorado hace cinco años.

¡Cinco años! Frank Braun calculó. Debía haber ocurrido después de terminado el 45º, no, el 46º semestre.

—De manera que... por fin —dijo.

Y levantándose, le tendió la mano, que el otro sacudió con fuerza.

—Permítame que le dé la enhorabuena, señor doctor —prosiguió—. Pero permítame también que le pregunte: ¿a qué se dedica usted ahora?

—¡Si él lo supiera!... —exclamó el abogado.

Entonces vino el capellán Schröder y Frank Braun le salió al encuentro para saludarlo.

—¿Otra vez por aquí? —dijo el ensotinado—. Esto hay que celebrarlo.

—Yo convido —declaró Stanislaus Schacht—. Hay que brindar por mi birrete doctoral.

—Y por mi nueva dignidad de vicario —dijo riendo el eclesiástico—. De modo que repartámonos el honor si le parece, doctor Schacht.

Convinieron en ello y el anciano vicario encargó un vino de Scharhofberg, del 93, que la bodega había adquirido por mediación suya.

Probó el vino, sacudió la cabeza complacido y chocó su copa con la de Frank Braun.

—A usted le va bien —dijo—; correteando por mares y tierras, según se lee en los periódicos. Nosotros tenemos que quedarnos en casita y consolarnos con que en el Mosela haya siempre buen vino. Esta marca no la encuentra usted en otra parte.

—La marca, sí —respondió Braun—. Pero no el vino. ¿Y en qué se ocupa Su Ilustrísima?

—¿En qué he de ocuparme? —repuso el eclesiástico—. Siempre fastidiado. Nuestro viejo Rin se hace cada vez más prusiano. Así que escribo por entretenimiento payasadas para Tünnes y los Bestevader, para

los Schäl y los Speumanes y los Marizzebill. Ya he saqueado todo Plauto y Terencio para el teatro de marionetas de Peter Millowitsch en Colonia. Ahora estoy con Holberg. Imagínese usted; ese tío —ahora se llama «Señor Director»— me paga hasta honorarios: otra invención prusiana.

—Alégrese usted —carraspeó el abogado.

Y volviéndose a Frank Braun:

—Ha publicado también un trabajo sobre Jamblico, y le digo a usted que es un libro extraordinario.

—No vale la pena —exclamó el viejo vicario—. Sólo es un pequeño ensayo...

Stanislaus Schacht le interrumpió:

—¡Vamos! ¡Quite usted! Su trabajo es fundamental para el estudio de toda la esencia de la escuela alejandrina. Su hipótesis sobre la doctrina de la emanación en los neoplatónicos...

Y comenzó a disertar, como un obispo discutidor en un concilio, exponiendo de paso algunas dudas acá y allá; dijo que no era exacto que el autor se basara absolutamente en los tres principios cósmicos, aun cuando era verdad que quizá había podido conseguir así comprender el espíritu de Porfirio y de sus discípulos.

Manasse intervino y, por último, también el vicario. Y discutiendo como si nada hubiera en el mundo tan importante como aquel extraño monismo de los alejandrinos, que en el fondo no era otra cosa que la destrucción mística del yo por medio del éxtasis, el ascetismo y la teurgia.

Frank Braun escuchaba en silencio.

—Ésta es Alemania —pensaba—. Éste es mi país.

Y recordó que hacía un año había estado en un bar en Melbourne o en Sidney con tres personas: un juez, un obispo y un célebre médico; y que los tres habían disputado con no menos calor. Sólo que entonces se trataba de quién era el mejor boxeador: Jimmy Walsh, de Tasmania, o el esbelto Fred Costa, el campeón de Nueva Gales del Sur. Aquí, en cambio, se reunían un pequeño abogado que nunca acababa de ser nombrado consejero, un eclesiástico que escribía farsas absurdas para el guiñol y nunca conseguía una parroquia y el eterno estudiante Stanislaus Schacht, que a los cuarenta años había terminado felizmente su doctorado y no sabía ahora a qué

dedicarse. Y esos tres pobres diablos hablaban de los temas más sabios, más extraños a su profesión, más inactuales, con la misma ligereza, con la misma precisión con que los señores de Melbourne hablaban del boxeo. ¡Oh, se podría cribar toda América, toda Australia y nueve décimas partes de Europa sin encontrar tal cantidad de ciencia!

—Y, sin embargo, está muerta —suspiró Braun—. Muerta hace mucho tiempo y huele a putrefacción. Sólo que estos señores no lo notan.

Y preguntó al vicario qué tal le iba a su ahijado, el joven Gontram.

El abogado se interrumpió en el acto:

—Sí, cuente usted, padre. Precisamente para eso he venido.

El vicario se desabotonó la sotana, sacó su cartera y de ella una carta.

—Léala usted mismo —dijo—. Muy consoladora no es.

Frank Braun lanzó una rápida mirada al sello.

—¿De Davos? —preguntó—. Ésa es la herencia de su madre.

—Por desgracia —suspiró el anciano eclesiástico—. Joseph era un muchacho tan fresco y tan bueno. La verdad es que no había nacido para clérigo. Aunque yo mismo visto sotana, le hubiera hecho estudiar para otra cosa, si no le hubiera prometido a su madre en el lecho de muerte lo que prometí. Por otra parte, él hubiese seguido su propio camino, como yo... Hizo su doctorado con gran brillantez y yo recibí todas las dispensaciones del arzobispo, que le quiere mucho. Me ha ayudado muy bien en mi trabajo sobre Jamblico y hubiera podido llegar a ser algo. Sólo que, por desgracia...

Se detuvo y apuró su copa lentamente.

—¿Sobrevino tan de pronto, padre?... —preguntó Frank Braun.

—Así puede decirse —respondió el clérigo—. La primera causa fue sin duda la impresión de la muerte de su hermano Wolf. Tenía que haber visto usted a Josef en el cementerio. No se apartó un momento de mi lado mientras pronunciaba mi breve discurso, estaba con la vista fija en una gran corona de rosas rojas puestas sobre el féretro. Se mantuvo firme mientras duró la ceremonia, pero luego se sintió tan débil que Schacht y yo tuvimos que llevarlo literalmente en brazos. Ya en el coche se sintió mejor, pero al llegar a casa volvió otra vez a sentirse apático y lo único que pude sacarle en toda la noche fue que él era el último de los hijos de Gontram y que

ahora le tocaba la vez. Ya no salió de su apatía, convencido de que sus días estaban contados, aun cuando los profesores que lo reconocieron al principio me dieron muy buenas esperanzas. Luego la enfermedad se aceleró y de día en día se apreciaba su avance. Le mandamos a Davos, pero parece que el fin no está lejos.

Calló y gruesas lágrimas brillaron en sus ojos.

—La madre era más dura —dijo Manasse—. Durante seis años se estuvo riendo de la muerte.

—Dios conceda a su alma paz eterna —dijo el vicario llenando las copas—. Bebamos en silencio un sorbo a su memoria.

Y levantaron los vasos y los apuraron.

—Pronto se va a quedar el consejero completamente solo —dijo el doctor Schacht—. Sólo su hija Frieda parece completamente sana. El único de sus hijos que le sobrevivirá.

El abogado carraspeó:

—¿Frieda? No. No lo creo.

—¿Por qué no? —murmuró Frank Braun.

—Porque... porque... —comenzó—. ¡Bah! ¿Por qué no decirlo?

Y miró a su interlocutor, incisivo, rabioso, como si fuera a saltarle al cuello.

—¿Quiere usted saber por qué Frieda no llegará a vieja? Porque está completamente en las garras de aquella maldita bruja. Por eso. Ya lo sabe usted.

—¡Bruja! —pensó Frank Braun—. La llama bruja lo mismo que el tío Jakob en su infolio.

—¿Qué quiere usted decir, señor Manasse? —preguntó.

Y Manasse aulló:

—Eso, lo que digo... El que se acerca mucho a la señorita ten Brinken se queda pegado como la mosca en la miel y se ahoga sin que le valga patalear. Tenga usted cuidado, señor doctor... Llamar la atención de alguien es una tarea bastante ingrata... Ya lo hice una vez, sin éxito... Con Wolf Gontram. Ahora le toca a usted... Huya usted mientras tenga tiempo todavía. ¿Qué hace usted aquí? Parece como si estuviera usted ya relamiéndose a la vista de la miel.

Frank Braun rio, pero su risa resultó algo forzada.

—No debe usted inquietarse por mi causa —exclamó, sin conseguir convencer a su interlocutor ni convencerse a sí mismo.

Y siguieron bebiendo. Bebieron por el birrete doctoral de Schacht, por la nueva dignidad del eclesiástico, por la prosperidad del doctor Mohnen, del que nadie había oído palabra desde que abandonó la ciudad. «Ha desaparecido» —dijo Stanislaus Schacht, y se puso sentimental y cantó pasionales canciones.

Frank Braun se despidió. Como antaño, marchó a pie hasta Lendenich, entre los perfumados árboles primaverales.

* * *

Al pasar por el patio vio luz en la biblioteca. Entró. Alraune estaba sentada en el diván.

—¿Tú aquí, primita? ¿Tan tarde?

Ella no respondió. Con un gesto le invitó a que tomara asiento. Él lo hizo, frente a ella, y esperó, sin instarla a hablar, aunque seguía silenciosa.

Por fin dijo ella:

—Tengo que hablar contigo.

Él asintió. Alraune callaba de nuevo.

Y Frank Braun comenzó:

—¿Has leído el manuscrito?

—Sí —dijo. Y respirando profundamente se le quedó mirando—. ¿De manera que yo soy... una broma que se te ocurrió una vez a ti?

—¿Una broma? Un pensamiento, si te parece —opuso él.

—Bueno, un pensamiento. ¿Qué importa la palabra? ¿Qué es una broma sino un pensamiento alegre? Y creo que este tuyo fue bastante chistoso —y se echó a reír—. Pero no te esperaba por eso, era otra cosa lo que quería saber. ¿Crees tú...?

—¿Qué es lo que tengo que creer? ¿Que es verdad lo que refiere el manuscrito? Sí, lo creo.

Ella sacudió la cabeza con impaciencia.

—Si no digo eso... Claro que es verdad; ¿para qué iba a mentir el consejero en ese libro? Quiero saber si tú también crees, como mi... mi..., bueno, como tu tío, que yo soy un ser distinto de los otros hombres..., que soy lo que mi nombre significa.

—¿Cómo responder a esa pregunta? Pregúntale a un fisiólogo y te responderá seguramente que tú eres un ser humano como los demás que pueblan el mundo, aun cuando... aun cuando tu origen tenga algo de extraordinario. Añadirá que todo lo sucedido son casualidades, cosas accesorias que...

—Eso no me importa —interrumpió ella—. Esas cosas accesorias fueron para tu tío lo principal. En el fondo, es indiferente que lo fueran o no. Lo que te pregunto es: ¿Compartes tú esa opinión? ¿Crees que yo soy un ser extraordinario?

Braun calló no sabiendo qué contestar, buscando una respuesta. Lo creía... y no lo creía.

—Pues mira —comenzó por fin.

—Habla —instaba ella—. ¿Crees tú que yo soy un chiste desvergonzado que se encarnó en una forma? ¿Un pensamiento tuyo que el consejero echó en su crisol, coció y destiló hasta obtener lo que tienes ante ti?

Esta vez Braun se había repuesto.

—Planteada la pregunta así... Sí, lo creo.

Ella reía.

—Me lo figuraba. Y por eso te he esperado esta noche, para curarte de ese orgullo, si es posible. No, primo, no fuiste tú el que arrojó al mundo ese pensamiento... Tampoco el consejero.

Él no comprendía.

—¿Quién lo hizo entonces?

Alraune metió la mano entre los almohadones.

—¡Éste! —exclamó. Y arrojó al aire la raíz de mandrágora, que recogió de nuevo, acariciándola con nerviosos dedos.

—¿Éste? ¿Por qué éste?

Ella repuso:

—¿Me concebiste antes del día en que Gontram celebró la primera comunión de su hija?

—No. Seguro que no.

—Entonces fue cuando saltó *éste* de la pared... y nació en ti el pensamiento. ¿No es así?

—Sí —confirmó Braun—, así fue.

—Pues bien —prosiguió ella—; ese pensamiento vino a ti de fuera, no sé de dónde. Cuando el abogado Manasse dio su conferencia, charlando como un sabio mamotreto, y os expuso lo que era y lo que significaba la mandrágora... entonces surgió la idea en tu cerebro. Y creció y se hizo fuerte, tan fuerte que encontraste fuerzas para sugerírsela a tu tío, para determinarle a realizarla, creándome. Si es cierto que yo soy un pensamiento que tomó en el mundo forma humana, tú no eres sino un intermediario, un instrumento... ni más ni menos que el consejero y su ayudante, ni más ni menos que... —se detuvo, guardó silencio.

Pero sólo un instante. Luego prosiguió:

—... la prostituta Alma y el asesino que ayuntasteis vosotros, vosotros y la muerte.

Puso la mandrágora sobre un cojín de seda y la contempló con una mirada profunda.

—Tú eres mi padre, tú eres mi madre, tú eres el que me creó.

Frank Braun la miraba.

«Quizá sea realmente así —pensó—; los pensamientos revolotean por los aires en un torbellino, como el polen de las flores, y juegan hasta hundirse en el cerebro de un hombre. Muchas veces se marchitan en él, se secan y mueren... ¡oh, muy pocos encuentran un suelo fértil!... Quizá tiene razón —pensaba—; mi cerebro fue siempre un campo abonado para todas las plantas de la locura y de la fantasía descabellada». Y le pareció indiferente que él hubiera arrojado al mundo aquel pensamiento o que hubiera sido más bien la tierra fecunda la que le dio abrigo.

Pero calló y dejó a Alraune con sus pensamientos, mirándola como a una niña que juega con sus muñecas.

Alraune se irguió lentamente, sin dejar de la mano al feo hombrecillo.

—Una cosa quiero decirte —dijo con voz queda— en agradecimiento por haberme dado el manuscrito en lugar de quemarlo.

—¿Qué? —preguntó él.

Ella se interrumpió:

—¿Quieres que te bese? Yo sé besar...

—¿Eso querías decirme, Alraune?

Ella repuso:

—No. No es esto. Pensaba que también podría besarte alguna vez. Entonces..., pero primero te diré lo que quería decirte: márchate.

Él se mordió los labios.

—¿Por qué?

—Porque... porque es mejor. Para ti y quizá también para mí. Pero esto no importa. Ya sé lo que pasa; ya estoy instruida. Y pienso en lo que hasta aquí ha pasado y seguirá pasando; ya no iré más a ciegas; ahora lo veo todo claro y sé que ahora te tocaría a ti la vez. Por eso es mejor que te vayas.

—¿Estás tan segura de ti misma? —preguntó él.

Y ella dijo:

—¿No debo estarlo?

Braun se encogió de hombros.

—¿Quizá? No sé. Pero dime: ¿por qué quieres respetarme?

—Me gustas —dijo ella con recogimiento—. Tú has sido bueno conmigo.

Él se rió.

—¿No lo fueron los otros?

—Sí. Todos lo han sido; pero yo no lo sentía así. Y todos, todos me amaban, y tú no; todavía no.

Fue hacia el escritorio, tomó una postal y se la dio.

—Aquí tienes una tarjeta de tu madre. Vino esta tarde con el correo y el criado me la dio a mí equivocadamente. La he leído: tu madre está enferma y te ruega tanto que vayas... ¡Ella también!

Tomó la postal con la mirada perdida, indeciso. Sabía que ambas tenían razón; sentía que era una locura quedarse; y una terquedad infantil se apoderó de él y le gritó: «no, no».

—¿Te marcharás? —preguntó ella.

Braun se dominó y con voz firme dijo:

—Sí, prima.

Y la miró con atención, estudiando cada rasgo de su rostro. Una ligera palpitación de las comisuras de su boca, un ligero suspiro, hubiesen bastado; algo que manifestara en ella pesar. Pero Alraune permaneció tranquila y seria, y ningún soplo animó su rígida máscara.

Braun se sintió irritado, herido. Aquello le pareció una ofensa. Apretó con fuerza los labios.

«Así no —pensaba—; así no me voy...»

Alraune se le acercó tendiéndole la mano.

—Bueno —dijo—, entonces me voy. Si quieres, te besaré como despedida.

Una rápida llama flameó en los ojos de Frank.

—¡No lo hagas, Alraune! ¡No lo hagas!

Y su voz tenía la misma cadencia que la de ella, quien levantó la cabeza preguntando rápida:

—¿Por qué no?

Otra vez se sirvió él de sus palabras, aunque ahora lo hacía intencionadamente.

—Me gustas —dijo—. Has sido buena conmigo. Hoy... Mi boca ha besado muchos labios rojos que tornó pálidos; y ahora... ahora te tocaría a ti; por eso es mejor que no me beses.

Estaban frente a frente y sus ojos brillaban duros como el acero. En los labios de él jugueteaba una sonrisa imperceptible y era como si blandiese un arma aguda y brillante. Ahora debía elegir. El *no* de Alraune sería el triunfo de él y la derrota de ella. Un *sí* querría decir *lucha*.

Así lo sentía ella, tan bien como él. Sería como la primera noche; exactamente lo mismo. Sólo que entonces se trataba de un comienzo, de un primer paso, con la esperanza de otros muchos en el curso del duelo. Ahora era el final.

Él fue quien arrojó el guante. Alraune lo levantó.

—No tengo miedo —dijo.

Él calló, y la sonrisa murió en sus labios. Ahora se puso serio, y dijo:

—Ten cuidado. Yo también te besaré.

Ella sostuvo su mirada.

—Sí —dijo.

Luego, sonriendo:

—Siéntate; eres demasiado alto para mí.

—No —gritó él—. Así no.

Y fue hacia el amplio diván, se extendió sobre él, recostando la cabeza en los almohadones. Tendió los brazos hacia ambos lados y cerró los ojos.

—Ven ahora, Alraune.

Ella se acercó, arrodillándose junto a su cabeza. Vacilando, lo contempló un momento. De pronto, se arrojó sobre él, tomó su cabeza y apretó sus labios contra los de Frank.

Él no la abrazó. No movió los brazos; pero sus dedos se cerraron convulsos. Sentía el tacto de su lengua y el ligero mordisco de sus dientes.

—Sigue besándome —murmuraba—, bésame más.

Ante sus ojos flotaba una niebla roja. Veía la odiosa sonrisa del consejero, veía los grandes y extraños ojos de la señora Gontram, que pedía al pequeño Manasse que le explicara el significado de la mandrágora. Percibía la risa contenida de las dos jóvenes, Olga y Frieda, y la hermosa y un tanto cascada voz de madame de Vère, que cantaba *Les Papillons*. Veía al pequeño teniente de Húsares, que escuchaba con atención al abogado, y a Karl Mohnen, que secaba la raíz con una gran servilleta.

—Bésame más —murmuraba.

Y veía a Alma, la madre de ella, con los cabellos rojos como un incendio, los senos blancos como la nieve, surcados por leves venillas azules. Y la ejecución del padre de Alraune, tal como el tío Jakob la había descrito en su libro, según el testimonio de la princesa.

Y veía la hora en que la creó el viejo y aquella otra en que el médico la hizo salir al mundo.

—¡Bésame! —imploraba—. ¡Bésame!

Y bebía sus besos, la sangre ardiente de sus propios labios, que desgarraban los dientes de ella, embriagándose, consciente y voluntario, como con un vino espumoso o con los venenos que había traído del Oriente.

—¡Deja! —gritó de pronto—. ¡Deja! No sabes lo que haces.

Los rizos de Alraune se estrechaban aún más contra su frente y sus besos se hacían más violentos y ardientes.

Allí yacían, pisoteados, los claros pensamientos del día. Ahora brotaban los sueños, se henchía el rojo mar de la sangre. Las Ménades blandían el tiros y espumeaba la sagrada embriaguez de Dionisos.

—¡Bésame!

Pero ella le soltó y dejó caer los brazos. Él abrió los ojos y la contemplo.

—¡Bésame! —repetía en voz baja.

Los ojos de ella miraban sin brillo y su respiración era precipitada. Con lentitud sacudió la cabeza.

Él se levantó de un salto.

—Entonces te besaré yo.

Y la levantó en sus brazos, arrojándola sobre el diván a pesar de su resistencia; y se arrodilló allí mismo, donde ella había estado arrodillada.

—Cierra los ojos —murmuró.

Y se inclinó sobre ella.

Que divinos eran sus besos; zalameros y suaves, como un arpa en la noche de estío; violentos, rápidos, rudos, como una tempestad en el mar del Norte; ardientes, como el hálito de fuego de la boca del Etna; arrebatadores, devoradores, como el vórtice del Maelstrom.

—¡Todo se hunde! —decía ella.

Luego se levantaron las llamas, altas como el cielo, flotaron las antorchas y los altares se encendieron como cuando el lobo saltó a través de lo sagrado con la boca sangrienta.

Ella le abrazó, estrechándose contra su pecho.

—¡Ardo! —decía exultante—. ¡Ardo!

Y él la arrancó del cuerpo los vestidos.

* * *

El sol estaba muy alto cuando despertó. Sabía que estaba desnuda, pero no se cubrió. Volvió la cabeza y le vio sentado junto a ella, también desnudo, y le preguntó:

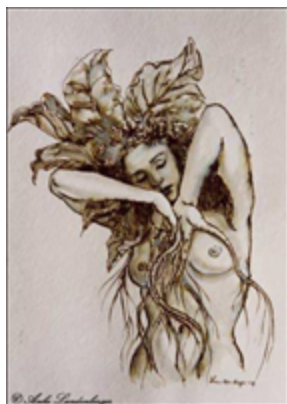
—¿Te marcharás?

—¿Quieres que me marche?

—¡Quédate! —murmuró Alraune—. ¡Quédate!

CAPÍTULO XV

Que cuenta cómo vivía Alraune en el parque



Braun no escribió a su madre ni aquel día ni al siguiente. Lo aplazó durante semanas, durante meses. Vivía en el gran jardín de los Brinken, como antaño, de muchacho, cuando pasaba en él sus vacaciones, sentado en los tibios invernaderos o bajo el enorme cedro cuyo tallo trajo del Líbano algún piadoso antepasado. O paseaba bajo las moreras, ante el pequeño estanque encerrado en la sombra profunda de los sauces. El jardín les pertenecía exclusivamente aquel verano a ellos solos, a él y a Alraune. Alraune había dado orden severa de que no penetrara en él ningún criado, ni durante el día ni por la noche; ni siquiera los jardineros estaban exceptuados. Se les envió a la ciudad con el encargo de arreglar el jardín de la villa de la calle de Coblenza. Los inquilinos se alegraron, admirados de la atención de la señorita.

Sólo Frieda Gontram atravesaba los senderos. No hablaba una palabra sobre todo lo que no sabía y, sin embargo, sospechaba. Pero sus apretados labios y sus tímidas miradas hablaban bastante claro. Les evitaba

dondequiera que los veía, pero cuando estaban juntos la encontraban siempre.

—¡El diablo se la lleve! —refunfuñaba él.

—¿Es que te molesta? —preguntaba Alraune.

—¿A ti no?

Ella respondió:

—No he reparado en ella. Apenas le hago caso.

Aquella tarde se encontró Frank Braun con Frieda Gontram junto a un endrino en flor. Ella se levantó del banco, y se levantó para marcharse. Sus ojos lanzaron sobre él una mirada llena de odio.

Braun se le acercó.

—¿Qué le pasa, Frieda?

—Nada. Ya puede usted estar contento: pronto se librarán ustedes de mí.

—¿Cómo? —preguntó él.

La voz de Frieda temblaba.

—Tengo que marcharme mañana. Alraune me ha dicho que usted no deseaba que estuviera aquí.

Un infinito dolor hablaba en sus miradas.

—Espéreme usted aquí, Frieda. Yo hablaré con ella.

Se apresuró hacia la casa y volvió al cabo de un rato.

—Hemos pensado que no es necesario que se vaya usted para siempre. Sólo que mi presencia la pone a usted nerviosa, y... perdóneme usted, la suya a mí. Por eso será mejor que se marche usted por una temporada. Márchese usted a Davos con su hermano y vuelva usted dentro de dos meses.

Ella se levantó con una mirada interrogante y todavía llena de miedo.

—¿De verdad? —murmuró—. ¿Sólo por dos meses?

—Claro que sí. ¿Por qué había de mentir, Frieda?

Ella le tomó la mano y una gran alegría brillaba en su rostro.

—Le quedo a usted muy agradecida. Todo está bien si puedo regresar luego.

Saludó y se encaminó hacia la casa. De pronto se detuvo y volvió hacia Braun.

—Todavía una cosa, señor doctor. Alraune me dio esta mañana un cheque y yo lo rompí, porque... porque..., en fin, que lo rompí. Ahora necesito dinero. No puedo dirigirme a ella: preguntaría y no quiero que pregunte. Por eso... ¿quiere usted darme el dinero?

Braun asintió.

—Naturalmente. ¿Pero puedo preguntarle por qué rompí el cheque?

Frieda se le quedó mirando y se encogió de hombros. No hubiera necesitado el dinero si hubiera abandonado la casa para siempre.

—¿A dónde hubiera ido usted, Frieda? —instó él.

—¿A dónde?

Una amarga risa salió de sus delgados labios.

—¿A dónde? Por el mismo camino que siguió Olga. Pero créame usted que yo lo hubiera seguido hasta el fin.

Y con una ligera inclinación de cabeza se marchó, desapareciendo entre los abedules.

* * *

Temprano, al despertar el sol, salía en kimono de su cuarto. Iba al jardín, por el sendero que cruzaba frente a las espalderas, hacia el macizo de los rosales, cortaba Boule de Neige, Emperatriz Augusta Victoria, señora Drusky y Merveille de Lyon. Torcía a la izquierda, donde estaban los alerces y los abedules.

Alraune estaba sentada en la balaustrada del estanque, con una capa de seda negra, y arrojaba a los peces migas de pan. Cuando él venía, trenzaba hábil y ligera una guirnalda de rosas pálidas, con la que coronaba sus cabellos. Luego arrojaba la capa y se quedaba en su camisa de encajes chapuzando con los pies desnudos en el agua fría.

Apenas hablaban. Pero ella se estremecía cuando los dedos de él rozaban débilmente su nuca, cuando su hálito le rozaba las mejillas. Lentamente dejaba resbalar la camisa, que dejaba a un lado, sobre la sirena de bronce. Seis náyades que posaban sobre la balaustrada en torno al estanque, vertían el agua de sus urnas y sus ánforas o la derramaban del seno en delgados chorros. A su alrededor se arrastraba toda la fauna

acuática: grandes langostas, tortugas, peces, serpientes y otros reptiles. En medio, un tritón soplabá su cuerno y a su alrededor una muchedumbre de mofletudos seres marinos escupía al azul gruesos surtidores.

—Ven, amigo mío —decía Alraune.

Luego entraban en el agua glacial. Él sentía un escalofrío. Sus labios se tornaban azules y la piel de gallina cubría sus brazos; tenía que nadar activamente, agitarse para calentar su sangre, adaptarse a aquella temperatura insólita. Ella no notaba nada de esto; en seguida se encontraba en su elemento y se burlaba de él nadando en torno suyo como una ranita.

—Abre los grifos gritaba.

Él lo hacía y a la orilla del estanque, junto a la estatua de Galatea, se levantaban ligeras olas que se henchían un momento, se alcanzaban, crecían más y más altas. Luego se agitaban, fuertes y poderosas, cayendo y levantándose, más altas que los surtidores, cuatro lucientes cascadas, despidiendo una lluvia de chispas.

Allí estaba ella, en medio de las cuatro, en medio de la lluvia tornasolada, como un lindo mancebo esbelto y delicado. La mirada de él la besaba largo rato. Ni una falta había en la proporción de aquellos miembros, ni el menor defecto en aquella hermosa estatua. Uniforme era su color, blanco mármol de Paros, con una tenue pigmentación amarilla. Sólo en la cara interna, brillante y rosada de los muslos se marcaba una extraña línea.

«Esto hizo sucumbir al doctor Petersen» —pensaba él. E inclinándose de rodillas, besaba las partes más rosadas.

—¿En qué piensas? —preguntaba Alraune. Y Braun decía:

—Me imagino que eres una Melusina. Mira a tu alrededor las sirenas, no tienen piernas; sólo una larga y escamosa cola de pez. No tienen alma, pero se dice que a veces aman a un hombre: un pescador o un caballero andante. Lo aman tanto, que salen a tierra desde las frías ondas y buscan a una vieja bruja o a un curandero milagroso, y éstos les cuecen repugnantes venenos y se los hacen beber. Y toman un agudo cuchillo y comienzan a cortar la cola. Duele mucho, mucho; pero Melusina traga sus dolores movida de su gran amor. Y no se queja ni llora, hasta que el dolor le roba los sentidos. Pero cuando despierta, la cola ha desaparecido y ella anda en

dos hermosos pies como un ser humano. Sólo se conocen las cicatrices de los cortes del curandero.

—¿Pero ella sigue siendo una sirena? —preguntaba Alraune—. ¿Aún teniendo piernas? ¿No crea el hechicero un alma para ella?

—No. Eso no puede hacerlo. Pero todavía se cuentan más cosas de las sirenas.

—¿Qué se dice?

Y él siguió contando.

—Mientras permanecen vírgenes, poseen una fuerza siniestra; pero cuando se sumergen en los besos del amado, cuando pierden su virginidad bajo el abrazo del caballero, el encanto desaparece. Ya no pueden traer tesoro alguno, ni oro del Rin; pero el negro dolor que en otro tiempo las seguía, evita también sus umbrales. Y en adelante son lo mismo que las otras mujeres.

—¡Si así fuera!... —murmuraba Alraune.

Y arrancaba de su cabeza la blanca guirnalda y nadaba hacia los acuarios y tritones, las sirenas y las náyades, y les arrojaba en su regazo las rosas.

—¡Tomadlas, hermanas! ¡Tomadlas! —decía riendo—. Yo ya soy una mujer.

* * *

En el dormitorio de Alraune había un gran lecho de colgaduras sostenidas por cortas columnitas barrocas. A los pies se levantaban sobre dos fustes páteras con llamas doradas; los largueros estaban adornados con tallas: Onfalia tejiendo la túnica de Hércules, Perseo besando a Andrómeda y Hefaisto cazando en sus redes a Ares y a Afrodita. Por todo él, se entretejían muchos vástagos entre los que jugaban palomas y niños alados. El viejo y suntuoso lecho era dorado y lo había traído de Lyon la señorita Hortensia de Monthyon, cuando se casó con el bisabuelo de los Brinken. Braun vio a Alraune subida en una silla a la cabecera de la cama con unas pesadas tenazas en la mano.

—¿Qué haces ahí? —preguntó.

Ella se echó a reír.

—Espera que termine.

Y martilleó y tiró con precaución del cupido que colgaba cerca de su cabeza. Sacó un clavo y luego otro, asió al pequeño dios y le hizo girar hasta desprenderlo. Luego saltó, con él en la mano, y lo puso sobre un armario. Extrajo del mismo la raíz de mandrágora, trepó de nuevo sobre la silla y la sujetó a la cabecera de la cama con alambres y cintas. Se bajó y contempló críticamente su obra.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—¿Qué significa ahí ese monigote?

—Ahí es donde debe estar. El cupido dorado no me gusta. Es para otra clase de gente. Yo quiero mi galeoto, mi hombrecillo de raíces.

—¿Cómo le has llamado?

—Galeoto —repuso ella—. ¿No fue él quien nos reunió? Ahora debe quedarse ahí colgado y mirar durante la noche.

* * *

A veces salían a caballo por la tarde o en las noches de luna. Y cabalgaban por los Sieben Berge o hacia Rolandseck, tierra adentro. Una vez encontraron una borriquilla blanca al pie del Drachenfels, que sus dueños alquilaban para subir al castillo. Braun la compró. Era un animal joven, de piel blanca y brillante como la nieve, bien cuidado: se llamaba Bianca. La llevaron consigo a la zaga de los caballos, atada con un largo ronzal; pero de pronto se paró, hincando las patas delanteras como un mulo terco, a pesar de los tirones que la estrangulaban.

Por fin encontraron un medio de hacerla obedecer. En Königswinter compró Braun un cartucho de azúcar, libró a Bianca de su ronzal dejándola correr suelta y de vez en cuando le lanzaba un terrón de azúcar desde su silla. Así les siguió el animal, manteniéndose junto al estribo, rozando con el hocico las polainas de Braun.

El viejo Froitsheim se quitó la pipa de la boca al verlos llegar, escupió cavilosamente e hizo una mueca de agrado.

—Un asno —masculló—. ¡Un asno nuevo! Pronto hará treinta años que no hay ninguno en la cuadra. ¿Se acuerda usted todavía, señorito, de cuando le montaba en el viejo y pardo Jonathan?

—¿Cómo se llama, señorito?

—Éste le comunicó el nombre.

—Ven, Bianca —dijo el anciano—. Conmigo estarás bien. Vamos a ser buenos amigos.

Y volviéndose a Frank Braun, dijo:

—¡Señorito! Tengo tres nietos en la aldea, dos niñas y un niño. Son hijos del zapatero que vive allá detrás, en el camino de Godesberg. Vienen a verme muchos domingos por la tarde. ¿Me dejará usted que los pasee en el burro aquí, por el patio?

Él hizo un gesto de asentimiento. Pero antes que pudiera contestar intervino la señorita.

—¿Por qué no me lo pides a mí? —dijo—. Ese animal es mío. Él me lo ha regalado. Y ahora te digo que puedes pasearlos también por el jardín, cuando no estemos en casa.

La mirada de su amigo expresaba agradecimiento. No así la del viejo cochero, que la miraba entre suspicaz y admirado y que refunfuñó algo incomprensible.

Con un puñado de zanahorias atrajo a Bianca hacia el establo; llamó al mozo de cuadra, se lo presentó a Bianca y luego a los caballos, uno por uno. Luego la condujo a la granja; la enseñó el establo donde estaban las pesadas vacas holandesas y el ternero de la pinta Liese; la enseñó los perros, los dos inteligentes perros de lanas, el viejo mastín y el descarado fox que dormía en el establo. La llevó a ver los cerdos, donde una gran marrana de Yorkshire amamantaba sus nueve lechoncillos. Y a ver las cabras y el corral de las gallinas.

Bianca comía sus zanahorias y le seguía; parecía encontrarse a gusto en la mansión de los Brinken.

A menudo, a mediodía, la voz de la señorita resonaba en el jardín llamando: «¡Bianca, Bianca!»

Entonces el viejo cochero abría la puerta de la cuadra y la borriquilla salía al jardín con un trote ligero. Algunas veces se quedaba parada entre los

altos tréboles, mordiendo las verdes y jugosas hojas, y se volvía y seguía corriendo cuando resonaba de nuevo la voz de su ama: «¡Bianca!»

Alraune estaba tendida en la pradera, bajo los fresnos. Una gran tabla, tendida sobre la yerba, cubierta con un gran mantel de damasco, hacía de mesa, y sobre ella había frutas, toda clase de golosinas y confituras entre las rosas; al lado estaban los vinos.

Bianca husmeaba. Despreciaba el caviar, y las ostras. Y se apartaba con despego de los pasteles de carne. Pero tomaba dulces y un pedacito de hielo de la nevera y se comía unas cuantas rosas entremedias.

—Desnúdame —decía Alraune.

Y Braun deshacía corchetes y presillas y desabrochaba los botones.

Y cuando estaba desnuda la subía sobre el asno, y ella cabalgaba sobre los blancos lomos del animal, sosteniéndose apenas en las lanosas crines. Cabalgaba al paso por la pradera y él iba a su lado con la mano derecha sobre la cabeza de Bianca, que era un animal inteligente y se enorgullecía de llevar sobre sí aquel esbelto cuerpo de efebo y no se detenía y caminaba con suavidad, como si sus cascos fueran de terciopelo.

Allí donde terminaban los macizos de dalias, el sendero pasaba junto a un arroyo que alimentaba el estanque de mármol. No lo pasaban por el puente de madera; Bianca vadeaba las claras aguas sentando los pies cuidadosamente y mirando curiosa a los lados cuando una rana verde saltaba al agua desde la orilla. Frank conducía al animal por delante de los arriates de frambuesas, de las que arrancaba sus rojos frutos, que repartía con Alraune. Y luego seguían hasta más allá de los espesos bosquecillos de laureles rosas.

Allí, rodeado de espesos olmos, se extendía el gran campo de claveles. El abuelo de Braun lo había hecho plantar para su amigo Gottfried Kinkel, un buen amigo, que amaba mucho esas flores. Mientras el poeta vivió, le enviaba todas las semanas un gran ramo.

La vista no descubría sino pequeños claveles blancos, muchos millares; las blancas flores brillaban como plata entre las finas hojas de un verde asimismo plateado. Al sol de la tarde, aquella alfombra de plata se extendía lejos, muy lejos...

Bianca se sumergía en aquel argentino mar que besaba sus pies ondulando suavemente al viento, mientras Braun se quedaba a la orilla contemplando al blanco jinete y a su blanca cabalgadura, bebiendo hasta saciarse aquella dulzura de color.

Y Alraune cabalgaba hacia él:

—¿No es esto hermoso, querido mío?

Y él, con seriedad:

—Muy hermoso. Sigue cabalgando.

Y ella contestaba:

—Estoy tan alegre...

Y posaba con suavidad sus manos tras las orejas del inteligente animal, que caminaba despacio, despacio, entre la plata luminosa.

* * *

—¿De qué te ríes? —preguntó Alraune.

Estaban sentados en la terraza, ante la mesa del desayuno, y él leía su correo. Era una carta del abogado Manasse, que le escribía sobre las acciones de las minas de Burberg.

"Habrá usted leído en los periódicos los hallazgos de oro en Hocheifel —decía el abogado—. Los hallazgos se han hecho en gran parte en los terrenos demarcados por la empresa de Burberg. Me parece muy dudoso que las pequeñas venas auríferas compensen los considerables gastos de una explotación racional. Sin embargo, los papeles, que hace cuatro semanas carecían completamente

de valor, han subido rápidamente, y hace una semana se cotizaban ya a la par, lo que se debe, en parte, a una hábil campaña periodística de los directores de la empresa. Hoy me entero por el director Baller que ya se cotizan a 214. Yo le he entregado a este señor, que es amigo mío, sus acciones, rogándole que las venda en seguida, lo que tendrá lugar mañana. De modo que quizá consiga usted una cotización aún más alta."

Braun tendió a Alraune la carta:

—El tío Jakob no se hubiera podido figurar esto ni en sueños; de otro modo no hubieran sido esas acciones las que nos hubiera legado a mi madre y a mí.

Alraune tomó la carta y la leyó con atención hasta el final. Luego la dejó caer y se quedó mirando con la vista perdida, pálida como la cera.

—¿Qué te pasa? —preguntó él.

—Sí. Se lo imaginó. Se lo imaginó exactamente —dijo con lentitud.

Y volviéndose hacia Braun:

—Si quieres ganar dinero, no las vendas.

El timbre de su voz era de una gran seriedad.

—Se encontrará más oro y subirán mucho, mucho más tus acciones.

—Es demasiado tarde. A estas horas ese papel se habrá vendido ya. Por otra parte, ¿estás tú tan segura?...

—¿Segura? —repitió Alraune—. ¿Quién puede estar más segura que yo?

Y dejó caer la cabeza sobre la mesa y prorrumpió en sonoros sollozos.

—¡Así comienza!... ¡Así! —dijo.

Braun se había levantado y rodeado con su brazo los hombros de ella.

—¡Tonterías! Es preciso que se te quite de la cabeza esa manía. Ven, Alraune. Vamos a bañarnos. El agua fría te arrancará esas telas de araña. Ven a hablar con tus hermanas, las sirenas, que te confirmarán que Melusina no puede ocasionar ningún maleficio desde que besó a su amado.

Alraune se levantó de un salto y se soltó de él.

—¡Te quiero! —gritó—. ¡Sí; te quiero! Pero no es verdad... El encanto no desaparece. No soy una Melusina, hija de las aguas. He nacido de la Tierra y me creó la Noche.

De sus labios salían sonidos estridentes que él no supo si significaban un sollozo o una carcajada.

La tomó en sus recios brazos, sin cuidarse de su resistencia y de sus golpes. La cogió como a un niño arisco y la sacó fuera, al jardín, y sin hacer caso de sus gritos, la arrojó al estanque, haciéndola describir un amplio arco, con vestidos y todo.

Ella se levantó y permaneció un momento aturdida y confusa. Braun hizo correr las fuentes, que la rodearon de una sonora lluvia.

Entonces ella le llamó riendo:

—¡Ven! ¡Ven tú también!

Y se desnudó, tirándole a la cabeza traviesamente sus húmedas ropas.

—¿No has acabado todavía? ¡Date prisa!

Cuando él estuvo junto a ella Alraune notó que Braun sangraba. Gotas de sangre caían de las mejillas, del cuello y de la oreja izquierda.

—¡Te he mordido! —murmuró.

Él hizo un signo de asentimiento. Y entonces rodeó su cuello y bebió con ávidos labios la sangre caliente.

—Ya está bien —dijo.

Y nadaron. Y él fue a la casa y le trajo un abrigo. Y cuando regresaron, cogidos de la mano, bajo las hayas rojas, ella decía:

—¡Muchas gracias, amado!

* * *

Yacían desnudos bajo el rojo Pyrhús. Separaron sus cuerpos que habían estado unidos en las ardientes horas del mediodía.

Ajadas y pisoteadas yacían todas sus ternuras, sus caricias y sus dulces palabras, como las florecillas, como las tiernas hierbas sobre las que se había desencadenado la tempestad de su amor. Apagado estaba el incendio, que se devoraba a sí mismo con ávidos dientes, y sobre las cenizas se levantó un odio cruel, duro como el acero.

Se miraron y supieron que eran mortales enemigos.

Asquerosa y repulsiva le parecía a él ahora la larga línea roja de sus muslos, y la saliva corría por su boca como si sus labios hubieran sorbido un veneno amargo. Y las pequeñas heridas, abiertas por sus uñas, le dolían y le escocían, y se hinchaban.

—Me envenenará —pensaba Braun— como envenenó al doctor Petersen.

Las verdes miradas de ella reían frente a él incitadoras, burlonas, descaradas.

Braun cerró los ojos, se mordió los labios y sus dedos se cerraron convulsivamente. Pero Alraune se levantó, se volvió hacia él y le pisó descuidada y despreciativa.

Entonces se levantó también, se irguió frente a ella y sus miradas se cruzaron. Ni una palabra salió de su boca; pero levantando el brazo, afiló sus labios, le escupió y le dio una bofetada en la cara.

Braun se lanzó hacia ella, sacudiendo su cuerpo, haciéndola girar en torno a sus rizos, y la arrojó al suelo, la pisoteó, la golpeó, la apretó el cuello.

Alraune se defendía bien. Sus uñas desgarraban el rostro de Braun; le mordió repetidamente en los brazos y el pecho. Y entre espumarajos y sangre, sus labios se buscaron y se encontraron, y se poseyeron entre lascivos dolores.

Luego él la levantó y la arrojó a un metro de distancia, haciéndola caer desvanecida sobre la hierba.

Anduvo algunos pasos, tambaleándose, y se dejó caer, con la mirada perdida en el cielo azul, sin deseos, sin voluntad, escuchando el latido de sus sienes.

Hasta que sus párpados se cerraron.

Cuando despertó, ella estaba arrodillada a sus pies, secándole con sus cabellos la sangre de las heridas. Rasgó su camisa y las vendó cuidadosamente.

—¡Vámonos, amado mío —dijo—; está ya anocheciendo!

* * *

Sobre el camino yacían pequeños cascarones azules. Braun rebuscó entre los arbustos y encontró el nido destruido de un picocruzado.

—¡Esas desvergonzadas ardillas! —exclamó—. Hay demasiadas en el parque y nos van a espantar todos los pájaros.

—¿Qué podríamos hacer? —preguntó Alraune.

—Matar unas cuantas.

Ella palmoteo:

—Sí, sí —dijo riendo—. ¡Vamos de caza!

—¿Tienes alguna escopeta? —preguntó Braun.

Ella pensó un momento.

—No. Creo que no hay ninguna por ahí. Por lo menos ninguna utilizable. Podríamos comprarla.

Y se interrumpió:

—Pero aguarda. El cochero tiene una. Algunas veces tira a los gatos que se nos meten por aquí.

Braun fue al establo.

—¡Hola, Froitsheim! —gritó—. ¿Tienes una escopeta?

—Sí —repuso el viejo—. ¿Voy a cogerla?

Y Braun asintió. Luego dijo:

—Dime, viejo. Tú querías pasear a tus bisnietos en la Bianca. Pero el último domingo estuvieron aquí y no vi que los montaras en la borrica.

El viejo murmuró algo, fue a su cuarto y descolgó de la pared su escopeta. Volvió donde estaba Braun, se sentó y comenzó a limpiarla.

—¿Y bien? —preguntó éste—. ¿No quieres contestarme?

Froitsheim movía los labios resecos:

—No quiero —gruñó.

Frank Braun le puso la mano en el hombro:

—Sé razonable, viejo, y dime lo que tengas que decir. Creo que conmigo puedes hablar libremente.

Entonces dijo el cochero:

—Yo no quiero aceptar nada de nuestra señorita. No quiero ningún regalo suyo. Yo recibo mi pan y mi salario por mi trabajo. No quiero nada más.

Frank sintió que con aquel testarudo no valían insinuaciones. Así que dio un rodeo y buscó algún cebo que el otro pudiera morder.

—Si la señorita te pidiera un servicio extraordinario, ¿lo harías?

—No —dijo el testarudo viejo—. Nada más que mi obligación.

—Y si te pagara por ese servicio extraordinario, ¿lo harías?

El cochero seguía defendiéndose.

—Eso, según —masculló.

—No seas testarudo, Froitsheim —dijo Frank, riendo—. Es la señorita y no yo quien te pide prestada la escopeta para tirar a las ardillas del parque. Y eso no tiene nada que ver con tu obligación. Y a cambio, ¿entiendes?, a cambio te permite que montes a los niños en la borrica. Es un contrato. ¿Estás conforme?

—Bueno —dijo el viejo con una mueca—. Si es así, sí.

Y le tendió la escopeta, sacando un paquete de cartuchos:

—Y pongo esto además. Así queda pagada y nada le debo. ¿Saldrá usted esta tarde a caballo, señorito? —prosiguió—. Bueno; a las cinco estarán listos los caballos.

Y llamó al mozo, encargándole que fuera a casa de la mujer del zapatero, nieta suya, para que por la tarde le enviara a los chicos.

Por la mañana temprano estaba Frank Braun bajo las acacias que rozaban la ventana de Alraune, y la llamó con un breve silbido.

Ella abrió, anunciándole que bajaría en seguida.

El ruido de sus pasos resonó en las losas, y de un salto descendió los peldaños de la terraza del jardín y se encontró ante él.

—¿Cómo vienes así? —preguntó—. ¿En kimono? ¿Se va así de caza?

Y él, riendo:

—Para cazar ardillas, basta. Pero ¿cómo vienes así tú?

Ella venía vestida como un cazador de Wallenstein.

—Regimiento Holk —gritó—. ¿Te gusto?

Traía altas botas de montar amarillas, un jubón verde y un enorme sombrero verdoso, sobre el que se columpiaban las plumas; en la faja, una vieja pistola y un largo sable que le golpeaba las piernas.

—Déjalo ahí —dijo Braun—. La caza tendrá un miedo horrible cuando te vea venir así.

Ella hizo un mohín con los labios:

—¿No estoy bonita? —preguntó.

Braun la tomó en los brazos y la besó rápidamente en la boca.

—¡Monigote presumido! ¡Estás encantadora! —dijo riendo—. Y a las ardillas tanto les dará tu uniforme de cazador como mi kimono.

Y le desciñó el sable y le quitó las largas espuelas y la pistola; y, tomando la escopeta del cochero, dijo:

—¡Vamos, camarada!

Atravesaron el jardín, pisando con cuidado, mirando por entre los arbustos y las copas de los árboles. Braun puso un cartucho en la escopeta y levantó el gatillo.

—¿Has tirado tú alguna vez? —preguntó.

—¡Oh, sí! —asintió ella—. Wölfchen y yo íbamos juntos a la gran kermesse de Pützchen, y nos ejercitábamos en la barraca del tiro al blanco.

—Bueno. Entonces ya sabes cómo debes colocar el cañón para apuntar.

Las ramas, sobre su cabeza, se agitaron.

—¡Tira! —murmuró ella—. ¡Tira! Ahí arriba hay una.

Braun levantó la escopeta mirando hacia arriba, pero la bajó de nuevo.

—No. Ésa, no —declaró—. Es un animalito joven, de apenas un año. Le dejaremos vivir.

Llegaron al arroyo, allí donde el bosquecillo de abedules venía a morir en la pradera. Gruesos escarabajos zumbaban al sol, y sobre las margaritas se columpiaban mariposas amarillas. En torno se oía un murmullo —cantar de grillos, zumbas de abejas—, y a los pies de ambos saltaban cigarrones de todos los tamaños. Las ranas croaban en el agua y una alondra cantaba en los aires. Ellos caminaron sobre la pradera, hacia las hayas rojas. Entonces oyeron junto a ellos un angustioso murmullo y vieron un pardillo pequeño

que huía por entre los arbustos. Frank Braun aguzó la vista y se adelantó de puntillas.

—Ahí está el ladrón —murmuró.

—¿Dónde? —preguntó ella—. ¿Dónde?

Pero ya había disparado Braun, y una fuerte ardilla cayó desde la rama de un haya. Braun la levantó de la cola y le mostró a Alraune el tiro.

—Ésta ya no saquea ningún nido más.

Y siguieron ojeando por el vasto parque. Braun mató una segunda ardilla entre las hojas de una madreSelva y una tercera, gris oscura, en la copa de un peral.

—¡Tú tiras siempre! —exclamó Alraune—. ¡Déjame una vez la escopeta!

Él se la dio, enseñándole cómo debía montarla y haciéndole disparar varias veces contra un tronco.

—Vamos —dijo—. Muestra ahora tu habilidad.

Y empujando el cañón de la escopeta hacia abajo, la instruyó:

—Así. El cañón siempre hacia abajo y no en el aire.

Cerca del estanque vio a una ardilla joven que jugaba en el sendero. Alraune quiso tirar en seguida, pero él le mandó aproximarse unos pasos.

—Ya estás bastante cerca. Tira ahora.

Alraune disparó. La ardilla miró a su alrededor con asombro, dio un rápido salto hacia una rama y desapareció entre el espeso follaje.

La segunda vez no fue mejor. Alraune tiró a demasiada distancia. Cuando trataba de aproximarse, la caza huía antes de que ella tuviera tiempo de disparar.

—¡Qué bichos tan tontos! —protestaba—. ¿Por qué se quedan quietos cuando tú les tiras?

Aquella infantil irritación le pareció a él encantadora.

—Seguramente porque quieren depararme un placer especial —decía él riendo—. La verdad es que tú haces demasiado ruido con tus botas de montar; pero espera, que ya nos acercaremos.

Cerca de la casa, donde los avellanos se estrechaban en torno a las acacias, vio otra ardilla.

—Quédate aquí —murmuró... Yo te la levantaré. Mira hacia el matorral aquel, y cuando la veas venir, silba para que yo lo sepa. Cuando oiga el silbido, se volverá la ardilla, y entonces tiras.

Braun se alejó, describiendo un amplio arco, a registrar los matorrales. Por fin, descubrió al animal sobre una acacia baja, le obligó a descender, le persiguió por entre los matorrales. Vio que iba en dirección a Alraune y se quedó un poco atrás esperando su silbido. Pero como no lo oyera, retrocedió por el mismo camino hasta volver al sendero donde estaba ella con la escopeta en la mano, la vista fija en los matorrales de enfrente. Un poco a su izquierda, apenas a tres metros de ella, jugaba alegremente la ardilla entre las matas.

—Ahí está —gritó Braun a media voz—. Ahí arriba, un poco a la izquierda.

Alraune oyó su voz y se volvió rápidamente hacia él, que vio cómo abría los labios para hablar. En seguida oyó un tiro y sintió un ligero dolor en el costado.

Luego oyó su estridente y desesperado grito, y vio cómo ella tiraba la escopeta y se precipitaba sobre él. Le rasgó el kimono y le palpó la herida.

Volviendo la cabeza, la examinó él también. Era una larga y ligera rozadura de la que apenas salía un poco de sangre. Sólo la piel estaba quemada, mostrando una ancha línea negra.

—¡Diablo! —dijo riendo—. Ha pasado bien cerca. Precisamente sobre el corazón.

Ella estaba de pie frente a él, temblando, sin poder sostenerse apenas. Él la sostuvo y la tranquilizó:

—Pero si no es nada, hija. No es nada. La lavaremos un poco, la untaremos con un poco de aceite... Convéncete de que no es nada.

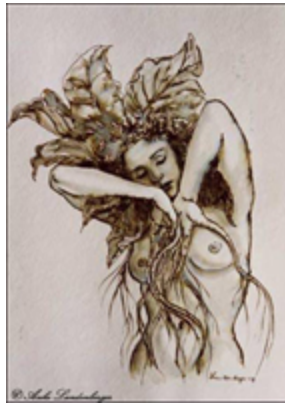
Y, abriendo más el kimono, le mostró el pecho desnudo. Alraune palpó la herida con trémulos dedos.

—¡Junto al corazón! —murmuraba—. ¡Junto al corazón!

De pronto se llevó las manos a la cabeza. Un súbito terror la acometió y contempló a su amigo con espantados ojos. Se soltó de sus brazos y, corriendo hacia la casa, subió la escalinata de un salto.

CAPÍTULO XVI

Que da a conocer el fin que tuvo Alraune



Braun subió lentamente a su cuarto, donde se lavó y vendó la herida, riéndose de las habilidades cinegéticas de su prima.

—Ya aprenderá —pensaba—. Ya haremos ejercicios de tiro al blanco.

Entonces se acordó de la mirada de Alraune en el momento de huir, deshecha en una loca desesperación como si acabara de cometer un crimen. Y no había sido sino una desagradable casualidad que, por otra parte, no había tenido ningún fin desgraciado.

Él se detuvo.

—¿Una casualidad? Sí, pero para Alraune no era casualidad, sino destino.

Y meditó.

Así era. Por eso se había asustado; por eso había huido cuando, al mirarle los ojos, vio en ellos su propia imagen. De eso se había asustado: de la muerte que esparcía sus flores dondequiera que Alraune ponía el pie.

El pequeño abogado se lo había advertido: «Ahora le toca a usted». ¿No le había dicho Alraune lo mismo cuando le pidió que se marchara? ¿No obraba el viejo encanto sobre él tan bien como sobre los otros? Su tío le había legado papeles sin valor y ahora se extraía oro de aquellas infecundas rocas. Alraune enriquecía y llevaba a la muerte.

Un súbito miedo le acometió, por primera vez, en aquel momento. Y se descubrió nuevamente la herida.

¡Oh, sí! Coincidía; precisamente bajo ella latía el corazón; sólo el pequeño movimiento que hizo, el giro del cuerpo al tender el brazo para señalar la ardilla, le había salvado. De otro modo...

Pero no; él no quería morir.

Por su madre, según pensaba. Sí, a causa de ella; pero también aún cuando ella no viviese. También por él mismo. En todos aquellos largos años había aprendido a vivir y ahora dominaba ese gran arte que le proporcionaba más a él sólo que a millares de humanos. Él vivía una vida plena y fuerte. Estaba en la cumbre y gozaba de este mundo y de todas sus maravillas.

«El Destino me ama —pensaba— y me amenaza con el dedo... Su insinuación es más clara que las palabras del abogado. Todavía hay tiempo».

Sacó de un armario sus maletas, las abrió y comenzó a llenarlas. ¿Con qué palabras terminaba el infolio de su tío Jakob? «Prueba tu fortuna. ¡Lástima que yo no viva cuando te llegue la vez! ¡Me hubiera gustado tanto verlo!...»

Braun sacudió la cabeza.

—No, tío Jakob —murmuraba—. Esta vez no te he de proporcionar satisfacción alguna. Esta vez no.

Recogió su calzado, sus calcetines; preparó la camisa y el traje que debía vestirse. Su mirada cayó sobre el kimono azul marino que pendía del respaldo de la silla y levantándolo contempló la rasgadura quemada por la bala.

—Debía dejárselo a Alraune como recuerdo.

Detrás de él resonó un profundo suspiro. Se volvió y la vio en medio del cuarto, vestida con un delgado manto de seda, mirándole con los ojos

dilatados.

—¿Estás haciendo el equipaje? —murmuró—. ¡Te marchas! ¡Ya me lo imaginaba!

La voz se le anudó en la garganta a Braun; pero, sobreponiéndose:

—Sí, Alraune; me marchó —dijo.

Alraune se arrojó en una silla sin responder y le contempló en silencio. Braun fue al lavabo y recogió diversos objetos, peines, cepillos, jabones y esponjas. Por fin estuvo listo y cerró la tapa del cofre.

—Bueno —dijo con dureza—. Ya estoy listo —y se acercó a Alraune tendiéndole la mano.

Ella no se movió y sus pálidos labios permanecieron mudos.

Sólo sus ojos hablaron. «¡No te vayas! —rogaba—, ¡no me abandones! ¡Quédate!»

—¡Alraune! —murmuró él, y su voz resonó como un reproche y al mismo tiempo como una súplica de que le dejara marchar.

Pero ella no le soltaba. Su mirada seguía sujetándole: «¡No me abandones!»

Braun sentía cómo su voluntad se iba derritiendo y casi con violencia apartó sus ojos de los de ella. Pero en aquel momento se abrieron sus labios:

—¡No te marches! —exigió Alraune—. Quédate conmigo.

—No —gritó él—. No quiero. Serás mi ruina, como has sido la de los otros.

Y volviéndole la espalda fue hacia la mesa, y tomando dos copos de algodón de los que había usado para el vendaje, los humedeció en aceite y se taponó con ellos los oídos.

—Ahora habla si es que tienes que decir algo. No te oigo, no te veo. Tengo que irme; ya lo sabes. Déjame marchar.

Y ella, quedamente:

—Entonces has de tocarme.

Y acercándose hacia él le puso la mano sobre el brazo, y el temblor de sus dedos decía: «¡Quédate! ¡No me abandones!»

¡Aquel contacto de su mano era tan dulce, tan dulce!...

«Ahora voy a soltarme —pensaba Braun—. Ahora mismo. Sólo un segundo».

Y cerrando los ojos saboreaba la halagadora presión de los dedos de Alraune. Pero las manos de ella subieron y las mejillas de él temblaron al suave contacto. Lentamente rodearon su cuello aquellos brazos y ella atrajo hacia sí su cabeza, se irguió y le imprimió en la boca sus labios.

«¡Qué extraño es todo esto! —pensaba Braun—. Sus nervios hablan y los míos entienden ese lenguaje».

Ella le llevó hacia un lado, le echó sobre la cama, se sentó sobre sus rodillas cubriéndole de ternezas y zalamerías. Sus puntiagudos dedos sacaron el algodón con que él había taponado sus oídos, murmurándole ardientes y acariciadoras palabras.

Él no las entendía: tan queda era la voz que las pronunciaba. Pero comprendía su sentido, que no era ya «¡quédate!», sino «¡cómo me alegra que te quedes!»

Todavía seguía Braun con los ojos cerrados, y seguía oyendo el desordenado murmurar de aquellos labios, y sentía las puntas de sus dedos que le acariciaban el pecho y el rostro. Sin presiones, sin instancias, sentía él que la corriente nerviosa de Alraune le derribaba sobre el lecho y se dejó caer lenta, lentamente...

De pronto Alraune se levantó de un salto. Braun abrió los ojos y vio cómo ella se apresuraba hacia la puerta, la cerraba, y corría luego las espesas colgaduras de las ventanas. Una luz mate crepuscular se adueñó de la estancia.

Braun quería incorporarse, levantarse. Pero antes de que se moviera ya estaba ella de vuelta. Y arrojando la negra capa, se acercó hacia él.

Con suaves dedos volvió a cerrarle los ojos apretando sus labios contra los de él. En su mano sentía Braun la presión del seno de Alraune, y cómo los dedos de sus pies gozaban jugueteando con sus piernas; y los rizos que caían sobre sus mejillas.

Y no se defendía, entregándose al capricho de ella.

—¿Te quedas? —preguntó Alraune.

Pero Braun sintió que no era ya una pregunta: que ella sólo quería oírlo de sus labios.

—Sí —dijo en voz baja.

Sus besos cayeron sobre él como una lluvia de mayo, sus caricias se derramaban espesas como las flores del almendro que arranca el viento vespertino.

Y sus zalameras palabras saltaban como las irisadas perlas de la cascada del estanque.

—¡Tú me lo enseñaste! —susurraba ella—. Tú me enseñaste lo que era el amor, y ahora te quedarás por ese mismo amor que tú has creado.

Y le pasó suavemente la mano por la herida, y la besó. Luego levantando la cabeza, le miró con ojos extraviados.

—Te hice daño —murmuraba—; te herí..., junto al corazón... ¿Quieres golpearme? ¿Te traigo la fusta? Haz lo que quieras... Hazme heridas con tus dientes..., o coge un cuchillo... Bebe mi sangre..., haz lo que quieras... Soy tu esclava..., tu esclava.

Braun volvió a cerrar los ojos y suspiró profundamente.

Y pensó: «Tú eres la dueña, la vencedora».

* * *

Muchas veces, cuando entraba en la biblioteca le parecía oír resonar una carcajada en algún rincón. La primera vez que la oyó supuso que era Alraune la que reía, aunque aquel sonido no era el de su voz; miró a todas partes y no encontró nada.

La segunda vez se asustó: «Es la voz ronca del tío Jakob —pensaba—, que se burla de mí». Pero se dominó, murmurando:

—Es un engaño de los sentidos; no es extraño, mis nervios están sobreexcitados.

Andaba por allí como ebrio, deslizándose, tambaleándose, cuando estaba solo, con desgarrados movimientos y fijas miradas; cuando estaba junto a ella se sentía bajo la tensión de todos sus nervios, y su sangre, que otras veces circulaba débilmente, corría entonces precipitada.

Braun le servía de maestro; era verdad que le abría los ojos y le enseñaba todos los secretos de aquellos países del Oriente para los cuales el amor es un arte. Pero era como si no le mostrara nada extraño, sino que evocara en ella recuerdos de algo anteriormente sabido. Muchas veces,

antes de que él hablara, llameaban en ella rápidas concupiscencias, como el incendio de un bosque en el estío.

Y él arrojaba la antorcha y, sin embargo, se asustaba de aquella combustibilidad que le abrasaba la sangre, le arrojaba entre las brasas de la fiebre, que le reseca y coagulaba su sangre en las venas.

Una vez al pasar por el patio se encontró con Froitsheim.

—Ya no sale usted a caballo, señorito —dijo el viejo cochero.

Y él, quedamente:

—No. Ya no.

Y su mirada cayó sobre los ojos del anciano, y vio como sus labios se entreabrían.

—¡No hables, viejo! —dijo rápidamente—. ¡Sé lo que me quieres decir! Pero no puedo. ¡No puedo!

El cochero se le quedó mirando largo tiempo después que se hubo marchado hacia el jardín. Escupió y sacudió pensativamente la cabeza, santiguándose.

* * *

Una tarde Frieda Gontram estaba sentada en el banco de piedra bajo las hayas rojas. Braun corrió hacia ella y le tendió la mano.

—¿Ya de vuelta, Frieda?

—Los dos meses han pasado ya.

Él se llevó la mano a la frente:

—¿Pasado? —murmuraba—. A mí me parecía que hacía apenas una semana. ¿Cómo está su hermano? —siguió diciendo.

—Ha muerto. Hace ya tiempo. Le enterramos allá en Davos. El vicario Schröder y yo.

—¿Muerto?

Y luego, como si quisiera apartar de sí aquellos pensamientos:

—¿Y qué hay de nuevo por ahí? Nosotros vivimos como ermitaños sin salir apenas del jardín.

Y Frieda comenzó:

—La princesa murió de una apoplejía. La condesa Olga...

Pero, sin dejarla acabar:

—No, no —gritó Braun—. No diga usted nada más; no quiero oír nada. ¡Muerte! ¡Muerte y muerte! ¡Calle usted, Frieda, calle usted!

Se alegraba de que estuviera otra vez allí. Hablaban poco, pero en silencio permanecían largo tiempo juntos, a escondidas cuando Alraune estaba en casa. Ésta refunfuñaba por la vuelta de Frieda.

—¿Por qué ha vuelto? No quiero tenerla aquí. No quiero vivir con nadie sino contigo.

—Déjala. Para nada nos estorba y siempre que puede se esconde.

Alraune dijo:

—Está contigo cuando yo no estoy aquí. Lo sé; pero que tenga cuidado.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó él.

—¿Hacer? Nada. ¿Te has olvidado de que yo no necesito hacer nada? Todo viene por sí mismo.

En Braun renació un momento la resistencia:

—Eres peligrosa —dijo— como un fruto venenoso.

Ella irguió la cabeza:

—¿Por qué anda siempre tras la golosina? ¿No le mandé que se fuera para siempre? Pero tú propusiste dos meses. Es culpa tuya.

—No. No es verdad. Aquella vez se hubiera tirado al agua.

—Mejor —dijo riendo Alraune.

Braun la interrumpió diciendo rápidamente:

—La princesa ha muerto. Una apoplejía...

—¡Gracias a Dios! —rio Alraune.

Braun apretó los dientes y la cogió de los brazos, zarandeándola:

—¡Eres una bruja! ¡Te debían matar!

Ella no se defendió, aun cuando los dedos de Braun se crispaban en su carne.

—¿Quién? —decía—. ¿Quién? —y seguía riendo—. ¿Quién? ¿Tú?

—Sí. Yo. Yo. Yo planté la semilla del árbol venenoso y encontraré también el hacha para derribarlo, para librar al mundo de ti.

—Hazlo —decía Alraune melosamente—. ¡Hazlo, Frank Braun!

Su burla caía como el aceite sobre el fuego que le quemaba. Una humareda roja y ardiente se entretejió ante su vista, penetrando asfixiante

en su boca. Su rostro se descompuso, y precipitándose sobre Alraune levantó en alto el puño cerrado.

—¡Pega! —gritaba ella—. ¡Pega! ¡Oh, así me gustas tanto!...

Y el brazo de Braun cayó inerte y su pobre voluntad se ahogó en el torrente de las caricias de Alraune.

* * *

Aquella noche se despertó. La claridad vacilante de las bujías del gran candelabro de plata sobre la chimenea cayó sobre Braun, que yacía en el enorme lecho de su bisabuela; la acartonada mandrágora pendía sobre él «¡Si caes, vas a descalabrarme! —pensaba medio dormido—; tengo que quitarla de ahí».

Su mirada se posó en el suelo. Allí, a los pies de la cama, se acurrucaba Alraune. De su boca salían palabras dichas en voz baja y entre sus manos tableteaba ligeramente algo. Braun volvió la cabeza acechándola.

Alraune sostenía el cubilete, el cráneo de su madre, y arrojaba los dados, las falanges de su padre.

—¡Nueve! —murmuraba—. ¡Y siete, dieciséis!

Y de nuevo arrojó los dados de hueso en el cubilete, sacudiéndoles ligeramente:

—¡Once! —exclamó.

—¿Qué haces ahí? —la interrumpió Braun.

—Estaba jugando. No podía dormir bien y me puse a jugar.

—¿Y a qué jugabas?

Alraune se arrastró hacia él rápidamente, como una serpiente.

—He jugado para adivinar lo que ocurrirá con vosotros, con Frieda Gontram y contigo.

—¿Y qué ocurrirá? —volvió a preguntar Braun.

Ella le tamborileaba con los dedos en el pecho:

—Frieda morirá. Frieda Gontram morirá.

—¿Cuándo? —instó él.

—¡No sé! Pronto. Muy pronto.

Los dedos de Braun se crisparon:

—¿Y bien? ¿Qué será de mí?

Y ella dijo:

—No sé. Me has interrumpido. ¿Quieres que siga jugando?

—No —gritó él—. No. No quiero saberlo.

Y calló, sumiéndose en profundas cavilaciones.

De pronto se incorporó asustado y se sentó, contemplando fijamente la puerta. Alguien se deslizaba ante ella con tácitos pasos y Braun oyó claramente cómo crujía una tabla del suelo.

Saltó de la cama, dio unos pasos hacia la puerta y escuchó con gran atención. El desconocido subía las escaleras.

Y tras sí oyó resonar una risa clara.

—Déjala. ¿Qué quieres tú de ella?

—¿A quién tengo que dejar? ¿Quién es?

Alraune seguía riendo:

—¿Quién? Frieda Gontram. Tu miedo es prematuro; todavía vive.

Él volvió a sentarse al borde de la cama.

—Tráeme vino —gritó—. Quiero beber.

De un salto se puso Alraune en la habitación inmediata, trayendo una garrafa de cristal, y escanció en los tallados vasos la sangre del borgoña.

—Frieda da siempre vueltas por la casa, de día y de noche. Dice que no puede dormir y que por eso lo hace.

Braun no oía lo que Alraune hablaba. Apuraba la copa, que volvía a tender de nuevo.

—¡Más! ¡Dame más!

—No. Así no. Tiéndete. Yo te daré de beber cuando estés sediento.

Y le oprimió la cabeza contra la almohada y se arrodilló en el suelo junto a él. Y tomando un trago de vino y se lo dio en un beso, y Braun se puso ebrio de vino y más aún de los labios que se lo ofrecían.

* * *

Ardía el sol al mediodía. Ambos estaban sentados en la balaustrada de mármol del estanque, chapoteando con los pies en el agua.

—Ve a mi cuarto. En mi tocador hay un anzuelo, a la izquierda. Tráemelo.

—No —repuso él—. No debes pescar. ¿Qué te han hecho los pececitos de oro?

—Tráemelo.

Y Braun se levantó dirigiéndose a la casa señorial.

Cuando llegó al cuarto tomó el anzuelo, contemplándolo con una mirada crítica; y sonriendo complacido:

«Con esto no va a pescar mucho» —pensaba.

Pero se interrumpió, y profundas arrugas surcaron su frente.

«¿Que no pescaría mucho? Pescaría aun cuando les arrojara a los peces un anzuelo de carne».

Su mirada cayó sobre el lecho y subió hacia donde estaba el monigote de raíces. Con rápida decisión arrojó el anzuelo, tomó una silla y arrimándola a la cama se subió a ella y arrancó la mandrágora de un tirón. Reunió unos papeles en la chimenea, les prendió fuego y colocó sobre ellos la raíz.

Y sentándose en el suelo contempló las llamas, que sólo devoraban el papel, sin encender la mandrágora, que apenas se ennegreció un poco. A Braun le parecía verla reír, que su feo rostro se contraía en una mueca. ¡Oh, la mueca del tío Jakob! ¡Y otra vez, otra vez resonaba aquella risa pegajosa en todos los rincones! Braun dio un salto, tomó de la mesa una navaja y abrió la afilada hoja. Con ella sacó la mandrágora del fuego.

La raíz era dura e infinitamente correosa; y sólo pudo arrancarle pequeñas astillas, pero no cedió y siguió cortando, cortando, un pedacito después de otro. El sudor perlaba su frente y aquel trabajo inacostumbrado le producía dolor en los dedos. Hizo una pausa, reunió otra vez papeles, montones de periódicos viejos nunca leídos y arrojó sobre ellos las astillas, rociándolas con aceite de rosas y agua de Colonia.

¡Oh, ahora ardía con un fuego vivo! Aquella llama le redobló las fuerzas y con más ligereza y vigor arrancó a la madera virutas con las que alimentaba constantemente el fuego. El monigote se hacía más pequeño, perdió sus brazos y sus piernas, y seguía sin ceder, resistiéndose, clavándole en los dedos agudas astillas. Pero Braun humedecía la fea cabeza con su

sangre, sonriendo rencorosamente, arrancando sin cesar nuevas virutas. La voz de Alraune resonó entonces ronca, casi cascada.

—¿Qué haces? —exclamó.

Braun se levantó, arrojando el último fragmento de raíz en las devoradoras llamas; se volvió, colérico, y sus ojos verdes brillaban en un fulgor de locura.

—¡Le he matado! —gritó.

—A mí —gimió ella—. ¡A mí!

Y se llevó ambas manos al pecho.

—¡Me duele! —murmuró—. ¡Me duele!

Él pasó de largo y se marchó dando un portazo.

Pero una hora más tarde yacía en sus brazos, bebiendo de nuevo sus ponzoñosos besos.

* * *

Era verdad. Él era su maestro. Cogida de su mano, paseaba por el jardín del amor, sumiéndose por los senderos escondidos, lejos de las anchas avenidas trazadas para la multitud. Pero allí donde los senderos se interrumpían bruscamente entre malezas, donde los pies de él retrocedían, seguía ella andando, entre risas, despreocupada, libre de todo miedo, de toda timidez, ligera como en un saltarín paso de danza. Ningún rojo fruto venenoso crecía en el jardín del amor que no hubieran cortado sus dedos, que no hubiesen saboreado sus labios sonrientes.

Pero él sabía qué dulce embriaguez era aquélla, cuando la lengua recogía pequeñas gotas de sangre del cuerpo amado. Su ansia no parecía nunca harta, insaciable era su ardiente sed.

Cansado estaba él de sus besos aquella noche y lentamente se deshizo de sus brazos. Con los ojos cerrados yacía como un muerto, rígido e inmóvil. Pero no dormía. A pesar de todo el cansancio, sus sentidos permanecían claros y despiertos. Y así estuvo tendido muchas horas. La luna llena penetraba por la ventana abierta, hasta caer sobre el blanco lecho; y Braun oyó cómo Alraune se agitaba a su lado, se quejaba débilmente y murmuraba palabras incoherentes como acostumbraba a hacerlo en las

noches de luna. Oyó cómo se levantaba y se dirigía cantando hacia la ventana para volver luego con lentitud. Sintió cómo se inclinaba sobre él y le contemplaba con fijeza durante un largo rato. Braun no se movió. Alraune se levantó de nuevo, fue hacia la mesa y volvió. Y sopló, más y más de prisa, sobre el costado izquierdo de Braun; y esperó, escuchando su respiración.

Y luego sintió Braun cómo algo duro y afilado rasgaba su piel y comprendió que era un cuchillo.

—Ahora va a clavármelo —pensaba, sin experimentarlo como algo doloroso, sino dulce y agradable. No se movía y esperaba el agudo tajo que iba a rasgar su corazón.

Alraune cortaba, lenta y suavemente, sin profundizar más que lo necesario para que su sangre brotara ardiente de la herida. Él la oyó respirar precipitada y vio que sus párpados se entreabrían un poco dirigidos hacia arriba. Tenía los labios entreabiertos y la punta de la lengua avanzaba ávidamente entre los brillantes dientes. Sus blancos pechos se movían agitados y un fuego de locura chispeaba en sus inmóviles ojos verdes.

De pronto se arrojó sobre él, puso los labios en la herida abierta y bebió, bebió.

Braun yacía inmóvil, sintiendo cómo su sangre acudía al corazón, y le parecía como si ella la sorbiera toda sin querer dejarle una sola gota. Ella bebía, bebía..., bebía eternamente.

Por fin levantó la cabeza. Él la sintió arder, vio cómo sus mejillas lucían rojas en el claro de luna, cómo pequeñas gotas de sudor perlaban su frente. Con halagadores dedos acarició aquella fuente, exhausta de su rojo licor. E imprimió encima un par de rápidos besos.

Luego se volvió contemplando la luna con inmóviles ojos.

Algo la atraía. Se levantó, dirigiéndose con pesados pasos hacia la ventana. Subió a una silla, puso un pie en el alféizar...

La luz de plata la envolvía.

Luego con decisión rápida volvió a bajar, sin mirar a los lados; anduvo en línea recta por el cuarto, murmurando: «¡Ya voy! ¡Ya voy!» Y abrió la puerta y salió.

Un momento permaneció él todavía inmóvil, escuchando los pasos de la sonámbula que se perdían en los vastos aposentos. Se levantó, se puso los calcetines y los zapatos y tomó su bata, contento de que se hubiera ido. Ahora podría dormir un rato antes de que regresara.

Atravesaba el zaguán para ir a su cuarto, cuando oyó pasos y se escondió en el hueco de una puerta. Y vio venir una figura negra: Frieda Gontram en sus vestidos de luto. Como siempre, durante sus paseos nocturnos, llevaba una bujía en la mano, que brillaba a pesar de la luna llena. Braun vio los pálidos y contraídos rasgos de Frieda, las hondas arrugas de su frente, la boca apretada y sumida, sus ojos tímidos que parecían mirar hacia adentro.

—Está como poseída —pensaba Braun—. Poseída como yo.

Pensó hablarle de ello un momento, convenir con Frieda si quizá...

Pero sacudió la cabeza. No, no. De nada serviría.

Frieda le cerraba el camino hacia su cuarto y entonces resolvió pasar a la biblioteca y tenderse allí en un diván. Bajó la escalera, descorrió el cerrojo de la puerta y soltó la cadena. Y con quedos pasos atravesó el patio. La cancela exterior estaba de par en par, como el día, cosa que le admiró. Salió por ella y miró la calle. El nicho del santo yacía en profunda sombra y la blanca imagen de piedra lucía con más claridad que de ordinario. A sus pies había tendidas muchas flores; y cuatro o cinco lamparillas ardían entre ellas. A Braun le pareció como si aquellas luminarias que los hombres llamaban eternas quisieran competir con la luz de la luna.

—Pobres lamparillas —murmuró, aun cuando se le antojaron como un socorro, como una protección contra las fuerzas incomprensibles de la cruel Naturaleza. Allí, en la sombra, junto al santo, al que no llegaba la luz de la luna, que encendía para él mismo una luz, se sentía Braun seguro. Levantó los ojos para contemplar los duros rasgos de la imagen, que le parecieron animarse a la vacilante luz de las lámparas; le pareció que el santo se erguía y miraba orgullosamente al sitio donde se alzaba la luna. Y entonces, susurrando, como hace muchos años, empezó a cantar cálida y hasta fervorosamente:

¡Juan Nepomuceno!

*¡Santo valedor
contra los naufragios,
líbrame del amor!
Priva de tu amparo al lascivo,
déjame a mí en tierra, tranquilo,
¡Juan Nepomuceno,
líbrame del amor!*

Y Braun atravesó la puerta y pasó el patio. En el banco de piedra, junto a las cuadras, estaba el viejo cochero. Braun le vio levantar el brazo y hacerle señas y se acercó rápidamente hacia él.

—¿Qué hay, viejo? —murmuró.

Froitsheim no respondía. Se limitó a levantar la mano e indicar con su corta pipa hacia arriba.

—¿Qué? —preguntó Braun—. ¿Dónde?

Entonces vio bien de qué se trataba. Un cuerpo esbelto y desnudo, como el de un efebo, caminaba sobre el agudo tejado de la casa seguro y tranquilo: era Alraune.

Tenía los ojos muy abiertos y miraba hacia arriba, muy arriba, hacia la luna llena.

Él vio cómo sus labios se movían y cómo tendía sus brazos hacia la noche estrellada: era como una necesidad, como un anheloso deseo.

Y seguía andando. Y descendió por la canal y recorrió luego la cornisa, paso a paso.

Y podía caerse. Podía precipitarse abajo.

Una súbita angustia se apoderó de Braun y sus labios se abrieron para prevenirla, para llamarla.

—¡Alr...!

Pero el grito se ahogó en su garganta.

Prevenirla, gritar su nombre era justamente matarla. Ella dormía y, mientras durmiera, estaba segura. Pero si él la llamaba, si la hacía despertar, entonces caería fatalmente. Algo en su interior le decía: «¡Llámala, llámala y estás salvado! Sólo una palabra, su nombre, Alraune. Su vida pende de tu boca; su vida y la tuya: grita ¡grita!»

Braun apretó los dientes, sus ojos se cerraron y se crisparon sus puños. No había retirada. Él sentía que ahora, que ahora tenía que suceder. Tenía que hacerlo. Todos sus pensamientos se fundieron, y forjaron como un largo y agudo puñal la palabra *Alraune*.

Entonces, a lo lejos, en la noche, resonó un grito salvaje y desesperado: «¡Alraune, Alraune!»

Braun abrió los ojos y miró hacia arriba. Vio cómo dejaba caer los brazos y cómo un súbito temblor sacudía sus miembros; cómo se volvía aterrada a mirar la gran figura negra que salía por la lucerna del tejado; vio cómo Frieda Gontram abría los brazos, se precipitaba hacia fuera, y oyó otra vez su grito de angustia: «¡Alraune!»

Y ya no vio más. Una niebla confusa cubrió sus ojos. Sólo oyó el ruido sordo de algo que había caído y luego otro y un ligero grito, sólo uno.

El viejo cochero le tomó del brazo y le empujó hacia adelante. Braun se tambaleaba, estuvo a punto de caer. Luego dio un salto y atravesó corriendo el patio hacia la casa.

Y se arrodilló junto a ella. Y recogió en los brazos su dulce cuerpo. Sangre, mucha sangre teñía los cortos rizos de Alraune. Puso el oído junto al corazón de ella y oyó un ligero latido.

—¡Oh, vive todavía! ¡Vive todavía! —murmuró, besándola en la pálida frente.

Vio cómo a su lado el viejo cochero se ocupaba de Frieda Gontram, le vio sacudir la cabeza y levantarse pesadamente.

—Se ha roto la nuca —le oyó decir.

¿Qué le importaba eso? ¡Alraune vivía! ¡Ella vivía!

—Ven, viejo —gritó—. Vamos a subirla arriba.

La levantó por los hombros. Entonces abrió ella los ojos, pero no le reconoció y seguía murmurando: «¡Ya voy! ¡Ya voy!»

Su cabeza cayó hacia atrás. Braun se levantó de un salto. Su grito salvaje se levantó en la noche, rompiéndose en las casas inmediatas, derramándose los ecos por los jardines.

—¡Alraune! ¡Alraune! ¡Yo fui... yo!

El viejo cochero le puso la callosa mano sobre el hombro, sacudiendo la cabeza.

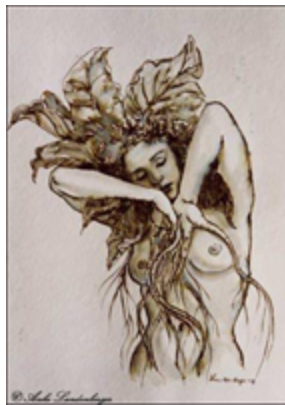
—No, señorito —dijo—. Fue la señorita Gontram quien la llamó.
Y Braun, con una risa estridente:
—¿No fue mi deseo?
El semblante del viejo se ensombreció. Su voz sonó ronca:
—Ha sido mi deseo.

* * *

Los criados salieron de las casas y vinieron con luces llenando con sus voces y su ruido el amplio patio. Vacilando como un ebrio, se tambaleó Braun hacia la casa, apoyándose en el hombro del viejo cochero.

—Debo irme a mi casa —murmuraba—. Mi madre me aguarda.

FINAL



El verano declina y los altos rosales levantan junto al enrejado sus capullos. Las malvas derraman sus débiles tonos entre colores suaves: amarillo pálido, lila y rosa pálido.

Cuando tú llamaste, querida amiga, gritó la Primavera joven. Cuando tú pasaste por la angosta puerta del jardín de mis sueños, los narcisos y los amarillos chalimagos dieron la bienvenida a las golondrinas. Tus ojos fueron azules y buenos, y tu días como los opulentos racimos de las glicinas azules que gotearon sus florecillas hasta formar una mullida alfombra por la que discurrió mi pie ligero bajo las bóvedas de follajes relucientes de sol.

Y las sombras cayeron y, en las noches, el pecado eterno salió de la mar y vino del sur en el fuego de los vientos del desierto; despidió su hálito pestilente, esparciendo en mis jardines los velos de sus lúbricas bellezas. Entonces despertó tu alma ardiente, hermana bravía, alegre de todas las vergüenzas, embriagada de todos los venenos, y bebió mi sangre lanzando gritos de júbilo y chillando en medio de dolorosos tormentos, de besos de placer.

La dulce maravilla de tus uñas rosadas, que pulió Fanny, tu doncellita, se convirtieron en feroces zarpas; y tus diente-cillos, brillantes como lechosos ópalos, en poderosos colmillos; y tus dulces senos de niña, en la opulenta ubre de una ramera. Víboras de fuego silbaron entre tus rizos de oro; y en tus ojos, dulces ojos, como piedras preciosas que rompen la luz, como los lucientes zafiros de mis quietos Budas dorados, brotaron las chispas que funden en su llama las cadenas de todas las locuras. Pero en el estanque de mi alma creció un loto de oro que extendió sus anchas hojas sobre la vasta superficie, cubriendo el horrible vórtice de las profundidades. Y las lágrimas de plata que lloró la nube yacían como grandes perlas sobre las hojas verdes, fulgurando en el mediodía como pulidas piedras lunares. Allí, donde se extendía la nieve de las acacias, vertían los citisos su venenoso amarillo. Entonces encontré, hermanita, la gran belleza del casto pecado, y comprendí las concupiscencias de los santos.

Yo estaba sentado ante el espejo, querida amiga, y bebía en él la opulencia de tus pecados cuando dormías las tardes de verano sobre blancos linos en tu tenue camisa de seda.

Muy otra eras tú, mi rubia amiga, cuando el sol reía entre la magnificencia de mis jardines, linda hermanita de mis tranquilos días de ensoñación. Y muy otra cuando el sol se hundía en el mar y la oscuridad surgía de entre las malezas, bravía, pecadora hermana de mis noches ardientes. Yo miraba al tenue claror del día todos los pecados de la noche en tu belleza desnuda.

En el espejo obtuve ese conocimiento. En el viejo espejo de marco de oro, en el vasto mirador del castillo de San Constanzo, aquel espejo que había visto tantos juegos de amor. En ese espejo leía yo esta verdad cuando apartaba la vista de las hojas del infolio; más dulce que nada es el casto pecado de la Inocencia.

* * *

No negarás, querida amiga, tú no me negarás que hay seres —no animales—, seres extraños que surgen del placer malvado de absurdos pensamientos.

Buena es la ley, buena es toda norma severa, bueno es el Dios que la creó y el hombre que la respeta. Pero es un hijo de Satán aquel que se inmiscuye en las leyes eternas, desencajándolas con mano atrevida de sus férreos quicios.

El Malo le ayuda. El Malo, que es un poderoso señor y bien puede crear, según su propia altiva voluntad, contra la Naturaleza. Su obra podrá levantarse orgullosa y crecer en el cielo, para derrumbarse al final, sepultando en su caída al loco orgulloso que la imaginara.

* * *

Para ti escribí este libro, hermana mía. Viejas y ya olvidadas cicatrices hube de rasgar, mezclando su oscura sangre con la fresca y roja de mis últimos tormentos. Hermosas flores brotan del suelo abonado con sangre. Muy cierto es, hermosa amiga, todo lo que en él te refiero, y, sin embargo, en el espejo bebí la comprensión última de aquellos sucesos, la causa primera de esos viejos recuerdos.

Toma este libro, hermana. Tómallo de manos de un bravo aventurero, un loco presuntuoso que fue al mismo tiempo un callado soñador. De manos de uno, hermanita, que marchó al margen de la vida.

Miramar — Lesina — Bioni
Abril-octubre 1911

* * *



HANNS HEINZ EWERS, (Alemania, 1871-1943) fue un actor, poeta, filósofo y escritor de cuentos y novelas. Es el autor de una de las grandes novelas fantásticas de todos los tiempos: *La Mandrágora* (*Alraune*, 1911), una reelaboración del mito de Frankenstein, obra ya clásica que, cien años después de ser escrita, sorprenderá a quienes aun no la hayan leído.

H. H. Ewers escribió además otras novelas y relatos de los que por algún motivo, al menos aquí en España, sólo ha trascendido un relato breve, *La araña* (*The spider*, 1915).

Aunque la extensa obra de Ewers abarca toda clase de géneros, fue sin duda en la narrativa fantástica donde más brilló su genio creador. Su afición y atento estudio de las ciencias paranormales debieron inclinarle a la práctica del relato fantástico, que en Ewers aparece siempre impregnado de elementos eróticos, macabros y con cierta carga ocultista.

Además, Ewers trabajó como agente de inteligencia alemán y diplomático durante la I Guerra Mundial en territorio estadounidense. Posteriormente se

relacionó con el movimiento nazi, al que abandonó debido a su rechazo al antisemitismo y a la homosexualidad. Pese a todo, debido a su relación con el Partido Nazi, su obra cayó en el olvido tras la II Guerra Mundial.

Ewers también publicó varias obras de teatro, poemas, cuentos, libretos de ópera y ensayos críticos. Entre ellas *Die Ameisen*, *Indien und ich*, un diario de viaje de su tiempo en la India, y, en 1916, un ensayo crítico sobre Edgar Allan Poe, con quien a menudo ha sido comparado. De hecho, Ewers todavía es considerado por muchos un autor importante en la evolución del género de terror literario, citado como una influencia importante en nada menos que H.P. Lovecraft.

Notas

[1] Alraune: Mandrágora. (*N. del T.*) <<

[2] *Komment* (del francés *comment*) se llama en Alemania a las fórmulas rituales que rigen toda la vida corporativa de las agrupaciones escolares. (*N. del T.*) <<

[3] Alraune significa mandrágora. (*N. del T.*) <<

[4] Marca de vino <<